

# CENIZAS

Ilsa J. Bick

Traducción de  
Carmen Torres  
y Laura Naranjo



Alex entra en el bosque con una pistola.  
Cuando sale, el mundo ha cambiado.  
Primero fue el zumbido. Después,  
los dispositivos electrónicos dejaron  
de funcionar. Y entonces...



Ilsa J. Bick

# Cenizas

**Cenizas I**

ePUB r1.4

**Bancheo** 03.08.13

---

más libros en [epubgratis.net](http://epubgratis.net)

---

Título original: *Ashes*  
Ilsa J. Bick, 2011  
Traducción: Carmen Torres y Laura Naranjo  
Editor digital: Banshee  
Corrección de erratas: eva22  
ePub base r1.0

Para David,  
ahora y siempre

Os digo que el pasado  
es un cubo lleno de cenizas...  
CARL SANDBURG

—¿Dónde estás? —preguntó tía Hannah en cuanto Alex descolgó el teléfono—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Acabo de entrar en Michigan —dijo Alex, contestando primero a la pregunta más fácil. Cuando divisó el cartel de BIENVENIDOS A MICHIGAN (¡GRANDES LAGOS! ¡GRANDES MOMENTOS!), tuvo la sensación de que las cosas se despejaban, se expandían, como si hubiera estado viajando durante una noche perpetua por una carretera solitaria bordeada de un bosque frondoso y oscuro y ahora empezara a vislumbrar los primeros rayos de sol—. Tenía que echar gasolina. —Lo cual, en realidad, no venía al caso.

—¿Michigan? ¿Y qué puñetas hay en Michigan?

El segundo marido de tía Hannah era inglés. Ella no. Ella había nacido en Wisconsin, en Sheboygan, que Alex no creyó que fuese un sitio real hasta que los Everly Brothers lo mencionaron en su canción, y decía que *puñetas* era mucho mejor que otras palabrotas porque todos sus amigos, la mayoría de los cuales eran luteranos, creían que, simplemente, estaba haciendo una gracia: «Ah, esa Hannah». De modo que tía Hannah decía *puñetas* muy a menudo, sobre todo en la iglesia.

—Muchas cosas —contestó Alex. Estaba de pie a unos pasos de los baños de la estación de servicio, disfrutando del rescoldo salmón del crepúsculo. Al otro lado de la calle, una valla publicitaria que recomendaba una visita a Oren en territorio amish competía con otra que exhortaba a las familias a llevar a sus mayores a un asilo llamado AURORA BOREAL (LA LUZ DE DIOS EN TIEMPOS OSCUROS) y con otra que invitaba a visitar el Museo de las Minas de Hierro del norte de la ciudad—. Sólo necesitaba un poco de tiempo.

—¿Tiempo? ¿Tiempo para qué? —La voz de tía Hannah sonaba tensa—. ¿Crees que esto es un puñetero juego? Estamos hablando de tu vida, Alexandra.

—Ya lo sé. Es que... —Estaba jugueteando con un silbato de plata que llevaba colgado del cuello en una cadenita. Su padre se lo había regalado cuando cumplió seis años durante la primera acampada que hicieron juntos de noche: «Cielo, si alguna vez te metes en líos ahí fuera, toca esto y acudiré como un rayo». Ese era uno de los escasos recuerdos nítidos que conservaba de él—. Necesito hacer esto mientras pueda.

—Entiendo. De modo que van contigo, ¿no?

Alex sabía a qué —a quiénes— se refería.

—Sí.

—Me he dado cuenta de que falta también la pistola de tu padre.

—La tengo yo.

—Entiendo —volvió a decir tía Hannah, aunque su tono sugería todo lo contrario—. ¿Crees sinceramente que el suicidio es la respuesta?

—¿Es eso lo que piensas? —Alex oyó abrirse la puerta del baño por encima del hombro y, un momento después, dos chicas, una rubia y otra morena, pasaron por su lado. Las dos llevaban puestas sudaderas azul pastel en las que destacaban las letras SOMERVILLE HIGH y el logo de una raqueta de tenis en medio de una llamarada blanca—. ¿Crees que voy a suicidarme?

En cuanto aquellas palabras salieron de su boca, se arrepintió de haberlas pronunciado. Barbie Rubia se la quedó mirando y se acercó a Barbie Morena, que también la miró descarada, y le susurró algo al oído. Ambas pusieron en práctica la típica miradita-de-arriba-abajo-con-cuchicheo-y-risita-tonta-incluida por toda la gasolinera hasta llegar a un pequeño autobús escolar del año de la pera y encontrarse con un tipo de aspecto agobiado, con gafas y pelo encrespado estilo Einstein.

Alex, con las mejillas encendidas, se dio media vuelta.

—No es nada de eso.

Aunque, a decir verdad, no es que no se hubiera tomado alguna vez un par de chupitos de Jack Daniel's y se hubiera quedado mirando la pistola de su padre largo y tendido. Lo que la había echado para atrás había sido, sobre todo, la idea de que la mano

podiera temblarle y terminara haciéndose una lobotomía frontal o algo parecido, lo cual resultaría absolutamente patético. Se imaginaba a las cotillas —a chicas como Barbie Rubia y Barbie Morena— en el funeral: «Jo, tía, qué original».

—Sí, pero si tuvieras en mente volver, no te los habrías llevado —prosiguió tía Hannah.

—No. Sólo significa que *ellos* no van a volver.

—Alexandra, no hay necesidad de que hagas esto sola. Tu madre era mi hermana.

—La voz de tía Hannah se quebró un poco—. Sé que jamás lo habría consentido. Esto no era lo que ellos pretendían.

—Bueno, qué bien que no estén por aquí para discutir el tema, ¿no?

Tía Hannah pasó de la voz quebrada a la más firme en un nanosegundo:

—No uses ese tono de voz conmigo, Alexandra. Sólo tienes diecisiete años. Estás muy enferma y no eres lo bastante mayor como para saber qué es mejor en esta situación. La cabezonería y la autocompasión no son las respuestas.

Esto no las estaba llevando a ningún sitio. Lo único que tía Hannah veía era a una huérfana de diecisiete años con un tumor cerebral del tamaño de una pelota de tenis que, finalmente, había cedido a la presión.

—Lo sé, tía Hannah. Tienes razón. Sentir compasión por mí misma y ser un auténtico incordio no son las respuestas.

—Muy bien. Ahora eso ya está aclarado. —Su tía se sonó la nariz—. ¿Cuándo vas a volver?

«Mmm... ¿nunca?».

—La primera semana de octubre. ¿El... ocho?

Oyó a su tía contar por lo bajini.

—¿Doce días? ¿Por qué tanto tiempo?

—Es lo que se tarda en subir caminando y volver.

—¿*Caminando*?

—Bueno, no hay carreteras.

—No puedes estar diciéndolo en serio. No te has recuperado del todo.

—Sí que lo he hecho. Ya hace tres meses desde la última sesión. He estado corriendo, nadando y haciendo pesas y he engordado un poco. Estoy completamente recuperada.

—¿Y qué pasa con los tratamientos nuevos? Tienes que empezar dentro de tres días y...

—No voy a seguir más tratamientos.

—El doctor Barrett dejó muy claro que este nuevo procedimiento... —Su tía interrumpió la frase cuando cayó en la cuenta de las palabras de Alex—. ¿Qué? ¿Qué significa eso de que no vas a seguir más tratamientos? No seas ridícula. Por supuesto que lo vas a hacer. ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que se ha acabado, tía Hannah.

—Pero... ¿y el medicamento experimental? —farfulló su tía—. El procedimiento, las SEMILLAS...

—Sabes que no va a funcionar. —Las SEMILLAS, o Sondas Encapsuladas Mediante Introducción Localizada con Luz Activadora, también eran experimentales: nanobolitas rellenas de veneno y recubiertas de un compuesto químico especial sensible a la luz. Una vez inyectadas en su torrente sanguíneo, las SEMILLAS se dirigían al cerebro, donde se adherían al tumor: un monstruo testarudo que, después de doce ciclos de quimioterapia y radiación, se resistía a morir. Se suponía que las semillitas liberaban su carga mortífera cuando una sonda óptica las activaba. Hasta el momento, después de cuatro intentos, las suyas no lo habían hecho, ni siquiera después de que los médicos hubieran recargado su cerebro con tantas SEMILLAS como para sembrar varios campos de maíz.

—Tienes que darle tiempo, Alexandra.

«Claro, para ti es muy fácil decirlo. Tú tienes tiempo».



—Tía Hannah, hace dos años que lo detectaron. Nada ha funcionado.

—Es verdad, pero el tumor está creciendo relativamente despacio. El doctor Barrett dice que podría alargarte la vida varios años y que, para entonces, seguro que habrá nuevos medicamentos.

—O no. Yo sólo sé que ya no puedo seguir con esto. —Esperaba una explosión al otro lado, pero sólo recibió silencio por respuesta. Este se prolongó durante tanto tiempo que Alex creyó que la llamada se había cortado—. ¿Tía Hannah?

—Estoy aquí. —Pausa—. ¿Cuándo lo decidiste?

—Después de mi visita a Barrett la semana pasada.

—¿Por qué ahora?

«Porque me tiembla la mano izquierda —pensó Alex—. Porque no huelo nada. Porque tengo la cabeza llena de bolitas minúsculas que no están haciendo nada y eso significa más quimio y radio de la de siempre, y porque estoy muy harta de que se me caiga el pelo y de echar las tripas vomitando por nada y de hacer los deberes en la cama, y porque no voy a meterme en un centro para enfermos terminales. Porque, por una vez, soy yo la que toma las decisiones».

Sin embargo, lo que dijo fue:

—No creo que tenga más oportunidades. Necesito hacer esto mientras pueda.

Más silencio.

—Me imagino que en el instituto preguntarán por ti. Al doctor Barrett le va a dar algo. Alex pensó que, en el fondo, Barrett se sentiría aliviado. Ya no tendría que hacerle ver el lado bueno de la vida.

—¿Qué vas a decirle?

—Ya se me ocurrirá algo. ¿Llamarás?

—A la vuelta —dijo, sin estar muy segura de que pudiera cumplir la promesa—. Al coche, me refiero. Una vez que esté en el Waucamaw, no tendré cobertura.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo? ¿Colgar un farol de una torre? ¿Cruzar los dedos? ¿Empezar a hacer punto? —Ante el silencio de Alex, su tía continuó—: Una parte de mí está por llamar a la policía y que te traigan de vuelta.

—¿Y la otra qué dice?

—Que eres una cabezota. Que cuando se te mete una cosa en la cocorota, no hay nada que hacer. —Hizo una pausa—. Y que no estoy segura de poder culparte. Eso no es lo mismo que decir que lo que estás haciendo esté bien, sólo que lo entiendo.

—Gracias.

—No hay de qué. —Su tía suspiró—. Alex, ten mucho cuidado, ¿de acuerdo? Intenta volver de una pieza, ¿vale?

—No me pasará nada. No es la primera vez que hago una excursión de estas.

—No pongo en duda tu capacidad para salir adelante: hacer fuego, vivir de lo que da la tierra, construirte un refugio con unas ramitas y un chicle... igual que tu padre. Si los puñeteros zombis atacan, estás preparada.

—Gracias —dijo, intentando tragarse las lágrimas. No quería que aquello terminara en llanto—. Será mejor que me vaya. Te quiero, tía Hannah.

—¡Ay, que tontita! —exclamó su tía—. ¿Te crees que no lo sé, puñetera?

No volvieron a hablar.

PRIMER  
PARTE  
CANTON

Cuatro días más tarde, Alex estaba sentada en un frío pedrusco tallando una rama de aliso hasta reducirla al tamaño de un palillo de dientes, mientras esperaba que hirviera el agua del café. Soplaban fuertes rachas de viento del noroeste, gélido y húmedo. A lo lejos, el río Moss centelleaba con los rayos del sol, como una cinta serpenteante por un profundo valle de árboles desnudos, abetos plateados y el verde más oscuro de la densa cicuta y de los plumosos pinos blancos. El frío aire olía a frío, lo cual quería decir que, para Alex, era totalmente inodoro, algo a lo que estaba bastante acostumbrada, dado que llevaba más de un año con el olfato atrofiado.

Aquel frío era una auténtica sorpresa, pues nunca había recorrido el Waucamaw a finales de septiembre. El Paraje Natural de Waucamaw solía constituir una aventura veraniega familiar, cuando los fastidiosos jejenes, los mosquitos chupasangre y ese calor capaz de derretir a una persona eran sus mayores preocupaciones. Ahora empleaba las mañanas en pisotear el hielo quebradizo y deslizarse por rocas áridas y raíces cubiertas de escarcha. El estado del camino era traicionero: cada paso se convertía en una invitación a torcerse un tobillo. Cuanto más avanzaba hacia el norte y más se acercaba al lago Superior —aún le quedaban dos días y lo único que se distinguía en el horizonte era una especie de bruma púrpura—, más parecía empeorar el tiempo. Sólo podía divisar, en dirección al lejano oeste, bajo una capa de nubes de color pizarra, los ligeros y azulados remolinos de lluvia soplando hacia el sur. Pero delante le aguardaba un cielo cerúleo: un día que se prometía despejado y perfecto y que, estaba segura, a sus padres les habría encantado.

Si fuera capaz de recordarlos.

Al principio fue el humo.

Tenía quince años y por aquel entonces era huérfana, un fastidio, aunque ya había tenido un año para superarlo. Luego, cuando a pesar de haberse extinguido el fuego aún perduraba el olor a humo, su tía, convencida de que estaba viviendo una de esas crisis postraumáticas, la llevó a ver a una loquera: una aspirante a la Gestapo de cuyo aspecto podría deducirse que calzaba tacones de aguja y fustigaba a su marido: «Ah, sí, ese nhumo es una rrepetición del accidente de tus paddres, ¿yah?». La loquera resultó ser también muy lista y mandó a Alex al doctor Barrett, un neurocirujano que dio con el monstruo.

Por supuesto, el tumor era cancerígeno e inoperable, así que recibió quimioterapia y se le cayeron el pelo y las cejas. La parte positiva era que ya no tenía que depilarse las piernas ni las axilas. La parte negativa era que los antivomitivos no funcionaban —*qué suerte*— y devolvía cada cinco minutos, lo que hacía alucinar a las bulímicas del instituto, porque ella era, en esto, una auténtica profesional. Entre un tratamiento y otro, dejaba de vomitar y el pelo volvía a crecerle, abundante y rojo como la sangre. Una jaqueca crónica se le había instalado en las sienas, pero, como Barrett le dijo, nadie se había muerto nunca de dolor. Cierto, pero hay días en los que tampoco te apetece vivir. Por fin, el olor a humo se desvaneció... aunque con él se fueron todos los demás olores, porque el monstruo no menguaba, sino que continuaba creciendo y mascando en silencio.

Nadie le advirtió que, cuando no hueles nada en absoluto, se te borran muchos

recuerdos. Como el olor a pino evoca instantáneamente el espumillón, las luces de Navidad y un ángel que brilla, o la nuez moscada y la canela de la despensa te traen a la memoria una luminosa cocina y a tu madre tarareando una canción mientras extiende el hojaldre en un recipiente de vidrio. Sin sentido del olfato, los recuerdos se te escurren como monedas en un bolsillo roto, hasta que todo el pasado se convierte en cenizas y tus padres, en un espacio en blanco: no te queda más que los agujeros de un queso suizo.

Un golpeteo intermitente, entre un cortacésped y un rifle semiautomático, rompió el silencio. Al cabo de un momento, descubrió el avión —blanco y con una sola hélice— sobrevolando el valle, en dirección al noroeste. Miró el reloj: las ocho menos diez. No fallaba. Después de cuatro días, dio por sentado que se trataba del mismo avión, que hacía dos trayectos diarios: uno un poco antes de las ocho de la mañana y otro sobre las cuatro y veinte de la tarde. Podía poner el reloj en hora.

El zumbido se desvaneció y volvió a reinar la calma en el valle, como si lo cubrieran con una campana de cristal. A lo lejos se oía el hueco *toc-toc-toc* de un pájaro carpintero. Tres cuervos se entretenían irritando a otro en los pinos y un halcón trazaba una especie de espiral en el cielo.

Se echó el café y se oyó a sí misma tragar. No olía ni sabía a nada, tan sólo era marrón y estaba caliente. Luego percibió de reojo algo que se movía hacia la derecha: algo suave y borroso de color canela. Miró de repente, esperando encontrarse con una ardilla simple o, tal vez, con una listada.

Hallar al perro fue una auténtica sorpresa.

**S** quedó helada.

Era un perro flaco, pero musculoso y ancho de pecho. Tenía una careta negra y manchas parduscas. Parecía un pastor alemán, pero mucho más pequeño. A lo mejor todavía era un cachorro. El perro llevaba una mochila de color azul eléctrico abrochada alrededor del cuerpo y un segmento de collar estrangulador le titilaba en el cuello.

De algún sitio del sendero llegó el débil sonido de hojas pisoteadas. El perro giró las orejas, aunque en ningún momento apartó sus oscuros ojos de Alex. Luego, la voz de un hombre se oyó por el repecho:

—¿*Mina*? ¿Has encontrado algo?

El perro dejó escapar un débil gemido, pero no se movió.

—¿Hola? —Tenía la garganta muy seca y la palabra salió más bien como un graznido. Se humedeció los labios e intentó tragar saliva con una lengua que, de pronto, se había vuelto rasposa como una lija—. Mmm... ¿podría llamar a su perro?

La voz del hombre se oyó de nuevo:

—Ay, lo siento. No te preocupes. No muerde... *Mina*, échate.

La perra —*Mina*— obedeció al instante y se echó en el suelo. Aquello resultaba esperanzador. Así no parecía ni la mitad de feroz.

—¿Se ha echado? —gritó el hombre.

¿Y si no lo hubiera hecho? Entonces, ¿qué?

—Ajá.

—Perfecto. Espera, casi hemos...

Un instante después, un hombre larguirucho con un mechón de pelo blanco superó con gran dificultad el repecho, ayudándose de un bastón que empuñaba con la mano derecha. Iba vestido como un leñador, jersey de cuello alto negro bajo camisa de franela roja incluido. Un hacha con su funda pendía de un enganche en el borde de su mochila.

Uno o dos pasos atrás iba una niña con trenzas rubias. Llevaba una mochila rosa de *Hello Kitty* a la espalda, una parka rosa a juego y el ceño fruncido. También llevaba incrustados un par de auriculares blancos en los oídos, con el volumen tan alto que Alex oía hasta el más tenue de los bajos.

—Lo sabía —dijo el anciano. Asintió mirando la cafetera de Alex—. Lo olí desde allí abajo y decidí seguir mi olfato, sólo que *Mina* se me ha adelantado. —Tendió una mano—: Jack Cranford. Esta es mi nieta Ellie. Ellie, di hola.

—Hola —obedeció ella sin entusiasmo.

Alex calculó que la niña tendría unos ocho o nueve años y se dio cuenta de que ya apuntaba maneras. No dejaba de dar cabezaditas al ritmo de la música.

—Hey —contestó Alex. No hizo ademán alguno de estrechar la mano del anciano, no sólo porque aquel tipo, con su hacha, su perra y su huraña nieta, fuera un completo desconocido, sino porque el modo en que la perra le clavaba la mirada le hacía pensar que a esta le encantaría hacerse antes con ella.

El viejo esperó con una sonrisa un poco temblorosa dibujada en los labios y un desconcierto creciente asomando a sus ojos. Como vio que Alex no le correspondía, se encogió de hombros, retiró la mano y dijo en tono afable:

—No importa. Si estuviera en tu pellejo, yo tampoco me fiaría de mí. Y siento lo de

*Mina*. Siempre se me olvida que hay un par de jaurías de perros salvajes en el Waucamaw. Debe de haberte dado un susto de muerte.

—No pasa nada —mintió, y pensó: «¿Perros salvajes?».

El silencio se prolongaba. La niña seguía cabeceando y parecía aburrida. La perra empezó a jadear, desplegando la lengua a modo de húmeda serpentina rosa. Alex se dio cuenta de que los ojos del anciano pasaban de ella a su tienda y viceversa. Entonces él le soltó:

—¿Siempre eres tan habladora?

—Oh. Bueno... —¿Cómo podían los adultos decir cosas tan campantes que, de haber salido de *su* boca, habrían tachado de grosería? Trató de encontrar una respuesta neutra—: No lo conozco.

—Está bien. Como te he dicho, me llamo Jack. Esta es Ellie y eta, *Mina*. ¿Y tú te llamas...?

—Alex. —Pausa—. Adair. —Quería darse de tortas. Responder había sido un acto reflejo, igual que cuando te pregunta un profesor.

—Encantado de conocerte, Alex. Debería haber adivinado que por tus venas corría una pizca de sangre irlandesa, con esos ojos de duende y esa melena pelirroja. No suelo tropezarme con muchos irlandeses por aquí.

—Vivo en Evanston. —Otro acto reflejo—. Mmmm... aunque mi padre era de Nueva York. —Pro ¿qué estaba haciendo?

El anciano arqueó la ceja izquierda.

—Entiendo. ¿Y estás sola aquí arriba?

Decidió no contestar a esa.

—No oí a su perra.

—Ah, bueno, no me sorprende. Me temo que es por el entrenamiento que recibió. En realidad, no es mía. Técnicamente, pertenece a Ellie.

—Abuelooooo... —La niña puso los ojos en blanco.

—Vamos, Ellie, deberías estar orgullosa —dijo Jack. Y a Alex—: *Mina* es un malinois; bueno, en realidad... un pastor belga. Es un PTM, perro de trabajo militar. Trabajaba detectando bombas, pero ahora está jubilada. —Intentó esbozar una sonrisa apesadumbrada que no se correspondía con sus ojos—. Pertenece a mi hijo Danny... el padre de Ellie. Murió en acto de servicio en Iraq, hace un año más o menos.

Los labios de la niña dibujaron una mueca y un atisbo de color coqueteó con el ángulo de su mandíbula, pero no dijo nada. Alex sintió resonar en su interior un leve tintineo de compasión.

—Ah. Bueno, es una perra muy bonita. —En cuanto oyó salir estas palabras de su boca, se arrepintió. Sabía lo torpe que llega a ser la gente cuando descubre que has perdido a tus padres. Incluso esa palabra te hacía sentir que, de algún modo, era culpa tuya.

Los ojos de la niña, pálidos y plateados, bajaron de la cara de Alex al suelo.

—Sólo es un estúpido perro.

—Ellie —empezó a decir Jack, pero se mordió la lengua y se tragó lo que había estado a punto de decir—. Quítate los auriculares ahora mismo, haz el favor. No seas maleducada. Además, llevas la música demasiado alta. Te vas a quedar sorda.

La niña puso de nuevo los ojos en blanco, pero se quitó los auriculares y se los dejó colgando alrededor del cuello. Siguió otro silencio incómodo y entonces Alex soltó de manera impulsiva:

—Mirad, acabo de hacer café. ¿Queréis?

La cría le lanzó una mirada como diciendo: «Perdona, ¿no ves que soy una niña?», pero Jack contestó:

—Me encantaría tomar una taza, Alex. Nosotros podemos hacer hasta una pequeña contribución —anunció Jack, guiñando un ojo—. No te lo vas a creer, pero llevo donuts

*Krispy Kreme* en la mochila.

—Abuelooooo —protestó la niña—. Los íbamos a guardar para después.

—No pasa nada —interrumpió Alex rápidamente—. Justo acabo de...

—Vamos a comernos esos donuts. —La voz de Jack tomó un tinte irritado y Alex oyó los fantasmas de muchas viejas discusiones.

—Claro, genial —repuso alegremente Alex, tan risueña que sonó como la ardilla Alvin acelerada—. Me encantan los donuts.

—Seguro que están duros —espetó Ellie.

# 3



Los Krispy Kreme estaban duros —aún conservaba el sentido del tacto—, pero se podían mojar. A Alex le sabían a pasta húmeda.

—Siempre traigo una cafetera francesa, pero esta vez se me ha olvidado moler los granos con antelación. —Jack añadió leche en polvo a su taza y la removió—. Al final he tenido que machacarlos con el hacha.

Ellie arrancó otro pedacito de uno cubierto de chocolate y fideítos de colores y se lo arrojó diestramente a la perra, que lo cogió al vuelo.

—¿A que parece un adicto?

Jack enrojeció. Alex sintió lástima del anciano y dijo:

—Yo habría hecho lo mismo.

Ellie la fulminó con la mirada, pero Jack se limitó a reírse entre dientes.

—Bueno, yo no lo recomendaría. El café estaba tan fuerte que me han rechinado los dientes... Ellie, cariño, ese donut le va a hacer daño a *Mina*. El chocolate no es bueno para los perros.

—No pasa nada —respondió Ellie, lanzándole otro trozo de donut a la perra.

Alex cambió de tema:

—Bueno, y ¿de dónde sois?

—De Minneapolis —contestó Jack—. Yo era reportero: corresponsal del *Trib* en el extranjero. Pero no he sido capaz de escribir una línea desde que Danny murió. Mi editor está que se tira de los pelos, y eso que es calvo... Pero es un buen tipo.

Ellie dio un bufido.

—¿Por eso lo llamas imbécil cada vez que cuelgas el teléfono?

¿Qué le pasaba a esa niña?

—Mi profesora de lengua solía decir que un escritor es el peor juez de su propio trabajo —comentó Alex.

—Puede ser. Aunque yo ya no creo en mi trabajo. A la gente no le importa. La mayoría no presta atención a nada y no quiere que se le moleste. Como esa chorrada que echan sobre el fin de las operaciones de combate en Iraq... ¡Qué estupidez! Es pura política. De lo que no te hablan es de que, para los muchachos que continúan allí, las reglas de combate siguen siendo las mismas y de que hay muchos tiroteos. —Jack se interrumpió para dar un suspiro y se atusó un mechón de pelo blanco y rizado—. Lo siento, parece que estoy enfadado, pero no... es sólo que...

—Lo que deberías es estar hecho una furia —se acaloró Ellie—. Mi padre ha muerto, pero nadie va a ir a la cárcel. A él lo vuelan por los aires y a mí me dan este maldito perro. ¿Cómo se come eso?

—Ya lo hemos hablado, Ellie. En la guerra...

—¿En la guerra? ¿Qué clase de respuesta es esa? —La niña le arrojó el resto del donut a la perra. Sorprendida, esta retrocedió unos pasos y miró ansiosa a Jack.

Alex no pudo contenerse:

—Deberías hablarle mejor a tu abuelo. Él no te ha hecho nada.

—¿Y a quién le importa lo que tú pienses? No eres mi madre. ¡No te conozco! —Ellie dio una patada al hornillo *WindPro* de Alex, que se volcó, y la cafetera se hizo trizas contra las rocas, derramando el líquido hirviendo. La perra la esquivó, sobresaltada—. ¡Nadie te ha preguntado!



—¡Ellie! —Jack trató de agarrar a su nieta—. ¡Ya basta!

—Odio esto. —Ellie se zafó—. Odio esto, te odio, odio estos bosques. ¡Odio a todo el mundo! ¡Déjame en paz!

—¡Cálmate! —Jack acabó por perder la paciencia—. Ve a dar un paseo. Contrólate, ¿me oyes?

—¡Sí! —le espetó Ellie. Se colocó los cascos y echó a andar por donde Alex había venido el día anterior. La perra salió corriendo tras ella, pero la niña le ordenó por encima del hombro—: ¡Vete! —El animal titubeó y finalmente optó por dar otro paso, vacilante. Ellie cogió un palo y lo levantó como si de un bate de béisbol se tratara—. ¡Vete! ¡Perro estúpido! ¡Vete!

—¡Ellie! —bramó Jack—. ¡No te atrevas a hacerle daño a la perra! ¡Mina, ven!  
—Cuando la perra volvió sobre sus pasos a la carrera, Jack le gritó—: Cariño, ¿por qué te comportas de esa manera?

—¿Y por qué no? —dijo Ellie—. ¿Acaso me ha servido de algo ser buena? —Dio media vuelta y se perdió en el bosque.

—Ha sido un año muy duro. Su madre se fue a Dios sabe dónde y mi Mary falleció, así que sólo me tiene a mí —explicó Jack, reuniendo un puñado de cristales—. Me gustaría pagarte los destrozos.

—No, no, no pasa nada. Lo entiendo —dijo Alex, aunque estaba enfadada. Jack era una buena persona, pero ella tenía sus propios problemas y ahora se había quedado sin cafetera. Menos mal que había cogido también el café soluble. Examinó el hornillo y tuvo que reprimir un quejido. Dos de los puntales se habían doblado y no le gustaba cómo se había torcido la manguera de combustible. Con suerte, tendría que enderezar el metal con una roca o a base de golpes—. Tenga cuidado, Jack, no vaya a cortarse.

—Puede que sea perro viejo, pero aún estoy fuerte. Bueno, salvo del corazón. Me pusieron este nuevo marcapasos hace seis meses. —Jack metió los cristales en la bolsa vacía de los *Krispy Kreme*—. Ellie me tiene preocupado; es como una pequeña bomba de relojería. Sólo quería que se distrajera un poco, tal vez llevarla de pesca... La gente tiene buenas intenciones, pero tanta compasión es más de lo que la cría puede soportar.

Alex se sintió completamente identificada. Todo el mundo lo sentía siempre tanto por ella... cuando, en realidad, todos aquellos *lo siento* no eran más que un eufemismo de *uf, menos mal que no me ha pasado a mí*.

—¿Dónde está su madre?

—No tengo ni la más remota idea —gruñó Jack—. Se marchó un año después de que Ellie naciera. Dijo que necesitaba tiempo para pensar, que tenía que encontrarse a sí misma. Más bien perderse, diría yo. No la he visto desde entonces. Si quieres un perro, te fastidian haciéndote sacar una licencia, pero cualquier loco puede tener un hijo.

—Suspiró—. Yo tengo buena parte de culpa.

—¿Por qué dice eso?

Jack señaló a *Mina*, que estaba tumbada sobre la panza, dormitando.

—*Mina* fue idea mía. Cuando jubilan a los perros (si están demasiado machacados para trabajar o simplemente viejos), los militares dejan que las familias de los adiestradores los adopten, si lo desean. A *Mina* la hirió la misma explosión que mató a Danny, así que pensé que haría a Ellie sentirse mejor, como si tuviera cerca un pedacito de su padre. Él quería mucho a esta perra, pero Ellie la odia. No es mala chica. La mayor parte del tiempo es todo lo servicial que una niña triste y furiosa de ocho años puede ser.

—No suena muy alentador.

—Te acostumbras. Pensé que le vendría bien desconectar y respirar aire puro, pasar un tiempo con *Mina*... —Jack omitió el resto, haciendo un gesto de rechazo con la mano—. Bueno, ya está bien... ¿Y cuál es tu historia?

—¿La mía? —Alex dejó de forzar los torcidos puntales del hornillo—. Estoy tratando de resolver algunas cosas.

—¿A dónde te diriges?

—A Mirror Point.

—¿En el lago Superior? Está lejísimos. No me gustaría que mi hija anduviera sola por aquí. Quién sabe lo que podría ocurrirle...

Sabía que Jack tenía buenas intenciones, pero una de las ventajas de ser un enfermo terminal era que podías saltarte todo tipo de reglas. Así que no se achantó:

—Jack, no necesito su permiso ni le he pedido su opinión.

—Eso no significa que no vaya a dártela. Vosotros los jóvenes os creéis invulnerables, pero en este bosque hay perros salvajes y todo tipo de chiflados.

Por no mencionar a ancianos que metían sus narices en los asuntos de los demás. Aunque eso habría sido demasiado grosero y a Alex le daba la impresión de que Jack sólo estaba tratando de fastidiarla a ella porque no era capaz de controlar a Ellie. Se concentró en desarmar el hornillo y se hizo el silencio. Al cabo de un momento, Jack se agachó para apretarle el hombro.

—Lo siento, soy un pelmazo.

—Jack —dijo Alex, harta del hornillo y de la conversación—, aprecio su preocupación, pero no es asunto...

De pronto, la mano de Jack empezó a apretarle tanto que le hizo daño. Sorprendida, levantó la vista y las palabras se le fueron de la boca al contemplar su cara.

—Yo... —La cara de Jack se retorció en un repentino espasmo y el hombre se presionó las sienes con la palma de las manos—. Yo... espera, espera...

—¡Jack! —Alarmada, trató de sujetarlo y entonces vio a la perra. *Mina* estaba completamente rígida, los músculos le temblaban y tenía el pelo del lomo tan erizado como el de un mohicano. Los negros labios del animal se habían retraído para dejar al descubierto dos brillantes hileras de dientes muy blancos y afilados, y un gruñido empezaba a reverberarle en algún lugar del pecho.

Alex sintió una punzada de miedo.

—Jack, *Mina* está...

Jack emitió un sonido profundo y gutural. En apenas un instante, un chorro de sangre roja le manó de la boca y fue a estrellarse sobre las rocas heladas. Alex chilló justo cuando *Mina* soltaba un agudo gañido.

Un segundo después, ella también sintió el dolor.

# 4



El dolor era como fuego, como un láser que le abrasara el cerebro. Un repentino repiqueteo metálico burbujeó en sus oídos. Primero lo vio todo rojo y después de un blanco deslumbrante. Luego empezó a tambalearse, los pies se le enredaron y cayó al suelo. Algo húmedo y caliente salió despedido de su garganta y le chorreó por la barbilla.

Jack también lo estaba pasando mal, incluso peor. Tenía la piel tan pálida que su sangre parecía de pega, como la de Halloween. Las piernas le fallaron y empezó a arquearse, echándose mano al pecho. Después, sencillamente, se derrumbó como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos. Se dio un buen golpe, porque la cabeza rebotó en la roca y sus gafas salieron disparadas, deslumbrando con el reflejo del sol.

Aturdida, Alex no podía hacer otra cosa que permanecer allí repanchigada como una muñeca rota. La sangre se le estaba acumulando en la garganta y empezó a toser mientras todo le daba vueltas como agua yéndose por un sumidero. Aquel extraño chirrido metálico procedente del cielo seguía siendo muy alto. ¿Qué era aquello? Mareada, con un dolor que le taladraba el cerebro, levantó la cabeza como pudo e intentó centrar la vista. Al principio, pensó que debía de estar a punto de desmayarse porque el cielo se estaba poniendo cada vez más oscuro, pero luego se dio cuenta de que la oscuridad se *movía*.

Pájaros. Eran pájaros. No sólo unos cuantos o una bandada, sino cientos y cientos, *miles*. Pájaros de todos los tipos, de todas las formas, de todos los tamaños. Y estaban por todas partes: en el cielo que quedaba encima de sus cabezas y subiendo en espiral, como una especie de nube ensordecedora en forma de embudo, desde el valle que se extendía a sus pies. No estaban organizados, no volaban en fila como hace una bandada, sino que chocaban unos con otros, ya fuese porque eran muchos o porque el dolor que tan salvajemente se había apoderado de ella también los estaba martirizando.

Algo cayó con un ruido sordo y le golpeó las piernas. Alex dio un grito y se apartó mientras un cuervo moribundo iba dando tumbos hasta la roca. Tenía una de sus enormes alas completamente doblada hacia atrás y el negro pico se le había partido de cuajo, como la mina de un lápiz. A continuación, pájaros muertos y moribundos empezaron a llover del cielo, por todos lados.

De repente, se oyó un chillido muy fuerte. No era humano. Alex, horrorizada, lanzó una mirada por encima del hombro justo a tiempo de ver tres ciervos colina arriba cayendo estrepitosamente. Consiguieron ganar la cima y se pusieron de pie sobre sus patas traseras haciendo un ruido de martillo neumático al estampar las pezuñas contra las rocas. Uno de ellos —una gran hembra— emitió un bramido ronco, húmedo y expectorante y luego le manó sangre de la boca, formando un halo carmesí. La hembra se encabritó de nuevo, pedaleando con las patas delanteras, y los otros dos la imitaron, cortando el aire con sus pezuñas. Acto seguido, la manada avanzó en tropel hacia el precipicio como empujada por una mano invisible.

«No, no, no». Los pensamientos de Alex llegaban fragmentados. «No, no vas a... no vas a ver esto. No van a... no pueden...».

Pero lo hicieron.

Los ciervos se catapultaron por la cima de la colina y se precipitaron al vacío.

Planearon durante un instante, suspendidos entre el cielo saturado de pájaros y las oscuras fauces del valle. Alex no pudo evitar pensar en renos voladores...

Pero entonces, el mundo real volvió a hacer acto de presencia. La gravedad ejerció su fuerza.

Los ciervos cayeron, con sus bramidos resonando tras ellos como estelas de cometas, y luego desaparecieron.

# 5

# 21

fracción de segundo más tarde, algo le golpeó en la cabeza y le sobrevino una especie de sacudida física a medida que la tirantez que sentía en el codo iba desapareciendo. Las tenazas que le rodeaban el cráneo se aflojaron. El estómago no tardó en rebelarse y acabó vomitando encima de las rocas. Incluso cuando estaba convencida de que no le quedaba nada más que echar, se mantuvo a gatas, exhausta, sintiendo un hormigueo en las venas y en la piel, como si todo el cuerpo se le hubiera quedado dormido y el cerebro acabara de descubrir cómo reconectar. El corazón le martilleaba. Tenía el interior de la cabeza sensible y dolorido, como si alguien hubiera hincado una cuchara y la hubiera removido con fuerza. Y estaba temblando, como si le hubiesen administrado una enorme dosis de quimio en vena. Algo líquido le bajaba por la parte derecha del cuello y, al tocarse, se le mancharon los dedos de sangre.

«Ay, Dios mío». Cerró los ojos, luchando contra una oleada de pánico que amenazaba con escapársele por el pecho y la garganta. «Calma, calma...».

—¡Abueeeeeelooooo!

Ellie se arrastraba gateando por el margen del bosque. Tenía el labio superior manchado de sangre.

—¿Abuelooo? —alzó la voz a trompicones—. ¡Abueeeeeelooooo!

—Ellie. —Alex buscó asiento, pero demasiado rápido: el mundo le daba vueltas y tuvo que esforzarse por reprimir nuevas arcadas.

—¿Dónde está mi...? —La mirada de Ellie se posó en un punto más allá de Alex y los ojos de la niña se abrieron de par en par, dejando ver dos motas de iris azul plateado—. ¿Abuelo? ¿Abuelo?

Alex desvió la vista hacia donde la niña miraba. Jack estaba inmóvil, bocabajo sobre las rocas, con el cuerpo enmarcado en un charco de sangre.

—Abuelo. —Ellie empezó a reptar. Su brazo se topó con un pájaro muerto y lo apartó dando un grito: un pegajoso amasijo de plumas sangrientas se le enmarañó al dorso de la mano. Se estremeció y trató de quitárselo de encima mientras tartamudeaba—. Haz algo, ha-haz algo...

¿Que hiciera algo? ¿Y qué iba a hacer? Alex conocía las técnicas de reanimación pulmonar: su madre, que era médico, se había asegurado de que las aprendiera. Pero Jack parecía estar muerto y, además, era viejo y llevaba un marcapasos, y hacerle el boca a boca a una persona real y que encima había vomitado sangre... El estómago le dio otro vuelco. Y si lo devolvía a la vida y le recuperaba el pulso, entonces, ¿qué? No podía pedir ayuda y su coche estaba a varios días de camino.

«Vamos, contrólate. Examínalo y acabemos de una vez».

Se le pusieron los pelos de punta al tocar a Jack, especialmente por el sonido de despachurramiento que hizo su cuerpo cuando le dio la vuelta. La sangre le cubría la cara a modo de máscara y aún estaba bastante caliente, como con vaho. Los dientes delanteros, superiores e inferiores, se habían estampado contra las rocas, saltando en pedacitos que parecían chicles. Se armó de valor y le acercó los dedos al cuello para tomarle el pulso. Tenía la sangre pegajosa y retrocedió con un quejido. «Venga, puedes hacerlo. No lo pierdas...».

—Haz algo —dijo Ellie, apretándole el hombro con fuerza—. Por favor.

Captó unas rápidas pulsaciones y a punto estuvo de decir una tontería antes de darse cuenta de que se trataba de su propio pulso y no del de Jack. Se obligó a esperar unos cuantos segundos más para asegurarse, pero sabía que Jack estaba muerto. Debería haberse sentido triste, pero lo único que pudo experimentar fue el alivio de poder retirar por fin la mano.

—Lo siento, Ellie —dijo. Tenía sangre espesa medio seca bajo las uñas y sintió de pronto la necesidad de ducharse o bañarse, lo que fuera para limpiar aquella horripilante sensación de la sangre de Jack. Tenía que buscar algo para cubrirlo. Tal vez tuviera algo en la mochila—. Creo que tu abuelo está muerto.

—No. —Ellie se sorbió la sangre. Tenía los dientes naranjas y la entrepierna de los vaqueros oscurecida y manchada—. ¡No, no! ¡Estás mintiendo!

—No.

Por Dios, todo lo que quería era salir de aquella loca montaña y volver al coche. ¿Qué era lo que había ocurrido? El miedo se instaló en su pecho: ¿y si volvía a ocurrir?

«Tengo que salir de aquí», pensó. El hedor de la sangre de Jack, húmeda y cobriza, se le había metido en la nariz; también podía percibir el fuerte olor a amoníaco que emanaba Ellie, y supo que la niña se había orinado encima. La piel de la pequeña desprendía un olor aún más hediondo, como si se hubiera olvidado de cepillarse los dientes. «Sal de aquí, busca el coche. A lo mejor el guarda de la entrada...».

Y entonces pensó de improviso: «Espera... ¿Qué?».

# 6

**S** quedó completamente petrificada.

No.

Estaba equivocada. Tenía que estarlo.

Era incapaz de oler. El tumor había engullido aquella facultad.

Pero...

Pero había sangre. Olía la sangre de Jack. Ellie se había orinado encima y ella lo olía. Justo ahora, en este preciso segundo.

Era imposible. Debía de ser su imaginación, el dolor, la conmoción o... o *algo*.

Pero ¿y si no era así?

Casi temía intentarlo de nuevo. Pero lo hizo. Tenía que saberlo. Por muy terrible que fuese el momento, se inclinó sobre Jack e inspiró larga, lenta y deliberadamente, pensando: «¿Ves?, es una alucinación, una de esas cosas imaginarias del cerebro».

Pero no lo era. Ahí estaba otra vez aquel olor, tan cercano a lo físico que lo sintió anidar en su nariz. Era... —trató de encontrar algo con lo que compararlo—, sí, era a lo que olían las monedas húmedas.

Una fracción de segundo más tarde, un diminuto destello se encendió en su masa cerebral y, de repente, vio su pequeño carrito rojo, el que había dejado fuera mojándose con la lluvia, tan claro como el agua. Se sobresaltó tanto que se estremeció. Aquel carrito... ¿Cuántos años tenía? ¿Seis? No, no, siete, porque ahora le llegaron una siere de *flashes* rápidos, como un centelleo de fuegos artificiales: un patio de ladrillo, rosas blancas que trepaban por un enrejado, el perezoso zumbido de las abejas y luego estaba su madre, su madre, su madre, preciosa, de pie junto a su padre y este diciéndole: «Creíamos que, con siete años, ya eras lo bastante mayor para saber cómo cuidar de tus cosas».

«Papá». Alex dio un profundo suspiro. El aire se le precipitó en la boca, le envolvió la lengua y entonces detectó algo amargo y... muy tostado y... y dulce. Café, aquel era el sabor del café y... y del donut. Lo había vomitado todo y ahora era capaz de paladearlo, de olerlo.

Y Alex pensó: «¡Madre mía!».

Barrett le había hablado sobre El Final: la pérdida de esta función, la muerte de aquella capacidad y la posible necesidad de empezar con el *tratamiento del dolor*, que era como los médicos llamaban a drogarte hasta que te ibas durmiendo y te morías.

Sin embargo, ni siquiera Barrett estaba seguro de eso, porque El Final podía ser muy rápido. El tumor seguiría creciendo y creciendo, y allí arriba no quedaba mucho sitio. Al acumularse tanta presión en un espacio cerrado, el cerebro le chorrearía por la base del cráneo, igual que la pasta de dientes cuando sale del tubo. Después se iría apagando, pues todo lo que la mantenía vivita y coleando —corazón, pulmones— sencillamente dejaría de funcionar.

Como es obvio, Barrett no estaba seguro de nada, porque cada persona era diferente. Era imposible que le dijera lo que podía esperar porque, en fin, él nunca se había muerto. Bastante razonable. Sin embargo, había una cosa de la que Alex estaba completamente segura: Barrett nunca, jamás, había mencionado nada de que, cuando llegara El Final, ella fuese a recuperar lo que había perdido.

Como el sentido del olfato.

Como el del gusto.

Como a su padre. Como a su madre.

Ahora estaba oliendo la sangre de Jack. Le habían venido aquellos recuerdos olvidados de su carrito, de las rosas blancas y de su madre. Había oído la voz de su padre. Era capaz de distinguir en su boca el regusto agrio del vómito y estaba despierta; no estaba soñando.

Tal vez a eso se refería la gente cuando decía que, al morir, toda tu vida pasaba ante tus ojos. No lo sabía. Nunca le había preguntado a Barrett sobre aquello en particular. Para ser sincera, no había estado segura de querer saberlo. Había oído hablar de experiencias cercanas a la muerte, por supuesto. Había visto *Ghost* y había oído historias sobre cómo los seres queridos que habían fallecido antes que tú se quedaban esperándote mientras caminabas hacia la luz. Pero eso era una tontería. Eso era lo que la gente esperaba que pasase, no lo que ocurría en realidad. Había estudiado bastante biología y contaba, además, con montones de experiencias propias. El cerebro era un órgano caprichoso que eliminaba tu sentido del olfato, te machacaba la percepción del gusto y se cargaba también muchos de tus recuerdos. De modo que, si le cortabas el riego sanguíneo, si las células se quedaban sin oxígeno, tal vez fuera la luz blanca lo que vieses cuando la palmabas. ¿Quién sabe? Ella no, desde luego. Ella no tenía ni idea de lo que esperar cuando llegase El Final.

A menos que este lo fuera.

A menos que este fuera *su* final y que estuviese viviéndolo.





La perra gimió.

—Mira. —La voz de Ellie sonaba como si tuviera la nariz taponada. Una especie de moco ensangrentado le brillaba por encima del labio superior—. Junto a tu tienda de campaña.

«Ay, vete, déjame en paz». Sintió una punzada de temor en el corazón. Si no prestaba atención, ¿se desvanecería todo de nuevo: los olores, los recuerdos? Lo único que deseaba era acomodarse en algún sitio tranquilo, sola, y concentrarse en lo que le estaba pasando.

—¿Qué? —farfulló, pero enseguida vio a la perra ponerse en pie con dificultad y tuvo que reprimir un lamento. El animal parecía estar mal, aturdido. La sangre le manaba como caramelo espeso de un corte en el cuero cabelludo. Jadeando, se tambaleó hasta el cuerpo de Jack, sorteando los pájaros muertos y estampando en la roca sus huellas ensangrentadas. Recelosa, Alex se mantuvo en tensión mientras *Mina* olisqueaba el cadáver de Jack. No sabía nada de perros. ¿No se negaban algunos a marcharse cuando sus dueños morían? Dios, ¿y qué iba a hacer ella si *Mina*...?

La perra empezó a ladrar furiosamente y con gran estruendo. Alex se sobresaltó.

—¡Cállate, perro estúpido! —Ellie se tapó los oídos con las manos llenas de sangre—. ¡Cállate, cállate!

—Shh, shh, *Mina*, shh —dijo Alex. Los ladridos eran insoportables, como disparos. Se adelantó, sin tener muy claro lo que pretendía; sólo quería que la perra se callara. Intentó sujetarla—: *Mina*, ¡ya!

Con un gruñido, la perra volvió de pronto la cabeza, enseñando los dientes. Alex retiró la mano soltando un pequeño chillido y entonces, al segundo, percibió el olor del húmedo pelaje... y algo más, asilvestrado, espeso y brutal.

¿Qué era aquello? Sintió un escalofrío en la nuca. El hedor que emanaba del animal le llegaba en penetrantes oleadas y estaba segura de no haber olido nada semejante en toda su vida.

—Vale —murmuró Alex; el pulso le latía con fuerza en el cuello—. Buena chica, ya vale.

Sin mirar a su alrededor, retrocedió, notando algo blando bajo el pie, que luego crujió al aplastarlo con la bota: un pájaro. En apenas un instante, la pestilencia de las tripas manchadas del animal se le metió en la nariz y dejó escapar un quejido de asco.

«Deja a la perra. Que Ellie se las entienda con ella». A pesar del frío, gotas de sudor le bajaban por el cuello y tenía un fuerte sabor a metal en la boca, mezclado con el del vómito cuajado. Apestaba a sudor caliente y a frío miedo. «Muévete, coge a la niña y sal de esta montaña mientras todavía puedas».

No importaba lo que dijera ni cuán alto lo dijera: Ellie no estaba por la labor de moverse. Frustrada y a punto de perder la paciencia, acabó por agarrarla de las muñecas.

—Ellie, escúchame. Tenemos que irnos.

—No. —La niña se zafó y volvió a taparse los oídos. Vaya si era testaruda—. ¡No pienso ir a ninguna parte contigo!

—No puedes quedarte aquí.

—Sí que puedo. Y no me digas lo que tengo que hacer.

—Ellie, siento mucho lo de tu abuelo, pero está muerto y nosotros tenemos que salir de aquí. Tenemos que contarle a alguien lo que ha ocurrido. —Se le encendió la bombilla—: Tu abuelo querría que estuvieras a salvo.

—No pienso ir.

¿Esa niña hacía alguna vez algo de lo que se le pedía? Le entraron ganas de sacudirla hasta que le castañetearan los dientes.

—No puedo dejarte aquí.

—¿Por qué no? Sé cuidar de mí misma. Y acampar.

Aunque dudaba que surtiera efecto, Alex decidió probar algo que había leído en Psicología:

—Mira, necesito tu ayuda. Va a ser un largo y duro camino y necesito que alguien me acompañe.

La niña entrecerró uno de los ojos.

—¿A dónde?

—Espera, te lo enseñaré. —Empezó a rebuscar en la mochila y a sacar todo lo que contenía hasta que encontró el mapa que buscaba—. ¿Has visto alguna vez un mapa topográfico?

Un gorrioncillo de curiosidad le revoloteó en la cara.

—¿Y eso qué es?

—Es un mapa muy detallado. En un buen mapa topográfico aparece todo: arroyos, ríos, viejas canteras, vías férreas, la altitud de las montañas, su inclinación... Las líneas rojas son carreteras. Los macizos verdes son los bosques y... —Deslizó el dedo por el mapa hasta que encontró la negra y enladrillada silueta de una casa con una bandera en lo alto—: aquí es donde queremos ir.

—¿Y qué es?

—Es la estación de los guardabosques. Allí sabrán qué hacer. Pueden pedir ayuda por radio.

Ellie caviló.

—Parece que está bastante lejos y un poco alto, ¿no?

La estación *estaba* bastante lejos —unos buenos cuarenta kilómetros al este— y muy en lo alto, junto a una torre de prevención de incendios situada en la cima de un empinado risco que bordeaba un trocito de lago. Pero dirigirse hacia allí era mejor plan que desandar el camino de esos cuatro días. Si apretaba el paso, podrían alcanzar la estación en día y medio, tal vez antes.

—Seguro que puedes hacerlo.

Frunciendo el ceño de aquella manera que ahora le resultaba tan familiar a Alex, Ellie dijo:

—No sé, parece duro. El abuelo y yo sólo hacíamos diez kilómetros al día.

«Uf». Alex se preocupó. ¿Diez kilómetros al día? ¿Y cómo iban? ¿Gateando? A esa velocidad, ella y Ellie tendrían otros problemas mayores, como quedarse sin comida. «En fin, no te desesperes todavía. Jack debe de tener algunos víveres». En voz alta, la animó:

—Me apuesto lo que sea a que puedes hacer más. Pareces bastante fuerte.

Ellie le lanzó una mirada con la que venía a decirle que reconocía cuándo alguien se estaba tirando un farol. Sus ojos se posaron en el mapa y entonces descubrió un diminuto símbolo en la esquina izquierda:



—¿Qué es eso? —quiso saber.

—Tal vez una vieja mina al suroeste de aquí. O una cueva.

—¿Hay minas? ¿Y cuevas?

—Claro, seguro. Es una vieja región minera y hay pozos y cuevas abandonados,

pero...

—¿Hay osos?

—¿En las cuevas? Todavía no. Sólo se meten en sus guardias cuando hace muchísimo frío, pero no nos molestarán mientras tengamos cuidado. Así que no te preocupes...

—¿Y lobos?

Vale, estaban pasando lista.

—Sí. ¿No los oyes por las noches? Razón de más para irnos de aquí. Todos estos pájaros muertos atraen a los animales: coyotes, mapaches, lobos y... —Demasiado tarde: leyó la cara de aflicción de Ellie y se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—¿Vas a dejar al abuelo con los lobos?

—No, no, quería decir que...

—¡Se lo van a comer! —Las lágrimas rodaron por sus mejillas—. ¡Lo van a coger!

—Ellie...

—¡No! —Ellie cerró los puños y le dio una patada al mapa, doblándolo con la bota. Sonó como si hubieran rasgado una tela por la mitad—. ¡No, no y no!

—¡Ellie! —Alex se agachó a coger el mapa—. ¡Para! Necesitamos esto.

—¡Pues yo no te necesito a ti! —Ellie retrocedía dando traspiés, resbalándose con los pájaros muertos y el charco de sangre de Jack—. ¡No pienso ir a ninguna parte contigo!

—Muy bien. Pues aquí os quedáis tú y tu estúpido pero. Se está haciendo tarde. —Se puso en pie y se subió la manga del jersey para mirar la hora—. Tengo mucho camino por delante y no tengo tiempo para dis...

Se interrumpió, pues el cerebro le renqueó.

«Espera». Miró el reloj. «No puede ser».

# 8

S reloj era un modelo antiguo de Casio IronMan, el único reloj que llevaba

cuando hacía senderismo porque era resistente, sumergible y barato. Hacía unos diez años que lo tenía y le habría cambiado la pila unas dos veces en todo ese tiempo. Nunca le había fallado ni había dado una milésima de segundo de problemas.

Ahora, en cambio, la pantalla gris estaba en blanco.

¿Tan fuerte se había caído? Inspeccionó el reloj, vio que la superficie seguía teniendo las mismas mellas y arañazos de siempre. No, estaba segura de que había estado funcionando bien. De hecho, recordaba haber comprobado la hora.

Bueno... muy bien, su reloj había muerto. Una coincidencia.

Sí, pero también lo había hecho Jack y algo había provocado que aquellos pájaros y aquellos ciervos se volvieran locos. Algo había chisporroteado en su cerebro como una descarga eléctrica —no, más bien como un rayo—, tan fuerte que por poco la mata. Sólo que ahora volvía a disfrutar del sentido del olfato.

Así que... tal vez no fuera una coincidencia.

Los dedos le temblaron al sacar el iPod. Intentó accionarlo con el pulgar. Después lo intentó de nuevo y, luego, una tercera vez, pero el iPod seguía igual de muerto.

Probó con el móvil. Nada. No sólo no tenía cobertura —eso se lo esperaba al encontrarse tan lejos—, sino que ni siquiera se encendía.

Tampoco lo hacía la radio. Cambiar las pilas no sirvió de nada. Cuando descubrió que sus dos linternas led tampoco funcionaban y que eso la dejaba sólo con un armatoste del ejército suizo que su padre había comprado hacía un millón de años, le entró el pánico.

Que fallara un cacharro electrónico era algo que podía pasar.

Que lo hicieran dos era mala suerte.

Pero ¿que lo hicieran *todos*?

Levantó la vista hasta Ellie y aquellos auriculares de iPod que aún pendían del cuello de la niña.

—Ellie, ¿funciona tu iPod?

—No. —Los ojos plateados de Ellie fueron subiendo lentamente, de mala gana—. Se calentó.

—¿Qué?

—Que se calentó. —Su tono sugería que Alex se había vuelto tan sorda como idiota—. Lo estaba escuchando y se calentó.

—Se calentó.

—Que me quemó la mano, ¿vale? Y luego dejó de funcionar y...

Alex la interrumpió:

—¿Tienes una linterna?

—Por supuesto.

—¿Puedo verla?

Ellie puso otra vez aquella mirada atravesada.

—No.

Alex sabía que no debía presionarla. Entonces su mirada se detuvo en la muñeca de Ellie.

—¿Qué hora es?

—Mírala en tu reloj.

Alex le estaban entrando ganas de tirar a la niña por el barranco.

—¿Puedes limitarte a decírmela?

Ellie dio un profundo suspiro.

—Las nueve y... once.

Alex estaba confundida. Después pensó que tal vez una niña de ocho años no supiera dar la hora y ella, desde luego, no iba a meterse en eso. De modo que las 9:11 serían las 9:55, y eso sí era más probable. Lo que significaba que el reloj de Ellie...

—¿Tu reloj sigue funcionando?

Ellie adoptó un aire casi despectivo.

—Por supuesto. Es de Mickey Mouse. Era de papá. Le doy cuerda todos los días, como me enseñó el abuelo.

«Es de cuerda. Entonces, ¿sólo ha afectado a los aparatos con pilas? No, la linterna del ejército suizo de papá funciona. Tiene que haber algo más». Incluso con toda aquella sangre, era capaz de distinguir el reloj en la muñeca derecha de Jack, pero se encontraba demasiado lejos como para estar segura. No quería volver a tocarlo. *Mina*, en cualquier caso, no se lo permitiría.

—¿Sigue funcionando el reloj de tu abuelo?

—No lo sé. ¿Por qué estás haciendo tantas preguntas?

—Ellie, ¿puedes comprobarlo, por favor? No creo que *Mina* me deje...

—No quiero tocarlo —le espetó Ellie.

—Ah. —Eso lo entendía—. Bueno, ¿puedes sujetar a *Mina*? No quiero que se ponga hecha una fiera, pero es que tengo que comprobar algo.

Por un momento, pensó que Ellie iba a negarse, pero la niña agarró a *Mina* por el collar.

Alex se deslizó hacia Jack con un ojo puesto en la perra y otro en el reloj. La manecilla de la hora del Seiko estaba detenida en las nueve. La de los minutos indicaba que pasaban tres de la hora y el segundero estaba parado entre el veinte y una rayita... y no se movía. Alex se quedó mirando tan fijamente la esfera del reloj que, de haber sido Cíclope, lo habría atravesado con fuego. Tanto tiempo se quedó mirándolo que sus ojos se empañaron. Sin embargo, el segundero no se movió.

Su reloj y el de Jack, los iPods, la radio y sus leds: todo muerto, y Jack... Levantó la vista hacia su cara. Había dicho algo importante: «Soy un perro viejo, pero aún estoy fuerte. Salvo el corazón».

Por supuesto. Jack llevaba marcapasos. Esa era la única explicación de por qué Jack había muerto y ellas no. Sabía que los marcapasos tenían chips de ordenador diminutos que sincronizaban los latidos del corazón que el cuerpo necesitaba en un momento dado. El marcapasos de Jack había sufrido un cortocircuito y eso lo había matado. Pero ¿cómo? ¿Qué pudo llegar al interior del pecho de Jack, freírle el marcapasos, cargarse todos los aparatos electrónicos... y afectarles a ellos? Todos lo habían sentido: Ellie había sangrado por la nariz y tenía una fuerte jaqueca, la perra había aullado presa del dolor y los pájaros y los ciervos se habían vuelto locos.

Y ella era capaz de oler de nuevo cosas como la sangre, la fragancia penetrante de la resina de los pinos y su propio sudor. También olía a la perra: no sólo su pelaje, sino también algo indescriptible que manaba de lo más recóndito del animal.

Ellie ya había vuelto a la normalidad, lo que en ella era una mezcla entre quejica y desagradable. En cuanto a la perra... bueno, ¿quién podía saberlo? Al menos, no la estaba atacando. Echó un rápido vistazo al cielo, divisó un halcón planeando en una corriente ascendente y, aún más alto, un trío de zopilotes describiendo una lenta espiral en bucle. Los pájaros también parecían haber vuelto a su ser.

Entonces, si su sentido del olfato no se evaporaba, es que su cerebro era el único que,

de algún modo, había sufrido una alteración. De entre todos ellos, sólo ella había cambiado.

Pero ¿cómo? Y ¿ya no iba a cambiar más? ¿Eso era todo? ¿O era sólo el principio?

# 9



Las buenas noticias eran que Ellie contribuyó, al menos, a sacar del fondo de la mochila un poncho impermeable azul, que Alex utilizó para cubrir a Jack. Las malas, que la niña se dio por satisfecha con eso y que *Mina* no dejaba a Alex acercarse a la mochila de Jack. Cada vez que lo intentaba, la perra le enseñaba los colmillos, así que acabó por desistir. Tendrían que dejar los víveres y el agua que Jack pudiera tener. Qué remedio. Aunque Ellie podría llevarse la mayoría de su comida. Si conseguía que la niña recorriera cierta distancia, no estarían en camino más de dos días. Tres, con muy mala suerte. Se las arreglaría.

Mientras desmontaba la tienda, volvió a flirtear con la idea de regresar a por el coche. ¿Arrancaría con el sistema eléctrico averiado? Sabía tanto de coches como de chino —*nada*—, pero la mayoría de los vehículos tenían sistemas eléctricos complejos y uno o dos chips informáticos. Así que puede que no.

Se abrochó la riñonera a la cintura. Pesaba más que de costumbre porque, junto al equipo de supervivencia, había echado también un estuche negro de nailon que llevaba casi tres años sin abrir, desde la semana siguiente a la muerte de sus padres. El estuche pesaba bastante, casi seis kilos, y eran en parte suyo y en parte no. La tía Hannah nunca le había ocultado su contenido, animándola a que lo abriese cuando quisiera. «Tal vez te venga bien», le había dicho su tía, pero nunca le había explicado en qué consistía ese *bien* y Alex no tenía la menor idea.

El estuche estaba lleno de recuerdos. Al principio, esos recuerdos eran demasiado dolorosos para querer pensar en ellos, y mucho menos evocarlos. Durante el primer año, había sido incapaz de controlarlos. Afloraban con cualquier nimiedad: un trocito de canción, una inesperada sirena de policía o una extraña con un peinado idéntico al de su madre cuya mera visión la dejaba sin aliento. Cada uno de esos recuerdos le provocaba un dolor tan agudo, intenso y repentino que era como si le estuvieran clavando un cuchillo entre las costillas y retorciéndoselo con saña. Luego, cuando el monstruo creció y perdió el sentido del olfato, las nimiedades fueron desapareciendo y le costaba más evocarlos, como si tratara de recuperar archivos de un disco duro estropeado. En cierto modo, no le importaba. Lo que nunca le había dicho a tía Hannah era que, a veces, tener aquel monstruo apoltronado en su cerebro —comiéndole sus recuerdos, masticándolos hasta hacerlos papilla— constituía casi un alivio. El cerebro ya no le pertenecía, pero al menos tenía sus pensamientos bajo control.

También se le ocurrió ahora que se había llevado el estuche de casa de su tía para nada. Ya no llegaría a Mirror Point. Ahora sus motivos para venir al Waucamaw habían ardidado en aquel fuego proverbial.

Lo cual resultaba bastante irónico, considerando lo que había en el estuche.

—Me voy —anunció Alex—. Será mejor que vengas conmigo.

—No. Te odio.

«Sí, lo que tú digas».

—De acuerdo, escucha: voy a tomar el camino más corto, el que te he enseñado en el mapa, que va directo al valle. Cuando te animes a venir...

—No pienso moverme de aquí.

—... no te olvides la mochila, ni de ponerle a *Mina* la suya...

Ellie se tapó los oídos.

—¡No te escucho!

—... porque no tengo comida para perros. Si pudieras abrir la mochila de tu abuelo y sacar algo...

—La-la-la-la —cantó Ellie—. La-la-la-la.

—... algo más de comida y de agua, sería estupendo.

Para ser sincera, no le hacía ninguna gracia llevarse a la niña y a la perro, pero Ellie sólo tenía ocho años. Alex ni siquiera recordaba lo que era ser tan pequeña.

Extrajo la pistola Glock de su padre de la mochila, le puso el cargador, deslizó la corredera y metió una bala en la recámara. Las Glock no tenían seguro externo y esa era una de las razones que habían llevado a su padre, que era policía, a decantarse por ese arma. Sólo apuntar y disparar. Al heredar la pistola, ella había instalado, sin embargo, un seguro de pasador cruzado. Por nada en especial —eso fue antes de que el monstruo enviara señales de humo—, aunque tal vez su subconsciente fuera muy espabilado. Teniendo en cuenta lo que la Glock y ella habían intimado en el sótano de su tía, el tiempo que conllevaba pulsar ese botoncito y accionar el percutor era, probablemente, el responsable de que siguiera con vida. Bastaba una milésima de segundo para que una persona cambiara de opinión.

Después de comprobar dos veces el seguro, volvió a colocar la pistola en la funda y se enganchó la paleta a la cadera derecha.

Ellie había dejado de cantar.

—¿Por qué lleva eso?

«Porque Jack está muerto y todos nuestros aparatos electrónicos se han achicharrado y puedo olerte, Ellie Huelo la sangre. Huelo a la perra».

—Nunca se es demasiado precavido.

—¿De quién es?

—Era de mi padre. Ahora es mía.

—Mi abuelo dice que las pistolas matan a la gente.

No pensaba seguirle la corriente.

—No esperes demasiado. Anochece deprisa.

—Pues vete. —Ellie se colocó los auriculares—. A mí qué me importa.

Estuvo a punto de decirle que el iPod estaba muerto, pero le pareció mezquino.

—Te importará cuando te veas en la montaña a oscuras.

—No pienso ir.

—Hasta luego.

—Ni hablar.

—Bueno, pues adiós.

Echó a andar sin mirar atrás, pero sintió los ojos de Ellie clavados en su espalda durante un buen rato.



# 10



El sendero estaba mucho peor de lo que había imaginado. La bajada era abrupta y resbaladiza por culpa de los pájaros muertos, las rocas descarnadas y las piedrecillas sueltas y quebradizas. Siglos de erosión producida por la lluvia y la nieve al derretirse habían dejado la montaña surcada de desniveles bruscos y embudos donde los detritos —restos de rocas y árboles caídos— iban a parar antes de ser arrastrados hasta el valle. Después de una hora, sus muslos y rodillas se estaban resistiendo, tenía la cara empapada en sudor, la boca pastosa y la camisa pegada a la espalda. Cuando paró para beber, se quedó sólo con la sudadera, ató la parka a la mochila y luego se quitó el gorro de punto para dejar que los fríos dedos del aire le acariciasen la cabeza. Sacó una de las dos botellas Nalgene de la riñonera y se echó agua en la cara. Su helor hizo que se le cortara la respiración. El agua era un lujo. En otras circunstancias, no la habría malgastado, pero había un arroyo donde tenía intención de pasar la noche y llevaba un buen filtro con capacidad para dos litros, así que podía permitirse derrocharla. También necesitaría ese agua extra. Una vez pasado el arroyo, ya no habría más oportunidades de reabastecerse hasta que se cruzase con el río veinticinco kilómetros más adelante y, después, nada más hasta llegar a la estación.

Alex había agarrado, como siempre, la botella de agua con la mano derecha, la que no le temblaba. Pero entonces paró y, antes de que pudiera arrepentirse, se la cambió de mano, asiéndola con la izquierda con todas las fuerzas que pudo reunir.

Su mano izquierda estaba firme como una roca. No temblaba. Durante los últimos meses, había ganado masa muscular haciendo todas aquellas pesas, pero no había conseguido acabar con los temblores. Ahora, sin embargo, estos habían desaparecido y se sentía más fuerte. Poderosa. Como si pudiera agarrar algo y sostenerlo durante un buen rato.

«Esto es una locura». Aún seguía presa del pánico, pero su recuperación no cuadraba con su idea de lo que ocurría cuando una persona moría. ¿O —espera— sí? ¿No se contaban historias de cómo la gente salía del coma el tiempo suficiente como para despedirse? ¿Como si el cerebro estuviera en las últimas y, por así decir, lo liberara todo de golpe, haciendo que los fluidos circularan de modo que todo funcionase por última vez? Bueno, tal vez debiera disfrutarlo mientras durase.

Se llevó la botella a la nariz. Todavía no confiaba en su sentido del olfato; esperaba que este se desvaneciera en cualquier instante. No obstante, el olor del agua era limpio y muy frío y le trajo a la mente otro de esos momentos *flashback*: de su padre subiéndola a hombros, rodeándole los tobillos con sus fuertes manos mientras vadeaba el lago Superior, cantando: «El viejo Dan y yo llevamos las gargantas secas y nuestras almas suplican agua... agua fresca y clara».

Alex dejó que el agua le envolviera la lengua y emitió un gemido al saborear cada molécula, cada maravilloso átomo, cada valiosísima partícula de aquel recuerdo.

Pensó: «Bueno, al menos está mojada».

Y eso le hizo gemir un poco más, porque su padre también decía siempre eso.

Echó un vistazo al sendero por donde había venido; lo barrió con la mirada lentamente de izquierda a derecha. Un destello titilante llamó su atención. ¿Era Ellie? ¿Llevaba ella una mochila con armazón? No, la mochila de *Hello Kitty* de la cría era muy pequeña,

seguro que con el espacio justo para una muda y el cepillo de dientes. Tal vez un libro, aunque, sinceramente, Ellie no tenía pinta de ser un ratón de biblioteca. Le iba más la Nintendo DS y esta sería un ladrillo, como su iPod. Un momento después, Alex vio que el resplandor procedía del reflejo del sol en las rocas. Nada de Ellie.

Suspiró. ¿Qué había ocurrido? Le había estado dando vueltas a lo que había pasado esa mañana una docena de veces. Debería ser capaz de encontrarle una explicación. Bien sabía Dios que tiempo tenía. La Física no era lo suyo, pero había sacado un sobresaliente en Biología y sabía que lo que hacía que el cerebro —y la mayoría del cuerpo, en realidad— funcionara con eficacia era la electricidad.

De modo que, esa mañana, a su cerebro se le había ido la pinza. Los aparatos electrónicos —cualquier dispositivo de estado sólido— se habían quedado fritos, como les había pasado a los ciervos, los pájaros y la perra. Lo de los pájaros también era muy importante. Había algo en la forma en que planeaban... ¿Magnetismo?

Ahora no le temblaba la mano. Se sentía más fuerte. Después de aquel rayo de dolor candente, su dolor de cabeza —un ronroneo constante— había desaparecido. Estaba recobrando recuerdos porque su sentido del olfato había vuelto y, con él, su sentido del gusto.

Sólo que no olía como siempre. Había tenido tiempo de pensar en eso, rememorando el momento en que se había acercado a *Mina* y el aspecto que esta había presentado: le había enseñado los dientes y había echado las orejas hacia atrás. Por su aspecto, cualquiera habría pensado que estaba enfadada.

Sin embargo, también había detectado aquel extraño hedor asilvestrado y, ahora, la palabra que asaltaba la parte frontal de su cerebro era *miedo*. Había olido a la perra... y lo que esta había sentido. *Mina* estaba muerta de miedo.

¿Y qué me dices de Ellie? Había olido el tufo a amoníaco de la orina y la fetidez cobreña de la sangre... y otro hedor aún más agrio que los solapaba: esa mezcla entre halitosis mañanera y leche cortada. ¿Así olía el miedo de Ellie?

¿Y qué tenía que ver aquello con lo demás? ¿Cómo encajaba?

Tras unos pocos segundos, se dio por vencida. Lo único que tenía era un puñado de hechos, unas cuantas teorías y problemas mucho mayores, como bajar aquella maldita montaña y encontrar agua antes de que anocheciese.

¿Cuántas horas de luz le quedaban? Lanzó una mirada analítica al sol. Había una forma de averiguar la hora si sabía dónde estaba el norte, pero ahora no tenía ni pajolera idea. Había algo en relación con el tiempo que también era importante. ¿El qué? No paraba de darle vueltas a esa sensación, del mismo modo que, cuando era pequeña, solía jugar con un diente a punto de caerse con la esperanza de hacerlo saltar. Algo verdaderamente importante relacionado con el tiempo...

Un ligero olor a chamuscado ascendía como un remolino desde el valle. ¿Un fuego? No, había algo que no le cuadraba en aquella emanación. Lo que se estaba quemando no era madera, sino algo artificial, casi dulce. Aquel olor le resultaba familiar. ¿Qué era?

Por el rabillo del ojo izquierdo vio que algo se movía. Más allá de donde ella se encontraba. Se giró, echó un rápido vistazo montaña arriba y su mirada se detuvo en un fogonazo rosa.

«Por fin».

Lo mejor sería aminorar la marcha, hacer pronto otra paradita para beber, dejar que la niña acertara distancias sin que se diera cuenta de que Alex, en realidad, la estaba esperando. Mejor que Ellie pensara que eso había sido idea suya.

Después de otra media hora, más o menos, en que Alex había ido a paso de tortuga, Ellie venía ya cerca. Alex oía los traspies y resbalones de las botas de la niña por todo aquel pedregal. Por cómo sonaba, pensó que Ellie quizás estuviera yendo demasiado deprisa. Una lengua de piedrecillas sueltas se deslizaba a su izquierda ladera abajo

produciendo el mismo sonido que las conchas marinas al caracolear con el vaivén de las olas. Las piedras se desviaban hacia el terraplén, ganaban velocidad y se precipitaban montaña abajo. Aquello no pintaba bien. Si la niña pisaba en falso y se resbalaba, empezaría a dar trompicones cada vez más acelerada, se caería y, sin duda, se haría polvo.

Era hora de hacer un descanso para beber. Alex se descolgó la mochila practicando un rápido y estudiado encogimiento de hombros y se la deslizó por el brazo hasta soltarla delante de sus botas. Sacó una botella de agua de su riñonera, la destapó, se la llevó a la boca y, mientras bebía, fue recorriendo la montaña con la mirada.

Ellie, todavía a unos cincuenta metros más arriba, estaba bajando rápido. El espacio que las separaba estaba sembrado de maleza y pinos retorcidos que sobresalían en ángulos extraños. Alex veía ahora con mayor claridad cómo los detritos de allí arriba se canalizaban en forma de embudo hacia el terraplén, que ahora quedaba a su derecha al haberse colocado de cara a la montaña. Esta parte del sendero serpenteaba en zigzag dibujando un arabesco agreste y lleno de curvas suficientemente lejos del precipicio, así que era bastante seguro. Pero Ellie iba tomando atajos, recortando curvas y mandando una continua lluvia de detritos.

Y la niña estaba sola.

Increíble. Una cosa era que Alex la rehuyera —quería conservar todos los dedos, gracias—, pero ¿qué niña abandonaba a su perro?

—¡Eh, tranquila! —gritó, enfadada—. ¡Te espero!

Estaba demasiado lejos para ver la cara de Ellie, pero Alex oyó cómo refunfuñaba:

—Estoy bien —le soltó en el acto—. No estoy cansada.

—Eso no es lo que me preocupa. Estás desprendiendo un montón de piedras y, por si no te has dado cuenta, yo estoy debajo. Preferiría no romperme la crisma, gracias.

Ellie no dijo nada. Como mucho, aceleró el paso. Alex se dio media vuelta, resoplando. Vaya niña. Con la botella de agua aún en la mano izquierda, recogió la mochila del suelo por un asa y se la colgó del hombro derecho. Esa cría tenía todas las papeletas para caer rodando...

Los tiros sonaron secos, inesperados y totalmente inconfundibles: ¡*pum-pum-pum-pum-pum!*

¿Disparos? ¿Alguien estaba disparando? La mente se le quedó en blanco. Luego se puso rápidamente en cuclillas y barrió el valle, con ojos frenéticos. Más disparos, diferentes, más restallantes, más fuertes, y pensó: «Un rifle. Pero ¿qué demonios...?». Ellie estaba tan cerca que Alex oyó el displicente y ahogado grito de alarma de la niña y luego el crepitante deslizamiento de sus botas al resbalarse por las piedras. Alex vio que perdía el equilibrio, hacía aspavientos con los brazos y trastabillaba. Se agachó cuando una lluvia de piedras le cayó por la cabeza y los hombros.

—¡Ellie! —gritó—. ¡Despacio, siéntate, sién...!

Demasiado tarde. Su centro de gravedad, ya precario, cedió.

—¡No! —Alex se enderezó en un acto reflejo: justo el movimiento equivocado. La botella salió disparada de su mano y el agua se desperdigó formando un amplio halo. Después, la botella rebotó en las piedras y se perdió de vista. La mochila, colgada sólo de un hombro y, por tanto, inestable, se le resbaló por el brazo derecho como por un tobogán de hielo y se le quedó colgando de la muñeca. «¡No, no!». Hizo un intento desesperado por agarrarla de un tirón, otro movimiento equivocado que a punto estuvo de derribarla y que, de todas formas, no sirvió para nada. La mochila, precipitándose ladera abajo, fue dando tumbos, siguiendo primero el trazado natural del embudo y deslizándose después hacia el terraplén. Luego cogió velocidad, arrastrando a su paso una avalancha de piedras sueltas, antes de saltar al vacío y perderse de vista.

Adiós.

Sólo tuvo tiempo de pensar: «Mierda». Pero todo era porque también había perdido el

equilibrio y se bamboleaba cuando sus botas derrapaban y patinaban por las piedrecillas. Dando un grito de desesperación, se tiró al suelo e intentó aferrarse a las rocas sin conseguirlo. Estas eran afiladas y le hacían cortes en los dedos y en las palmas de las manos. Al fin, pegó un fuerte culetazo y la pierna izquierda se le quedó doblada casi en horizontal, como la hoja de una navaja que no se pudiera cerrar. Sintió un dolor agudo y repentino en la rodilla, pero dejó de caer.

Un chillido. Alex alzó la vista a tiempo para ver la bota izquierda de Ellie lanzando una patada al aire: una exagerada versión circense del resbalón por cáscara de plátano. Ellie, que seguía gritando, cayó de costado, escurriéndose en dirección al precipicio.

—¡Ellie! —gritó Alex—. ¡Date la vuelta, Ellie, ponte bocabajo, bocabajo! —La niña lo intentó; vio cómo su parka se arrugaba formando almohadillas rosas a medida que la fricción se la subía por el pecho. Ellie redujo la velocidad, pero no se detuvo.

«¡Muévete, muévete, muévete!». Las botas de Alex resbalaron por piedras sueltas al dar un paso hacia la derecha. El terraplén estaba a doce o quince metros, pero a sólo seis había un pino joven que sobresalía torcido de la montaña. Podía agarrarse a él. Ellie tendría que pasar deslizándose por allí antes de alcanzar el terraplén y, si Alex llegaba a tiempo...

Una mezcla de tierra y piedras sueltas cayó ladra abajo y fue a parar a su cabeza. Oyó el repiqueteo de más rocas que se precipitaban en eslalon hacia el embudo; vio cómo caían en forma de catarata, rebotaban en rocas más grandes y se esparcían en el aire. Ellie se deslizaba ahora sobre su espalda, con los brazos casi en vertical a medida que la mochila se le subía a los hombros.

Alex, clavando las puntas de sus botas en la tierra, se atrincheró con las rodillas y luego se enganchó al pino con la mano izquierda. Sintió una punzada de dolor en la mano, ya ensangrentada, cuando las astillas de la corteza se le clavaron como cuchillos.

—¡Ellie! —gritó—. ¡Aquí! ¡Dame la mano, dame la mano!

Entonces, se enderezó para coger a la niña y la mano de Ellie se aferró a su muñeca. Alex sufrió un tirón tan fuerte que por poco le desencajó el hombro y que podría haberla arrancado de allí y haberlas mandado a ambas a pique hacia el terraplén de haber sido la ladera un poco más pronunciada.

Ellie siguió resbalando, cada vez más despacio... hasta que se detuvo.

Alex cerró los ojos y tragó saliva. Por encima de los latidos atronadores de su corazón, oyó a Ellie llorar y gritar:

—¡Te dije que era una idea estúpida!

En menos de dos minutos, había salvado a una cría que la odiaba a muerte y, en el proceso, había perdido su mochila, su equipo, su parka y su comida.

Y por si fuera poco, un maníaco andaba por allí dando tiros.

Ahora sí que estaban perdidas.

Cuatro barras energéticas.

Cinco paquetes de gelatina instantánea *Jell-O*: dos de lima, una de naranja, una de limón y una de cereza.

Una manta eléctrica.

Un botecito marrón de pastillas de yodo del año catapún.

Una botella de agua. Las llaves del coche con una minilinterna que aún funcionaba. Un cargador adicional de balas de 9 mm para la Glock.

Un kit de viaje de esos de los aviones que contenía una pastilla de jabón, un cepillo de dientes plegable y un minúsculo tubo de pasta de dientes, que debía de haberse llevado de algún vuelo.

En la lata de caramelos *Altoids* que siempre llevaba en la riñonera, iba lo verdaderamente importante: hilo de pescar y plomos, un cable de sierra, cerillas impermeables, un par de tiritas *Band-Aids*, dos pequeñas cuchillas *X-Acto*, un par de impermeables, una bolsita minúscula de algodón en bolas, un minitubo de vaselina y cuatro sobrecitos de apósitos impregnados en alcohol. Y una brújula diminuta.

Aquello, junto con la Glock y la navaja, constituía todo su arsenal, lo único que le quedaba. Y Ellie, por supuesto, sólo se había traído su mochila de *Hello Kitty*. Salvo una caña plegable, una cajita de cebos y una antigua linterna *Black & Decker* —que, gracias a Dios, funcionaba—, esta sólo contenía objetos infantiles: unos cuantos artículos de aseo, ropa arrebujada y una botella de agua medio vacía. Y un osito de peluche *Gund* parchado y mugriento lleno de remiendos.

Bueno, tal vez no estuvieran perdidas del todo. Las cuatro cosas básicas para sobrevivir eran: calor, refugio, agua y comida. Bien, tendría que encender un fuego, iba a ser necesario, pues sólo tenía la ropa que llevaba puesta. Tampoco le costaría nada construir un refugio con cualquier cosa que hubiera por allí. El filtro estaba en la mochila con armazón, qué pena, pero aún le quedaba la botella llena y sabía dónde encontrar más agua. Tenía la brújula y el sol y sabía más o menos a dónde tenían que ir, a qué distancia estaban y que podría arreglárselas sola sin demasiadas dificultades.

La comida era un problema. Contaba con la Glock, pero, aparte del cargador adicional, el resto de la munición —una caja entera— se había esfumado con las demás cosas. Y no sólo no albergaba la menor idea de cómo cazar con una pistola, sino que, encima no podía malgastar balas intentando descubrirlo. Podría poner alguna trampa. Las de losa eran relativamente sencillas, pero habría de poner varias y quedarse esperando mucho rato en la misma posición, cosa que no pensaba hacer. También podrían pescar: se dirigían al río y los guardabosques sólo estaban a un máximo de un par de días de distancia. Si era necesario, se conformaría con media barra energética diaria.

—¿Para qué es la gelatina?

Echó un vistazo a su alrededor y vio a Ellie acurrucada contra un tronco caído revestido de líquen. El suelo del valle estaba cubierto por una alfombra de hojas y un montón de árboles marchitos y secos cuyos troncos recortados estaban hecho astillas y teñidos de frío musgo. Alex descubrió unos brotes de hongos mustios en uno de los árboles. Pollo de los bosques, si no se equivocaba. Qué pena, era una seta comestible que conocía bien, pero ya se había pasado la temporada. Demasiado tarde, demasiado frío, todo lo remotamente comestible —helechos, cerezos de Virginia, espadañas, flechas de

agua— estaría muerto o sería casi imposible de encontrar. Tendría que buscar frutos secos: nueces o hayucos. Prefería las bellotas, pero había que ponerlas en remojo. Varios días, si no recordaba mal. Por eso los ojibwa las dejaban para periodos de hambruna: algo que llevarse a la boca como último recurso. En fin, pero tampoco había.

—La gelatina es para darte energía rápidamente —le contestó—. La mezclas con agua y te la bebes antes de que cuaje.

—¡Puaj! —Ellie puso mala cara.

—No dirás eso cuando estés hambrienta. —Respiró hondo y lo dejó pasar, con un suspiro. Ahora que el día avanzaba, el aire se había enfriado, pero aún traía consigo ese extraño y pestilente olor a chamusquina—. ¿No lo hueles? Huele como a goma quemada o algo parecido.

—No. —Ellie se mordió el labio. Los auriculares del iPod le colgaban del cuello. Parecía pequeña y abatida, y sólo olía a pis y a sudor—. Yo no quería caerme, ¿sabes?

Aquella especie de disculpa era más de lo que Alex podía esperar de la niña.

—Nadie te está echando la culpa —mintió, pero no tenía sentido discutir—. Podría haberle ocurrido a cualquiera.

Ellie la miró largo y tendido y, cuando ya parecía que había dado por concluido el asunto, le preguntó:

—¿Por qué nos estaban disparando?

—No creo que nadie nos disparase —contestó, distraída, pensando que quizás debería recorrer la falda de la montaña a ver si encontraba su mochila. Era imposible seguir la trayectoria exacta que esta había descrito al caer, pero, si lograba precisar más o menos el lugar por donde había pasado, había una remota posibilidad de encontrarla—. Los dos primeros disparos provenían de un revólver y los demás de un rifle. Lo normal es que alguien que lleva un rifle tenga un objetivo y, si hubieran querido dispararnos, nos habríamos enterado.

—Entonces, ¿a qué le estaban disparando?

—No tengo ni idea.

Los rifles conllevan cazadores. Y también perros. ¿Usaban a los perros para cazar ciervos? Creía que no, pero la temporada oficial de caza no había empezado y la mayoría de cazadores no usaba pistola. Ahora que lo pensaba fríamente, esos primeros disparos —había habido más de tres, tal vez cinco— habían sido racheados. No parecían provenir de un cazador que derribaba con calma a su presa, sino de alguien lo bastante chiflado como para vaciar el cargador.

«Justo lo que necesitábamos: cazadores locos».

Ellie estaba bien con aquella parka rosa —era imposible confundirla con un ciervo—, pero su sudadera era negra. Sólo le faltaba llevar pintada una diana, como aquel ciervo de los dibujos animados de Gary Larson.

—¿Cómo sabes tanto de pistolas?

—Mi padre me enseñó.

—¿Para qué?

—Supongo que quería que tuviera las espaldas cubiertas.

—¿Por eso te dio esa pistola?

—Mmm. —No quería entrar ahí. Empezó a volver a meter en la mochila las cosas de emergencia—. Oye, voy a abrirme camino un poco por la falda de la montaña, a ver cómo está. Si se puede andar con facilidad, tal vez merezca la pena buscar mi mo...

—su voz se entrecortó.

Ellie tenía el estuche negro en las manos.

—Guau... Esto pesa, ¿eh? —sus dedos manoseaban la cremallera—. A lo mejor hay comida.

—¡No! —Alex le arrebató el estuche a la niña, sobresaltándola—. No es... no es

comida.

—¡Madre mía! ¡Qué exagerada eres!

—Es... —Alex introdujo el estuche en la riñonera y cerró la mochila—. Es privado.

—Me da igual. Yo me quedo aquí.

—No, deberías venir.

—No quiero.

—Bueno, yo... —Captó un movimiento por el rabillo del ojo y volvió la cabeza, escudriñando el bosque. Percibió un tenue temblor de hojas, casi a su espalda, y se dio la vuelta justo a tiempo de ver una sombra oscura avanzando entre la maleza... y el hedor, más asilvestrado que el del miedo de *Mina*, e incluso más bestial, la azotó. Un animal, pero ¿cuál? Había lobos y coyotes en los bosques. No lo sabía. Se concentró en el olor, dándole vueltas a la cabeza para intentar distinguirlo.

«¿Cómo voy a hacerlo? Una persona no es como un lobo o un perro, pero creo que estoy oliendo cosas que la gente normal no huele. Ellie no capta ese olor dulzón a chamusquina y me apostararía algo a que tampoco es capaz de oler esto».

Justo en ese instante, la niña le lanzó una mirada de desaliento por encima del hombro.

—¿Qué pasa?

—Nada. —No, no conseguía reconocerlo. Ni siquiera podía encontrar las palabras adecuadas. De no ser por el olor, habría pensado que sus ojos le habían jugado una mala pasada—. Creía haber visto algo, eso es todo.

—Yo no veo nada.

—Ya se ha ido. Lo más seguro es que no sea nada, pero no sé si deberías quedarte sola.

—Me importa un bledo lo que pienses. —Ellie hizo una mueca. Se le había rasgado una de las rodilleras del pantalón y tenía un arañazo en la rodilla. La parka rosa también estaba desgarrada y trocitos blancos de relleno artificial le sobresalían por todas partes—. Estoy cansada, no me gustas y no pienso ir a ninguna parte.

Bueno, con eso ya estaba todo zanjado.

—De acuerdo. Pues grita si necesitas algo.

—No te necesito.

—Sólo tardaré quince minutos.

Ellie volvió a colocarse los auriculares.

—Por mí como si no vuelves.

A los veinte minutos de abrirse camino entre las zarzas y de revolver montones de ramas astilladas, ya estaba resoplando. El bosque se le venía encima con sus garras y colmillos, tirándole del pelo, abofeteándole la cara, poniéndole zancadillas. Se detuvo para secarse el sudor de la frente, tratando de ver el asunto como un problema de geometría:

Si tuviera mucho tiempo...

Y si no tuviera que preocuparse por la niña...

Podría tener alguna posibilidad de encontrar sus cosas.

Sin embargo, a juzgar por todas aquellas rocas que se había encontrado hasta el momento, lo más probable era que su mochila estuviera hecha trizas y el contenido esparcido por la montaña como los restos de un avión estrellado.

Así que, vale, había que darla por perdida.

Volvió sobre sus pasos, tratando de acordarse de lo que ponía en el mapa. Tal vez, si se daban prisa, pudieran recortar otros siete u ocho kilómetros antes de que anocheciera. Eso las haría alcanzar el campamento donde habían planeado pasar la noche. Este se encontraba a unos quinientos metros del sendero principal y lo más probable era que tuvieran un sitio donde encender fuego, lo cual les vendría de perlas. Ojalá tuvieran suerte y pudieran encontrar allí refugio.

De pronto, creyó divisar una mancha rosa entre los árboles. Ellie estaba de espaldas a

Alex, contemplando algo que había en el suelo. Vio sus cosas de emergencia apiladas a un lado. ¿Qué? Recordaba perfectamente haberlas metido en la mochila. Y se había dejado la mochila porque pensaba estar de vuelta pronto; ¿qué estaba haciendo Ellie? —¡Eh! —Atravesó el arbusto—. ¿Qué estás haciendo?

Al oír la voz de Alex, Ellie dio un respingo, echó un rápido vistazo por encima del hombro y, como no debió de gustarle lo que vio, se puso en pie y retrocedió, con las manos en alto, mientras Alex salía del bosque.

—¡Sólo estaba mirando!

Alex bajó la vista y el corazón le dio un vuelco.

El estuche se hallaba abierto.



# 12

W

o a a robar nada —aseguró Ellie. Su voz sonaba un poco pegajosa y su aliento tenía un ligero olor a canela—. Sólo intentaba ayudar.

—¿Ayudar? —A Alex le salió la voz ronca y entrecortada por la rabia—. Te has comido tú sola una barrita energética entera.

—Tenía hambre.

Ellie probó a lanzar una mirada desafiante que, de algún modo, la hizo parecer aún más patética. Una lágrima brillaba como una perla en una de sus mejillas.

Quería estrangularla. Y no sólo por lo de la barrita energética.

—Te has comido la ración de un día...

—Sólo era una barri...

—¡Y querías saber lo que había en el estuche! Ese es el verdadero motivo por el que estabas fisgoneando en mis cosas.

—Bueno, ¿y qué pasa? —gritó Ellie. Dio un zapatazo en el suelo. Los ojos le centelleaban—. ¡Tampoco era para tanto! Sólo hay una biblia y un par de bolsitas. ¿Por qué vas por ahí con esa porquería?

—No es ninguna porquería. —La biblia de tía Hannah yacía en el suelo. En realidad, esta no era parte de la estrategia en sentido estricto, pero era lo bastante sólida y resistente para servir de colchón a las dos pesadas bolsas de plástico.

Ellie también había sacado la carta. El nombre *Alexandra Bethany* estaba rotulado con originales letras púrpuras a todo lo ancho del sobre y el papel olía, muy ligeramente, a lavanda y especias. Alex había metido la carta en la biblia al azar, sin pensar en ningún pasaje en especial. Nunca había considerado la biblia como un tablero de güija, pero, de alguna forma, la carta había encontrado su camino hasta Job: «Por eso me aborrezco y me arrepiento en el polvo y la ceniza».

—¿Esta eres tú? —preguntó Ellie.

No contestó. Le dio la vuelta al sobre en la mano y vio que la solapa estaba intacta. Volvió a deslizar la carta en su sitio, en Job, y luego encajó la biblia en el fondo del estuche. A continuación, cogió con sumo cuidado la mayor de las bolsas de plástico ahuecando ambas manos. La bolsa pensaba unos tres kilos y podía romperse con facilidad, pero su meticuloso reconocimiento no detectó ningún roto o desgarrón. El contenido era grumoso y gris y vacilaba en sus manos como si fuera arena. Casi llegó a pensar que no era más que polvo.

—¿Por qué vas con tierra por ahí? —preguntó Ellie.

# 13



—¿Falta mucho para que paremos? —Como Alex no respondía, Ellie volvió a insistir—. Se está haciendo de noche. ¿Falta mucho...?

—¡No! —exclamó Alex, sin volverse. Llevaban más o menos un par de horas caminando sin parar y en el más absoluto silencio. El sol apenas rozaba los árboles a su espalda y la luz se iba extinguendo a medida que la tarde avanzaba e iba cayendo la noche. El tiempo se había recrudecido, la copa de los altos y densos pinos estaba medio congelada. Una mullida alfombra de agujas de los árboles amortiguaba sus pasos como si caminaran sobre un espeso manto de nieve.

Al frente, distinguió una desvencijada señal clavada en un roble. En el letrero, que colgaba a la izquierda de un único clavo oxidado, se leía:

MOSS KNOB 16 KM



FIRE MOUNTAINS 22 KM



LUNA LAKE 52 KM



El estómago le dio un vuelco. ¿Más de cincuenta kilómetros para el lago? Más de lo que pensaba. Si tuviera sus cosas —sobre todo sus mapas—, podría buscar un atajo.

«Pero no los tienes, así que deja de volverte loca. Cálmate; puedes con esto».

Otra flecha, inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados y señalando al noroeste, le indicaba que poco a poco menos de quinientos metros podrían buscar refugio en el campamento de Spruce Valley. Menos mal.

—En unos quince minutos llegaremos al campamento —dijo Alex—. Pasaremos allí la noche.

—¿Al aire libre?

—Habrá un refugio.

—Pero sin agua; sin *nada*.

—Habrá agua. El mapa decía que había un arroyo.

—¿Un arroyo? Pero... ¿cómo voy a ir al baño? Ni siquiera tenemos una tienda. No quiero quedarme en el bosque. Me da escalofríos.

De pequeña, ¿también ella habría sido como una patada en el culo?

—Mira, Ellie, las cosas son así. Dormiremos en el bosque. Beberemos lo que podamos purificar. Compartiremos la comida. —Se detuvo un instante: sí, se lo estaba echando en cara; luego continuó—: Y, si tenemos mucha suerte, estaremos con los guardabosques en un par de días. Esta no es exactamente mi idea de pasárselo bien, pero eso es lo que hay. Lloriquea todo lo que quieras, pero no vas a cambiar nada, ¿sabes?

—No, no sé nada. —Siguió pataleando, aunque esta vez era más como un ruido sordo a causa de las agujas de pino. Si la niña se había sentido mal por robar la comida, debía de habersele pasado muy rápido—. No quiero estar aquí. No quiero dormir en el bosque. Ni siquiera tengo mi saco de dormir.

—Yo te enseñaré cómo hacer...

—Quiero un baño. Quiero una ducha. Quiero lavarme el pelo.

—Ellie. —Tuvo que apretar los puños para no gritar—. Estás en medio del bosque. No

hay manera de darse una ducha. Si tuviera mis cosas, podríamos asearnos.

—¡Es que no dejo de *olerlo*! —Ellie se tiró de los pelos con ambas manos—. ¡No puedo quitarme al abuelo de encima! Tengo su sangre bajo las uñas y en el pe-pelo...

—Se echó a llorar.

A Alex se le pasó el enfado. En ese momento, vio a Ellie como lo que realmente era: una niña manchada de sangre, despeinada, y exhausta. Y muy, muy pequeña. ¿Cómo no iba a estar asustada? En menos de doce horas, había perdido a su abuelo, había abandonado a la perra de su padre, había estado a punto de despeñarse y ahora se encontraba atrapada con una extraña que estaba casi tan asustada como ella y que se había puesto hecha una furia por un puñado de tierra y una carta de una mujer muerta.

—Oye, lo siento mucho. No sé en qué estaba pensando. —Alex trató de tranquilizar a la niña apretándole el hombro—. Ya encontraremos el modo de...

—¡No! —Ellie se zafó—. ¡No me toques! ¡Te odio! ¡Déjame en paz!

—Ellie —la llamó Alex, pero la niña se había dado la vuelta y había empezado a andar. Suspirando, Alex fue tras ella. Ellie se había marchado en la dirección correcta y no iría muy lejos. «Justo como un niño pequeño que se escapa de casa y acaba sentado en los escalones del sótano». A pesar de todo, su boca dibujó una sonrisa. Ella también una vez...

Se detuvo de pronto y olisqueó. Qué raro. Otra vez ese extraño olor a chamusquina, más intenso y, curiosamente, dulzón. A lo mejor ya llevaba un rato así y ella había estado demasiado ensimismada para darse cuenta o quizá ya se había acostumbrado a él. Pero ahora sentía —olía— algo más. Inspiró hondo y se estremeció al percibir aquel hedor horrible y casi como de otro planeta.

«Ay, por Dios, ¿qué es eso?».

El hedor revolvió las tripas: muerto, estancado y gaseoso, como un animal atropellado que lleva varios días bajo un sol abrasador. Era tan penetrante que se instaló en su boca. Escupió, pero el sabor persistía, le envolvía la lengua.

Justo delante, divisó la parka rosa de Ellie enganchada en una maraña de arbustos. Estuvo a punto de llamarla, pero en cuanto la vio, las palabras murieron en su boca al tiempo que se daba cuenta de algo más.

Era capaz de oler a Ellie de nuevo, pero a una distancia de... ¿veinte?, ¿veinticinco metros? Su olor era también bastante fuerte, no tanto como el de un animal aplastado, pero se trataba del mismo tufo complejo que ya había olido antes en la montaña: halitosis y leche cortada.

Miedo. Ellie estaba asustada. No, Ellie estaba aterrorizada. El aire traía consigo una mezcla de olores: el miedo de Ellie, aquel efluvio dulzón a chamusquina, su propio olor a sudor y ansiedad, y aquella pestilencia a carne muerta que se propagaba por el bosque como un humo grisáceo y ceniciento.

Ellie no se volvió. Se había tapado la boca con las manos y parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas mientras contemplaba algo al otro lado de aquel velo de ramas.

¿Qué estaría mirando? Algo le decía que en realidad no quería saberlo. Su cerebro primitivo le gritaba que echara a correr con todas sus fuerzas. Pero no podía dejar a Ellie, no de ese modo, no estaría bien.

Despacio y con cuidado, Alex se arrodilló, sintiendo la tierra frío a través de los pantalones de montaña. Ellie no movía un músculo. Sin pronunciar palabra, siguió la mirada horrorizada de la niña... y se le heló la sangre.

«No —pensó—. No, por favor, Dios, dime que no es verdad».

# 14



La tienda se había quemado y se había fundido al mismo tiempo. Lo que quedaba de ella estaba adherido a las chamuscadas varillas de aluminio formando pegotes de cenizas negras, frías y endurecidas, como carne petrificada en las costillas fosilizadas de un dinosaurio prehistórico. Un cacillo volcado vomitaba una masa marrón coagulada que se había derramada por las piedras bordeando el hoyo del fuego y había acabado filtrándose en la tierra. Una bandada de cuervos brincaba alrededor de una dispersión de miembros de su propia especie y, mientras Alex observaba, uno se inclinó, hincó su negrísimo pico en un pájaro carpintero muerto y sacó algo azul y fibroso que se metió en el buche produciendo un chasquido.

Junto al frío cerco del fuego había dos personas: un chico y una chica. Ella era rubia y llevaba una sudadera azul pastel con las palabras Somerville High y una raqueta de tenis estarcidas en blanco.

Dios mío. Conocía a aquella chica. ¿De dónde? Sí, de cuando paró a echar gasolina y llamó a tía Hannah.

Era Barbie Rubia.

No reconoció al chico, aunque seguro que iba en el primer autobús. Era larguirucho, casi todo piernas con una plataforma por cabeza. Su sudadera, también azul claro con las mismas letras, mostraba una pelota de baloncesto.

En otra vida, podían haber sido una parejita haciendo picnic. Salvo porque estos chicos no estaban comiendo bocadillos.

Había también una mujer: una con pinta de abuela tumbada bocarriba, con la cabeza caída hacia atrás y la mandíbula desencajada. Unas gafas pendían de una cadenita hasta rozar el suelo. A juzgar por los chorros de sangre seca de su mejilla derecha, le faltaba el ojo de ese lado.

Y la garganta.

Le habían rasgado la piel y el nudoso tubo de su tráquea sobresalía como una carnosidad solitaria. La sangre —y había habido mucha— se había secado y oxidado formando un amplio babero sobre el pecho de la mujer. Por la posición de sus manos agarrotadas, Alex murió. No le había servido de mucho, a juzgar por la manera en que sus tripas habían borboteado en una maraña oscura y disecada a modo de espaguetis flácidos.

El chico y la chica estaban comiendo. En realidad, se estaban atiborrando. Tenían la boca llena de salpicaduras de sangre, que le chorreaba por la barbilla como maquillaje corrido de un payaso. El chico, emitiendo un gruñido, hundió su mano en el abdomen de la mujer y estuvo rebuscando antes de sacar un puñado goteante de algo de color hígado y tan blando que Alex podía percibir el sonido viscoso que aquella víscera carnosidad producía al escurrírsele entre los dedos.

«¡Dios Santo!», Alex sintió nacer en su pecho un débil gemido y se tapó la boca con la mano para contenerlo. La vista se le nubló y sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas.

Barbie Rubia, dando un chillido, trató de arrebatarse el sabroso manjar a su compañero, pero Ken Baloncesto emitió un gruñido amenazador y apartó sus manos de un tortazo. Barbie Rubia hizo un mohín —«ahora sí se ha cabreado», pensó Alex en medio de aquella locura— y sacudió la cabeza tan fuerte que hizo que el mugriento pelo se le moviera. Entonces se apartó del chico, clavó dos rígidos dedos en la cara de la mujer y

le sacó el ojo izquierdo. Agitó triunfante el ensangrentado y resbaladizo globo ocular, como provocando a su novio baloncestista, aunque él no le prestó la más mínima atención y siguió engullendo lo que fuera que había extraído. Barbie Rubia, sacudiendo de nuevo la cabeza, se metió el ojo en la boca como si de una uva se tratara.

Ante aquella visión, Ellie dejó escapar un chillido minúsculo pero muy nítido.

El corazón de Alex intentó salirsele disparado del pecho. «Ellie, no, cállate, cá...».

El chico y la chica se quedaron quietos.

«No, no, no...». Alex observó, en una especie de angustiosa cascada de terror, cómo Barbie Rubia se enderezaba y luego levantaba la nariz y se ponía a olisquear. Estaba analizando el aire, comprobando si había intrusos, intentando captar olores: Alex se dio cuenta enseguida. Después de todo, ella los olía a ellos, a la mujer muerta, la tienda de campaña calcinada, el miedo de Ellie...

Tenían que huir de allí, poner pies en polvorosa. Había suficiente luz todavía como para ver el sendero. Si echaba a correr con todas sus fuerzas en ese mismo instante, puede que los dejara atrás. Alex tenía aguante; todavía estaba temblona por lo de esa mañana, pero gracias a Dios, llevaba meses sin quimio y se sentía bastante fuerte. Lo malo era que estos chavales habían sido atletas y ahora estaban actuando como... bueno, como animales. Auténticos animales. Así que seguro que eran bastante rápidos, e incluso si Alex conseguía escapar, no creía que Ellie pudiera hacerlo.

Entonces se dio cuenta de que había echado mano a su Glock y había desabrochado la correa de sujeción sin pensar. ¿Sería capaz de hacerlo? Sólo había disparado a dianas, nunca a nada vivo, y su conciencia se mostraba reacia: «No, son críos; tienen mi edad; no puedo dispararles sin más».

Pero al final no tuvo que descubrirlo.

Un cuervo las salvó. Envalentonado por la falta de reacción ante su presencia, el cuervo —muy grande y muy estúpido— decidió probar suerte. Brincó hasta Ken Baloncesto, dudó y luego trató de hacerse con un jirón de la carne de hígado que había caído al suelo.

Rápido como una serpiente, el chico agarró al cuervo del pescuezo. Este pegó un descomunal graznido de sorpresa. Ante el sonido, el resto de cuervos —la bandada entera— alzó el vuelo formando una escandalosa mano negra. Enajenada, Barbie Rubia empezó a dar vueltas alrededor del chico mientras este forcejeaba con el cuervo, que intentaba librarse. El animal era muy fuerte y se retorció, arañando la cara del muchacho con sus garras. Ken Baloncesto lo soltó gorgoteando de dolor. El cuervo cayó de sus manos en medio de una nube de plumas. Tenía un ala doblada, pero se movía rápido, alejándose a saltos y aleteando con la que le quedaba sana.

Por poco consiguió escapar.

Barbie Rubia giró sobre sus talones y esprintó como para llegar a una volea de tiro cruzado. Era, Alex se daba cuenta ahora, verdaderamente rápida.

El pájaro empezó a dar unos tremendos y estridentes graznidos. Barbie Rubia vociferaba de entusiasmo.

—¡Corre! —le dijo Alex a Ellie en un susurro apremiante—. ¡No mires atrás, tú sólo corre, corre, corre por el sendero y no pares!

Sin mediar palabra, Ellie salió disparada, haciendo tanto ruido al adentrarse en la maleza que Alex quiso que se la tragara la tierra. Con la mano todavía en la Glock, echó un ansioso vistazo por encima del hombro, pero o los graznidos del cuervo habían atenuado el sonido de la desbandada de Ellie o Barbie Rubia se lo estaba pasando demasiado bien como para desviar su atención.

La chica agarró al animal del pescuezo y se lo retorció con fiereza. Este emitió un restallido seco y crujiente como el del hueso de la suerte del Día de Acción de Gracias y, luego, Barbie Rubia le arrancó la cabeza de cuajo dando un chillido jubiloso.

Alex no se quedó a ver más. Dio media vuelta y huyó.

# 15

Alex?

—¿Mmm?

—¿Va a salir todo bien?

—Seguro. —Alex abrazó a la niña, más por conveniencia que por afecto. Cuanto menos espacio hubiera entre ellas, menos les calaría el frío. Debajo, su nido de hojas y ramas crujía como el celofán. El refugio era cálido, casi podría decirse que acogedor, por el calor que desprendían sus cuerpos, capturado por un mullido lecho de hojas de un metro de altura—. Todo va a salir bien. Un par de días más y estaremos con los guardabosques. Ellos sabrán qué hacer.

Habían estado corriendo mientras el cielo ardía en una extraordinaria puesta de sol, roja como la sangre, que a Alex le recordó un cuadro muy famoso en el que aparecía un hombre gritando junto a un puente. Habían seguido corriendo mientras esa extraña luz se extinguía y habían corrido aún más, tropezándose continuamente, con ayuda de la linterna, hasta que Alex ya sólo acertó a distinguir el olor del bosque y el de ellas mismas. En ese momento, la luna no había salido aún, el bosque era negro y el camino, demasiado peligroso para continuar.

Ellie no había querido comer. Alex no la culpaba; ella también tenía náuseas —casi como las de la quimio— y estaba hecha polvo por los sucesivos horrores de aquel espantoso día. Sin soltar su inútil iPod, Ellie la había estado observando construir rápidamente un refugio con ramas de pino y troncos. En algún punto del camino, la niña había vomitado y Alex utilizó su camisa para limpiarle casi toda la suciedad de la cara y la parka. La engatusó para que mascara la húmeda corteza interior de una ramilla de pino blanco: «Sabe a caramelo de limón, Ellie. Te lo juro». Los pinos eran también alimento en épocas de hambruna. Los ojibwa hacían harina machacando la resina seca y, aunque lo consideró, enseguida descartó la idea. No iban a quedarse allí más tiempo del necesario.

Pero sí que tendrían problemas si no conseguían encontrar agua, y pronto. El arroyo quedaba justo en la dirección contraria, pero no pensaba dar marcha atrás de ninguna manera, no mientras aquellos chicos estuviesen ahí fuera. Esperaba encontrar otro más adelante porque, a este paso, aún quedaban tres días de camino para llegar al río. La cosa no pintaba bien.

Para colmo, Ellie preguntó:

—¿Qué pasa con la comida?

—Tenemos la gelatina y las barritas energéticas.

—Pero yo me he comido una.

—No importa, Ellie. Tenías hambre. No pasa nada.

—La robé.

Optó por cambiar de tema:

—Cuando lleguemos al río, llenaremos las botellas y pescaremos un par de peces.

—Pero si dijiste que pescar nos retrasaría.

—Bueno, no necesariamente. Cuanta más fuerza tengamos, más rápido iremos. Tú tienes la caña y los cebos, ¿verdad?

—Ajá. —La voz de Ellie estaba tan exenta de matices que sonó tan transparente como

un vaso.

—Pues ya está.

—¿Y si no pican?

—Picarán. —Se quedó pensativa—. Tu abuelo te sacó del colegio para ir de excursión, ¿no es cierto? ¿Y cuándo se supone que tenías que volver?

—¿Al colegio? Mmm... el martes.

Era sábado.

—Lo que significa que tendrías que volver a casa el lunes, como muy tarde. ¿Hay alguien en tu casa?

—La señora Pierce. Vive en la casad de al lado y se encarga de las luces y de recoger el correo.

—Ahí lo tienes. Si el lunes no aparecéis, la señora Pierce se preocupará y probablemente llamará a los guardabosques de la entrada del parque o a la estación. No me extrañaría que los guardabosques ya te estuvieran buscando para cuando lleguemos.

—¿Y a ti nadie te echará de menos?

—Seguro que, de momento, no. —Cayó en que, sin el reloj, podía perder la noción del tiempo. Otra cosa más de la que preocuparse. Tal vez haciendo muescas en un palo...

—¿Y si la señora Pierce no se preocupa? ¿Y si espera un par de días?

—Bueno, preocuparte por que ella no se preocupe no sirve de nada. No te apures. Vamos, intenta dormir un poco.

—No puedo. —Algo crujió cuando Ellie se retorció—. Estas hojas pinchan.

—Inténtalo.

—Pero ¿y si...? ¿Y si esa chica...? ¿Y si ellos...?

—Nada. Todo irá bien.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque hemos estado un buen rato corriendo y no nos han perseguido. Y ahora está oscuro. Si tuvieran intención de cazarnos, ya lo habrían hecho.

Silencio.

—¿Y por qué estaban haciendo eso? ¿Por qué estaban...?

—No lo sé. —Tal vez aquel cortocircuito cerebral los había hecho volverse locos, como el ciervo y los pájaros. Pero los pájaros habían vuelto a la normalidad y Ellie también, y *comerse* a las personas era algo que no podía concebir, ni de lejos. Le daba dentera y se le ponía la carne de gallina sólo de pensarlo. ¿Habían matado esos muchachos a la mujer? Seguro. Parecía bastante mayor, de unos cincuenta o sesenta años, así que les habría costado mucho derribarla entre los dos. Casi podía ver la película en su cabeza, como uno de esos documentales de *Animal Planet*: los niños atacando, abalanzándose, encaramándose a la mujer, rajándole el vientre, arrancándole la garganta a bocados.

«Dios, como animales». El pensamiento le dio escalofríos. ¿Y qué era esa peste? Olía a... no lo sabía... a animal aplastado, sí, pero era algo así como rancio. No, rancio no era la palabra exacta.

Los chicos olían a... *salvaje*. Eran unos salvajes. Eran como zombis... sólo que estaban vivos en lugar de haber regresado de entre los muertos. O tal vez hubieran muerto y... No, no, aquello no era posible. ¿O sí? Por Dios, no tenía ni idea. Todo lo que sabía era que sus aparatos electrónicos se habían frito como sus cerebros. El cortocircuito cerebral les había afectado a todos: a los animales, a esos niños, a Ellie y a ella. Hasta ahora, pensaba que ella era la única que había cambiado, qué tonta, aunque no había tenido nada con lo que compararse. Maldita sea, no podía dejar de considerar que aquel cortocircuito podría haber afectado a una gran área: no sólo a la montaña, sino también al valle. ¿A cuánto quedaba la montaña? ¿A ocho kilómetros? Así que si el cortocircuito era un círculo, es decir, si tenía un radio de ocho kilómetros,

había que elevar esa cifra al cuadrado y multiplicarla por pi y...

«¡Madre mía!». Se le cortó la respiración. ¿Doscientos kilómetros cuadrados? El Waucamaw era enorme, tenía más de mil kilómetros cuadrados. Si estaba en lo cierto, aquel cortocircuito había afectado a una quinta parte del parque natural: mucho terreno. ¿Y a cuánta gente? Tan al norte, los colores otoñales ya hacía una buena semana que habían sobrepasado su punto álgido, lo que quería decir que las hordas de turistas ya se habían marchado.

¿Y qué les pasaba a aquellos niños? Habían *cambiado* de modo diferente a ella.

«O tal vez no». Se acordó de cómo Barbie Rubia había olisqueado el aire. ¿Se les habría acentuado también el sentido del olfato? ¿Sería aquel el primer paso?

Su mente incansable evocó ahora los disparos. Por primera vez, pensó que quizá la pregunta no fuera a qué le estaban disparando, sino a quién.

¿Qué iba a ocurrirle? Dios, prefería pegarse un tiro. Pero ¿y si no se daba cuenta hasta que ya fuera demasiado tarde? O peor aún: ¿y si no quería detener el cambio? ¿Y si no le importaba?

—¿Alex? —La voz de Ellie emergió de la oscuridad—. ¿Lo que les ha ocurrido a esos chicos va a pasarnos a nosotras también?

Se estremeció al ver sus pensamientos verbalizados en boca de Ellie.

—No —respondió de forma mecánica—. Ha pasado mucho tiempo, ya nos habría ocurrido.

«Mentirosa». Era una vocecita, apenas un susurro interior que exhalaba su mente. «No sabes nada a ciencia cierta. Has cambiado, aún estás cambiando. Estás oliendo cosas... hasta eres capaz de oler significados. El cortocircuito fue esta mañana y mira todo lo que te ha pasado desde entonces. Mira lo rápido que han cambiado esos chicos. A lo mejor, lo que les ha pasado a ellos no te ha ocurrido a ti todavía».

«Esfúmate». No podía preocuparse por eso ahora. Ojalá no tuviera que preocuparse por eso nunca. Lo único que quería era cerrar los ojos y no soñar nada: despertarse en su cama y comprobar que aquello sólo había sido una pesadilla o algo por el estilo.

—Venga —dijo—, vamos a dormir. Mañana tenemos un largo día por delante.

—Estoy demasiado asustada para dormirme —se quejó Ellie—. ¿Y si cuando me despierte no soy yo?

—Estaremos bien.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y si nos morimos?

—No, no vamos a morirnos. Hoy no. —Otra respuesta mecánica, otra dosis más de aquel humor negro, o realista, que había adoptado en los últimos dos años—. Ni mañana tampoco.

Una pausa.

—Lo siento por *Mina*. No quería marcharse, no quería venir conmigo.

—Al menos, lo intentaste —contestó Alex, aunque dudaba que fuera el caso, pues la niña odiaba a la perra.

—¿Crees que estará bien?

—No lo sé, Ellie. Parece una perra muy lista.

—A lo mejor se vuelve salvaje.

—Tal vez. No sé cuánto tiempo tardan los perros en volverse salvajes.

«Si están hambrientos, puede que muy poco». Ahora era su propia voz la que hablaba, no aquel otro susurro.

—El abuelo dice que hay muchos perros salvajes en el Waucamaw. Dice que la gente los abandona aquí porque creen estar haciéndoles un favor dejándolos en libertad, pero muchos se mueren de hambre y los que no, se vuelven salvajes.

—No creo que preocuparse por *Mina* ayude en algo.

—Ay. —Silencio—. Ojalá tuviera otra oportunidad.

—¿Para qué?



—Para todo. Ojalá me hubiera portado mejor con el abuelo —susurró Ellie, destrozada—. Ojalá me hubiera portado mejor con *Mina*. Si me hubiera portado mejor, puede que mamá no se hubiera marchado.

Alex no sabía qué decir.

—Tu abuelo dijo que tu madre se había marchado cuando tú eras muy pequeña. No puede ser por tu culpa. Eras sólo un bebé.

—Tal vez. Papá tenía algunas fotos, pero no le gustaba mirarlas porque se ponía triste.

—Ellie se quedó un momento callada—. Ya ni me acuerdo de papá. Está borroso. También me enfadé con él.

—¿Qué pasó?

—Que se fue, aunque yo le pedí que no lo hiciera. Dijo que tenía que irse porque era su trabajo.

Alex se sintió identificada.

—A veces, cuando estás triste, te enfadas con más facilidad.

—¿Tú te enfadas con tus padres? —le preguntó Ellie.

Alex se le hizo un nudo en la garganta.

—Continuamente —respondió.

Ellie no tardó en quedarse dormida, pero Alex, a pesar de lo cansada que estaba, no pudo relajarse. No dejaba de darle vueltas a la cabeza y estaba intranquila, nerviosa, hasta le temblaban un poco las piernas. Esas sensaciones le recordaron el día en que el doctor Barrett le administró una nueva medicina durante la quimio con la que se suponía que no iba a vomitar... Reglan, ¿se llamaba así? No se acordaba. Había tomado tantos medicamentos en los últimos dos años como para mantener en el negocio a todo el colegio de farmacéuticos. El problema con los medicamentos era que hasta los que se suponía que iban a atenuar los efectos secundarios tenían efectos secundarios. El Reglan, por ejemplo, le provocaba ansiedad y una horrible sensación de hormigueo por todo el cuerpo. Y le daban espasmos y náuseas: un rollo.

Se oyó el aullido de un coyote en la distancia, como el chirrido de una bisagra oxidada. Tenía que estar alerta. Después de todo, había animales y estaban aquellos dos caníbales con el cerebro frito. Quién sabe qué —o quién— les apetecería de postre. Sí, al menos una rápida ronda por el campamento. Mejor que estar ahí tumbada, hecha un manojo de nervios. Al estirarse para coger la Glock, que se había llevado consigo en la riñonera antes de acostarse, se estremeció al clavarse las duras y crujientes hojas, pero Ellie no se movió.

Sopesó la pistola. Su solidez le daba seguridad, y también su olor lubricante y el tenue tufillo metálico a pólvora quemada. La funda olía a zapatos cómodos, mezclado con un levísimo toque de sudor... Un olor que, estaba segura, no era suyo.

«Ay, papá, ¿qué hago?». Se le tensó la garganta. ¿La entendería si finalmente se veía obligada a usar la pistola? ¿Y su madre? Porque si Alex cambiaba todavía más —si se volvía como esos chicos—, tendría que asumir el control, hacer algo antes de que fuera demasiado tarde. De todas formas, no es que nunca hubiera pensado en el suicidio. Tal vez fuera una locura, pero el suicidio era una forma de hacerse cargo de la situación y combatir al monstruo: aquel invasor que nunca en su vida se habría imaginado tener. Matarse antes de que aquella cosa acabara su trabajo era burlarse de él, un modo de privarlo de la victoria final. Ahora, sin embargo, el monstruo y ella eran inseparables, una misma cosa, y eso lo cambiaba todo.

«Yo seré el monstruo. Por mucho que accione la pistola, no voy a sacarlo de ahí. Me estaré matando a mí misma».

Otro pensamiento aún más terrible la atemorizó. ¿Y si ella se quedaba igual, pero Ellie cambiaba? ¿Sería capaz de dispararle a una cría?

¡Dios, qué desastre! Se apresuró a salir del refugio, luchando por reprimir las lágrimas. En contraste con el calor del interior, sintió una bocanada de aire helado del bosque y

permaneció unos momentos tiritando en la oscuridad, tragando saliva. Sus hipidos sonaban muy altos y tuvo que taparse los temblorosos labios con la mano para reprimir un sollozo. «¡Para, para!». Tenía que controlarse. Tenía que actuar. Era la única que podía. Ellie sólo era una niña, así que ella era la única que podía sacarlas de esto. No tenía tiempo para autocompadecerse.

Ahogó un grito.

Tiempo. El avión. ¡El avión! Eso era lo que le había estado rondando por la cabeza durante todo el día: aquella especie de dolor de muelas, aquel asunto del tiempo. El avión no había regresado y siempre volvía a la misma hora, todos los días.

No lo había oído volver.

Barajó todas las posibilidades: tal vez se había estropeado y no podía viajar. O a lo mejor se lo había perdido, con todo lo que había pasado. O quizá los motores no tiraran lo suficiente para llegar al valle o había cambiado de ruta. O puede que no regresara a la base los sábados por la tarde. Tal vez volviera los domingos.

¿Y si el avión estaba en el aire cuando se produjo el cortocircuito? ¿Se habría estrellado? Repasó los acontecimientos de la mañana. El avión pasó a las 7:50. El cortocircuito tuvo lugar a las 9:20, noventa minutos después, más o menos. ¿Dónde estaría el avión en ese momento? Dependía de su velocidad. A lo mejor había aterrizado antes del cortocircuito. O tal vez no. ¿Lo oiría si se estrellaba? No lo creía.

Suponiendo que lo oyera y el avión: a) no se hubiera estrellado y b) hiciera la misma ruta los sábados por la tarde, o se lo había perdido con todas las emociones o es que el avión no podía volar. Si eso era cierto, entonces aquella cosa tenía un alcance mayor de doscientos kilómetros cuadrados.

Había dos maneras de averiguarlo. Podía esperar a que amaneciera, orientarse y aguardar. Si sobrevolaba el valle o pasaba cerca de él, lo oiría. Si no lo oía, tampoco quería decir que le hubiese ocurrido nada malo, pero seguiría teniendo un montón de preguntas.

O...

Una ventaja de estar a mucha distancia de la gente y de las ciudades era que no había contaminación lumínica. Incluso con luna, sería capaz de distinguir los aviones, por muy alto que volaran. Primero tendría que buscar un claro. Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, podía apreciar los alrededores inmediatos: una sucia maraña gris apolillada a sus pies, la negra silueta de los árboles emergiendo del suelo, rayos de luna que se colaban por el velo del bosque como apagadas monedas de plata. La luna no brillaba como de costumbre. Demasiado grisácea. Extraña. Durante los cuatro días que llevaba de camino, la luna había estado creciendo. La última vez que se había fijado, ¿cómo estaba? ¿En tres cuartos? Bueno, tal vez estuviera menguando.

Una especie de rayo entre gris y plateado brillaba a su derecha, lo cual significaba que había un claro entre los árboles. Se movió en esa dirección, despacio, protegiéndose los ojos con la mano para que le entraran las ramas más bajas, deteniéndose cada pocos metros a escuchar, estremeciéndose a cada paso con los susurros y crujidos del bosque. Aunque se sintió un poco tonta, olfateó el aire en dos ocasiones, distinguiendo la podredumbre de las frías hojas y de la madera empapada, pero no percibió aquel hedor a animal aplastado... nada que pudiera traducirse en *salvaje* o *peligroso*. Menos mal.

El claro del bosque era casi tan grande como una casa y Alex se colocó en el centro, con la cabeza hacia atrás y la mano izquierda levantada para tapar la luz indirecta de la luna que se colaba por un velo de pinos. Las estrellas se hallaban un poco apagadas: no brillaban como suelen hacerlo en otoño y en invierno, sino que estaban más borrosas, como en verano. Eso sí que era extraño. Las estrellas siempre parecían más brillantes en esa época del año, no sólo porque su posición era diferente, sino porque

el aire frío contenía menos humedad y la Tierra se distanciaba de la Vía Láctea. Con tan pocas estrellas visibles en el cielo, las que quedaban eran fáciles de reconocer y parecían brillar con más fuerza. Pero este cielo era nebuloso y las estrellas, no espejadas, sino abrojos plateados y etéreos.

¿Por qué pasaría eso? Volvió a oírse el ronco aullido del coyote, aunque apenas lo escuchó. Frunció el ceño y se fue dando la vuelta con los ojos fijos en el cielo nocturno y en aquellas extrañas estrellas... y en la luna.

«No». El corazón le dio un vuelco de repente, una dolorosa punzada, y se quedó boquiabierto. Estaba tan atónita que se olvidó de respirar. «No, no puede ser».

Pero lo era.

La luna estaba azul.

SEGUNDA  
PARTE  
TOM

# 16



legó al martes por la tarde, tres días después de lo que Alex había terminado por llamar «el Cortocircuito», y no había oído ni visto ningún avión, la luna era de un azul intenso y sólo les quedaban dos paquetes de gelatina instantánea y media barrita energética. La cabeza le daba punzadas por el hambre y el mono de cafeína, el estómago se le había encogido y ahora parecía del tamaño de una uva pasa y sus pensamientos estaban empezando a enturbiarse, a volverse torpes y densos. Y en cuanto a su cuerpo, había perdido más peso, no cabía duda. Seguía remangándose los pantalones y había hecho otro agujero en el cinturón de Ellie para evitar que la niña arrastrase los bajos de los vaqueros.

Cuando paraban para descansar, Ellie se limitaba a sentarse y a dejar la mirada perdida hasta que Alex la convencía de que debían ponerse en marcha de nuevo. A pesar de haber racionado el agua a media taza al día, en la botella sólo restaban dos tragos. El río quedaba aún a kilómetros de distancia y Alex sabía que la cosa no pintaba nada bien.

Porque habían llegado a la maldita bifurcación.

Alex permaneció allí parada durante unos segundos, absolutamente estupefacta. El sendero del valle estaba señalizado con marcas de un azul tan apagado que la corteza de los árboles se había comido el color y las había vuelto grises. Aparte de aquella primera señal deteriorada, no se habían tropezado con ninguna otra indicación. Y ahora esto: una bifurcación y marcas azules descoloridas en *ambos* senderos, los dos cubiertos de densa maleza. Además, parecía que nadie se había aventurado por ninguno de ellos desde hacía bastante tiempo.

—¿Por dónde tiramos? —preguntó Ellie al fin.

Algo que su padre siempre decía bulló de repente en su memoria:

—Cuando llegues a una bifurcación, tómala.

—¿Qué significa eso?

—Es broma —dijo Alex. Aquel recuerdo, sin embargo, le dio una idea.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ellie.

—Tú sólo... espera. —Alex cerró los ojos y se puso a olisquear de nuevo. Detectó su propio tufillo, qué gran sorpresa. Varios días cociéndose en su propio sudor le habían creado sobre la piel una fina película hormigante; tenía las mejillas quemadas, la boca pastosa y la lengua tan hinchada que le costaba horrores tragarse la gelatina instantánea, que se tomaba en polvo para ahorrar agua. Estaba el olor inconfundible de Ellie y también el del propio bosque y su mezcla de aromas: la penetrante esencia de la trementina de los pinos y la especiada y seca de las hojas muertas. Entonces lo captó: un rastro casi imperceptible de humedad. Abrió los ojos—. Por aquí —anunció y señaló el camino de la izquierda.

—¿Estás segura?

—Tan segura como puedo estar. La estación se encuentra al noroeste y el sol nos queda detrás a la izquierda. Si vamos hacia la derecha, nos dirigiremos hacia el sur y, por tanto, en la dirección incorrecta.

Caminaron mientras el día languidecía y el atardecer iluminaba el cielo con aquella extraña luz de color rojo sangre. El olor a humedad se hacía cada vez más intenso, o quizás era lo que quería creer. Alex podría haber seguido caminando, pero, al caer la

noche, Ellie estaba ya tan agotada que iba dando traspiés y lo último que necesitaban era que la niña se torciera un tobillo o se rompiera una pierna.

Alex se desabrochó la riñonera y le pasó la botella de agua.

—Termínatela. Voy a preparar un refugio.

Ellie meneó la cabeza.

—No tengo sed.

—Bébetela, Ellie. —Alex amontonó unas hojas—. Mañana llegaremos al río. Estamos muy cerca.

—Pero no quedará nada para ti.

—Yo estoy bien —dijo Alex, aunque fue más una respuesta mecánica que algo que pensara de verdad. Con los brazos llenos, se levantó y dio un grito ahogado al sentir un mareo repentino.

—¿Alex?

—No es nada. —Bueno, eso no era del todo cierto: estaba deshidratada y en las últimas. Tenía la cara fría y húmeda, y sentía todo el cuerpo débil y tembloroso. Esperó hasta que estuvo segura de que no iba a desmayarse y luego se dirigió al almacén de ramas que había construido al pie de un pino blanco. Descargó las hojas y empezó a colocarlas en el refugio—. Sólo estoy cansada. Vamos, bébetela.

Ellie pareció dudar, pero vació en su boca el último trago de agua que les quedaba. Aquella visión, aquel sonido líquido y delicioso y aquel olor desencadenaron un malestar tan intenso en Alex que le caló hasta los huesos. Así que dio media vuelta, se metió en el refugio y se entretuvo arreglando el lecho de hojas.

«Mañana tendrás agua —pensó, furiosa—. Concéntrate en...».

En aquel momento, se oyó un débil sollozo fuera del refugio y Alex frunció el ceño.

—¿Ellie?

—Lo... —la niña apenas sí podía hablar entre sollozos—, lo...

Alarmada, Alex salió a gatas del refugio.

—¿Qué te pasa?

—Lo-lo siento. Si-siento todo lo que ha pasado. —Ellie tenía la cara contraída, pero estaba demasiado deshidratada para que le brotaran lágrimas—. To-todo es cul-culpa m-m-mía.

—No es culpa de nadie. Amabas lo estamos haciendo lo mejor que podemos.

—¡Pero yo no! Yo t-te ro-robé la c-comida y tú me d-das tu a-agua. No sé hacer nada importante. Tú haces f-fuego y s-sabes por don-dónde ir. ¡Tú sabes hacerlo todo!

Aquello sí que no se lo esperaba.

—Bueno, entonces tendremos que hacer algo al respecto. Venga, te voy a enseñar a hacer fuego desde cero.

Tragándose las lágrimas, Ellie la miró sorprendida.

—¿De verdad?

—Claro que de verdad. —¿Qué había dicho tía Hannah? «No pongo en duda tu capacidad para salir adelante». Esa era la primera línea de defensa de Alex contra el monstruo. Tal vez lo único que le daba era una falsa sensación de fuerza, aunque ella se aferraría a aquel sentimiento si algún día se sentía desamparada. Le dio a la niña un pequeño codazo—. Venga, necesitamos leña.

Ellie se levantó para ponerse en marcha. Estaba tan entusiasmada que arrancó un pequeño pino seco. «Todo el puñetero árbol», como habría dicho tía Hannah. Este llevaba poco tiempo muerto y estaba demasiado verde para hacer fuego, pero Alex reprimió el impulso de señalar a la niña lo que había hecho mal. En lugar de eso, le enseñó a coger del árbol lo que podía resultarles útil —las agujas muertas y las ramas más finas— y luego hizo que apartara y amontonase la chasca.

—La base es muy importante. Si no la construyes bien, estarás perdiendo el tiempo. Perfecto, ahora viene lo mejor. —Alex abrió un sobrecito de apósitos impregnados en

alcohol, encogiendo nerviosamente la nariz por el fuerte olor que despedían, sacó de un pellizco la mayor parte de la gasa húmeda e hizo que Ellie sostuviera el envoltorio mientras ella encendía una de sus cerillas impermeables—. De acuerdo, aguanta el envoltorio —dijo, pasando la llama de la cerilla por debajo del hisopo húmedo. Este prendió con un pequeño *puf*. Una llama diminuta y como líquida brotó, brillante y azul. —¡Qué chulo! —exclamó Ellie llena de asombro.

—Sí, muy chulo. Está muy bien porque dura mucho más que una cerilla, pero ahora tienes que utilizarlo para encender y la yesca. —Observó a Ellie encenderla, vio cómo el halo naranja amarillento iba creciendo a medida que prendía y cómo luego casi se apagó—. Ven, mira —dijo, y sopló con suavidad sobre la lumbre casi extinta, que enseguida se iluminó tan ardiente y carmesí como aquellas feroces puestas de sol—. Venga, sopla, pero no demasiado fuerte.

El fuego se sofocó dos veces: una porque Ellie sopló demasiado fuerte y la otra porque se quedó corta. A la tercera, prendió y se mantuvo.

—¡Lo he conseguido! —gritó de entusiasmo. Alex se echó a reír cuando Ellie se puso a brincar y a bailar alzando al aire un puño triunfal—. ¡Lo he conseguido, lo he conseguido!

—Sí, lo has conseguido —asintió Alex, dando un abrazo a la niña—. Eres un hacha.

Se quedaron sentadas junto al fuego durante unas cuantas horas, alimentándolo y disfrutando del calor. Ellie no quería dejar que se extinguiera, pero, al final, Alex insistió en que debían dormir.

—Pero se apagará —protestó Ellie—. Se ahogará.

—No si lo resguardamos. Así. —Usando una rama larga y fuerte, Alex enseñó a Ellie a colocar los rescoldos para evitar que una corriente de aire los apagara—. Ahora es cuando las cenizas se vuelven importantes de verdad —dijo, y empezó a escarbar con cuidado puñados de cenizas frías que esparció sobre las llamas—. Las cenizas son como una manta. Protegen las ascuas durante la noche. Mañana por la mañana, lo único que tendremos que hacer es avivarlas un poco con aire y leña.

—Pero si nos quedamos para volver a encenderlo... —La cara de Ellie se arrugó de preocupación—, ¿no nos retrasaremos?

—No, no pasa nada. Así practicarás.

Cuando entraron a gatas en el refugio, Alex se sentía mejor de lo que se había sentido en varios días. Seguía estando hambrienta, pero podía soportarlo. Se encontraban cerca del agua y pronto estarían en la estación de los guardabosques. Lo conseguirían. Si fuera absolutamente necesario, acamparían durante un día cerca del río. Eso estaría guay. Llegar antes a los guardabosques no ayudaría a Jack, y tenía que pensar en Ellie. Quizás, pensó medio dormida, deberían pasar un tiempo en el río, pescar algo...

—¿Alex?

Volvió a rastras a la conciencia.

—¿Mmm?

—Gracias.

—Mmm —murmuró otra vez y bostezó—. No hay de qué.

—No, quiero decir, no sólo por lo del fuego. Gracias por no abandonarme.

Eso hizo que se despertara. ¿No tenía ella gran parte de culpa de todo lo que había pasado? No de lo de Jack, por supuesto, pero si no se hubiera asustado tanto y hubiera tenido un poco más de paciencia, estarían en mejores condiciones, con comida y cantidad de agua y mapas. Y ahora Ellie le daba las gracias.

—No pensaba hacerlo —replicó—. No estabas preparada y yo estaba demasiado asustada para darme cuenta.

—No me vas a abandonar otra vez, ¿verdad?

—No —lo decía en serio.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Encorvó el dedo meñique—. Juramento de meñiques.

Después de un momento de duda, Ellie ensartó su meñique alrededor del de Alex.

—No se te olvidará, ¿verdad?

—Nunca —prometió Alex y pensó que tal vez habían salvado un escollo. Mañana, cuando llegaran al río y tuvieran agua y pescado, los peores días habrían quedado atrás.

O eso creía ella.



# 17

Estaba profundamente dormida, pero, de pronto, se despertó sobresaltada, alerta, convencida de que algo iba mal. La luz del refugio era gris y veía esquirlas blancas a través del techo formado por ramas de pino. Fuera se oía el canto mañanero de los pájaros. Se había puesto la capucha de la sudadera, pero tenía la cara helada y la nariz como un carámbano de hielo y oía el viento susurrar entre los árboles y mojarle el rostro con su promesa de agua.

«Espera un momento».

Se incorporó con los codos y vio por qué tenía tanto frío. Por qué le estaba dando el viento en la cara.

Las hojas que había amontonado con tanto cuidado en la boca del refugio habían desaparecido. Veía la luz del día... y estaba sola. La riñonera seguía ahí, pero no había ni rastro de la mochila de Ellie ni de la Glock.

Salió del refugio tan rápido que todo se desmoronó. Al momento, se dio cuenta de que el fuego estaba tal y como lo habían dejado, así que Ellie no había intentado encenderlo por su cuenta.

—¿Ellie? —llamó. Luego más alto—: ¿Ellie?

Obtuvo lo que esperaba: nada. Pero volvió a oler a humedad y comprendió que el viento había cambiado de dirección. Y aún había más: sabía que estaban más cerca del río de lo que imaginaba.

Apenas tres segundos después, ya se había colocado la riñonera y echado a correr por el sendero a toda velocidad.

Percibió el sonido del agua borboteando sobre las rocas. Avanzó otros tres metros a través de una densa hilera de álamos y vio el remolino de espuma blanca. Casi se volvió loca al contemplar toda aquella agua. Quería correr y remojarse la cara; no, más bien quería sumergirse en ella y bebérsela toda.

«Despacio; tómatelo con calma».

Desenroscó el tapón de la botella, la rellenó, echó una pastilla purificadora, volvió a ponerle el tapón y la agitó. En siete minutos, podría saciar su sed.

El río era ancho —dieciocho o veinte metros—, con varios saltos y cascadas que continuaban unos cuarenta y cinco metros antes de mermar en aguas poco profundas y salpicadas de piedras. Un enmarañado trío de álamos había caído al agua desde la orilla donde ella se encontraba, que era más abrupta e inestable. Los árboles caídos actuaban como una presa, formando una profunda poza, no en el centro exacto, sino hacia la margen derecha, por lo que el agua descendía deprisa por la izquierda siguiendo una especie de canal natural de piedras. Un cuarto árbol se proyectaba por encima del agua. Hacia su mitad, el tronco se bifurcaba formando una amplia V y el extremo más grueso y robusto de aquella bifurcación quedaba sobre la poza.

Ellie estaba allí, agarrando la caña con las dos manos, con la espalda y los hombros encorvados del frío. Los pies oscilaban a unos cinco metros del agua. La cajita de cebos abierta reposaba sobre una mata de ramitas más pequeñas a su izquierda. La Glock —en su funda— descansaba a su derecha.

Al percatarse de su presencia, Ellie le lanzó una mirada que la joven interpretó sin problemas: «Por favor, no te enfades». Para su sorpresa, no estaba enfadada, sólo

preocupada por cómo iba a devolver a Ellie a la orilla sin que ambas acabaran zambullidas en el agua. No le costó nada encaramarse a la rama, pero los árboles estaban congelados y resbalaban con la escarcha. Sentía que los músculos de sus piernas huían de la frígida corteza. Tampoco estaba segura de que aquella cosa fuese muy estable. Cada empujón, cada sacudida, le daba grima y esperaba que se produjera un enorme CRAC de un momento a otro.

Se detuvo a medio metro de donde Ellie estaba sentada.

—¿De verdad crees que van a picar con este frío?

—El abuelo dice que los peces también tienen hambre. —Como para demostrarlo, Ellie dio un tirón al sedal, lo recogió y examinó una pequeña protuberancia naranja que había en el anzuelo.

—¿Qué es eso? Parece un gusano.

—Son huevas.

—¿En serio? —Todo lo que Alex sabía de pesca cabía en el reverso de un librito de cerillas—. ¿Como el sushi, quieres decir?

Vio que Ellie se quedaba pensativa.

—Más o menos. No creo que te apetezca comértelo. —La miró preocupada—. No te lo estaba escondiendo ni nada por el estilo.

—Ya lo sé. —Destapó la botella y bebió un trago. El agua estaba tan fría que le heló el cerebro y respiró con dificultad al sentir la quemazón bajarle por el pecho en dirección al estómago. Nada le había sabido nunca tan bien y, a pesar del dolor, dio otro trago, y luego otro. De no ser por Ellie, habría seguido. En aquella situación, entregar la botella era un acto de voluntad—. Bebe —le dijo a la niña—. Volveremos a rellenarla antes de irnos.

—Gracias —respondió Ellie, complacida. Dio dos tragos enormes, casi terminándose la botella, y miró temerosa a Alex.

—Anda, termínatela —asintió esta—. ¿Qué más da? Tenemos todo el río, ¿no?

—Sí. —Ellie continuó—. Gracias.

—No hay de qué —contestó Alex—. Bueno, ¿cómo va la cosa? ¿Tenías el cebo en esa caja?

—Ajá. Va bien.

—¿Y cómo sabes que este es un buen sitio?

—El abuelo me lo dijo.

—¿Porque es una poza?

—Ajá. Decía que siempre hay que tirar la caña río abajo, no justo encima de los peces... —Ellie continuó parlotando, pero Alex la escuchaba sólo a medias, con la mente varios pasos por delante, tratando de ver cómo abordar el asunto de: «Bueno, la próxima vez que decidas ir a dar un paseo, por favor, dímelo. Y, por cierto, no toques la Glock».

—Y luego te los comes. —Ellie acabó con una floritura.

«Te los comes». Aquello le llamó la atención. Se le hizo la boca agua y le rugieron las tripas. Si Ellie conseguía pescar uno o dos peces... A punto estuvo de dejar escapar un gemido.

—¿Sabes cocinarlos?

—Claro, ¿tú no? ¿No te lo había enseñado todo tu padre?

—Esto no.

—Bueno, pues tienes que quitarles las escamas. Con un cuchillo. Y rajarlos por la mitad para sacarles las tripas.

—Puj. —Era asqueroso.

—No es tan terrible —replicó Ellie sin darle importancia—. Las tripas te sirven de cebo.

—¿Y tú has hecho eso antes? —En verdad estaba impresionada.

—Sí. —La expresión de Ellie rozó la petulancia—. Luego los ensartas en unas ramas,

los asados al fuego y te los comes como el maíz o... ¿Alex? ¿Estás bien?

—Eh... —Alex empezó a hablar, pero el olor le sobrevino de nuevo, una fuerte oleada que le puso la carne de gallina.

—Alex, ¿qué te...? —La mirada de Ellie se quedó fija en un punto, más allá del hombro de Alex, y sus ojos se abrieron como platos—. ¡Oh!

Alex sabía lo que la niña estaba viendo. Mucho después, pensaría que toda aquella charla sobre la comida tuvo la culpa de lo que pasó a continuación; que, si no se hubiera distraído pensando en brochetas de pescado, las cosas habrían salido de otra manera. Tal vez.

El corazón le latía con fuerza. Alex se dio la vuelta, sabiendo lo que se iba a encontrar. Un perro.

# 18

En la orilla derecha, unos metros tierra adentro, había un collie con muy mala pinta: flaco, embarrado y triste. Un tramo de cuerda deshilachada colgaba de un collar desgastado. Cuando vio que Alex lo miraba, meneó su mugrienta cola unas cuantas veces y gimoteó.

—Oooh —Ellie suspiró—. Debe de haber roído la cuerda. O a lo mejor se le ha perdido a alguien. Seguro que está muy asustado y hambriento.

Alex pensó que probablemente era cierto. Después de aquella charla sobre perros salvajes de la noche anterior, al principio se sobresaltó, pensando que el collie podría ser salvaje, pero este perro parecía tan peligroso como *Lassie*.

—Hey, bonita. —No tenía ni idea de si era hembra o macho, pero seguro que el perro no era tan melindroso—. ¿Cómo estás? ¿Qué haces por aquí?

El animal movió la cola con mayor entusiasmo y aventuró un paso adelante y luego atrás.

—Oh, Alex, mira, está herida. —Alex sintió que el árbol se cimbraba cuando Ellie se echó a un lado para ver mejor—. Tiene sangre.

La tenía. Una mancha seca, color teja, salpicaba el cuarto trasero del collie.

—Alguien le ha disparado. —Dejando a un lado la caña, Ellie se giró y se arrimó a Alex dando pequeños saltitos—. Tenemos que ayudarla. Aquí, bonita, ven, no vamos a hacerte daño, ven.

Fue un movimiento de lo más fugaz y tal vez aquella borrosa imagen marrón desapareciendo en el bosque hacía cuatro días se había quedado en la retina de Alex, porque sus ojos no pudieron evitar desviarse a la izquierda, hacia una densa concentración de matorrales justo detrás del collie, y entonces le dio un vuelco el estómago.

Había otro perro echado en el suelo, detrás de unas densas zarzas. Este era de un marrón sucio y tenía una enorme cabeza en forma de hacha. Un chucho muy grande. Grande de verdad. Y el olor que percibió de él fue *peligro*.

Tal vez el collie viera a Alex desviar la mirada y presintiese que algo iba muy mal porque dejó escapar un pequeño aullido casi juguetón.

Ellie se rió.

—Quiere jugar.

Ahora que Alex sabía lo que estaba buscando, sus frenéticos ojos rastrearon el bosque a izquierda y derecha del collie. Distinguió dos perros más entre la maleza: un sabueso oscuro y manchado y un pastor alemán andrajoso, con la oreja izquierda colgando en costrosos jirones.

Cuatro perros. *Cuatro*. Había pasado menos de una semana desde que esta pesadilla comenzó y ninguno de estos perros parecía haber sido nunca la mascota de nadie.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ellie cuando Alex empezó a empujarla. La niña dejó escapar un lamento y luego oyeron que algo caía al agua—. Alex, has hecho que tire la cajita de los cebos...

—Retrocede —le ordenó Alex, infundiendo tanta energía como pudo sin gritar a pleno pulmón—. Hay más perros, Ellie. ¡Vamos, muévete!

—¿Qué? Yo no veo...

Alex oyó que Ellie soltaba un gemido.

—¡Ya! —Notó cómo la niña se alejaba poco a poco y ella la siguió tal y como estaba, a horcajadas sobre el tronco, con las palmas apoyadas en la corteza helada y sin apartar la vista de los perros. Observó cómo los otros tres salían sigilosamente de la maraña de arbustos y zarzas. El collie ya no meneaba la cola y había sustituido su mirada juguetona por lo que casi parecía rabia. Todos estaban rígidos, con las orejas erguidas y bufando mientras olisqueaban el aire. Mientras las olisqueaban a *ellas*.

—¡Fuera! —su voz tembló y Alex pensó: «Dios, sueno a “ven y cómeme”». Lo intentó otra vez, ahora con más dureza—. ¡Venga! ¡Fuera de aquí, largo!

Los perros no se fueron, sino que intercambiaron miradas. Alex casi los oía debatir y sintió que el aire se impregnaba de pensamientos. Entonces cuatro pares de ojos centelleantes echaron la vista atrás y el sabueso y el chucho gigantesco empezaron a husmear la ribera del río.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Ellie en voz alta—. ¿Se van?

—No. Están buscando un lugar por donde cruzar.

—¿Por qué?

—Porque así pueden atacarnos desde ambos lados.

El chucho y el sabueso habían elegido bajar por la ribera y se deslizaban por las hojas húmedas. Ella esperaba que perdieran el equilibrio, que se partieran una pata, que se mojaran y se amilanaran tanto que, simplemente, se dieran por vencidos, aunque no parecían los típicos perros que se daban por vencidos. Entonces recordó la sangre seca del collie y pensó: «La pistola».

—Ellie. —Estiró la cabeza. La niña tenía la cara blanca y estaba llorando en silencio: enormes lágrimas le corrían por las mejillas—. Ellie. La Glock. Cógela.

Los ojos de Ellie se abrieron como platos, pero asintió con una rápida sacudida, como una muñeca. Empezó a recular dando pequeños saltitos, como si retrocediese brincando sentada por una barra de equilibrio. Cada vibración arrancaba un grito ahogado del pecho de Alex, que le decía entre dientes:

—No tan rápido, tenemos tiempo, ten cuidado.

—¡Casi he llegado! —gimió Ellie. Había retrocedido hasta la V, pero en lugar de girarse, tanteó con la mano derecha hasta llegar a la Glock, que yacía en su espeso lecho de ramas...

Alex lo vio justo antes de que pasara.

—¡Ellie, no, *para*!

Demasiado tarde.

La mano de Ellie golpeó la pistola tan fuerte que esta salió despedida. A Ellie se le escapó un agudo «¡no!». Intentó alcanzarla, pero entonces su cuerpo perdió el equilibrio y volvió a gritar, echándose esta vez hacia delante y rodeando el tronco con ambos brazos. Alex observó con una especie de horror mudo cómo el arma rebotaba por la culata y el cañón una, dos, tres veces y luego caía al agua emitiendo un sordo y húmedo *glup*, un sonido que Alex había oído incontables veces de niña cuando tiraba piedras a un estanque desde un columpio hecho con un neumático. Observó, impotente y angustiada, cómo el agua se tragaba el arma. Cómo se tragaba a su padre.

—Lo siento. —Ellie mostraba los dientes sonriendo con un tenso rictus de terror. Abrazó el tronco con ambas manos—. Lo siento, perdí el equilibrio, lo siento, lo...

Tenía que haber algo más que pudiera utilizar como arma. Los ojos de Alex rastrearon el tronco, en busca de algo, lo que fuera. Vio que los perros estaban ahora vadeando el río, cruzándolo con cuidado por las piedras, con un ojo puesto en ellas y otro donde pisaba. Tenía que darse prisa.

—¿Y tu navaja? —La voz de Ellie sonaba entrecortada de terror—. ¿Puedes usar tu navaja?

—Es muy corta. —La hoja no era muy larga y lo único que tenía que hacer un perro era

esquivarla, cogerle la muñeca y listo.

¿Y si se tiraba al río? Alex era una buena nadadora. Echó un vistazo al agua, observó el caudal. Llevaba mucha corriente, las piedras estaban resbaladizas, había mucha profundidad y seguro que el agua resultaba cortante. Tal vez ella lo consiguiera, pero dudaba que Ellie lo lograra, no con botas, parka y ropa, que lo único que harían sería hundirla. Era consciente de que los perros también sabían nadar. Aunque se pusiera de pie, un resbalón podía suponer que aquellos perros se le echaran encima y acabaran con ella.

Tanteó por debajo del tronco, agarró una rama tan gruesa como su muñeca y tiró. La rama se dobló, rechinó. Lo intentó de nuevo con más fuerza, oyó un chasquido y después un sonido como de que se estuviera astillando. La rama cedió tan rápido que Alex resbaló y no pudo evitar dar un grito. Sin soltarla, se aferró aún más fuerte al tronco con los muslos, se golpeó la barbilla con la madera y sintió un dolor agudo, rojo y caliente como una tea cuando los dientes se le clavaron en la lengua.

—¡Alex!

—Estoy bien —respondió, tragándose un buche de sangre. La boca le dolía a rabiar. Sus dedos asieron el palo con firmeza—. Vuelve por donde has venido. Por aquella rama gigante desde la que estabas pescando. Date prisa. —Alex esperó hasta que Ellie hubo recorrido el tronco principal y luego la siguió poco a poco. Oía el crujir de las ramas y aguantaba la respiración a cada paso. «Por favor, Dios, deja que lleguemos hasta allí».

—Alex, ¿cuánto... cuánto quieres que me aleje?

Alex echó un vistazo. La rama era recia y resistente, tan gruesa como Ellie, y ella se encontraba a mitad de camino. Se inclinaba describiendo una suave curva, pero Ellie no se estaba balanceando, así que Alex pensó que aguantaría.

—Así está bien. Quédate ahí. Ya voy.

—Pero ¿qué estás haciendo? ¿Qué vamos a hacer?

Alex no contestó. No necesitaba ir muy lejos, sólo lo justo para que los perros tuvieran un único camino para llegar hasta ellas. «Un embudo que desemboca en un terraplén, como las rocas de la montaña». Si se alejaba lo suficiente de la V, los perros tendrían que acercársele en fila india y a eso podría hacerle frente. Chocó con la V y se abrazó al árbol para levantar la pierna izquierda y ponerlas ambas del mismo lado. Se oyó un sólido *tunc* cuando el lateral de su bota impactó contra la madera y luego elevó las caderas, pensando: «Nunca fui muy buena en la barra de equilibrio».

—Ya casi has llegado —dijo Ellie—. Levanta el culo.

Alex lo hizo, dejándose caer tan pesadamente en la rama que sintió cómo el dolor del golpe le recorría toda la columna. La rama rechinó y se combó bajo sus piernas, como un arco tensado para disparar, y Alex contuvo el aliento, esperando el crujido, la fractura, la afilada cuchilla de una roca rebanándole la nuca...

La rama osciló y crujió como el escalón de una casa embrujada, pero no se rompió.

Emitió un minúsculo chillido de alivio.

—Ellie, ¿puedes hacerme más sitio?

—Sí.

El tronco se estremeció en los brazos de Alex cuando Ellie retrocedió a toda prisa y entonces vio que la rama se remecía y se curvaba. Esta vez, el leño protestó con un fuerte quejido que le recordó a cuando se abre a la fuerza una puerta de madera hinchada por la humedad un tórrido día de verano.

—Ahí está bien. —Tal vez estaba demasiado lejos, pero al menos ahora tenía más espacio para maniobrar. Miró a la izquierda y vio que el chucho gigantesco ya había cruzado y estaba enfilando el tronco. Después se giró hacia la derecha y descubrió, llevándose un tremendo sobresalto, que el sabueso ya se encontraba a medio camino de la V, a sólo seis metros—. Ellie, agárrate muy, muy fuerte.

—¿Alex? ¿Qué vas a hacer?

No contestó. Se aferró firmemente a la rama con las piernas y entrelazó los tobillos. Se abrazó al árbol con el brazo izquierdo, pero dejó caer el derecho, asiendo un poco más su improvisado garrote.

A tres metros, en la bifurcación, el sabueso dudaba. Estaba tan cerca que Alex podía ver que sus ojos eran de un marrón turbio y lo blanco, rojo. Tenía los negros labios replegados dejando al descubierto sus fieros colmillos amarillentos. Se agazapó y fue dando un pasito tras otro.

Alex se balanceó.

El garrote cortó el aire con un silbido. El perro lo vio venir e intentó girarse para atrapar la rama con los dientes, pero era demasiado tarde y perdió el equilibrio. El palo astillado acertó en las costillas del perro con la suficiente fuerza para que la percha en la que estaban se cimbrara y el perro se puso a gañir, arañando la corteza mientras patinaba por el tronco resbaladizo. Sin dejar de aullar, cayó del árbol y, a diferencia de los gatos, impactó en el agua con un impresionante chapuzón que levantó un géiser en forma de corona helada.

«¡Sí!». La euforia le estremeció todo el cuerpo. Alex se giró para echar un vistazo por encima del hombro y divisó la cabeza negra del perro, brillante como el hule, aparecer en la superficie; pero había mucha corriente y el animal iba ya seis metros río abajo, sin dejar de ganar velocidad. Más allá de sus pies, Ellie estaba chorreando.

—¿Estás bien?

—Sí. —La cara de Ellie reflejaba tanto esperanza como pavor—. ¿Está muerto? ¿Se ahogará?

—No. —Alex observó cómo el perro luchaba por llegar a la orilla y diez segundos más tarde, salía chapoteando por la zona más baja de la derecha. El agua le chorreó por los costados y luego se esparció formando un amplio halo cuando el perro se sacudió. Momentos más tarde, ya estaba trepando por la ribera hasta la parte más alta—. Ahí viene otra ve...

—¡Alex! ¡A tu izquierda! ¡Mira!

El pastor alemán iba avanzando por el árbol mientras el collie observaba desde la seguridad del suelo. Alex percibió un movimiento a su derecha y vio al chucho gigantesco. El animal apoyó una indecisa pata en el tronco y empezó a dar pasos uno detrás de otro.

«No». Los perros se estaban acercando por ambos lados y ella sabía que no podría hacer esto eternamente. Si Ellie no hubiese tirado la Glock, podría haber...

Algo salió disparado del bosque, algo que se movía a tanta velocidad que Alex sólo pudo distinguir una mancha marrón. Luego se percató, con sorpresa, de que era otro perro.

«No, no, otro no». Y entonces captó su olor y pensó: «Espera, ¿esa no es...?».

—¡Mina! —gritó Ellie—. ¡Mina!

# 19



El sabueso se percató de que algo iba mal. Empezó a darse la vuelta, pero ya era demasiado tarde.

*Mina* se abalanzó sobre él, propinándole un sólido golpe que lo levantó por completo, poniéndolo vertical. El sabueso dio una extraña voltereta en medio de un gañido, cayendo sobre su lomo, pataleando y dejando el cuello al descubierto. *Mina* le dio un rapidísimo cabezazo y ahogó el gañido del sabueso clavándole los colmillos en la garganta. Con la tráquea seccionada, el animal no emitió sonido alguno. Sus patas se agitaban y daban patadas al aire y entonces, con un violento giro, *Mina* le arrancó la garganta. El cuello del perro empezó a sangrar a borbotones.

—¡Cuidado, Alex! —gritó Ellie.

Sobresaltada, Alex se giró rápidamente, justo en el momento en que una monstruosa sombra negra se cernía sobre ella. El chucho se adelantó, enseñando los colmillos y, si Alex no hubiera tenido tiempo de levantar el brazo derecho, la habría mordido. El perro se contentó con coger el palo entre los dientes, destrozarlo y retorcerlo salvajemente.

Alex tragó saliva y sintió cómo se resbalaba. El mundo empezó a girar a una velocidad de vértigo. Desesperada, hizo un último intento por agarrarse al tronco —oyó a Ellie gritar de nuevo—, pero no fue lo bastante rápida.

Cayó al agua, el impacto le extrajo todo el aire de los pulmones en una horrible zambullida. La bulliciosa corriente, tan fría que le quemaba la piel, le pasó por encima y se le nubló la vista al golpearse la cabeza contra una dura roca. Confundida y mareada, abrió los labios en un acto reflejo. En medio de una espiral de horror, sintió los músculos de la garganta agarrotados, abriéndose y cerrándose, hasta que, de pronto, el agua dejó de entrarle en los pulmones, como si hubieran cerrado un grifo. Ya no le entraba más, ya no se estaba ahogando.

Había empezado a asfixiarse.

Una mancha roja le emborronó la vista. Desorientada, con los pulmones a punto de explotar, se revolvió en un ataque de pánico y trató de ascender hasta un brillo lejano, que, se imaginó, sería la superficie, luchando desesperadamente contra el agua, que parecía agarrar sus pesadas botas, aferrar vorazmente sus ropas y tirar de ellas hacia abajo.

Cuando por fin pudo romper la barrera de agua, una cuchillada de aire le cortó la cara. Tosiendo, echó la cabeza hacia atrás, abrió por completo la boca e inspiró con fuerza una sola vez. La sangre le rugía, pero se le aclaró la vista y se dio cuenta de que había cambiado de dirección e iba río abajo, que seguía moviéndose y que el río la arrastraba vertiginosamente. Un monstruoso salto de piedras y rocalla amenazaba con cortar el paso, aproximándose deprisa a su cara. Demasiado tarde para darse la vuelta, ¡demasiado tarde!

El río la arrojó contra la roca. Sintió el impacto como una explosión en el hombro izquierdo y una descarga eléctrica hasta la punta de los dedos, pero eso sólo cuando fue capaz de percatarse de dos cosas a la vez.

Encasquillada en las piedras, casi horizontal, sintió que el agua la mecía, pero vio que estaba en los bajos del río, que tenían menos de medio metro de profundidad, y que miraba al cielo.

Y al chucho.



# 20

E

El agua chorreaba por los costados del chucho. Le manaba sangre de un tajo en el lomo a consecuencia de un impacto contra una roca o de haberse enganchado con una rama. No obstante, allí estaba el animal, vivito y coleando, y ahora se abalanzaba hacia su cara con una ristra de colmillos blancos y mortíferos.

Alex gritó y se apretó contra la roca, alzando el brazo que le quedaba libre —el derecho— para protegerse la cara. Fue instinto, puro y duro, y le salvó la vida. Retrocedió como los cangrejos, incapaz de ponerse de pie, y sintió que el perro se le echaba encima; esperó con pavor y casi a cámara lenta que las mandíbulas la hicieran picadillo y que sus huesos se rompieran... O tal vez fuera a por su garganta o incluso la metiera bajo el agua y la retuviera allí hasta que se hubiera ahogado. Su brazo, sin embargo, no se rompió, y se dio cuenta de que el perro había calculado mal y lo único que se había llevado era un buen mordisco de sudadera empapada. La presión alrededor de su brazo disminuyó durante un instante cuando el perro aflojó y retiró sus mandíbulas para intentarlo de nuevo y conseguir un mejor bocado...

*Mina* cruzó volando por delante de sus ojos. Al cabo de un instante, el chucho soltó a Alex y se giró, increíblemente rápido para un perro tan grande. Ambos canes se enzarzaron, colmillo contra colmillo, en una bola enmarañada de pelaje y músculo.

«¡Vamos, levántate, levántate, levántate!». Alex reaccionó tras su parálisis y fue gateando por las piedras resbaladizas para intentar incorporarse. Subió una rodilla, cogió impulso para erguirse y le faltó poco para caer de nuevo. Tenía sangre en la boca, la cabeza iba a estallarle de dolor y no sentía el brazo izquierdo. Las espumosas aguas tiraban de sus piernas e intentaban que volviera a sumergirse en el agua.

Ellie dejó escapar un desgarrador grito de espanto. Presa del pánico y aún aturdida por la caída, Alex vio que el pastor alemán había llegado a la V. Observó cómo el animal daba un cauto paso después de otro. Al tercero, resbaló y luchó por mantener el equilibrio ejercitando la cola de un lado a otro.

«Cáete —pensó Alex con todas sus fuerzas—. ¡Cáete!». Pero el animal no se cayó y, al cabo de un segundo, se había enderezado. Alex fue consciente de que jamás llegaría a tiempo hasta Ellie.

Volvió la vista a los perros justo cuando estos se separaron. *Mina* jadeaba, hinchando el pecho como un fuelle. Le manaba sangre de un rasguño en el cuello y, al saltar hacia atrás, Alex se percató de que la perra cojeaba, resintiéndose del lado izquierdo. El chucho también estaba ensangrentado, pero era un perro más grande y musculoso; *Mina* tenía todas las de perder.

Ellie gritó de nuevo y, durante un precioso y fatal segundo, la atención de *Mina* flaqueó al girar rápidamente la cabeza en busca de su dueña...

Y el chucho aprovechó la oportunidad.

Bajó la cabeza y empujó el lomo contra el pecho de *Mina*, que era más pequeña, arremetiendo contra ella y poniéndola patas arriba. *Mina*, que se retorció e intentaba en vano darse la vuelta en el aire, aterrizó en el suelo dando un tremendo espaldarazo. Antes de que pudiera recomponerse, el chucho volvió al ataque, con los colmillos curvados como cuchillas de cimitarras. En el último segundo, *Mina* se irguió dando una sacudida, pero el chucho ajustó el ángulo de ataque. Sus fauces aprisionaron la

pata delantera izquierda de la perra. Se oyó un fuerte crujido inquietamente humano y luego se quedó sobre tres patas, luchando por mantener el equilibrio.

—¡No! —gritó Alex. La parálisis que la dominaba se esfumó y sus dedos agarraron una piedra del tamaño de su puño y la lanzó.

Esta impactó en las costillas del perro. El chucho, dando un pequeño chillido —estaba más sorprendido que herido—, dio media vuelta para hacer frente a esta nueva atacante.

«Oh, no». Alex sintió que se descomponía por dentro. Se estiró para alcanzar otra piedra a tientas, sin atreverse a quitarle el ojo de encima al animal. «Si me ataca, si fallo...».

Un instante después, el hedor que inundó sus fosas nasales fue tan intenso y le pilló tan de sorpresa que Alex no pudo reprimir un grito. Vio que, al otro lado de la corriente, el chucho se erguía dando un respingo, levantaba su cabeza de hacha y después la giraba río arriba. Entonces supo que el chucho también lo había olido. Observó cómo agachaba las orejas y las pegaba a la cabeza y cómo metía el rabo entre las patas. El animal retrocedió un paso tras otro, chapoteó por las aguas poco profundas y salió chorreando por la margen derecha del río.

Alex era incapaz de moverse. *Mina*, que mantenía el equilibrio sobre tres patas, estaba rígida, con los pelos del lomo erizados. Miró a la izquierda y empezó a gruñir enseñando los dientes.

«Conozco este olor —pensó Alex, y el horror se abrió paso en su pecho—. Oh, Dios, esto me suena».

El hedor era tórrido y pegajoso: un tufo a asfalto alquitranado y a animal aplastado cuando se hincha por la descomposición. La hediondez era espesa como la niebla, apestaba a carne putrefacta y a tripas despachurradas y olía tan fuerte que se le formó una bola en la boca y le envolvió la lengua.

Sus ojos se desplazaron lentamente hacia la izquierda.

Y entonces fue cuando vio al hombre.

# 21

**S**hallaba de pie entre los árboles, casi en el mismo sitio donde los perros habían aparecido. Tenía el pelo cortísimo, rapado como un militar, y estaba mugriento: la ropa hecha jirones, la piel manchada de tierra y de sangre. Apestaba a muerte y a podredumbre.

Los perros salvajes estaban aterrorizados. Alex era capaz de oler su miedo. El chucho había salido disparado en dirección al bosque, pero el collie aún seguía allí, en la parte alta de la orilla, a apenas seis metros del hombre. Con la cabeza gacha y los dientes al descubierto, había retrocedido hasta el río, pero ya no podía continuar. En el árbol, y a sólo tres metros de Ellie, el pastor alemán se había quedado petrificado.

Ellie rompió el hielo.

—¡Ayúdenos! ¡Por favor, ayúdenos!

El hombre abrió la boca y, durante un disparatado segundo, Alex pensó que todo iba a salir bien... Una esperanza que no tardó en desvanecerse.

Lo que salió de la boca del hombre fue un rugido informe, algo tan primitivo que un escalofrío le recorrió la espalda. Después empezó a moverse, a embestir, extendiendo los brazos con las manos agarrotadas como zarpas sin dejar de bramar.

Alex sólo tuvo tiempo de pensar: «¡No, Ellie, por Dios!».

El hombre fue directo a por el collie. Era increíblemente rápido y ágil como una pantera. El collie saltó hacia la derecha, pero estaba demasiado cerca del borde. Un paso atrás y resbalaría por la pendiente. Al segundo, el hombre estiró la mano y agarró por un mechón de pelo al animal, que dejó escapar un agudo y espeluznante chillido al despegar las patas del suelo; el hombre empezó a columpiarlo y a darle vueltas en el aire, equilibrando el peso del indefenso animal como hacen los atletas para coger velocidad en el lanzamiento de pesos.

Al final, estampó al collie contra un árbol. Se produjo un tremendo topetazo; el perro emitió un frustrado gañido y cayó al suelo como un saco de harina. Echando espuma por la boca, el hombre enloquecido se cernió sobre el confuso animal, se agachó, le agarró cada quijada con una mano y dio un violento tirón, desgarrándoselas.

Sonó un chasquido de huesos, como cuando se rasga una tela por la mitad. El collie soltó un profundo chillido gutural al tiempo que su boca se partía.

Ellie gritó.

Alex contempló, con una fría punzada de horror en el corazón, cómo el hombre se inclinaba hacia el débil y ensangrentado animal. Por un instante, pensó que iba a besarlo, pero, en vez de eso, lo abrazó como un oso gigantesco —lo apretó literalmente contra su pecho— y lo estrujó.

Se oyeron los pequeños estallidos y crujidos de las costillas al romperse y de la boca del perro empezaron a manar unas enormes burbujas de sangre escarlata, aunque no era ya capaz de emitir sonido alguno, ni siquiera un gemido. El hombre le estaba exprimiendo la vida, dejando sin aire sus maltrechos pulmones.

Por increíble que pareciera, el hombre empezó a reírse. Una risa loca y maliciosa que hizo que a Alex se le pusieran los pelos de punta. Sin parar de reír, el hombre metió la mano en la boca del animal y le arrancó la lengua.

—¿Alex? —Ellie temblaba. Trató de darse la vuelta desde donde estaba—. ¿Aleeeex?

No podía responder... no se atrevía. Apretada contra ella, *Mina* también temblaba.

Alex observó al hombre morder el grueso y chorreante colgajo de músculo, arrancar un buen pedazo y masticarlo... para luego, rápidamente, escupirlo.

A Ellie se le escapó un alarido de asco y pavo y Alex pensó: «No, no, cariño, cállate». En la rama que quedaba más allá de Ellie, el pastor alemán pareció revivir. Trató de dar marcha atrás, pero estaba aterrorizado y se movió demasiado deprisa. Alex percibió el ruido de las uñas arañando la madera y cómo el perro resbalaba y caía al agua, rebotando con el lomo en un cercano canto rodado antes de pegarse un planchazo espectacular. Un instante después, su cabeza asomó a la superficie y este se puso a nadar furiosamente hacia la orilla más lejana, aunque la corriente lo arrastraba río abajo hacia donde se encontraban Alex y *Mina*.

Al oír la zambullida, el hombre enloquecido levantó la vista. Tenía un abanico de sangre en el pecho y la barbilla goteante le brillaba. Alex no se movió; comprendía por fin por qué los conejos tenían aquella costumbre de permanecer inmóviles. «No me veas, no estoy aquí». Observó cómo el hombre miraba río abajo, en dirección al pastor alemán, que acababa de alcanzar la orilla y se encontraba a menos de tres metros de Alex. A su lado, *Mina* lanzó un gruñido de alerta y Alex se asustó. Pero al pastor alemán sólo le interesaba huir y las ignoró, escalando la ribera y perdiéndose de vista.

Alex miró atrás y comprobó que el día se estaba apagando. El hombre se había incorporado. Aún enganchada en el árbol, Ellie parecía haber captado el mensaje. Se había vuelto pequeña, rosa e inmóvil, pero no sirvió de nada. El hombre sabía que estaba allí y Alex se percató, súbitamente, de que pretendía cogerla.

No le daba tiempo a subir por la ribera y el hombre se encontraba demasiado lejos para lanzarle una piedra, así que hizo lo único que podía hacer.

—¡Eh! —Se precipitó chapoteando hacia la margen izquierda y trepó por la ladera—. ¡Eh! ¡Aquí! ¡Eh!

Funcionó. El hombre se giró, con los ojos inyectados en sangre, y Alex volvió a captar aquel pegajoso y tórrido hedor a muerte. Torció el gesto y fue a por ella, con la boca abierta y coágulos de carne fibrosa colgándole de los dientes.

*Mina* la adelantó, más rápido de lo que Alex habría imaginado para un animal que sólo tenía tres patas buenas: parecía un relámpago. La perra saltó y mordió al hombre en el brazo derecho. Este berreó y sacudió a *Mina*, que no era un perro pequeño, levantándola del suelo. Sin dejar de vociferar, el hombre zarandeó el brazo a un lado y a otro, pero *Mina* persistía, con el cuerpo ondeante como una bandera. El hombre gruñó y cogió impulso con la mano izquierda para propinarle un puñetazo en la cabeza, pero la perra vio venir el golpe y se soltó del brazo. En cuanto sus patas traseras tocaron tierra, volvió a saltar, en un movimiento casi perfecto, abriendo sus fauces y cambiando el brazo derecho por el izquierdo. Agarrando al hombre por la muñeca, la perra se posó en el suelo y se oyó un chirriante crujido.

El hombre enloquecido soltó un agudo gorjeo y empezó a retroceder, hasta chocarse contra un árbol, revolviéndose y retorciéndose en una danza nerviosa y salvaje.

Al cabo de un instante, Alex oyó el inconfundible sonido de un cerrojo que se soltaba y una orden:

—¡Llama a tu perro!

Al otro lado del río, Alex vio a otro hombre abriéndose paso entre los árboles, con un rifle en alto. Era mucho más joven, cercano a su edad; tenía la cara llena de mugre y un mechón de rizos castaños le caía sobre la frente.

—¡Lámalo! ¡Ahora! ¡Date prisa!

—¡*Mina*! —gritó Alex, y luego, impaciente—: ¡*Mina*, venga, déjalo!

Sin saber cómo, la cosa funcionó. *Mina* se alejó de un salto, se dirigió a Alex, dio unas cuantas vueltas y se apretó contra su cuerpo, como para interponerse entre ella y el hombre enloquecido. Alex se arrodilló y rodeó a la perra con los brazos, hundiendo sus manos en el cuello del animal.

—Buena chica, ¡quieta, *quieta!*

El hombre enloquecido seguía gritando, con la cara descompuesta y los ojos, perturbados y sobrenaturales, brillando como faros en su cara ensangrentada.

—¡Jim! —gritó el joven del rifle—. ¡Jim! ¡Aquí! ¡Aquí!

El hombre enloquecido —Jim— se dio la vuelta. Aquel hedor a muerte y a locura se rezumaba por cada poro de su piel, perfumándolo con un efluvio asfixiante e intangible como el humo. Jim echó la cabeza atrás y emitió un extraño aullido que a Alex le taladró el cerebro: nunca olvidaría aquel sonido.

—Que Dios me perdone —dijo el chico, y apretó el gatillo.

La bala fue a estamparse en el entrecejo de Jim y salió con una mezcla de sangre, cerebro y hueso. Sus brazos cayeron a ambos lados, flácidos y sin vida; como un títere que de repente se queda sin titiritero, las piernas se le doblaron y se cayó por el bancal. Se golpeó la cabeza con un canto rodado y la corriente se lo llevó río abajo. Esta debería haberlo arrastrado hasta los bajos del río, pero se le enganchó un pie en una roca y allí se quedó. El agua se tiñó de color burdeos, convirtiéndose poco a poco en las negras fauces de un remolino a medida que Alex iba perdiendo la visión y su mente se nublaba.

—¿Alex? —La voz de Ellie sonaba muy lejos—. Alex, ¿estás bien?

«No, creo que no». Alex empezó a caer, el remolino la engullía, se la estaba tragando. «Creo que me estoy desmayan...».

# 22

Cuando despertó, ya no había luz, la oscuridad era pesada y caliente y tenía un dolor de cabeza espantoso. No podía moverse, no veía nada, así que pensó: «Ya está; he tenido un derrame cerebral y me voy a morir». Dejó escapar un quejido, largo y débil.

—¿Alex? —Una muesca metálica, un rayo de luz blanca y luego los brazos de la niña rodeándole el cuello—. ¿Alex?

—Ellie. —Respiró aliviada. Tenía los brazos enredados en una camisa de franela demasiado grande y tuvo que hacer un esfuerzo para liberarse del saco de dormir. El movimiento hizo que le doliera la cabeza, pero no le importó—. Oye —dijo, abrazando a la niña—, ¿estás bien?

—Estoy b-bien. —Ellie acurrucó la cabeza en su cuello y entonces Alex sintió el estallido de lágrimas—. Tenía tanto... tanto mi-miedo de que pudieras estar muerta...

—Venga, ya está, estamos bien. —Justo entonces se dio cuenta de que, aparte de la camisa y las bragas, estaba desnuda y tenía la piel bañada en sudor. La lucecita roja mate de un hervidor catalítico resplandecía en un rincón y pensó: «Tienda, estoy en una tienda de campaña».

En ese momento, todo se le vino a la memoria: la jauría de perros salvajes, el río, aquel hedor asfixiante a muerte, *Jim* y...

—Ellie, ¿dónde estamos?

—En la tienda de Tom. ¿No te acuerdas?

—No. Bueno, recuerdo a un tipo con un rifle...

—Ese es Tom.

—Tom.

—Sí, Tom Eden. Te trajo hasta aquí y te curó la herida de la cabeza. Dijo que, en el ejército, aprendes a hacer muchas cosas.

—Mi... —Se tentó con la mano por encima del pelo hasta palpar una gasa rugosa y algo que pinchaba debajo: puntos. Debía de haber estado totalmente inconsciente para no haber sentido eso—. ¿Cuánto tiempo llevo dormida? ¿Qué día es hoy?

—Jueves. Llevas dormida todo el día de ayer y hoy.

—¿Dos días?

—Ajá. Tom dijo que tenías una conmoción cerebral. Dijo que fue un milagro que no te desmayaras antes. Está fuera, preparando la cena. Yo venía a ver si estabas despierta.

—¿Dónde está mi ropa?

—Aquí. —Ellie apuntó con la luz a la derecha. Los pantalones de montaña y la ropa interior eran de Alex, pero el resto (un jersey de cuello alto verde oscuro, un conjunto de ropa interior larga y negra, un par de calcetines de lana colocados encima de sus botas) no lo era. Seguro que la camisa de franela que llevaba también era de Tom, lo que significaba muchas cosas... y todas se reducían al hecho de que la había desvestido, digamos, entera, cosa en la que, sencillamente, no quería pensar y mucho menos intentar recordar.

—De acuerdo —comentó—. Dile que ahora salgo.

*Mina* fue la primera en verla. Empezó a mover la cola y se levantó con gran esfuerzo.

Tenía la pata izquierda entablillada, pero le hizo cabriolas a Alex, que se arrodilló y envolvió a la perra en un abrazo.

—Buena chica —dijo—. Eres una perra muy buena.

—Bienvenida. —Alex levantó la vista y vio a Tom junto al fuego, meneando algo crepitante en una sartén de hierro fundido—. ¿Cómo te encuentras?

Tenía las preguntas en la punta de la lengua, pero entonces le vino aquel olorcillo a carne frita y a tocino chisporroteante que hizo que las preguntas se anegaran a medida que se le hacía la boca agua.

—Dios, eso huele genial. ¿Qué es?

—Mapache y alubias blancas, y también hay té.

—Mapache. —Vio que Ellie se tapaba la boca para disimular una risita y volvió a mirar a Tom—. ¿Lo has cazado tú?

—Bueno, por FedEx seguro que no ha llegado. Además, la perra necesita comer carne... Vamos, siéntate antes de que te desmayes.

—Ellie me ha dicho que crees que tengo... que tuve una conmoción cerebral. ¿No se supone que no debes dormir si has sufrido una conmoción?

—Bueno, supongo que tú tenías otros planes —replicó, y ella decidió que Tom Eden tenía una sonrisa muy bonita, sobre todo por ese hoyuelo en la mejilla izquierda. No era mucho mayor que ella. ¿Qué tendría? ¿Diecinueve? ¿Veinte? Se preguntó si habría algún modo elegante de descubrirlo y luego se preguntó por qué se lo estaba preguntando—. ¿Qué tal tu cabeza? —quiso saber Tom.

—Como si alguien me hubiera estampado un ladrillo.

—No me extraña. Tengo ibuprofeno, aunque antes deberías echarle algo al estómago.

—Señaló con un cuchillo—. Las medicinas están en aquella bolsa de lona y puedes usar esa chaqueta. Te estará un poco grande, pero es mejor que nada. Perdona por lo de tu sudadera, pero estaba hecha polvo y la usé para entablillar la pata de la perra.

La chaqueta era mucho mejor que nada: gris marengo y lo bastante larga para que le quedara a medio camino entre el trasero y las corvas. El tejido desprendía un aroma almizcleño que olía a seguridad: era como estar envuelta por unos brazos fuertes que sabes que nunca te abandonarán.

Tom le alargó una taza y un plato de aluminio lleno hasta arriba.

—Sé que tienes hambre, pero cómetelo despacio, ¿vale? Estaría bien que se te quedara en el estómago.

Ellie ya estaba engullendo y su estómago rugía de hambre, pero no hizo ademán de coger la comida.

—Mira, no pretendo ser desagradecida, y sé que le disparaste a aquel tío...

—Aquel tío se llamaba Jim, era un buen amigo mío, y de nada.

—Ah. Perdona. Y gracias. Por salvarnos, quiero decir. —Ahora no iba a echarse atrás—. Pero no te conozco y no recuerdo nada de lo que pasó después de que... después de que dispararas a tu amigo.

—Bueno, tú te desmayaste. Muy cerca del río, y tuve que meterme a por ti. Después me aseguré de que seguías respirando... Ellie, ¿qué pasó después?

—Me ayudaste a bajar del árbol, Tom —dijo Ellie. La barbilla le brillaba por la grasa. Sonrió abiertamente a Alex—. Tom me dejó llevar su arma.

—Y lo hiciste muy bien —confirmó Tom.

—Porque tuviste que llevar a Alex en brazos y la cabeza le sangraba que no veas.

—Eso es verdad. —Tom volvió a mirar a Alex—. Luego te puse los puntos, monté el campamento, le quité a Ellie la ropa mojada y entre los dos te quitamos a ti la tuya y después... ¿De verdad quieres que siga?

—No... Sí. —Se abrazó a sí misma—. ¿Eres, no sé, una especie de enfermero? ¿O estás estudiando medicina o algo de eso? ¿Cómo sabes tanto?

—En el Ejército te enseñan medicina básica para el campo de batalla y, si no te

despegas de los médicos, aprendes más.

—De acuerdo. Entonces, si estás en el Ejército, ¿qué haces aquí?

—Estoy de permiso de mi misión en Afganistán. Estábamos de acampada: Jim, su tío Stan, Earl (el padre de Jim) y yo. Jim era el líder de mi equipo y no, no puedo decirte dónde estábamos exactamente porque entonces tendría que matarte.

Ella intentó no sonreír.

—No tiene gracia.

—No, supongo que no.

—¿Dónde está Stan? ¿Y Earl?

—Mira, estaré encantado de contestar todas tus preguntas después de comer. —Como ella seguía de pie, él colocó la taza el plato en el suelo—. Al menos, siéntate.

—¿Por qué?

—Porque cuando te desmayes otra vez y te caigas a la hoguera, no quiero tener que apagarte el fuego del pelo; y, además, siento debilidad por ese jersey de cuello vuelto. Ahora sí que sonrió. Se agachó y se sentó con las piernas cruzadas.

—¿Mejor?

—Mucho. —Volvió a mostrar su hoyuelo. A la luz de la lumbre, su piel desprendía un resplandor naranja—. Ellie me dijo que eras un poco cabezota.

—¿Ah, sí? —Alex dedicó a la niña una mirada de fingida indignación—. ¿Y no te ha hablado de sí misma?

—Me dijo que antes creías que era una petarda.

—Bueno —dijo Alex, acercándose el plato—. Lo era.

—Oye, que estoy aquí —repuso Ellie encantada.

—Creo que, con todo lo que ha pasado, nos hemos ganado el derecho a tener un par de días malos —contestó Tom.

Alex se metió una cucharada de alubias y carne. Olía tan bien que pensó que iba a desmayarse.

—¿Sabes lo que está pasando?

—Primero la comida —contestó Tom—. Luego hablamos.

A pesar de lo que le había dicho Tom, le costaba comer despacio, pues tenía un enorme agujero en el estómago. El mapache estaba duro y un poco fuerte, pero tenía demasiada hambre para pensar en eso. Se lo zampó todo cucharada a cucharada, intercalando la comida con tragos de té hasta que la cuchara chocó con el metal y la taza estuvo vacía. A su derecha, *Mina* dejó escapar un gemido lastimero y Alex puso el plato en el suelo para que la perra lo dejara limpio a lametones.

—Anda, para que no diga que nunca te doy nada.

—Esa perra come como un caballo. —Tom volvió a llenar la taza de Alex—. Si te sientes capaz, podemos alcanzar el sendero de nuevo mañana por la mañana. Ellie me comentó que os dirigíais a la estación de los guardabosques, ¿no?

Asistiendo, sorbió el té, dejó que le envolviera la lengua, saboreó su dulzor y su punto amargo. «Té ruso o de por ahí», pensó. Su madre había sido una gran bebedora de té.

—Fue lo único que se me ocurrió. Me refiero a aparte de volver a mi coche, aunque apuesto a que no arrancararía.

—Sí, diría que esa es una apuesta segura.

—¿Sabes qué ha pasado?

—¿Te refieres a Jim o a todo?

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Intentó convertirlo en una broma y luego pensó que en realidad no había nada remotamente divertido en aquella situación. Ellie vino a acurrucarse y ella la abrazó mientras que *Mina*, después de terminar con el plato, se echó sobre el muslo izquierdo de Alex.

Vio que los ojos de Tom pestañeaban mirando a Ellie, como si se debatiera por lo que debía decir.



—Verás, barajo sólo un par de ideas y no todas tienen sentido, sobre todo las de...

—Hizo un gesto hacia su propia cabeza—. Ya sabes. Lo que le pasó a Jim o a su padre.

A la luz de la hoguera, sus ojos —de repente, recordó que eran de un extraño azul ahumado a la luz del día— parecían negros. Durante un momento inquietante, se acordó de la mujer muerta con las gafas colgando de la cadenita y nada más que cuencas vacías. Quería preguntarle por Jim, pero tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar.

—¿Lo sentiste? ¿El Cortocircuito?

—¿Es así como lo llamas?

Ella asintió.

—¿Pasó también aquí abajo, en el valle?

—Oh, sí. Creí que me iba a estallar la cabeza.

De acuerdo, esas no eran buenas noticias. La montaña estaba a unos treinta kilómetros de distancia. A pesar del dolor de cabeza, se esforzó por hacer cuentas y enseguida se arrepintió. Suponiendo que el Cortocircuito se hubiera propagado en círculo, habría sobrepasado los límites del Waucamaw.

—¿Tus aparatos electrónicos también se han frito?

—Todos los dispositivos de estado sólido, sí.

—¿Y qué pudo provocar eso?

—Bueno —Tom bajó la vista al fuego y después levantó los ojos para encontrarse con los suyos—, no lo sé con seguridad. Me refiero a que estamos en medio del bosque y no tenemos manera de conseguir información, ¿sabes? Pero conozco a los militares y están probando cacharros todo el rato. Así que, basándome en eso y en algunas cosas que sé (atando cabos), creo que fue un PEM, un pulso electromagnético. Probablemente más de uno. Se supone que un único PEM no fríe a la gente. De hecho, no creo ni que veinte lo consigan. Al menos, no en teoría. Nadie lo ha probado antes.

—¿Qué se supone que hace un PEM?

—¿Has visto alguna vez *Ocean's Eleven*?

Intentó recordar.

—¿Es esa en la que sale Brad Pitt y Clooney? Es un poco *antigua*.

—A mi madre le gusta. Bueno, le gusta George Clooney. En cualquier caso, esto es como esa película. ¿Recuerdas la pinza? ¿Lo que utilizaron para cortar la electricidad? Alex recordó a Don Cheadle protegiéndose la entrepierna.

—Me acuerdo de algo sobre unos rayos X.

—Sí, eso es lo que haría una pinza real: liberar este gran estallido de rayos X, aunque haría falta mucha más energía de la que salía en la peli y una pinza real es demasiado grande para que quepa en una furgoneta. Pero los rayos X no fueron los que provocaron el apagón en la película. Fue un PEM, un pulso electromagnético.

—¿Algo parecido a una gran subida de tensión? ¿Es eso lo que nos pasó?

—Creo que sí. Es lo único que tiene sentido. Coge un puñado de PEM, actívalos con la suficiente potencia, deja que se esparzan por todo el campo magnético terrestre y freirás cualquier cosa que dependa de aparatos de estado sólido. También te cargarías las redes de suministro de energía, los dispositivos de comunicación... provocarías un *cortocircuito*, como tú dijiste. La gente dice que hay maneras de proteger sus equipos, pero, para variar, eso es sólo en teoría. Como construir un refugio antinuclear con la esperanza de que el diseño te permita olvidar que ahí fuera hay una guerra.

—¿Por eso se calentó mi iPod? —preguntó Ellie.

—Seguramente. Esa es la razón por la que los leds no funcionan, pero esas linternas con las bombillas antiguas sí. Aunque pudiéramos encontrar una radio antigua, o incluso un camión realmente viejo o un coche de época con radio, apuesto a que no habrá nadie emitiendo, al menos no por aquí cerca. Si fueron unos cuantos PEM, no

habrá electricidad y todos los ordenadores estarán fritos. Los satélites de órbita baja también se habrán tostado.

—Un momento, un momento. —Alex se presionó con un dedo la sien derecha para aplacar el dolor taladrante—. ¿Por qué tiene que ser todo? Tal vez es como tú dijiste: sólo en el Waucamaw. Aun así, es mucho territorio, pero...

—¿Has visto algún avión desde este... —Tom hizo un gesto con la mano— este Cortocircuito?

Alex apretó la mandíbula.

—No. Eso no significa nada. —Mentira: el Waucamaw estaba aislado, pero ella había visto muchas estelas de aviones que hilvanaban el cielo azul a una gran altitud antes del Cortocircuito.

—¿Recuerdas el 11-S?

—Yo no —intervino Ellie. Sonaba apagada y un poco temblorosa y Alex se le acercó aún más con un abrazo—. Todavía no había nacido.

—Entonces yo no era mucho mayor que Ellie ahora. Lo único que recuerdo es lo que vimos en la tele y que el director organizó un acto conmemorativo —dijo Alex.

—Yo tenía diez años y eso es más o menos lo que recuerdo también —respondió Tom—. Pero mi padre estaba en el extranjero cuando ocurrió. Justo después, todos los aviones de Estados Unidos permanecieron en tierra. Durante días, no se permitió que ningún avión entrara en nuestro espacio aéreo. Mi padre no pudo volver. Tardó una semana más en llegar a casa.

—¿Y?

—Y lo que estoy diciendo es que no hemos visto ningún avión. El Cortocircuito pasó hace seis días. O los vuelos no están permitidos o es que los aviones no pueden volar.

—¿Y si nos han atacado? —Alex pensó inmediatamente en tía Hannah, sola en su apartamento cerca del lago Michigan. «Espera, si sólo pasó aquí, ella estará bien»—.

¿Como en el 11-S?

Tom asintió.

—O un gran accidente. Los militares siempre están probando sistemas armamentísticos. Eso es lo único que se me ocurre.

—¿Es eso lo que pone la luna azul? —preguntó Ellie—. Alex dijo que el cielo no está como siempre. ¿Es por eso?

Tom arqueó las cejas con interés.

—¿Qué has notado?

—Sólo que las estrellas están un poco borrosas. —Deseó que Ellie no hubiera sacado aquel tema. Llenarle la cabeza con lo que Tom estaba sugiriendo ya era demasiado fuerte. Dio una explicación apresurada y luego añadió, de mala gana—: Las puestas de sol son extrañas. Demasiado rojas. ¿Puede hacer eso un puñado de PEM?

Tom levantó las manos en un gesto de impotencia.

—Tu suposición es tan buena como la mía. Hay cosas que encajan y otras que no. Por ejemplo, las puestas de sol. En Iraq y Afganistán también son muy rojas, pero eso es a causa del polvo y la arena.

¿Explicaría el polvo también lo de la neblina de las estrellas? Tenía sentido. Pero ¿qué podía levantar tanto polvo? El 11-S fue más una impresión que algo que pudiera recordar realmente. Entonces era muy pequeña, de modo que el ataque no le afectó demasiado. Las imágenes de las torres desmoronándose y las columnas de cenizas humeantes eran lo único que recordaba. «Cenizas y humo...». De repente, deseó poder buscar en Google *puesta de sol + humo + rojo*.

—Así que no sabemos nada a ciencia cierta, ¿no? —dijo en voz alta.

—Sin más información —contestó Tom—, lo único que sé es que un PEM, a la altura adecuada y en el centro geográfico de los Estados Unidos, sería suficiente para borrar Norteamérica del mapa.

—¿Solo con uno?

—Eso explicaría por qué no hay aviones y por qué nuestros aparatos electrónicos no funcionan.

—¿Qué puede provocar eso?

Tom parecía apesadumbrado.

—Conozco dos maneras: con un arma nuclear detonada a gran altitud o...

—¿Nuclear? —A Alex le vinieron a la cabeza imágenes de nubes en forma de hongo en el horizonte, tormentas de fuego y enfermedades causadas por la radiación. Imágenes de cenizas y humo—. Si hubieran lanzado una bomba nuclear sobre el Waucamaw, ¿no se habría formado una nube?

—Depende de dónde la hubiesen detonado —aclaró Tom—. Si la bomba estalló a la suficiente altura, tal vez ni siquiera vimos el fogonazo.

—Bueno, esa no me gusta —dijo Ellie temblorosa—. ¿Cuál es la otra opción?

—Una bomba electromagnética, una diseñada para liberar un PEM.

Ninguna de las dos alternativas sonaba bien. Esto era igual que cuando Barrett le explicaba los pros y los contras de la radioterapia: «Existe una posibilidad de que se produzcan más heridas por quemadura o que tu bulbo raquídeo se vea perjudicado, pero al menos tu médula no sufrirá daños».

—¿Qué crees tú que fue? —preguntó Alex.

Tom se encogió de hombros.

—¿Cualquiera? ¿Ambas? No lo sé. Corea del Norte tiene bombas, Irán está fabricando armas nucleares, Israel ya las tiene, y también está Rusia. Tampoco es tan difícil fabricar una bomba electromagnética. Puedes encontrar los diseños esquemáticos en Internet. Estoy seguro de que nuestro ejército las tiene. Pero existe el mismo problema para lanzarlas sobre un blanco que en el caso de las bombas nucleares. A gran escala, estamos hablando de misiles. Pero, entonces, tienes muchas probabilidades de que te vean venir. Los nuestros contraatacarían antes de que fuera demasiado tarde. Si el ataque es lo bastante letal, volarán todo lo que tengan. Lo llaman *destrucción mutua asegurada*, que es lo mismo que decir que la partida queda en tablas. Tú nos atacas, nosotros te acribillamos hasta dejarte en la Edad de Piedra y, de paso, hundimos tu mundo.

—¿Cómo sabes tanto? —inquirió Ellie—. Es imposible.

De repente, Tom pareció cansado.

—Sé lo suficiente. Soy experto en desactivación de explosivos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Ellie.

—Significa —explicó Tom Eden— que soy el tipo al que mandan para asegurarse de que las bombas no explotan.

—Pues entonces no hiciste bien tu trabajo —dijo Ellie, y rompió a llorar.

# 23

**S**equivoca. —Ellie tenía los ojos hinchados y la punta de la nariz roja, pero el resto de la cara se presentaba demacrada y demasiado pálida a la luz de la linterna de Alex. La tienda se había caldeado, pero Ellie no podía dejar de temblar, incluso con *Mina* recostada a su lado. Se arrebujó con el saco de dormir tapándose bien el cuello—. No tiene ni idea.

Alex buscó algo tranquilizador que decirle, sin saber muy bien si aquel temblor se debía solamente a los efectos de una conmoción cerebral. Acabó por quitarle el pelo de la frente.

—Sólo está haciendo suposiciones, Ellie.

En el fondo, tenía que admitir que lo que Tom decía tenía algo de sentido, aunque un PEM no lo explicara todo. «A menos que se hubiera producido más de uno, o muchos de ellos combinados con algo más... pero ¿con qué?».

—¿Y qué pasa con esos chicos que vimos? ¿Esos... esos...?

—¿Pulsos electromagnéticos?

—Sí. Si se produjeran muchos al mismo tiempo, ¿pasaría eso? ¿Te harían volverte loco y comerte a la gente?

—No lo sé, Ellie.

A Ellie le brillaban los ojos como si llevara puestas las luces largas.

—Cuando estabas dormida, Tom dijo que no sería seguro volver a casa por el momento, sobre todo a las ciudades. Dijo que si la cosa es demasiado grande, no habrá agua ni electricidad ni ninguna manera de conseguir comida, porque nada funcionará. Tal vez la gente esté asustada y haciéndose daño.

Alex abrió la boca para responder, pero en ese instante se oyó el ruido de la cremallera de la tienda al abrirse y Tom asomó la cabeza.

—¿Cómo va todo por aquí? —se interesó.

—Te equivocas —le dijo Ellie con bastante frialdad.

—Precisamente estábamos hablando de ti —comentó Alex.

—Ya notaba yo que me ardían las orejas. —Tom se encogió al entrar. La tienda era de dos plazas y bastante justa. Alex sintió a Tom a su espalda y lo olió: el aroma a leña y a musgo era tan intenso que se mareó un poco—. ¿Qué ocurre? —inquirió.

—Nos estábamos preguntando... —empezó Alex. Cuando se volvió para mirar por encima de su hombro, apenas unos centímetros separaban su cara de la del muchacho. Su abundante cabello ondulado de color canela estaba despeinado y tenía las mejillas sonrosadas, como si acabara de bajar esquiando una pendiente; y olía tan bien... De pronto, se le aceleró el pulso por la profunda atracción—. Ellie me estaba diciendo que piensas que es mejor que no volvamos.

Tom miró a Ellie de reojo y luego a Alex.

—Podemos hablar de esto por la mañana. Ya sabes, cuando Ellie descanse.

Captó la indirecta.

—Claro.

—No te vayas —le pidió Ellie, cogiéndola del brazo—. No quiero dormir.

Tom sonrió, burlón.

—Sin chistar, pequeña, que mañana hay que madrugar. *Mina* se quedará aquí contigo y nosotros estaremos fuera, ¿de acuerdo? No vamos a ir a ninguna parte. Además,

tengo mi Winchester y una escopeta Mossberg para Alex. Estaremos bien.

—Si vamos a estar bien, ¿para qué queréis las armas?

Tom parecía tan perplejo que a Alex casi le dio la risa.

—De verdad, Ellie, no tienes de qué preocuparte —contestó—. Las armas son sólo por si acaso.

—¿Y por qué no me dais una a mí también?

—Porque no, Ellie. Pesan mucho y tú tienes las manos muy pequeñas —replicó Alex, aliviada de que fuera verdad—. Nosotras cuidaremos de ti.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Si te pasa algo, sólo tienes que gritar y te oiremos.

—No tengo la voz muy fuerte —dijo Ellie.

—Eso lo arreglamos enseguida. —Se metió una mano debajo de la sudadera y sacó su silbato de plata, que aún conservaba el calor corporal—. Me apuesto lo que quieras a que si lo tocas, te oirán en el siguiente estado.

Ellie se sujetó el pelo mientras Alex le ponía la cadena. La niña acunó el silbato entre las manos como si se tratara de un huevo de petirrojo.

—¿Quién te lo dio?

A Alex le costó muchísimo tragar saliva. Sintió los ojos de Tom puestos en ella.

—Mis padres. Yo era un poco más pequeña que tú. Me lo regalaron en mi primera salida de acampada.

—¡Qué padres más listos tienes! —exclamó Ellie muy seria.

—¿Sabes? Tom tiene razón. Es muy tarde —dijo—. Vamos, voy a arroparte.

# 24

## 21

—Tal vez fuera, junto al fuego, Tom dijo:

—Eso ha estado muy bien.

Alex intentó esbozar una sonrisa que enseguida resbaló de sus labios.

—Sólo está asustada. —Hizo una pausa—. Yo también.

—Ya somos tres —afirmó Tom y le cogió la mano. El gesto fue muy natural y suave, nada que ver con una insinuación. Ella no se estremeció, aunque su corazón sí que volvió a hacer aquel *pom, pom*. La mano de Tom estaba encallecida, pero su piel era cálida y apretaba fuerte. Resultaba extraño que fuera más o menos de su edad pero pareciese mayor. Tal vez eso era lo que pasaba cuando ibas a la guerra—. No seas tan dura contigo misma —dijo—. Ellie estaría muerta de no ser por ti.

—No sé si te has dado cuenta, pero fuiste tú el que nos salvó —repuso ella.

—Es verdad, pero yo tenía un arma.

—Y nosotras tuvimos suerte.

—No como Stan y Earl.

—¿Puedes contarme qué pasó?

Él dudó y luego dijo:

—Todavía no estoy seguro del todo. Se produjo el... Cortocircuito y Stan cayó muerto. Simplemente, *cayó*.

—¿Quieres decir como el abuelo...?

Tom estaba meneando la cabeza.

—No lo creo, no como el abuelo de Ellie. Stan era un tipo sano, de unos cuarenta años, creo. Puede que tuviera un marcapasos o algo mecánico, pero lo dudo. Earl acababa de cumplir sesenta y cinco. Lo sé porque Jim hablaba de montarle a su padre una gran fiesta cuando regresara de Afganistán.

—¿Sangró?

—¿Jim? Sí, pero yo también. Y Earl.

—¿Cómo murió Earl? —Aunque ella creía saberlo—. ¿Fue Jim?

Tom suspiró, le dio un apretón a su mano y la soltó.

—Al principio, Jim estaba bien, pero luego le volvió el dolor de cabeza, peor que antes, y más tarde empezó a írsele la memoria. A la segunda mañana, parecía no saber para qué servía una cuchara. Sólo duró un segundo, pero fue realmente espeluznante, y después no fue sólo lo de la cuchara, sino todo. Como si su memoria estuviera llena de agujeros.

Dios, todo aquello le resultaba demasiado familiar.

—Al final del segundo día, todo se fue al traste. Habíamos acampado, sobre todo porque Jim había dejado de hablar y se pasaba el tiempo con la mirada perdida, como esos tíos a los que les estalla un artefacto explosivo improvisado o que ven a demasiados que han volado por los aires. Fatiga de combate, neurosis de guerra... ya sabes. Yo salí a por agua y luego oí los disparos. Para cuando volví, todo había terminado. Disparé dos veces con la Winchester, pero de nada sirvió.

Su voz se fue apagando. Ella esperó.

—Creo que la razón por la que Earl murió fue porque dudó, o tal vez porque estuviera disparando a lo loco. Jim era rápido cuando estaba cuerdo y ya lo viste. Estaba loco y era rápido. Seguramente Earl no pudo creer que su propio hijo estuviera atacándole.

Después de eso, no podía marcharme sin más. Seguía con la esperanza de que Jim se recuperara. Seguirle la pista me llevó algún tiempo. A pesar de todo lo demás, en parte seguía siendo Jim. Sabía cómo esquivarme. Era parte de nuestro entrenamiento. Luego empecé a encontrar animales. Se notaba que algo les había atacado. ¿Sabes a lo que me refiero? —Cuando ella asintió, continuó—: Entonces oí a Ellie y... —Extendió las manos—. Ya sabes el resto.

—Siento que tuvieras que disparar a tu amigo —dijo Alex.

Él apartó la mirada, pero no antes de que ella vislumbrara el brillo repentino de sus ojos.

—¿Sabes lo que no entiendo? ¿Por qué ni Earl ni yo? ¿Por qué murió Stan? ¿Y por qué, de todos nosotros, sólo le pasó a Jim?

—Pero no sólo fue Jim —replicó Alex.

—Ya, Ellie me contó lo de esos chavales. Sigue sin tener sentido.

—¿Y si tiene que ver con la edad?

—¿Cómo lo explicas?

La idea acababa de ocurrírsele y no estaba segura de cómo seguir.

—Yo tengo diecisiete, casi dieciocho. Tú tienes...

—Veinte. Veintiuno en diciembre.

—¿Jim era mayor o menor que tú?

Tom se paró a pensar.

—No mucho mayor. Tal vez... veinticuatro o veinticinco.

—¿Y si ser mayor significa que el cambio ocurre más tarde?

—Puede ser. —Se rascó la cabeza—. Eso no explica por qué murió Stan. Tú y yo somos más jóvenes que Jim, pero aquellos chicos que viste con el cerebro frito tenían más o menos tu misma edad. No puede ser sólo la edad, porque nosotros estamos bien. Y Ellie también.

«Por ahora». Eso no lo dijo, pero seguro que lo pensó. Alex guardó silencio durante un rato. El fuego crepitó. Una lluvia de chispas llameó y se extinguió. La fragancia de Tom —aquel olor especiado, complejo y almizclado— le caló hondo en el pecho y le hizo pensar en otra cosa.

«Los perros olieron a Jim y yo también. Oí a aquellos chicos, pero Ellie no. ¿Qué significa eso?».

—¿Y qué hay del olor? —preguntó Alex.

Tom parecía confundido.

—¿Olor?

—Sí. ¿Jim se... se quejó de algún olor raro antes de que, bueno, ya sabes, cambiara?

—No —respondió Tom—. No me suena.

Aquella noche, la luna estaba verde.

# 25



yron el sonido dos días más tarde, cuando aún se encontraban a varios kilómetros de la estación. Al principio, Alex pensó que se trataba de un pájaro carpintero aporreando algún árbol. Cuando se acercaron, sin embargo, descartó la idea de un animal. El sonido les llegaba muy rápido, como un martinete: *pum-pum-pum-pum-pum*.

La perra se puso alerta, apoyándose en sus tres patas sanas.

—¿Qué es eso? —inquirió Ellie. Llevaba ya cansada algunos kilómetros, pero Tom se había empeñado en continuar. Como la niña se había negado, él la había cogido en brazos y se las había arreglado para subir aquel tramo del camino, casi vertical y en zigzag, sin que ella se quejara. De pronto, se zafó de sus brazos y sonrió de oreja a oreja.

—Es una máquina. Tom, ¡es un motor!

—Shh. —Tom ladeó la cabeza para escuchar—. Creo que...

—Tiene razón —dijo Alex, casi sin aliento. Se quedó quieta, con todos los músculos en tensión, como un perro de caza que señala a su presa, y el cansancio (los últimos diez kilómetros habían sido cuesta arriba) se desvaneció—. ¡Suena como un generador! A lo mejor han encontrado un modo de arreglar las cosas, no sólo aquí, sino en todas partes.

—¿Ves? —Ellie sonrió, triunfante—. ¿Ves como estabas equivocado?

—No lo creo. —Tom no sonreía—. Primero, no todos los generadores funcionan por ordenador, lo que significa que alguien tuvo que accionarlo manualmente. Pero ha pasado demasiado tiempo: ya hace ocho días del Cortocircuito.

—¿Y qué? —preguntó Ellie.

—Pues que el generador llevaría funcionando desde entonces y eso es casi imposible, a menos que se lo hubiera recargado de combustible aproximadamente cada cuatro horas.

—A lo mejor están muy preparados y tienen mucho combustible. O tal vez lo encendieron hace sólo un par de días, o lo conectan de vez en cuando. ¿Qué más da?

—repuso Alex.

—Hay luz natural de sobra —dijo Tom—. ¿Para qué encender un generador si no lo necesitas?

No pudo darle una buena respuesta.

—Bueno, quienquiera que sea tiene electricidad. Y eso es... —Vio la repentina expresión absorta de Tom—. ¿Qué?

—¿No lo oís?

—¿El qué? —Ellie frunció el ceño.

—Atentas, por debajo del sonido del motor. —Tom cerró los ojos—. Otra vez.

Alex cerró los ojos y se concentró hasta que también lo oyó: algo bajo, hueco y rítmico. No mecánico, sino...

—Una canción —Ellie ahogó un grito—. ¡Es música!

En fin, Alex tenía que admitirlo, aquello era muy extraño. Con los recursos limitados, ¿de pronto tenías cuatro horas de electricidad y las desperdiciabas escuchando música? Si la teoría del PEM de Tom era cierta, tendría que haber un disco también: un CD no funcionaría, pero sí un viejo tocadiscos. ¿Y una pletina?



«O Tom se equivoca o el aparato está conectado a una toma de tierra».

—Si están escuchando música —dijo Ellie—, es que te equivocas.

—Ojalá me equivoque —respondió Tom con paciencia—. De verdad. Pero todo esto me extraña, cielo: imagínate que estamos en medio del bosque, que, hasta donde nosotros sabemos, no hay electricidad y, de repente, como que nos cae del cielo. ¿La desperdiciaríamos poniendo música?

—Tom —dijo Alex—, son *guardabosques*. A lo mejor están tratando de llamar la atención, de decirle a la gente que están disponibles.

—Pero ¿y si no son ellos? —preguntó Tom—. ¿Y si quienquiera que sea está tratando de llamar la atención con malas intenciones?

Todos se miraron fijamente. Hasta que Ellie saltó:

—¿Cómo una trampa, quieres decir?

Al mismo tiempo que Alex comentaba:

—Eso es ridículo.

Aunque estaba pensando: «Si Jim era capaz de recordar su entrenamiento, ¿sabrá un guardabosques encender un tocadiscos? ¿Y una pletina? ¿Y un generador?».

Tom se quedó callado.

Todos, incluida *Mina*, escucharon el *pum-pum* del generador y, en los silencios intercalados, aquel irreconocible hilo musical. Ellie se inquietó.

—¿Por qué no vamos? —murmuró al fin.

—Sí —accedió Tom. Se quitó la Winchester, que llevaba en bandolera, y se la colgó del hombro derecho, donde podría acceder al arma más deprisa—. Tendrás que ir andando el resto del camino, ¿vale? Sé que estás cansada y que es todo cuesta arriba, así que iremos despacio, pero necesito las manos libres.

—Todo saldrá bien —le dijo Alex a Ellie al ponerse en marcha. Sin embargo, se aseguró de que la niña y la perra fueran en medio en la fila. Y cuando Ellie no miraba, aprovechó para colgarse la Mossberg en el hombro derecho y volvió a comprobar el seguro. Por si acaso.

Horas más tarde, Alex se acercó a Tom y le dijo:

—¿Y ahora qué?

Tom sólo sacudió la cabeza. Había caído la noche y una brumosa galaxia de estrellas brillaba como lentejuelas sobre terciopelo negro. La luna aún tardaría unas horas en salir... Menos mal, porque aquel molesto verdor parecía un cardenal y la asustaba realmente. Que no hubiera luna suponía que podían confiar en su invisibilidad, aunque se agazaparon cuando dejaron a su derecha, a menos de sesenta metros, el esqueleto descomunal de una torre de vigilancia de incendios. La torre estaba a oscuras.

La estación no lo estaba. Situada sobre una meseta rocosa, resplandecía en toda su magnitud. Todas y cada una de las ventanas del bajo rectángulo se hallaban encendidas: amarillentos y rebosantes cuadraditos que se desbordaban sobre el suelo, y Alex acertó a ver la esquina de un sillón arrimado a la ventana y una montaña de libros sobre una mesita de café. La música se escapaba por las ventanas abiertas y tuvieron que escuchar cómo Mick Jagger se quejaba de su falta de satisfacción para dar paso a Robert Plant, que gritaba sobre unos ojos rojos brillantes. Había tantísima luz que los cristales de una estructura cercana al extremo derecho también centelleaban. Un garaje, probablemente; Alex reconoció un caminito de grava.

—Mira a la perra —le susurró Tom al oído.

Lo hizo. *Mina* miraba fijamente la estación, con curiosidad, pero sin alarma. «Nada parecido a la reacción que tuvieron los perros salvajes al oler a Jim», pensó Alex. Sintióse un poco estúpida —y esperando que Tom no se diera cuenta—, olisqueó a modo de prueba. El único olor que detectaba era el de la madera quemada, mezclado con creosota. Una chimenea o tal vez una hoguera al aire libre, pero nada más. Ni rastro de olor a muerte, lo que tal vez no significara nada. ¿O acaso se había

convertido en un sabueso?

—Si la perra no está preocupada, es que todo está bien, creo —dijo Tom—. Iré a comprobarlo.

—Espera. —Alex lo retuvo agarrándole el brazo—. Debería acompañarte.

—No hace falta. He hecho muchos reconocimientos en mi vida.

—¿Y no va siempre alguien cubriéndote las espaldas? Si me quedo aquí, estaré demasiado lejos para disparar con la Mossberg.

—Créeme, si vas a tener que disparar a alguien, prefiero tenerte lo más lejos de mí posible.

—Eh, no te metas conmigo. No es la primera vez que cojo un arma —se molestó.

—Sólo digo que es poco probable que haya algo a lo que disparar.

—Si es tan poco probable, ¿por qué estamos teniendo esta discusión?

—¿Siempre eres tan difícil?

Ellie metió baza:

—Sí, siempre.

—¡Oye! —protestó Alex.

—Esto no es ni Iraq ni Afganistán —dijo Tom—. Sólo voy a comprobar el terreno. Además, alguien tiene que quedarse con Ellie.

—Bueno, pues por lo menos llévate a la perra.

—Alex tiene razón, Tom —asintió Ellie—. *Mina* buscaba bombas.

—Vosotras veis muchas películas, chicas. No va a haber ninguna bomba —se quejó Tom, pero cogió a la perra.

Se quedaron mirándolos hasta que la oscuridad se tragó primero a *Mina* y luego a Tom. Robert Plant había dejado de gritar sobre sus sueños y la música continuó con una guitarra de blues y algo sobre un tal *Big Boss Man*. Alex no conocía la canción. Aguzó tanto la vista para ver si captaba algún movimiento —fuera o dentro de la casa— que parecía que los ojos iban a salirse de las órbitas.

—¿Alex?

Siguió mirando a Tom mientras este desaparecía a la derecha, alejándose de la marea de luz amarillenta que bañaba la roca, en dirección al garaje.

—¿Qué?

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por meterme contigo. Bueno, de vez en cuando te lo mereces.

—¡Mira quién fue a hablar!

—¿Quién?

—Déjalo, anda. —Se dio la vuelta para hacerle una mueca a la niña que esta no llegaría a ver en la oscuridad—. No importa.

—Es que no quería estar sola... ¡Mira! ¡Ahí está! ¡Ahí está!

Tom emergió de la oscuridad por la izquierda. Iba muy agachado, con la cabeza muy por debajo del nivel de las ventanas. *Mina* no era más que una sombra, apenas visible al pasar bajo la última ventana de la izquierda. Después desaparecieron. Alex vio cómo Tom levantaba la cabeza a hurtadillas y se agachaba de nuevo antes de contonearse como los patos hasta la puerta principal. Lo vio cruzar rápidamente de izquierda a derecha y se puso tensa, esperando oír un disparo. Pero no ocurrió nada. Al momento, Tom y la perra se colaron en la casa. Pudo ver con claridad cómo entraba en la habitación de la izquierda y se detenía un instante ante los libros. Estiró la mano y Billy Joel dejó de cantar. Lo único que se oía ahora era el renqueo del generador. Al cabo de otro minuto —que a Alex le parecieron veinte—, Tom y *Mina* reaparecieron como oscuras siluetas en el umbral. Tom le hizo señas con la mano.

—Vamos —le dijo a Ellie, agarrando a la niña de la cintura y poniéndose delante—. Yo primero.

—¿Por qué?

Alex casi pudo oír que Ellie ponía los ojos en blanco, pero no sonrió.

—Porque me lo merezco y, si a Tom le ocurriese algo, tendrían que pasar por encima de mi cadáver para cogerte.

La estación estaba congelada y desierta.

—Quienquiera que estuviese aquí se marchó corriendo —advirtió Tom, señalando la mesita de café. Junto a los libros, había dos platos de espaguetis petrificados y tres tazas medio llenas de café mohoso. De un pechero rojo de madera que había relegado en un rincón colgaban dos chaquetas de piel de borrego —una de hombre, de talla mediana, y otra de mujer, de talla pequeña— y un sombrero caqui de guardabosques. Delante de la chimenea de piedra, había una alfombra trenzada y los restos carbonizados de varios leños sobre la ceniza.

—Vaya, qué desorden —comentó Ellie.

—¿A dónde irían? ¿Y por qué? No lo entiendo —dijo Alex. Se sentía incómoda, le picaba la piel de la ansiedad. La cabaña desprendía olores por doquier: a comida podrida, ceniza, lavavajillas, un tufillo metálico a barro estancado e incluso el aroma de un chicle de menta contenido en alguna de aquellas chaquetas. Nada de animales aplastados ni de carne muerta, por lo menos. No obstante, el entorno era raro. Sus ojos se posaron en una librería llena de ejemplares encuadernados en rústica; un equipo de casete y micrófono, de aspecto antiguo, hacía equilibrios sobre una tambaleante mesa de madera de pino cubierta de cintas. Probablemente mezclas, pensó, a juzgar por la que aún albergaba el ahora silencioso reproductor. Después de tantos días sin más iluminación que la de las linternas y la hoguera, la luz artificial les parecía demasiado brillante, casi agresiva; los deslumbraba. El sonido del generador había quedado reducido a un leve tartamudeo.

—La comida lleva aquí tiempo, pero el generador sigue funcionando. Además de las luces, ¿qué otras cosas alimenta?

—No muchas —contestó Tom. Al volverse para señalar algo a su espalda, la madera del suelo crujió—: el frigorífico, es lo único que se me ocurre. El radiocasete. Hay una televisión en la cocina, así que lo más seguro es que haya una antena parabólica en el tejado. Pero bueno, no importa, tampoco funcionará. En la cocina hay una estufa de leña (una de esas de hierro fundido con hornillo) y una bomba de agua manual. No hay ducha ni aseo. Tiene que haber un retrete fuera.

—¿No hay ducha? —preguntó Ellie con claro desánimo.

—Sólo hay una tina de madera en la cocina, al lado de la estufa, y una esponja grande y vieja. Ánimo, pequeña. Los amish lo hacen. Te apuesto algo a que esa gente de cerca de Oren está haciendo lo mismo en este momento.

—Pero ni yo soy amish ni estamos en Oren —gruñó Ellie.

—¿Y qué me dices de la calefacción? —dijo Alex—. Las estufas consumen mucha energía.

—Sí, bien pensado. No hay chimeneas en las habitaciones, pero sí enchufes. Tiene que haber calefactores portátiles en algún sitio. Tampoco hay lavadora ni secadora.

—¿Quieres decir que lavaban la ropa a mano? —inquirió Ellie—. ¿A *mano*?

—Por lo visto —asintió Tom—. Todo esto es muy extraño. A esta estación le faltan bastantes cosas.

—¿Ni siquiera hay una radio? ¿Cómo vamos a pedir ayuda? —Cuando Tom sacudió la cabeza, Alex tuvo ganas de dejar claro que aquella estación de guardabosques le parecía una porquería, pero sólo acertó a decir—: ¿Y por qué han dejado encendido el generador al marcharse?

—A lo mejor querían encontrar el camino de vuelta —sugirió Ellie—. Está muy oscuro.

—Conocerían el camino, cielo —dijo Tom.

—Pues dejarían las luces encendidas para que gente como nosotros supiéramos cómo

encontrarlos, por eso estamos aquí.

Tom y Alex intercambiaron miradas de perplejidad.

—¡Dios! Nunca se me habría ocurrido —replicó Tom.

Alex se imaginó un repentino relámpago y el *bum* de una explosión. «Relájate, esto no es Afganistán».

—Está todo despejado, ¿verdad? ¿No hay nada aquí? ¿Ni fuera?

—Nada, que yo sepa.

—¿Y el garaje?

—Sólo he echado un vistazo. Hay un montón de herramientas, una o dos motos de nieve y un Jeep, seguro; y espera, creo recordar que...

—¿Qué?

Tom la miró extrañado.

—Hay una camioneta bastante vieja ahí dentro.

—Espera un segundo. ¿No dijiste que las camionetas y los coches más viejos podían funcionar? —Tom asintió y ella continuó—: ¿Por qué no se la llevaron?

—No tendrá gasolina —aventuró Ellie.

—No, hay un surtidor junto al garaje.

—¿Entonces? ¿Y si no pudieron llenar el tanque?

—O no es tan antigua como yo creo. Sólo le eché un vistazo. —Tom se quedó pensativo; luego dijo—: A ver, si esto fuese una trampa, lo que tuviera que ocurrirnos ya nos habría ocurrido. La mayoría de las trampas explosivas funcionan con cables, y ya sabemos que aquí una señal de móvil tampoco funcionaría. He abierto todas las puertas, los armarios, la despensa. Por otro lado...

—¿Qué?

Tom inclinó la cabeza señalando las ventanas abiertas.

—Si quieres apuntar a tu objetivo, no hay mejor manera. Supongo que ya nos habrían disparado.

Aquello no pareció reconfortar a Alex.

—No hay nadie ahí fuera.

—Eso parece.

—A lo mejor vuelven —dijo Ellie, que estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, con *Mina* a su lado.

—*Mina* se daría cuenta —dijo Alex. «Y puede que yo también».

Ellie se encogió de hombros.

—Quizá vengan a comprobar si alguien ha picado el anzuelo.

—Puede que tenga razón —convino Tom, pasándose la mano por el pelo—. Y que apagar el generador sea algún tipo de señal.

—O puede que el generador explote si lo apagas —sugirió Ellie.

—¿Puede comprobarlo, Tom? —le preguntó Alex.

Tom asintió.

—Me estaba preguntando si deberíamos quedarnos.

—¿Quieres que volvamos? ¿Ahí fuera? —dijo Ellie. La luz le había vuelto la piel amarillenta y la mugre que le cubría las mejillas, el cuello y las orejas, de color gris peltre. Su rubio cabello estaba deslustrado y lleno de restos de porquería y la parka de *Helly Kitty*, casi negra. Alex pensó que su aspecto debía de ser igual de malo y, de repente, la idea de un largo baño caliente casi la hizo desmayarse—. Yo no quiero volver al bosque —protestó.

—No sería demasiado lejos. Podríamos quedarnos en la torre de vigila... —Los ojos de Tom se abrieron de par en par—. ¡Oh, mierda!

Esta vez, Alex insistió en llevarse la Winchester.

—La perra no va a poder escalar contigo y la Winchester tiene alcance.

—Sí, pero para cuando vayas a disparar, yo ya estaré muerto.

Sin embargo, a Tom no se le ocurrió nada mejor y, al final, descubrió que la torre no era más que una plataforma techada y desierta.

Todos estuvieron de acuerdo entonces. Se estaban poniendo nerviosos. La única precaución que tomaron fue la de apagar el generador; Tom se encargó de ellos mientras Alex, Ellie y la perra esperaban a una distancia prudencial. No se produjo ningún *bum*, después de tanto tiempo sin electricidad, deshacerse de aquel ruido insoportable y de la dorada luz artificial fue un alivio.

Aunque estaban exhaustos, los nervios no les dejaban dormir, así que se entretuvieron arreglando la estación. Alex cogió linternas, Tom acarreó leña de uno de los montones cuidadosamente dispuestos bajo un cobertizo que había en la parte trasera y encendieron la estufa. La perra se recostó y no tardó en quedarse dormida. Alex llenó de agua varias cacerolas enormes y las puso a calentar en el hornillo. Después Ellie y ella recogieron los platos sucios y los pusieron junto a los demás en el fregadero. Mientras Ellie inspeccionaba los dormitorios, Alex hizo un rápido inventario del frigorífico y la despensa. En el frigorífico había fruta —naranjas y manzanas—, huevos, un cartón de leche, mantequilla, verduras varias y un extra: dos paquetes de ternera picada, todavía fresca, y una ristra de salchichas. El congelador contenía varios filetes, un asado y dos tarrinas de helado: de chocolate y de crocanti. La despensa estaba tan bien surtida como el montón de leña, llena hasta rebosar de latas de conserva, cajas de fruta deshidratada, leche en polvo y huevos instantáneos, paquetes de cecina de ternera, harina y bicarbonato de sodio, latas de levadura, cartones de avena, sémola y cebada, frijoles secos, dos sacos de patatas, ajos y cebolla y, por supuesto, comida precocinada. Había tantas cosas, y tan variadas, que Alex se sintió un poco aturdida. Estaba sentada en un taburete, ojeando un estante lleno de velas y cerillas, cuando Ellie apareció por la puerta:

—He encontrado un montón de ropa, jabón, champú y toa... —Los ojos de la niña se abrieron de par en par cuando su linterna fue a posarse en las baldas de la despensa—. Guau, podríamos quedarnos a vivir aquí para siempre.

—Creo que no tanto —dijo Alex—; pero parece que se habían preparado para pasar el invierno.

—¡Eh, eh! —Ellie se abalanzó sobre algo que había en el estante más bajo: una bolsa de pepitas de chocolate—. ¿Podemos hacer galletas?

La cara de la niña resplandecía tanto de la emoción que Alex se echó a reír.

—Claro, pero esta noche no, ¿de acuerdo? Vamos a asearnos y luego improvisaremos algo de comer. Ya veremos mañana lo de las galletas. Enséñame lo que has encontrado.

—Oh, oh, casi se me olvida —exclamó Ellie cuando ambas salían de la cocina, dejando allí a *Mina*, que aún dormía. En la sala común se cruzaron con Tom, que estaba recogiendo la ceniza que obstruía la chimenea—: he encontrado el sótano.

Tom se detuvo, con el recogedor en una mano y la escoba en la otra.

—¿Qué sótano? ¿Dónde? Yo no he visto ningún sótano.

—En el dormitorio —dijo Ellie, a punto de soltar un ¡claro!; tiró a Alex de la mano—. Ven, te lo voy a enseñar.

—Bueno, extraño lugar para un sótano —observó Tom. Estaban en el menor de los dos dormitorios, apiñados alrededor de una alfombrilla doblada sobre sí misma que escondía una trampa. Ellie había logrado abrirla tirando de una anilla de metal incrustada en la madera—. ¿Y cómo lo has encontrado?

—Lo oí —contestó Ellie—. Al pasar por encima, la madera crujió y, cuando destapé la alfombra, ahí estaba.

—No puedo creer que se me haya pasado —dijo Tom.

—A lo mejor es que yo tengo mejor oído —alegó Ellie.

—Tú pesas más —le explicó Alex a Tom—. Todo cruje. Sinceramente, se le habría

pasado a cualquiera que no supiese que estaba unas estrechas escaleras de madera y muros de ladrillo. Al fondo, vio que el suelo era de hormigón vaciado. Con lo cerca que estaba, sintió la corriente de aire frío que venía del interior y la olió: roca húmeda, tierra mojada y...

Su respiración se entrecortó.

—¿Qué? —le preguntó Tom.

El olor era casi inexistente, pero absolutamente inconfundible. «No creo que haya nadie ahí abajo ahora: es demasiado tenue». De todas formas, no le gustaba.

—No creo que debamos bajar.

Tom frunció el ceño:

—¿Por qué no?

—Yo ya he bajado —soltó Ellie.

Tom se volvió hacia la niña.

—¿Has ido sin nuestro...?

—Chicos, sólo es una habitación grandísima con un par de cajas y una especie de... caja de metal. —Al ver la cara de consternación de Tom, Ellie suspiró—: He ido a echar un vistazo, nada más. No he tocado nada. Venid, os lo enseñaré.

—¡Ellie! —exclamaron al unísono Tom y Alex cuando la niña empezó a bajar las escaleras—. Espera, Ellie —dijo Tom—. Déjame a mí...

—Y decías que yo era cabezota... —protestó Alex.

—No, dije que eras difícil. —Tom giró sobre sus talones y se dirigió al vestíbulo—. Baja con ella, voy a por la escopeta. Y no toquéis nada.

—No soy tonta —murmuró Alex, pero ya se había ido.

El olor, sin embargo, seguía allí.

Ellie estaba esperando al pie de las escaleras.

Bueno, no estaba vacío del todo. La luz planeó sobre un banco de trabajo pegado a la cercana pared de la derecha. Había una puntilla oxidada clavada en uno de los extremos y, sobre el espacio de trabajo, una ratonera, pero ni rastro de herramientas; sólo un rollo de cable fino colgado del tablero. Varias cajas de cartón se amontonaban descuidadamente contra los ladrillos a la derecha del banco. Una de ellas rezaba «Adornos navideños» en rotulador negro Sharpie. Otra tenía una etiqueta en la que se leía «Aparejos de pesca». Había una abierta y Alex vio una lengua de trapo negro. Ahí abajo apenas se percibía el olor a carne muerta y pensó que, si Ellie se hubiera encontrado con uno o dos cadáveres, lo habría mencionado.

Oyó el crujido de los pasos de Tom sobre su cabeza y un haz de luz atravesó la oscuridad cuando este alumbró las escaleras con la linterna para bajar.

—¿Qué veis? —les gritó.

—¡Lo que os había dicho! —vociferó Ellie.

—Un banco de trabajo, cajas. —Alex apuntó hacia la izquierda... y se quedó helada.

El armario metálico era de color verde oscuro, ancho y estaba casi enfrente de las escaleras. Tenía la puerta abierta: no demasiado, unos quince centímetros, pero lo suficiente para que, al moverte un poco hacia la izquierda, la linterna captara un reflejo, un centelleo metálico.

—¿Alex?

—Tom —dijo ella, sonriendo—. ¡Tom, es un armero de seguridad!

—¿Qué? —Oyó que Tom bajaba los escalones corriendo—. ¡Espera!

—¿Y hay armas? —preguntó Ellie—. Eso es bueno, ¿no?

—Eso creo. —Dio un paso al frente para alcanzar la caja fuerte, tanteando con la mano el pestillo de metal—. Menos mal que está abierta. Si no, tendríamos que encontrar la combina...

Detrás de ella, Tom exclamó:

—¡Alex, no espera!

Algo se estrelló contra su espalda al tiempo que un chispazo naranja estallaba en la oscuridad y una escopeta se disparaba.

# 26



La detonación fue ensordecedora, tanto que Alex pensó que le iba a estallar la cabeza. Los oídos le daban punzadas de dolor. El aire se escindió con el zumbido de una bala justo donde ella había permanecido de pie hacía un segundo. La garganta se le cerró con el asfixiante olor a pólvora quemada, ropa chamuscada y metal caliente, empezó a salivar y se le saltaron las lágrimas. Sintió el frío helado del hormigón en sus caderas. Le parecía que Ellie estaba gritando, pero el sonido le llegaba como amortiguado en algodón: estaba virtualmente sorda y apenas sí podía respirar. Tom la había alcanzado desde atrás, la había tirado al suelo, pero ahora su cuerpo yacía inmóvil sobre el suyo.

—¿Tom? —Ella no se oía a sí misma, pero sintió la palabra en su garganta. Aún medio aturrida por la deflagración, intentó darse la vuelta. «Dios, por favor, que no esté muerto»—. ¿Tom? —Un momento después, su mano se aferró a la suya y el alivio le inundó el pecho. Oyó el zumbido grave de su voz, pero no era capaz de distinguir las palabras—. ¿Qué?

—Bomba trampa. —Tenía la boca pegada a su oreja—. ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. ¿Y tú?

—Estoy bien. —Tom la liberó de su peso. El pitido de los oídos se había reducido a un silbido, lo suficiente para poder oír a la perra ladrando en la habitación que quedaba encima. Tenía un dolor de cabeza espantoso y, cuando se sentó, la oscuridad empezó a dar vueltas. Tom le apuntó con la luz de la linterna—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí. —Se puso una mano en los ojos para protegerlos de la luz y divisó a Ellie en cuclillas a unos pasos, articulando exageradamente las palabras y con lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Alex, ¿estás bien? —La niña lloraba y gritaba al mismo tiempo—. ¿Estás bien?

—Está bien. —Tom envolvió a Ellie con sus brazos y la acurrucó contra su pecho—. Tranquila, cielo, shhh.

—¡Pero por poco se muere! —chilló Ellie. Se aferraba a la camisa de Tom y gritaba—: ¡Ha estado a punto de morir por mi culpa! Si yo no hubiera sido tan fisgona, si os hubiera esperado, ella no habría...

—No es culpa tuya, Ellie —la consoló Tom—. Tú no tocaste el armero. Fue Alex. Tú no hiciste nada. ¿Y ves? Alex ya está bien.

Lo que estaba, decidió Alex, era alucinada por la suerte que había tenido. Ahora que la sacudida de la deflagración había echado a un lado la manta, se veía claramente que la escopeta estaba metida a presión entre dos cajas, con el cañón apuntando al armero. El fogonazo del arma había prendido la tela, que todavía desprendía un olor a lana quemada. Ahora que sabía lo que buscaba, identificó fácilmente el cable amarrado al gatillo y lo siguió hasta la ratonera. Otro cable, cortado del mismo rollo del tablero, salía de la trampa, ahora destrozada, subía por la pared del ladrillo, por las vigas vistas del techo y luego bajaba hasta la bisagra superior de la puerta de la caja de seguridad. Cuando terminó de abrir la puerta de la caja, el cable enroscado en la bisagra se tensó, la barra de sujeción de la trampa se soltó y, al cerrarse de golpe, ejerció la fuerza suficiente para tirar del gatillo.

Sintió la mano de Tom en su hombro y se giró.

—¿Qué tal si subimos y celebramos que estamos vivos? —sugirió.



Para cuando Alex volvió a la cocina con Ellie, Tom había preparado un banquete: hamburguesas a la parrilla con la guarnición tradicional, una ensalada gigantesca y patatas fritas.

—¡Vaya! —exclamó Alex—. Pensaba que lo único que sabías hacer era mapache. ¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Para tu información, me encanta cocinar —replicó con una amplia sonrisa—. Mi madre es una fantástica cocinera y mi padre también.

—Supongo que no habrás pensado en el postre.

—Pues te equivocas. —Tom sacó una caja de Oreos que llevaba escondida a la espalda—. ¡Tachán! Las encontré detrás de un saco de comida para perros. Hay algunas cajas más y un paquete de besos de chocolate. Alguien no quería compartir.

—¿Tenían perro? —quiso saber Alex y se preguntó: «¿Qué le pasaría?».

—Eres muy amable, Tom —dijo Ellie en voz baja. Estaba muy pálida. Nada de lo que Alex le dijo para tranquilizarla había funcionado; la pequeña le culpaba por lo sucedido en el sótano. Había permanecido en completo silencio mientras Alex se quitaba la ropa, se restregaba hasta quedar limpia en la tina de madera que habían llevado a rastras hasta un dormitorio trasero y se ponía una camisa de franela de mujer y unos vaqueros remangados hasta las pantorrillas—, pero creo que no tengo mucha hambre.

—Pues yo estoy que me muero. —Alex se dejó caer en una silla, cogió un panecillo de hamburguesa y le untó un buen pegote de mayonesa.

Tom sonrió de oreja a oreja.

—No hay nada como estar un poco cerca de la muerte para abrir el apetito. Ellie, si quieres algo, sírvete tú misma.

—No tengo hambre —repitió Ellie. Miró vacilante a *Mina*, que había aguardado impaciente a que Tom pusiera el bol de pienso en el suelo y ahora, prácticamente, se lo estaba bebiendo—. Creo que me voy a sentar y ya está.

—Está bien, cielo. —Tom, que ponía a su hamburguesa capas de lechuga y tomate, echó un chorro de ketchup en espiral—. Haz lo que quieras. ¿Me pasas la mayonesa, Alex?

—Claro —respondió Alex, intentando disimular una sonrisa. Se percató de la mirada de advertencia de Tom y reconfiguró sus facciones para hacerlas tan inexpresivas como le fue posible. Alex sabía reconocer la psicología inversa: no se había pasado todo aquel tiempo mirando la alfombra de su loquera para nada. Al pinchar con el tenedor una hamburguesa para ponerla en un montón de lechuga, vio que Ellie se deslizaba en una silla.

—Mostaza —dijo Ellie con una vocecilla apenas perceptible— y guarnición. Por favor.

—¿Una cucharada o dos? —preguntó Tom.

—Dos.

Tom repartió la guarnición.

—Y deja que te eche un poco de tomate aquí... y ahí. Muy bien. Pruébalo. Hay más donde encontré esto.

Comieron en un silencio cómodo y casi desgarrador de lo normal que era, y Alex pensó que Tom tenía razón. La comida era fundamental. Después de tanto tiempo comiendo sólo en su imaginación, darse un festín real —con todos aquellos aromas y sabores que te hacían la boca agua— era una celebración.

El silencio también le dio la oportunidad de pensar en aquel sótano. Dejando a un lado lo bobo que había sido —la posibilidad de encontrar más armas había barrido toda partícula de sensatez—, aquel hedor a carne muerta, aunque tenue, significaba dos cosas: o que los guardabosques habían cambiado o que tal vez algún otro loco con el cerebro frito había estado figoneando allí abajo. Cualquiera de las dos posibilidades explicaba por qué los guardabosques se habían marchado a toda prisa.

Pero ¿por qué poner una trampa? Mordió su hamburguesa y masticó lentamente

mientras trataba de dilucidar el problema. Una bomba trampa como aquella sólo funcionaría si sabías dónde se encontraba el armero. A Tom se le había pasado y Ellie había encontrado el sótano por casualidad. De modo que, al parecer, únicamente otro guardabosques podía saber dónde estaba el armero o que allí había un sótano.

Supongamos que había dos guardabosques. Supongamos que uno había cambiado y que el otro no. ¿Había puesto el normal la trampa con la esperanza de matar al cambiado? ¿O...?

«Un segundo. Tom dijo que Jim seguía siendo en parte Jim. ¿Y si el guardabosques que había cambiado la puso para cargarse al que todavía era normal?».

—¿Está buena la hamburguesa? —preguntó Tom.

—¿Qué? —Alex levantó la vista y se dio cuenta de que había dejado de masticar—. Está genial —dijo dándole vueltas a la hamburguesa y tragando.

No obstante, pensó: «Aquellos chicos con el cerebro frito cambiaron el primer día. Jim era mayor y cambió el segundo día y terminó justo como ellos. Y ahora puede que haya un guardabosques. Eso haría un total de cuatro personas que han cambiado».

Bueno, en realidad eran cinco, porque ella también lo había hecho, sólo que no de la misma forma que los demás.

Todavía no.

**T**

om alzó la vista del fregadero, donde estaba lavando los platos. Una linterna Coleman colocada en un alféizar justo encima emanaba una potente luz blanca y brillante.

—¿Se ha dormido?

—Más o menos treinta segundos después de que me dijera que no pensaba dormir nunca más —dijo Alex. Cogió un trapo, aceptó un plato empapado y empezó a secar—. En realidad, no creo que se hubiera clamado sin *Mina* y si tú no hubieras extendido los colchones y hecho las camas delante de la chimenea. ¿Cómo es que se te dan tan bien los niños?

—Tengo cuatro hermanas pequeñas, he pasado con ellas doce años. —Tom cogió un puñado de tenedores de agua jabonosa, los fregó y los enjuagó.

—¿Cuatro? Uf. ¿Y eso?

Tom le tendió los cubiertos para que los secara.

—Mis padres se separaron cuando yo tenía ocho años. Después mi padre se casó de nuevo y él y mi madrastra empezaron a tener bebés. Pero no pasa nada. Me gustan los niños.

—¿Dónde están tus padres ahora? —le preguntó.

—En mal lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Viven en Maryland, justo a las afueras del Distrito de Columbia. —A la luz de la Coleman, sus rasgos se alisaron y empalidecieron, , salvo sus oscuras ojeras—. Imagínate, en plena zona cero.

—¿Y tú dices que yo veo demasiadas películas? Eso es suponer demasiado, Tom. No tenemos ni idea de lo que ocurre.

—Tienes razón. —Tom jadeó—. Cuando pasas demasiado tiempo en un territorio en guerra, acabas por ponerte siempre en lo peor. Lo siento... ¿Y tus padres?

Ni siquiera se paró a pensar en una forma de edulcorarlo.

—Mis padres están muertos.

—Lo siento. —Tom puso cara larga.

—No te preocupes. Qué ibas a saber.

—¿Cuánto tiempo llevas sola?

La pregunta la sorprendió. Después del asombro y de la vergüenza iniciales —nunca llegaba a entender por qué se avergonzaba la gente, a menos que fuera uno de esos momentos «menos mal que no me ha pasado a mí»—, todo el mundo solía preguntarle cómo murieron sus padres. No le gustaba la forma que tenían de hacerlo, con esa especie de hambre de malas noticias, como cuando ralentizaban la marcha para contemplar un accidente o se arremolinaban para ver cómo alimentaban a los leones del zoo.

—Un par de años, pero no estoy realmente sola. Vivo con mi tía cerca de Chicago.

—Se detuvo—. ¿De verdad crees que las ciudades no son seguras?

—Depende. —Se quedó callado un momento, con la mirada clavada en el agua sucia, y luego continuó—: Creo que sé cómo averiguarlo.

Soplaba un gélido y continuo viento del noroeste, de Canadá, susurrando a través de

los puntales de la torre de vigilancia con fuerza suficiente para hacer zumbir el metal. Envuelta en el pesado abrigo de guardabosques forrado de borrego, Alex se estremecía por los lamentos del metal en la misma medida que por el frío. La tremenda luz esmeralda de la luna en tres cuartos bañaba el paisaje de un húmedo verde grisáceo. Un color que a Alex le recordaba a un estanque estival floreciente de algas.

En lo alto de la torre, a unos veinte metros del suelo, una paralela discurría por los cuatro costados de una cabina cuadrada, en cuyo interior había una mesa de media altura y, sobre esta, dos piezas de un equipo: una protegida por una funda de plástico y la otra por una carcasa rectangular de metal oscuro, de aspecto ligeramente militar, con seis cierres metálicos. Bajo la funda de plástico había una radio de BC digital, tan muerta como el resto de los aparatos eléctricos. Alumbró con la linterna la caja de metal mientras Tom forzaba los chirriantes cierres oxidados.

—No quería decir nada con Ellie delante —dijo, haciendo palanca con el último de los cierres—. Había decidido esperar hasta mañana. Casi todo se ve de otra manera a la luz del día, pero ahora es tan buen momento como cualquier otro.

—¿De qué se trata?

El cuerpo principal del aparato era gris claro, pero la parte frontal era de un oscuro verde grisáceo, como la luna, y estaba tachonada de mandos, algunos duales de tipo palanca que podían accionarse de una posición a otra y otros en forma de ruedecillas, que a Alex le recordaban los de la hornilla de gas de la tía Hannah. Había una rueda enorme en el centro que controlaba un dial negro con números y rayas blancas. Alex leyó las plateadas letras en negrita: **HEATHKIT** y, sobre ellas, en un recuadro mucho más pequeño: SB-101.

—Creo que esta vieja radio de aficionados puede ayudarnos. He visto a algunos tipos usarlas en los refugios de caza. —Tom señaló un rollo de cables que iba de la mesa a una batería de coche—. Sólo necesitamos un convertidor para asegurarnos de no estropearla.

—¿Funcionará?

—Debería funcionar. Es vieja, ha de ser de estado presólido. Tiene lámparas, no transistores. Suponiendo que haya alguien que transmita, claro.

—Bueno, no podemos ser los únicos seres normales que quedamos en la Tierra —dijo Alex—. Tiene que haber más radios antiguas como esta por ahí y, si los coches no funcionan, hay un montón de baterías de otro tipo. Además, en el peor de los casos (si estás en lo cierto y toda Norteamérica se ha visto afectada), hay otros países. Tiene que haber alguien en alguna parte.

La radio funcionaba. Tom puso la frecuencia a cero y giró lentamente el enorme dial, moviéndolo con exquisita delicadeza, como un ladrón de cajas fuertes esperando oír el más leve chasquido de su seguro. No había altavoces, por lo que compartieron el único auricular. Tom subió el volumen lo suficiente para que las interferencias estáticas sonaran como una lluvia enlatada. Había muchas. Demasiadas para una noche despejada, según Tom, y probablemente fueran de carácter atmosférico.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Alex.

—Shh. —Siguió manipulando el enorme dial, muy suave, con dos dedos—. Creo que...

Entre el chisporroteo de las interferencias, Alex oyó un leve murmullo y una única palabra: ... *control*...

—¡Espera, espera! —exclamó—. ¡Justo ahí!

—Lo tengo, lo tengo... espera. —La radio emitió de pronto un sonido dentado—: ¡Aquí!

—dijo Tom—. Creo...

—... *tormentas de fuego*... —soltó la radio—... *toral atlántico*...

—¿Qué? —balbució Alex.

—... *fallo de los sistemas*... *terrestres*... *consecuencias nucleares*...

—¡Ay, Dios! —exclamó Tom.

—¿Qué? ¿Nucleares? ¿Qué quiere decir? —inquirió Alex—. ¿Entiendes lo que está diciendo?

—Eso creo.

—Y bien, ¿qué?

—Un segundo. —La mano libre de Tom se topó con su palma helada y la agarró—. Ya sé que no puedes esperar, pero vamos a ver cuánto más podemos sacar de aquí, ¿te parece? Si hay alguien emitiendo, tiene que haber otros, gente de otros países. La cosa pinta mejor.

¿Qué es lo que pintaba mejor? ¿Acaso iba a mejorar el Día del Juicio Final? No quería esperar: quería conocer la respuesta de inmediato, pero se contentó con apretar los dientes, concentrándose en analizar sintácticamente las palabras extraídas de las interferencias:

—... *menores de... niños... pánico...*

Más palabras, fragmentadas por el crepitar de las interferencias, goteaban por los auriculares: fantasmas que el tenue aire iba tejiendo hasta urdir una pesadilla. Cuando la señal se desvaneció, captaron otra, esta vez de Inglaterra y luego otra más de algún lugar de África.

Cuando todas acabaron, los ojos de Alex seguían secos, pero la mano de Tom agarraba la suya tan fuerte que le hacía daño.

—Así que por eso la luna está verde. —En la cocina, junto a la estufa de leña, Alex sostenía una taza de té que se había enfriado hacía ya bastante tiempo. Un par de horas antes habían estado devorando Oreos y ahora el mundo ardía en llamas. Bueno, al menos la mitad del país, que ya era bastante—. Ahora me acuerdo. Estudiamos el Krakatoa en Historia Universal. Después de la erupción, las puestas de sol se tornaron de un rojo sangre y la luna, azul y verde debido a toda la ceniza que había en el aire. El profesor nos dijo que el cielo era como ese cuadro de *El grito* de Munch. Lo pintó de esa forma porque lo había visto en realidad, justo después de la erupción del Krakatoa.

—Miró a Tom—. Esto es lo mismo, ¿verdad?

—Tal vez —Tom vaciló—, si lo que oímos es cierto. Aunque puede que no.

—Tom, lo hemos oído un par de veces de gente de diferentes países, así que debe de haber algo de verdad en ello.

—A menos que sólo estén repitiendo la misma historia.

—Pero la historia tiene sentido, ¿no? Te cargas la electricidad y las comunicaciones con un montón de bombas electromagnéticas. *Bum*. Sin electricidad, nada funciona. Ese hombre de Inglaterra dijo que ha habido suficientes en todo el mundo para destruir casi todos los países.

—A lo mejor son sólo rumores. La gente se asusta, pero no pueden saberlo seguro sin los satélites.

—Que se han *esfumado*. Tú mismo lo dijiste. Entonces, tampoco podemos contar con la Estación Espacial. Sin ordenadores, no pueden regresar a la Tierra y nada funcionará allí. Así que o se han asfixiado o congelado, o están orbitando en esa enorme lata de sardinas muerta; y así seguirán hasta que la órbita se descomponga y se desintegren.

—Puede que no haya afectado a todo el mundo. —Tom seguía obstinado—. Sólo hemos captado cinco emisiones.

—Pues qué suerte hemos tenido. Además, tú pensaste esto mismo hace unos días. ¿Cómo lo llamaste? ¿Destrucción mutua asegurada? Pues tenías razón: apúntate un tanto.

—Bueno, yo no *quería* tener razón.

—Tal vez no —Alex soltó una amarga carcajada—, pero es lo que dijiste.

—No exactamente. —La cara de Tom estaba pálida a la luz de la Coleman y su boca era un oscuro tajo—. No pensé en bombas electromagnéticas y cementerios nucleares

afectados.

—Dos pájaros de un tiro.

—No, los cementerios nucleares no explotarían como una bomba atómica.

—Para el caso es lo mismo. No eres el único *friki* del mundo; tenía un profesor de física muy raro convencido de esto del fin del mundo, sobre todo después del terremoto de Japón, cuando los reactores de Fukushima entraron en estado crítico. Además, no es difícil de entender. Haces estallar bombas en las instalaciones. Cuando el agua que enfría las barras de residuos se evapora, estas se funden, sueltan vapor radiactivo y... ¡bum! Es como lo que ocurrió en los ochenta con Chernóbil. ¿Sabes cuánto tardó en recalentarse el núcleo entonces?

—No.

—Unos segundos a partir de que intentaran el apagado de emergencia del reactor.

—Le picaban los ojos y sentía una quemazón de pánico en el pecho—. Como el tipo era un auténtico *friki*, repito, estuvimos dando Chernóbil dos días enteros. La temperatura experimentó una rapidísima subida en apenas cuarenta segundos y el vapor radiactivo alcanzó el punto de fusión de la primera caldera. Cuarenta *segundos*. El incendio duró semanas, lo que aumentó aún más las radiaciones. Eso es lo que está ocurriendo ahí fuera, una y otra vez, sólo que es mil veces más destructivo porque las centrales son mayores. Vamos, tú eres el experto en explosiones, sabes de tormentas de fuego y de las ondas expansivas de las explosiones nucleares. Todo se funde o se evapora, y eso sólo el primer día.

—Alex...

—Porque sin electricidad no hay manera de refrigerar los restantes reactores o las barras de combustible de las centrales que no se han visto afectadas...

—Alex, cálmate.

—Y por eso se funden también: todas las centrales y todos los cementerios nucleares del país, y del mundo, de todas partes...

—Eh, para. —Tom se había levantado de la silla—. Esto no sirve de nada.

—¡No me importa! La luna se ha puesto verde, Tom. ¡Es *verde*! —Pensó que estaba gritando, las palabras le cortaban la garganta como cuchillos, pero todo lo que salía de su boca era un atormentado y desvaído resuello—: ¡Es el fin del mundo! El aire está lleno de porquería, polvo y residuos, y la gente, muerta; cayeron muertos cuando estallaron las bombas electromagnéticas, y lo que no lo hicieron morirán. Se morirán de hambre o enfermarán de radiación o se matarán unos a otros. ¿Qué me dices de esos chicos? ¿Y de Jim? Seguimos sin saber qué les ocurrió, si otra gente ha cambiado o cuándo nosotros...

—Nosotros, no. No estamos muertos, no hemos cambiado y no vamos a hacerlo.

—Eso no lo sabes.

—Sí, lo sé. —Se arrodilló y le cogió las manos—. Mírame, escúchame. No creo en Dios, pero sí en el destino.

—¿Y eso qué...?

—Calla y escucha. He sobrevivido a tiroteos que ni siquiera acertarías a imaginar. No sabes la de veces que pensé que la palmaba, que me dije: «Ya está, voy a morir». Y siempre volví a casa. Llegué aquí. —Se estiró para cogerla por la nuca—. Llegué a tiempo de salvaros a Ellie y a ti.

—Fue la suerte.

—Fue el destino. Estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado. Me niego a creer que hemos pasado por todo esto sólo para morir —dijo, implacable—. Ahora estamos vivos. Y a salvo. Y no voy a dejar que os ocurra nada ni a ti ni a Ellie, te lo prometo.

«Con destino o sin destino, no vas a poder mantener esa promesa. Tengo un monstruo en la cabeza que opina diferente». Pero quería creerlo. Estaba temblando de arriba

abajo: un estremecimiento profundo y visceral tan fuerte que pensó que iba a estallar en pedazos.

—¿Y-y a dónde vamos a i-ir? No-no podemos volver. ¿A-a dónde?

—No tenemos que ir a ninguna parte ahora mismo. Ya se nos ocurrirá algo. Venga, estoy contigo, cálmate. —De algún modo, la había empujado de la silla y se encontraban en el suelo; ella se aferró a él, con todos los músculos en tensión como un muelle a punto de saltar, y él la abrazó contra su pecho, igual que antes había hecho con Ellie, meciéndola—. Tranquila, estoy contigo, Alex, estoy contigo.

Entonces Alex se echó a llorar: por Jack y Ellie, por la pobre y leal *Mina*, por sus padres muertos, perdidos para siempre, por su tía, a la que nunca volvería a ver, por Tom y especialmente por sus hermanas pequeñas que vivían cerca del Distrito de Columbia, mal lugar. Lloró hasta por aquellos astronautas condenados a orbitar bajo una luna extraterrestre.

Y lloró también de miedo. Con lo mal que estaban las cosas, pensó que aún podían ir a peor.

Porque donde hubo un Jim, una Barbie Rubia y un Ken Baloncesto, podría haber otros... y quién sabe si uno de ellos sería el siguiente.

S

quedaron una semana; luego dos, y tres. Descansaron, hicieron inventario de los suministros y comieron bien, incluida la perra. Pasaban el tiempo leyendo libros de la considerable selección que habían dejado los guardabosques, dando pequeños paseos alrededor de la estación y jugando a lanzarle el *frisbee* a *Mina*, cuya pata herida se iba recuperando. No volvieron a arrancar el generador; el ruido les ponía nerviosos. Además, en la cabaña había quinqués y muchas velas. Tras aquella primera noche, le contaron a Ellie lo que sabían y Alex se sorprendió de la calma con que la pequeña se tomó la información. A lo mejor no tener ninguna familia con la que volver hacía que el hecho de que el mundo hubiera estallado en llamas fuera un poco más llevadero. O, tal vez, para Ellie ellos eran ahora una familia, lo cual no distaba mucho de ser cierto.

Dormían ante la chimenea en la habitación delantera, formando un sándwich con Ellie entre Alex y Tom, que hacían turnos para vigilar. Sin embargo, Tom no dormía mucho, ya fuera porque no podía o porque no quería. Más de una vez, Alex se despertó pasadas varias horas de su turno, echó un vistazo y se encontró a Tom recostado sobre cojines junto a la ventana, todavía despierto, con la perra a su lado. Una y otra vez, la oscura silueta de su cabeza se giraba para comprobar que se encontraban bien. Emanaba un olor a firmeza y seguridad y ella sabía que las mantendría a salvo, pasara lo que pasara. Sin embargo, se quedaba levantado muy a menudo y eso la hacía pensar en las historias que había oído acerca de tipos que habían ido a la guerra y, al volver, vivían atormentados por las pesadillas. Ella no se entrometía. Le gustaba pensar que, sencillamente, estaba respetando su intimidad.

Pero era mentira. Una vez, cuando Tom y Ellie estaban fuera, abrió su estuche negro de nailon para mirar las bolsitas de plástico, la biblia, aquella carta sin abrir. No tenía ni idea de lo que iba a hacer ahora con todo aquello. A este paso, llevaría a costas aquel estuche durante el resto de su vida, que tal vez no fuera mucho más larga. Podría contarle a Tom lo del tumor y, probablemente debería. Confiaba en él y dependían los unos de los otros. Pensaba que un tipo que había estado en la guerra —que había desactivado bombas— entendería de pesadillas y monstruos. No obstante, cada vez que se planteaba hacerlo, sentía aquel familiar ataque de pánico. La gente, una vez que sabía lo del tumor, cambiaba. Los notaba incómodos, apartaban la mirada y sentía su alivio cuando lograban escabullirse. Peor aún, sabía exactamente lo que pensaban: «Menos mal que le ha pasado a ella y no a mí».

El miedo le echaba para atrás, pero había algo más. Cierto, Tom había estado en el lugar adecuado en el momento adecuado, pero su familia estaba en Maryland. Había mencionado que debía reincorporarse en diciembre. Así que ¿por qué venir hasta Michigan para hacer una acampada con el líder de su equipo? ¿Acaso Tom no lo había visto ya bastante en Afganistán? No tenía sentido. ¿No querría alguien que se marchaba de nuevo al frente pasar el tiempo con su familia?

Y ¿por qué Tom no podía dormir? ¿Era por lo que veía cuando cerraba los ojos? No se lo preguntó, pero sentía, por la forma en que la miraba, por cómo algunas veces le cogía la mano o le tocaba el brazo y por cómo trataba a Ellie con tanto cuidado y paciencia, que Tom temía algo. ¿Perderlas? Tal vez. O quizás el miedo era mucho más profundo y se debía a algo que ya había perdido. Por muy fuerte, capaz y valiente que



fuera, Tom también tenía sus secretos.

Sin embargo, había otros momentos: cuando sus miradas se encontraban y su olor a especia alambicada se hacía más intenso y el corazón le daba aquel pequeño vuelco. A veces, se imaginaba cómo sería sentir sus labios. A veces, se imaginaba más cosas —¿cómo sería dejarse llevar?— y se preguntaba si él tendría los mismos pensamientos.

Pero no hacía nada al respecto. No decía nada. No preguntaba. Tenía un monstruo en la cabeza. Puede que ocultarlo fuese injusto o estuviera mal, pero ningún chico la querría si lo supiera, ni siquiera Tom.

De modo que cerró la cremallera del estucho, volvió a guardarlo en la riñonera y decidió no pensar en ello.

A finales de la primera semana de noviembre —seis semanas después del Cortocircuito—, ellos aún no habían cambiado, pero el tiempo sí. Tom entró a zancadas con los brazos llenos de leña para dar las noticias, que Alex confirmó simplemente poniendo un pie fuera y mirando al norte. El día era gris y se había levantado viento, así que inhaló una buena ráfaga de aquella reminiscencia a aluminio helado y vislumbró la densa manta de nubes panzudas color gris pizarra.

Esta vez no necesitó su sentido arácnido especial.

—Nieve.

—Ajá. Y seguramente antes de lo que pensamos —confirmó Tom—. Tenemos que decidirnos.

—Irnos o quedarnos. —Más allá de la cocina se oía a Ellie doblando ropa y hablándole a *Mina* en la habitación delantera—. Tom, no sé. ¿Y si nos quedamos? Nadie nos ha molestado y sabemos que todavía no es seguro ir a una ciudad.

Cada noche, ambos se apiñaban en torno a la radio antigua en lo alto de la torre de vigilancia, intentando descifrar toda la información posible. La mayoría de las veces, lo único que oían eran interferencias estáticas, pero por las pocas emisiones que pillaban, sabían que ambas costas eran zonas virtualmente muertas: o estaban quemadas o eran radioactivas o las dos cosas. El resto era un caos y no parecía que hubiese alguien gobernando, al menos en Estados Unidos. Habían oído lo suficiente para entender que Stan no había sido el único en caer. Mucha gente —decenas de millones— habían muerto en aquellos primeros momentos. También pasaba algo más: oían historias confusas sobre caníbales y zombis enloquecidos y sobre niños que, de repente, se volvían chiflados. De hecho, mencionaban mucho a los niños.

—Hay mucha leña —dijo ella—. Tenemos agua y comida.

—Sí, pero es ahora. Necesitaremos más comida cuando llegue la primavera.

—Podríamos cazar. Hay muchas balas en el sótano. Tenemos más armas y también está el arco.

—Pero, al final, nos quedaremos sin provisiones. Y entonces, o aprendemos a hacer velas, jabón, pasta de dientes y ropa o dejamos la estación y el parque y vamos a buscar provisiones. Eso podría llevarnos mucho, mucho tiempo y, además, tendríamos el nada despreciable problema de reunir lo suficiente y volver aquí arriba. ¿Y si uno de nosotros enferma de gravedad?

—¿Qué ha pasado con tu medicina del campo de batalla?

—Eso no es lo mismo que ser médico y lo sabes. Aunque lo fuera, necesitaría suministros. Así que tenemos que marcharnos. Sólo nos queda decidir cuándo. O nos guarecemos aquí hasta la primavera o nos vamos ahora, mientras aún podemos, antes de que otra gente empiece a aparecer por aquí para llevarse lo que tenemos.

—Nadie ha venido todavía.

—Pero lo harán. La gente está desesperada. Pueden llegar atravesando esos bosques como hicimos nosotros, y entonces, ¿qué haremos? ¿Luchar contra ellos? ¿Dejarlos pasar?

—Tom, una vez que nos marchemos, no sabemos lo que puede ocurrir. No hay gobierno, nadie está al mando, salvo quizás el ejército, y quién sabe qué estarán haciendo. —Se le ocurrió otra cosa—: Espera un momento, *tú estás* en el ejército. ¿Dónde se encuentra la base más cercana?

—Hacia el sur. En Wisconsin. Aquí, en la península superior, está la Base Aérea Sawyer, pero la cerraron hace tiempo y la convirtieron en un aeropuerto diminuto y un museo de mala muerte. Un par de aviones de exposición, vamos. La mayoría de los edificios originales siguen en pie, pero ya no habrá soldados con base allí.

—Entonces, tal vez deberíamos intentar ir hacia el sur.

Él meneó la cabeza.

—El ejército va a estar más centrado en protegerse que en ayudarnos. Créeme. Tienen muchas armas y tipos que no dudarán en usarlas.

—No estás dando demasiados motivos para que nos marchemos.

—No estoy diciendo eso. Opino que deberíamos irnos, pero creo que deberíamos dirigirnos... —dudó— al norte.

—¿Al norte? Tom, está a punto de nevar. Ahí fuera ya hace un frío que pela.

—Sí, ahí está la clave. La gente se desplazará hacia el sur y hacia el oeste, no hacia el norte. Irán hacia donde las temperaturas sean más cálidas.

—Tom, lo único que tenemos al norte es el lago Superior.

—No si nos dirigimos a Minnesota.

Durante un segundo, Alex se quedó sin habla.

—¿Minnesota? ¿Quieres ir a Minnesota? Tom, eso está a *cientos* de kilómetros.

—Según los mapas de los guardabosques, está a unos ochocientos kilómetros de la frontera.

—¿Te refieres a la frontera con Canadá? ¡Estás chalado! ¿Quieres ir más al norte, a Canadá, a principios de invierno?

—Habrá mucha menos gente. Más territorio para que los que hayan quedado se dispersen. Habrá peces en los lagos y mucha caza si nos mantenemos alejados de las montañas. Cuando llegue la primavera, podremos cultivar cosas.

—Tom, estás haciendo muchas suposiciones sobre lo que podemos y no podemos hacer. Yo no sé nada de agricultura y apuesto a que tú tampoco.

—No estamos hablando de hectáreas de maíz o de trigo. Lo que digo es que debemos encontrar un lugar seguro y luego cultivar lo necesario para subsistir. Eso sí lo podemos hacer. La gente lo hace. Mis padres siempre tuvieron huerto. Alex, si las cosas son tan malas como hemos oído, no parece que nadie vaya a coger más el coche para ir a la tienda. Eso significa que tenemos que aprender a valernos por nosotros mismos. No digo que vaya a ser fácil. Creo que será más difícil de lo que imaginamos, pero no enfrentarnos a ello no nos ayudará.

—Lo sé —espetó ella, un poco irritada—. De acuerdo, pongamos que tienes razón. Incluso si fuera una buena idea (y no estoy diciendo que lo sea), tenemos que pensar en Ellie. Tal vez tú y yo lo consigamos, pero no puedes pretender que Ellie camine toda esa distancia y duerma a la intemperie, en medio de la nieve. Los guardabosques sólo dejaron dos pares de raquetas de nieve y esquís de fondo, y ninguno de ellos le queda bien. Eso significa que tendremos que llevarla a costas o fabricar una especie de trineo. En el mejor de los casos, no tardaríamos menos de dos meses... y eso si no nieva. Por no hablar de quedarnos sin comida.

—Ha muerto una cantidad increíble de gente, Alex —dijo con calma—. Murieron hace semanas, durante los primeros minutos.

—Suponiendo que podamos confiar en los rumores.

Él rebatió su objeción.

—Eso significa que habrá muchas casas abandonadas y montones de provisiones, siempre que nadie se nos haya adelantado.

—Sigue estando muy lejos. Acuérdate de lo que tardamos en llegar aquí. —Alex vio cómo se le cambiaba la cara—. ¿Qué?

—Podemos utilizar un coche.

Alex desencajó la mandíbula.

—¿Qué?

—La camioneta del garaje. Es muy antigua, pero creo que podría funcionar. Sólo que no he... —se interrumpió, encogiendo los hombros.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Quieres decir que podríamos conducir? ¿Por qué no has dicho nada?

—Por dos razones: una vez que nieve y caigan más de veinte o treinta centímetros, estaremos perdidos, incluso con cadenas, y no habrá quitanieves. También está el problema de la gasolina. Tenemos un poco, pero los depósitos subterráneos funcionan con bombas eléctricas. Sin electricidad, no hay manera de conseguir combustible.

—Pero habrá montones de camionetas y coches abandonados, ¿no? Sacaremos lo que necesitemos con un sifón. Tom, en una camioneta, ochocientos kilómetros no son prácticamente nada. Estaríamos allí en diez o doce horas. Podríamos ir a cualquier sitio.

—En circunstancias normales, sí. Pero ¿qué te apuestas a que las carreteras se han convertido en aparcamientos? Todo dejó de moverse a la vez. Si lo que oímos por la radio es cierto, mucha gente murió en el acto, como Stan. Eso significa que habrá cadáveres, montones de ellos. Donde hay cadáveres, hay animales carroñeros y no estoy hablando sólo de perros salvajes. Habrá mapaches, zarigüeyas, zorros, lobos y tal vez osos. Todos esos coches nos harán pasar la mitad del tiempo intentando despejar la carretera. Al final, nos toparemos con algo demasiado grande para poder moverlo y, entonces, tendremos que caminar.

—¿Y si nos mantenemos lejos de las carreteras principales?

—Sí, podemos hacerlo, pero ¿recuerdas aquella película de Spielberg, *La guerra de los mundos*? ¿Te acuerdas de lo que ocurría cuando intentan pasar entre toda aquella gente sin coche? Por poco los matan, perdieron el suyo y terminaron sin nada. Así funciona el mundo real, Alex; eso es lo que sucederá si cogemos la camioneta. Ahí fuera ya no queda nada que se pueda llamar civilización. Todo ha cambiado.

Comprendía su razonamiento, lo entendía de verdad. Después de todo, habían visto la misma película.

—Si tenemos tanto miedo a marcharnos, es que esto no es mejor que una cárcel.

Él permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Qué pasa si nos encontramos con más de ellos?

Alex sabía perfectamente a qué se refería.

—Tal vez a estas alturas, estén muertos. Hace frío. Seguro que han muerto congelados.

Luego pensó: «Ya, pero si un guardabosques con el cerebro frito puso aquella bomba trampa, puede que sean mucho más listos de lo que parecen». Esto suponía que había más chicos de aquellos allí fuera. Unas emisiones de radio sembradas de pánico y alimentadas por rumores no eran hechos. Aunque, si se había creído todo lo demás, ¿por qué no iban a creerse aquello?

—Jim —le recordó Tom— logró rehuirme durante más de dos días. No descartaría que quedasen más de esos críos o adultos cortocircuitados.

—Bueno —contestó ella—, tal vez no deberíamos descartarnos ni a nosotros mismos.

—Tal vez no —repuso él—, pero esos tipos de la radio sonaban como si la gente que había sobrevivido tuviera miedo de los jóvenes de *nosotros*. Eso significa que somos el enemigo. La amenaza. Tendremos suerte si no nos disparan nada más vernos.

Ellie no estaba tan disgustada como Alex había esperado que estuviera, incluso cuando Tom la sentó y le explicó lo diferentes que podrían ser las cosas una vez que

se encontraran con otra gente. Para Ellie, Tom era un soldado, igual que su padre. Las había salvado una vez y las salvaría de nuevo.

Durante los dos días que siguieron, Alex volvió a hacer inventario de sus provisiones, decidió cuáles se llevarían y, llegado el caso —si perdían la camioneta o se quedaban atascados en la nieve—, quién cargaría con qué. Tom arreglaba la camioneta y Ellie permanecía a su lado, pegada a él, pasándole herramientas. Cuando Tom arrancó el motor con la manivela, se vieron recompensados con una serie de fuertes traqueteos y espasmos metálicos antes de que la camioneta se aplacara y todo quedase en una vibración ronca. Tom y Ellie chocaron los cinco y la niña gritó alardeando ante Alex:

—¡Pues ya tenemos coche!

Aquella noche, después de comer filetes a la brasa y patatas asadas, Tom le preguntó a Alex:

—¿Sabes cazar, poner ceptos y esas cosas?

Ella le pasó un plato para que lo secara.

—Bueno, sé disparar. He hecho tiro al plato. Sé preparar trampas de losa.

Él hizo una mueca.

—Eso está bien si lo que quieres es comer hamburguesas. ¿Qué me dices de la caza con arco? —Como ella meneó la cabeza, él dijo—: Mañana saldremos con él. ¿Sabes cambiar una rueda? ¿O conducir un coche con cambio manual?

—¿Por qué estamos hablando de esto?

—Porque —contestó, abriendo el armario y colocando los platos secos—, si algo me pasa o nos separamos, necesitas saber estas cosas.

Ella lo miró durante un rato.

—No te va a pasar nada.

De hecho, era mucho más probable que algo le pasara a ella. Se volvió a preguntar cuándo se lo diría.

—Créeme, tampoco tengo intención de ir a ningún sitio, pero quiero que vosotras lo hagáis lo mejor posible.

—Por esa regla de tres, deberías estar enseñando a Ellie a usar un arma. Si algo puede pasarte a ti, también podría pasarnos a los dos y ella se quedaría sola. —Se dio cuenta de que la idea no le entusiasmaba del todo y añadió—: No tiene por qué llevar ninguna, pero debería saber manejarla.

—De acuerdo. Hay una Browning Buck Mark. Estará bien para empezar. Entonces... ¿nos vamos dentro de dos días? —dijo, doblando con cuidado el trapo de secar los platos.

Ella asintió.

—Parece que tenemos un plan.

# 29

10

—Pero si ya tengo un cuchillo —protestó Alex. Era por la mañana temprano y habían pasado dos días. El cielo seguía oscuro, casi de un azul cobalto al norte, donde debía de estar nevando. Se hallaban en la habitación delantera con sus cosas y provisiones ya cargados en la caja del Ford. Alex bajó la mirada hacia la coronilla de Tom mientras este trasteaba en su bota—. No voy a acordarme.

—Lo mejor de un cuchillo de bota es que nadie detectará su presencia a menos que te remanguen o te los metas por dentro, cosa que tú no haces. —Tom le dio un buen tirón a la pernera derecha de sus pantalones de montaña—. ¿Qué tal?

—Es como si tuviera algo enganchado a la bota. Tom, tengo la Mossberg y la Beretta de la caja fuerte. Tú tienes la Winchester y una Sig y también está la Browning, y el arco.

—Que manejaste muy bien, por cierto.

—Como Uryū —dijo Ellie, asomando por la puerta. Llevaba algo de lana verde en los brazos: mantas para la perra.

—¿Qué? —preguntó Tom.

—En todo caso, ¿quién? —le corrigió Alex—. Es un Quincy. ¿Anime?

—Y manga —añadió Ellie.

—Ah, vale, conozco *Hellsing* —comentó Tom.

—¡Cómo no! —replicó Ellie—. Todos usan pistolas, incluido Alucard, que además le arranca la cabeza a la gente.

—¿Qué puedo decir? Es de los míos.

—Estupendo. —Alex puso los ojos en blanco—. Tom, no tengo la menor idea de manejar un cuchillo.

—Y, con suerte, no tendrás que hacerlo. De hecho, lo más probable es que acaban matándote, así que no te lo recomiendo.

—Y entonces, ¿para qué lo quiero?

—Pregúntaselo al tipo malo al que apuñales cuando menos se lo espere.

—Acabas de decir que me matarían.

—No, si la primera puñalada es tan buena que no tienes que repetirla. —Se incorporó—. Venga, relájate; estaba bromeando.

—Pues a ella no le hace gracia —observó Ellie.

—Es sólo por si acaso —dijo Tom.

—No paras de decir eso —contestó Alex.

—Porque es lo que pienso. —La escudriñó con la mirada y sacudió la cabeza—. Todavía falta algo —comentó, dándose palmaditas en los bolsillos—. Dame un segun... ay... —Sacó un revólver enfundado—. Sabía que lo llevaba encima por algo.

Alex supo de qué se trataba antes de que sus dedos temblorosos liberaran la Glock. Faltaba el cargador, pero no había duda.

—La de mi padre... Tom, ¿dónde...? ¿Cómo...?

—¡Bien! ¡La has arreglado! —exclamó Ellie—. Tom me hizo prometer que no diría nada. Volvimos a por ella la mañana después de... ya sabes. Tom dijo que no te despertarías y que estarías bien protegida por *Mina*, así que le enseñé dónde se me cayó.

—¿Te metiste en el agua? —inquirió Alex, incrédula.

—Yo no —respondió Ellie—. Estaba muy fría y muy honda. Pero Tom consiguió cogerla a los tres o cuatro intentos.

—No quería decir nada hasta poder llevármela, limpiarla y devolvértela en perfecto estado. Ellie me dijo que era de tu padre. Supuse que querías tenerla, es una buena pistola. Toma. —Le tendió el cargador—. Lo demás sigue en la riñonera y también he echado un par de cajas de munición en las mochilas.

—Gracias. —Colocó con cuidado el cargador en su sitio—. Va en serio, Tom.

—Ya lo sé. —Le aguantó la mirada durante largo rato y luego dijo—: Mejor será que la cagues antes de ponerla a buen recaudo.

—Por si acaso —se burló ella.

—¿A mí también vais a darme un cuchillo? —preguntó Ellie.

Tom y Alex se miraron y Alex soltó:

—Tú lo empezaste.

—Vale, vale —aceptó Tom—. Tú también tendrás un cuchillo, sólo que el tuyo será uno de verdad: un cuchillo, cuchillo.

—¿Qué? ¡Eso no es justo! —se enfadó Ellie—. ¿Por qué ella tiene un cuchillo de bota y yo no?

—Y quiero que lo lleves en el cinturón, en la funda, con la tira de seguridad puesta, siempre.

—Ni siquiera puedo usarlo. —Ellie parecía triste—. Entonces, ¿para qué lo quiero?

—Si necesitas despellejar un conejo o modelar un anzuelo, yo te enseñaré. Igual que te enseñé a manejar la pistola. Es sólo por si acaso.

—Sí, sí —gruñó Ellie—. Si es sólo por si acaso, ¿por qué parece que vais a la guerra? Ninguno acertó a darle una buena respuesta.

Se subieron a la camioneta y Ellie se acomodó entre Alex y Tom. Este introdujo la llave en el contacto y se detuvo.

—Aún estamos a tiempo de cambiar de opinión.

—No, vámonos. —Ellie se dio la vuelta para mirar por la ventanilla trasera de la cabina—. ¿Seguro que *Mina* estará bien? Aunque vaya en la jaula, hace un frío que pela.

—¿Con todas esas mantas y un abrigo de piel, por si fuera poco? Estará estupendamente.

—De acuerdo. ¿Echamos la llave?

—No —dijo Alex, alzando la mirada por encima de la de Tom—. Puede que alguien llegue hasta aquí y necesite refugiarse.

—O a lo mejor vuelven los guardabosques —apuntó Ellie.

—A lo mejor.

—Pues vámonos —resolvió Tom, arrancando. El motor lanzó un ronco rugido y el chico no tardó en meter la primera—. Decidle adiós a la casa.

—Adiós, casa —obedeció Ellie. Permaneció un instante callada y luego añadió—: Buenooo y... ¿falta mucho?

Alex y Tom miraron a Ellie a la vez, y luego intercambiaron una mirada, echándose a reír.

Aquel fue el último momento bueno.

TERCER  
PARTE  
CÁMERA

# 30



El cortafuegos de gravilla estaba lleno de baches, la camioneta iba dando bandazos y se hundía mientras las piedras crujían bajo los neumáticos y saltaban y rebotaban contra los bajos. Avanzaban a paso de tortura y, después de una hora, sólo habían recorrido dieciséis kilómetros. Cinco kilómetros más adelante, llegaron a la carretera de acceso y ganaron tiempo, poniendo los neumáticos a rodar a toda velocidad sobre el asfalto en dirección este. Después de unos treinta kilómetros, Tom dijo:

—Vamos a llegar a un *parking*. ¿Es ahí donde dejaste tu coche? —Como ella asintió, él añadió—: ¿Quieres parar? Tal vez quieras coger algo.

Estuvo a punto de decir que no quedaba nada de su antigua vida que quisiera en absoluto, excepto su tía. Pensó por un momento en pedirle a Tom que se dirigiera la sur, no al norte. Él lo habría hecho por ella, pero, dado lo poco que habían podido averiguar, aventurarse a salir del parque ya era bastante peligroso. Dirigirse a una ciudad importante en un estado lleno de centrales y cementerios nucleares era, con toda probabilidad, un acto suicida. No la llamaban «Illinois la nuclear» por nada. El primer reactor en cadena jamás construido fue almacenado de tapadillo bajo las gradas del Stagg Field de la Universidad de Chicago, en sus canchas de squash. Fue allí donde Fermi acuñó la expresión «pirémonos de aquí».

Sin embargo, se limitó a asentir.

—Vale.

—Vaya —musitó Ellie cuando Tom giró hacia la izquierda y pasó junto a la taquilla de entrada al aparcamiento. Esta era de piedra y tenía un gran ventanal en la parte delantera y una ventanita corredera en el costado, como las de atención al público del McDonald's. El ventanal estaba destrozado, la puerta colgaba abierta de par en par y tanto la bandera de Estados Unidos como la estatal yacían enfangadas en la hierba en la base del gran mástil. Las cuerdas habían desaparecido.

—Alguien estaba cabreado.

—O buscaba algo que pudiera utilizar. —Mientras trazaban la curva y entraban en el *parking*, Tom dijo—: Me lo temía.

A estas alturas de la estación, no habría muchos coches. Ahora sólo había seis sobre un lecho de cristales rotos. Los habían saqueado todo: lunas rotas, puertas abiertas, guanteras desvalijadas, maleteros aporreados y guardabarros abollados.

—Tal vez no quede mucho —observó Tom—. ¿Cuál es el tuyo?

Alex lo señaló. Su Toyota quedaba a la izquierda, en una esquina del *parking*, cerca del cobertizo independiente junto a tres máquinas expendedoras destrozadas. Estaba hecho polvo: habían reventado el maletero y la rueda de repuesto estaba apoyada contra el guardabarros trasero.

—¡Eh! —gritó Ellie de repente, señalando hacia la derecha—. Allí, en los servicios. ¡Mirad!

Un hombre alto y delgado, con un penacho de pelo blanco, salió disimuladamente de la puerta lateral en la que se leía señoras, hecho que habría extrañado a Alex en cualquier otra circunstancia. El tipo era viejo, más o menos de la edad de Jack, y vestía vaqueros sucios y una grasienta parka verde oliva. Llevaba aferrado un bate de béisbol en una mano. A Alex le resultaba vagamente familiar, pero no lo reconoció hasta que



se subió las gafas para colocárselas en el caballete de la nariz.

—Oye, yo conozco a ese tipo —dijo, echándose hacia delante para ver mejor. Le contó a Tom lo del autobús escolar—: era uno de los profesores. Estoy casi segura. —Vio que el tipo levantaba una mano vacilante—. ¿Paramos?

—Por supuesto que sí. No puede volver a casa —afirmó Ellie antes de que Tom pudiera contestar. Cuando Tom y Alex intercambiaron miradas, Ellie continuó—: Tenemos que ayudarle.

—No, no tenemos por qué hacerlo —repuso Tom—. Ya hemos hablado de esto, Ellie. Vamos a ver a mucha gente que querrá lo que tenemos. No podemos compartirlo con todo el mundo.

—A lo mejor sí —contestó Ellie.

Tom se lo pensó otro segundo, luego frenó, puso la camioneta en punto muerto y le dijo a Ellie:

—Tú te esperas aquí. —Cuando ella abrió la boca para replicar, añadió—: Una palabra y nos vamos.

—Vaaale —asintió Ellie a regañadientes. Se llevó la mano a la boca con dramatismo—: ¡Uy!

Tom intentó mantener el gesto serio, pero no lo consiguió. Luego desvió la mirada hacia Alex, deteniéndose en su cintura. Ella captó el mensaje y desabrochó con el pulgar la correa de sujeción de la Glock.

No fue hasta que abrió la puerta del coche cuando percibió aquel inconfundible hedor a carne muerta. Se le erizó el vello de la nuca. Oyó los inquietos gemidos de *Mina* procedentes de la caja de la camioneta.

—Tom, espera —dijo.

Él ya tenía un pie fuera del coche y llevaba la Winchester en una mano.

—¿Qué?

—*Mina* ha olido algo. Hay... —Olisqueó el aire de nuevo, sin importarle lo que pudiera parecer. Definitivamente, allí apestaba a bicho muerto; no era fuerte, pero pensó que estaba cerca—. ¿No hueles eso?

—¿Oler q...?

—Que me aspen. —Una voz de hombre. Alex se giró y vio que el profesor se acercaba corriendo, con su larga y escasa melena blanca al viento como un profeta del Antiguo Testamento. Llevaba unas gafas con montura metálica apoyadas precariamente en el caballete de la nariz, con el lado derecho más alto que el izquierdo. Esto daba al anciano el aspecto de un profesor chiflado—. Dios bendito, sois... sois *jóvenes* —dijo—. Virgen santa, no puedo creerlo. Cuando oí la camioneta, creí que estaba alucinando.

Tendió una mano mugrienta. Sus nudillos, inflamados y nudosos, estaban pelados y un cerco negro ribeteaba sus uñas. Tenía ceniza en el cuello y a Alex le olió a humo, a desesperación y a algo más que no sabía precisar muy bien. El olor a animal aplastado no procedía de él, pero detectaba el miedo del hombre, de eso no había duda, y algo más, un fuerte olor a disolvente.

«Está escondiendo algo». La idea le vino sencillamente a la cabeza. «Está preocupado por algo».

¿Por qué estaba pensando eso?

—Larry Mathis. —Los ojos del anciano se desviaron hacia la Winchester de Tom y la Glock de Alex antes de posarse de nuevo en sus caras—. No sabéis lo que me alegra encontraros. Veo que tenéis un perro. Inteligentes, muy inteligentes. Sabía que no podían ser todos los jóvenes. Intenté decírselo a Marlene, pero ella...

—Espere, espere —interrumpió Tom—, despacio. ¿De qué está hablando? ¿Todos los jóvenes? ¿Qué quiere decir con que llevar un perro es muy inteligente?

—Escuchadme. —Larry cerró la boca y se pasó la palma de su callosa mano por los

labios agrietados—. Lo siento. Es que he estado solo, salvo por la gente que pasa por aquí. No he visto ni un alma desde hace... Dios, por lo menos dos semanas.

—¿Desde cuándo lleva aquí? —preguntó Tom.

—¿A qué estamos hoy? —quiso saber Larry.

—A diez de noviembre —contestó Alex.

—Y el ataque fue el uno de octubre, así que desde entonces estoy aquí. —Larry señaló los baños con el bate y, por primera vez, Alex vio lo que sólo podía ser una gran mancha de sangre seca que se había infiltrado en la madera—. He estado quedándome en los servicios de mujeres. Estaban más limpios que los de los hombres y encontré un par de buenas tiendas de campaña y sacos de dormir. Hay una cabaña de un vigilante a medio kilómetro adentrándose en el bosque y, ahora que está empezando a hacer más frío, estaba pensando en mudarme allí, pero... —se encogió de hombros— aún no me he decidido.

A Alex no le cuadraba que hubiera elegido quedarse en los servicios de señoras o en una tienda de campaña y se dio cuenta de que aquel olor fuerte se había hecho más penetrante. ¿Qué era? Una mezcla de aceite de engrasar armas y disolvente para limpiar, pensó.

«Está mintiendo sobre algo». No era capaz de relacionarlo, pero, por alguna razón, esa combinación de olores disparaba un montón de alarmas. «O tal vez sólo está omitiendo algún detalle. Pero ¿cuál?».

—Ha dicho que hubo un ataque —dijo Tom—. ¿Está seguro? ¿De qué tipo?

—Lo único que sé con seguridad es lo que mis ojos me dicen y lo que otra gente me cuenta, ¿sabes lo que te digo? Lo que he oído es lo de los PEM, y supongo que las ciudades se destruyeron con armas nucleares, pero hay gente que dice que sólo fueron los PEM, que todas las plantas nucleares y los lugares de almacenamiento de residuos estallaron luego por sí solos. No creo que nadie lo sepa con certeza, pero os puedo garantizar que ahí fuera todo es un completo desastre. He tenido demasiado miedo para moverme de aquí.

—¿De qué ha estado viviendo? —le preguntó Alex.

—De lo que encuentro por ahí. Tenía algunas provisiones en mi mochila y, al principio, había cosas en las máquinas expendedoras. Suerte que llegué aquí antes de que gente más vieja empezara a salir del bosque, o no habría quedado nada. Encontré esto en la taquilla. —Levantó el bate—. Uno de los guardabosques debía de pescar, porque había una caña. De modo que pesco y, bueno, como he dicho, hay un *camping* a unos tres kilómetros al oeste. He estado allí un par de veces. Un puñado de tiendas de campaña y sacos de dormir y provisiones entre los que rebuscar, siempre que no te importen los cadáveres. Los carroñeros ya han dado bastante cuenta de ellos. Me las he ido apañando.

—¿Cadáveres? —inquirió Tom.

—Sí. Ya sabéis, la mayoría parecía de treinta o cuarenta para arriba. No había muchos, porque estamos en temporada baja, pero...

—No, no lo sabemos. ¿De qué está hablando? —interrumpió Alex.

—Cielo santo. —La mirada miope de Larry pasaba de Alex a Tom y viceversa—. ¿De verdad no lo sabéis?

—Por amor de Dios, dígalo ya, Larry —lo instó Tom.

Y así lo hizo. Cuando Larry terminó, Alex sintió como si se hubiese adentrado en una especie de pausa en que todo se detenía. A través del rugido de sus oídos, oyó a Tom que decía:

—Eso no puede ser verdad. ¿*Todo el mundo*? ¿Sin excepciones?

—Bueno, vosotros dos lo sois, así que debe de haber más. Hijo, sólo te digo lo que me han contado. Puede que los rumores sean mentira, pero, si lo son, es que todo el que pasa por aquí cuenta la misma mentira, pero, si lo son, es que todo el que pasa por

aquí cuenta la misma mentira. Por ahora, no han sido más de treinta, así que no te fíes mucho. Pero, basándome en lo que he visto y oído, yo me lo creo. Las personas que cayeron fulminadas eran, en su mayoría, adultos de veintipocos para arriba. Parece que hay una especie de tope alrededor de los sesenta o sesenta y cinco, pero apuesto a que algunos muy mayores también murieron. Sin embargo, aparte de mí, vosotros dos y esa pequeña de vuestra camioneta, la persona más joven que he visto pasar por aquí hasta ahora tenía sesenta y seis. Su marido era más joven, cincuenta y cinco años, y cayó redondo durante el primer par de minutos. —Larry chasqueó los dedos—. Fulminado. Así.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó Tom.

—Sesenta y dos, y sigo vivo y coleando, gracias a Dios. —Larry miró a Tom—. ¿Estabas con alguien mayor cuando ocurrió?

—Con dos tipos. —Tom tragó saliva—. Uno murió en el acto. Tendría unos cuarenta. El otro acababa de cumplir sesenta y cinco y estaba bien después del ataque. Pero mi amigo... —Su voz se fue apagando.

—¿Era de tu edad?

—Unos años mayor.

—Suficiente. —Larry entrecerró los ojos—. Cambió, ¿verdad? ¿Empezó a perder la cabeza, a parecer perdido?

Tom asintió a su pesar.

—Entonces se puso... se volvió loco.

—Se volvió salvaje —confirmó Larry sin paliativos—. Te diré una cosa: tienes suerte de que no cambiase durante los primeros minutos, o lo más seguro es que no estuvieras aquí ahora mismo. Por lo que me han contado todos los que han pasado por aquí, los chicos de tu edad y más jóvenes cambiaron rápido.

—Pero esa es la cuestión. Yo no he cambiado. Alex está bien y lo mismo... —Tom se interrumpió—. La gente se deja llevar por el pánico. Son sólo rumores.

—No, espera. Larry estaba con un grupo de chicos —dijo Alex. Y al anciano—: Lo vi en un Quik-Mart justo en la frontera con Michigan.

—Esos éramos nosotros —afirmó Larry—. Yo enseño... enseñaba Biología. Estábamos dando la unidad sobre ecología de otoño e invierno: mi hija, ocho chicos de clase, tres acompañantes más y yo. —La mirada de Larry se desvió bruscamente hacia un lateral y se fijó en un punto del suelo—. Marlene enseñaba Química. Era más o menos de mi edad. Ella fue la única acompañante que lo consiguió.

—¿Qué les pasó a los demás? —preguntó Tom.

A Larry se le llenaron los ojos de lágrimas y la nuez le subió y le bajó al intentar tragar saliva.

—Ya te lo he dicho. Pareces un joven inteligente. ¿Por qué crees que llevo el bate?

—Todos los chicos cambiaron —prosiguió Alex. Su voz sonaba fina y tensa en sus oídos.

—Sí. —Larry parpadeó con rapidez—. Bueno, no todos a la vez.

—¿En serio? —Alex y Tom se miraron el uno al otro y entonces Alex preguntó—: ¿Cuántos de ellos no lo hicieron?

—Tres. Un par de chicos cambiaron en el acto y los otros empezaron medio día después o así. Un chico no mostró signos durante al menos dos días.

—¿Seguían algún patrón? —quiso saber Alex—. Como edad o...

—No. Los dos primeros mataron a Harriet... Ella enseñaba Biología Avanzada. Creo que tenía sesenta y pocos. Su marido, Frank, ya estaba muerto.

—¿Qué pasó luego? —preguntó Tom.

Larry pareció casi enfadado.

—¿Tú qué crees? Marlene, los otros chicos y yo corrimos como almas que lleva el diablo. Tardamos un par de días en salir del bosque. Los salvajes nos siguieron y

cogieron a uno de los chicos que no había cambiado aquella primera noche. Fue horrible y no pudimos... no pudimos hacer nada. —La voz de Larry se quebró—. Mi hija, Deidre, fue la única chica que lo consiguió, pero en cuanto llegamos al autobús, Marlene se marchó. Sencillamente, se subió, echó el seguro de la puerta y se largó. —Meneó la cabeza—. Aquel autobús era tan viejo que seguramente yo mismo fui en él de niño. Esa es la única razón por la que también consiguió irse. ¡Y ella que siempre decía que los recortes en el presupuesto del distrito nunca harían bien a nadie!

—¿Y los dejó aquí sin más?

—No quería llevarse a Dee y yo habría sido incapaz de marcharme sin ella, así que...

—Abrió los brazos—. Aquí estoy. Sois los primeros jóvenes que he visto pasar. Sabía que tenían que quedar algunos. Había demasiadas variables en quién y cuándo se cambiaba.

—¿Sabe alguien por qué está pasando todo esto? —inquirió Tom.

—Enseño Biología en un instituto. Juro por Dios que no lo sé. Tal vez algo relacionado con la química del cerebro o con las hormonas. —La mirada de Larry volvió a escurrirse, pero no antes de que Alex detectara otra bocanada de aquel olor a disolvente.

Entonces supo lo que estaba escondiendo.

—Larry, ¿dónde está su hija?

Durante un instante, creyó que Larry intentaría mentir. Sin embargo, este se supo vencido.

—Por aquí. —Larry inclinó la cabeza señalando los baños—. Será mejor que la pequeña se quede ahí.

«Bien —pensó Alex mientras su mirada recorría el servicio de minusválidos—, al menos ya sabemos quién cogió la cuerda de esos postes».

Larry había utilizado el baño de minusválidos por razones obvias. Era más grande y tenía barandillas que le venían muy bien para retener a alguien. La niña estaba dormida o, con mayor probabilidad, inconsciente, a juzgar por la costra de sangre seca en el lado izquierdo de la cabeza. Tenía las manos atadas a la espalda y más cuerda enrollada a la cintura, que Larry había atado a una barandilla.

Ahora, el hedor a carne muerta era muy fuerte.

—Deidre —dijo Larry. Sus labios temblaron y él se los restregó con una mano temblorosa—. Sólo tiene trece años. No culpo a Marlene, de verdad que no. No después de lo que vimos. Pero no podía abandonar a Dee sin más. Solamente la golpeé la vez que me atacó. Sé que no puedo... —Su voz se endureció—. Puede que el cambio no sea permanente.

Tom le puso al anciano una mano en el hombro.

—¿Cuánto tiempo lleva así, Larry?

—¿Fuera de sí? Sólo los últimos cuatro o cinco días, pero creo recordar que el cambio empezó hace unas dos o tres semanas. Empezó a quejarse de que no se sentía bien. Perdió el apetito y le cambió el humor y luego... bueno, es una especie de retoño tardío. Creí que únicamente era eso.

La cara de Tom reflejaba su evidente confusión, pero Alex lo había entendido. «Retoño tardío». Sus ojos encontraron un dispensador abollado de compresas colgado en una pared, cuya tapa abierta revelaba una pila de cajitas de cartón grises. Larry debió de haberla roto para abrirla.

—Le vino el periodo.

—Por primera vez. Se puso peor unos tres días después y eso fue hace una semana o así. —Lentas lágrimas rodaron por los profundos surcos a ambos lados de la nariz de Larry—. Ahora, cada vez está más débil. Bebe, pero cualquier cosa sólida que le meto en la boca, la escupe. Las últimas veces que me he acercado a ella, ha intentado morderme... —Se secó las lágrimas de la cara con el dorso de la mano—. Se me parte

el corazón, ¿sabéis? En algunos aspectos, sigue siendo una adolescente normal: siempre se levanta justo cuando yo voy a acostarme. Se queda en vela toda la noche y vuelve a adormilarse un par de horas después del amanecer.

Cambios hormonales. ¿La pubertad? Alex bajó la mirada hacia la niña inconsciente. A ella misma se le había retirado el periodo por completo hacía más de un año. Un efecto secundario de sus muchas sesiones de quimio o del propio monstruo. Barrett no estaba seguro.

¿Y cómo explicaban las hormonas o la pubertad lo de Tom? Él era de su edad, pasada ya la pubertad. ¿Y qué pasaba con los chicos en general? Puesto que los chicos y las chicas eran diferentes, las hormonas no podían ser la única razón, ¿no?

—Larry —intervino Tom—, lo siento, pero no podemos llevarla con nosotros. —No fue cruel al respecto, sólo objetivo—. No sabemos si la situación podría llegar a invertirse.

—Lo sé. No iba a pedirlo. Todo el que pasa por aquí echa un vistazo y luego «*sayonara, baby*» —dijo Larry, haciendo el gesto con una mano.

—Podría venir con nosotros —sugirió Alex.

—No voy a dejar a mi hija. A lo mejor sobrevive si la suelto, pero eso significaría que habría atacado... —Larry tragó saliva—. No puedo hacer eso tampoco.

—¿Qué es lo que quiere, Larry? —preguntó Tom.

—No puedo... —Larry dio un débil golpe al aire con el bate—. No puedo hacerlo. Pero vosotros tenéis armas. No os estoy pidiendo que lo hagáis, ya me entendéis, pero sólo necesito dos.

—¿Dos qué? —farfulló Alex.

—Larry —dijo Tom—, no hay necesidad de que haga esto. Yo podría...

—¿Dos *qué*? —repitió Alex y entonces lo entendió—. No, Tom, no puedes darle...

—No. —Larry puso una mano en el hombro de Tom y le dio un apretón—. Pareces un buen chico y te lo agradezco, en serio. Pero hay cosas para las que aún eres demasiado joven. Es mi hija. Si alguien va a hacerlo, debería ser yo. —Después de un breve silencio, el anciano añadió—: Por favor, no me hagáis suplicar.

Tom estudió a Larry durante un momento, después alcanzó la Sig de detrás de su cintura y la sacó de la pistolera.

—*Tom* —lo llamó Alex. Tom no contestó. Se limitó a abrir rápidamente el cargador; sacó todas las balas menos una y volvió a encajarlo—. ¿Qué estás haciendo? —inquirió.

Tom comprobó el seguro y le ofreció la pistola por la empuñadura.

—Cuidado. Ya hay una en la recámara.

—Gracias. —Larry rodeó la culata con la mano—. Lo haré desde aquí.

Tom no soltó la pistola.

—No tiene por qué hacer esto. Sólo le hace falta una.

—Pero nunca lo olvidaría. Ningún padre debería tener que vivir con eso. —Larry le dedicó una sonrisa lenta y triste—. Un consejo: ¿dos jóvenes y una niña? Hay mucha ira ahí fuera, y miedo. La gente os disparará o decidirá que valéis vuestro peso en oro.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que sois una especie en peligro de extinción. No sé cómo será en el resto del mundo, pero nosotros teníamos ocho chavales en nuestro grupo cuando empezamos y no ha sobrevivido ninguno. Así que tened mucho cuidado. —Larry volvió a dar a Tom una palmada en el hombro—. Marchaos ya. Esperaré hasta que os hayáis ido.

—Habéis tardado mucho —dijo Ellie cuando se apiñaron en la camioneta—. ¿No viene con nosotros?

—No, cielo. —Tom arrancó la camioneta y el motor engranó con un rugido—. Ha decidido quedarse.

—¿Por qué? —Entonces bajó los ojos hasta la cintura de Tom y los entrecerró con

sospecha—. ¿Dónde está tu arma?

—Será mejor que nos vayamos —intervino Alex.

Ellie miró a Tom y a Alex y luego de nuevo a Tom, y Alex sintió el momento en que la bombilla se le encendía. Una expresión traicionada reemplazó la confusa y el labio inferior de Ellie comenzó a temblar.

—Papá nunca habría hecho eso.

Alex puso una mano en el brazo de la chica.

—Ellie, eso no es justo.

La pequeña se zafó de ella.

—No te pongas de su parte sólo porque sea tu novio.

Las mejillas de Alex se encendieron.

—Él no es...

—Se supone que tienes que ayudar —le espetó la pequeña a Tom—. Se supone que tienes que salvar a la gente. Ese es tu *trabajo*.

—Lo he ayudado, Ellie —dijo Tom haciendo un esfuerzo—. No es tan fácil como crees. Todo ha cambiado. Las cosas ya no son tan sencillas.

—Eso no es verdad. Los buenos no ayudan a la gente a morir. Papá nunca habría...

Tom se giró hacia ella.

—Bueno, yo no soy tu padre, ¿vale? Tu padre está muerto y yo lo estoy haciendo lo mejor que puedo. ¡Lo siento si no cumplo tus expectativas, pero dame un respiro, ¿quieres?! Yo no he pedido esto y no te he pedido a ti... —Cerró la boca en el acto, pero el daño ya estaba hecho.

La cara de Ellie se quedó tan imperturbable como el mármol pulido.

—Muy bien. —No lloró ni gritó y cada palabra cortó el aire tan nítidamente como una cuchilla—. Genial.

Tom palideció.

—Ellie, cielo, lo sien...

—No me llames así —dijo Ellie con su nueva voz mortífera—. No vuelvas a llamarme cielo. Sólo mi padre me lo decía y, como tú dices, no eres mi padre.

Alex no se atrevía ni a respirar. Ellie se giró y miró al frente.

Sin mediar más palabra, Tom metió primera y se marcharon.

# 31

7

ras la advertencia de Larry, optaron por atenerse solamente a las carreteras forestales, lo que les impedía circular a gran velocidad: su estado no era demasiado bueno y estaban llenas de curvas cerradas y peligrosas, por lo que no pudieron recorrer muchos kilómetros. Lo único positivo era que no nevaba. Alex conducía y Tom iba de copiloto, preparado para disparar a cualquiera que apareciese de entre los bosques para robarles la camioneta, matarlos o ambas cosas. Pero nadie apareció ni vieron a ningún chico con el cerebro frito. Alex mantenía la ventanilla bajada —por el aire, se excusó—, pero tampoco percibió ningún olor que levantara sospechas. Al final de una angosta carretera, pasaron junto a unos cuantos buzones. Por lo visto, había casas allí atrás, aunque no vieron a nadie.

Llegaron a una granja, pero estaba oscura y parecía desierta; unos grandes pájaros negros la sobrevolaban. Al verlos, Alex sintió una especie de aleteo en el pecho y una bocanada de putrefacción esta vez olía realmente a podrido. Distinguió una protuberancia de lana en un corral pantanoso y cercado —una oveja que se había muerto de hambre— y, al pasar junto a un campo vallado, el traqueteo del vehículo espantó a los cuervos. En otras circunstancias, se habrían parado a alimentar a las vacas, la mayoría tan abotagadas que parecían globos a punto de explotar. Los buitres se disputaban los cadáveres y Alex divisó también a dos lustrosos zorros grises en un tira y afloja con una maraña de tripas. El único animal vivo en el campo era un viejo caballo de carga de aspecto fatigado que mascaba hierba. El caballo levantó la cabeza para verlos pasar.

—Espera. —Tom saltó de la camioneta, alzó el pestillo de la verja y volvió a subir—. Para cuando se quede sin pasto, así es mejor.

—Podías haberle disparado —farfulló Ellie, pero Tom no respondió.

Al caer la noche, ya habían recorrido ciento cuarenta y cinco kilómetros, los últimos treinta y dos por un serpentino camino de tierra no más ancho que el coche. El mapa de guardabosques no servía para nada; el fino garabato rojo que marcaba el cortafuegos había quedado reducido a meros guiones, eufemístico símbolo topográfico para una carretera sin asfaltar. A juzgar por los altos matojos secos que brotaban al estilo mohicano en el centro mismo de la carretera —no era más que un tajo en medio de la tierra—, nadie había transitado por ella en años. La camioneta brotaba y rebotaba dando sacudidas a medida que reducían de treinta a veinte y de veinte a diez y la noche se iba filtrando en las densas nubes, tiñéndolas de negro.

—Tenemos que parar —dijo Alex—. No se ve nada, ni siquiera con las largas.

—Lo sé. Mira allí. —Tom señaló a la derecha—. Parece parte de una vieja cerca.

En el crepúsculo, Alex divisó un dentado poste torcido como la torre de Pisa. Detrás había una explanada abierta y frondosa, probablemente parte de algún viejo pasto venido a menos. Frenó, puso punto muerto y apagó el motor.

—Creo que esto se aleja del camino hacia un nuevo llano.

—Sí. —Tom abrió la puerta y saltó al exterior—. Venga, vamos a montar la tienda. Ellie, hay que sacar a *Mina*.

Ellie no dijo nada, pero cuando Alex se deslizó de la cabina, la niña salió pitando, esperó a que Tom hubiera soltado la puerta trasera y se encaramó a la caja.

—Mira bien dónde pisas —dijo Tom. Sacó una linterna—. Parece que hay una

alambrada de espino.

—No pienso hablar contigo —le espetó Ellie, rebuscando en su mochila de *Helly Kitty*—. Y tengo mi propia linterna.

—Lo mejor es no hacerle caso. —Alex observó la oscilación de la mochila de Ellie y a la perra tratando de esquivar la luz, con la nariz pegada al suelo.

—Sí. —Tom permaneció con los brazos en jarras, mirando a Ellie adentrarse en el campo—. He metido la pata.

—Eh, tú siempre me estás diciendo que no sea tan exigente conmigo misma. ¿Qué hay de ti? Es sólo una cría. Venga, montemos la tienda y hagamos un fuego. Todos nos sentiremos mejor cuando hayamos comido algo.

Mientras montaba la tienda, Alex sacó otro tema a colación:

—Sé que no quieres oír esto y que no fui de gran ayuda antes, pero creo que hiciste lo mejor para Larry.

Tom estaba machacando un filete y tenía la cara escondida.

—Me está costando bastante creerlo.

—¿Alguna vez...? Quiero decir si en Afganistán, tú...

—¿Maté a alguien porque me lo pidiera? ¿Un asesinato piadoso? —Tom levantó la vista—. No. Sé que puede sonar estúpido, pero una cosa es matar al enemigo y otra matar a sangre fría. En mi pelotón había un tipo llamado Crowe que estaba totalmente destrozado. Un PFE (penetrador formado explosivamente) atravesó su Humvee y su casco. Perdió la mayor parte de la cara y la mitad del cráneo. No lo mató y, cuando llegué hasta él, estaba consciente. Tenías que verme a mí cogiéndole la mano y diciéndole que aguantara y a Crowe mirándome fijamente (bueno, con el único ojo que le quedaba) y diciéndome, más claro que el agua: «Mátame». Le oí perfectamente, pero fingí no haberlo hecho, obligando a Crowe a repetirlo una y otra vez hasta que se desmayó. Uno de sus colegas fue a verle más tarde y Crowe le espetó: «Dile a ese hijo de puta que la ha cagado».

—¿Sobrevivió?

—Oh, sí. ¿Sabías que la guerra es el mejor entrenamiento para los neurólogos? Lo bueno es que estás vivo. Lo malo, tener que ir por ahí mirándote en los espejos, tratando de asumir que no eres un vegetal. ¿Por qué crees que quería que lo matara?

—Pero *está* vivo. Puede que ahora haya cambiado de opinión, Tom.

—Alex, tenía nuestra edad. —Tom le dio al filete el último mazazo—. Si Larry tiene razón, te daré tres intentos para que adivines qué pinta tendrá Crowe ahora.

Ellie no comió nada en toda la noche y los evitó a ambos. Cuando Tom trataba de hablar con ella, la niña se limitaba a mirar al suelo y a abrazar a la perra, hasta que Tom desistió. Al poco, cogió a *Mina* y la metió en la tienda. Durante la siguiente hora, Tom y Alex se acurrucaron en torno a un atlas de carreteras que habían encontrado en la estación de los guardabosques.

—Tal vez deberíamos volver por donde hemos venido —sugirió Alex.

—Odio hacer eso. Es una pérdida de tiempo y de combustible. Mira, el mapa dice que el camino se allana y ya sabemos que es tierra de labranza, ¿verdad? Por lo que habrá otras cosas más adelante y las carreteras serán mejores. Si continuamos por aquí, al final llegaremos a ese cortafuegos que nos llevará al noroeste, más o menos a Oren.

—Una gran ciudad.

—Sí, y muy poblada.

—¿A cuánto está?

—A unos setenta u ochenta kilómetros.

—¿Y cuál es la otra opción?

—Dirigirnos al suroeste y luego al oeste: hay una vieja mina y un pequeño pueblo a unos cincuenta kilómetros al norte de la mina. No más que una aldea, de hecho.

—Entrecerró los ojos para poder leer el nombre—: Rule.



—Tal vez sea lo mejor. Y, en cualquier caso, habrá menos gente.

—Quizás. Ojalá se me hubiera ocurrido parar en aquella granja, a lo mejor había una camioneta o un coche y algo de gasolina. —Sacudió la cabeza, echando vaho—: Dios, no estoy pensando con claridad.

—Lo estás haciendo mil veces mejor de lo que lo haría yo. Yo no sería capaz de dispararle a alguien conocido y tú te hiciste cargo de Jim.

—No. —Mirando al fuego, suspiró y dejó las manos colgando entre las rodillas—. Quiero decir, sí, pero eso no es todo. ¿Recuerdas que te dije que le seguí la pista? Bueno, pues pude hacerlo antes en dos ocasiones. Podría haberme deshecho de él y la verdad es que debería haberlo hecho. Pero no lo hice. Actué como Larry o como ya había hecho con Crowe. Me quedé pensando en qué ocurriría si estaba equivocado; que tal vez aquella cosa se le pasaría y volvería a ser Jim otra vez. Simplemente, no pude hacerlo y por poco tenemos que lamentarlo. Si Ellie no llega a gritar...

—Pero lo hizo, y tú nos salvaste.

Sus ojos se cerraron; luego se adelantó y le cogió la cara con una mano.

—Puede que nos salváramos el uno al otro —concluyó.

Alex decidió montar la primera guardia.

—Anda, vete. Te despertaré a eso de la una, te lo prometo.

—Mmm. —Tom echó una mirada a la tienda en la que Ellie había desaparecido una o dos horas antes—. Creo que prefiero no arriesgarme a despertarla. Montaré la tienda pequeña contra la camioneta y dormiré allí.

Llegó a medianoche. No había estrellas ni luna, cosa que Alex agradeció. Mientras alimentaba el fuego, se preguntaba, absorta, cuánto tiempo tardaría la luna en volver a su estado original. ¿Años? Bostezó. El calor del fuego le quemaba la cara y las manos. Tenía la espalda helada, pero el frío la ayudaba a mantenerse alerta.

También pensó en Tom. No estaba segura de lo que ocurría o de qué significaba todo aquello. El cuerpo entero le bullía, ansioso por que la tocara. No era lujuria, sino el deseo de su cercanía, de que él la abrazara.

Nunca había tenido novio ni la habían besado. Una vez hubo un chico: un estudiante de segundo grado bastante mono y sentimentaloides con largas pestañas, llamado Shane. Habían salido varias veces en pandilla y se habían lanzado algunas miraditas, pero nunca llegaron a enrollarse. Luego sus padres murieron y fue como si se hubiera vuelto radiactiva, como si sus amigos creyeran que estaba prohibido divertirse, y la dieron de lado. Después se mudó a casa de su tía, cambió de colegio y se convirtió en la chica nueva. Hasta que vino el diagnóstico y su mundo entró en una espiral interminable de terapia, hospitales y médicos.

Echó una ojeada a la tienda de Tom. ¿Había estado pensando en ella antes de dormirse? Aunque, conociéndolo, puede que aún estuviera despierto. Y... ¿qué pasaría si se colaba en su tienda?

¿Y si no pasaba nada?

Dios, podía hacerse una idea: Tom tratando de calmarla, diciéndole que estaban bajo una gran presión y que aquel no era el mejor modo de empezar una relación...

«Olvídalo», decidió. No quería saberlo.

La manecilla de la hora del reloj de Mickey Mouse marcó la una. Alex optó por dejar a Tom dormir otra hora más, que fueron dos, y después tres, y luego...

Sintió un pinchazo en la espalda.

—¿Alex?

—¿Qué? —Se despertó de pronto, rígida y helada. Manejando con torpeza la Mossberg y tratando de volverse al mismo tiempo, casi se cayó de su asiento.

—Eh, que soy yo —dijo Ellie. *Mina* estaba a su lado sonriendo, batiendo la cola en el aire gélido. La noche tocaba a su fin y el amanecer asomaba como una mancha peltre en el horizonte. La nieve caía tamizada como fina sal.

—¡Ellie! —jadeó aliviada, y su aliento se tornó una nube—. ¡No hagas eso!

—Lo siento, pero es que no te despertabas. —Ellie señaló con el dedo—. La hoguera se ha apagado. La habría vuelto a encender, pero tenía miedo de quemarte.

—Oh. —Vio a la niña acarreado un puñado de leña. Miró el reloj de Ellie: las siete en punto. Más allá, la tienda de Tom seguía montada (raro en él)—. Supongo que estaba cansada.

—¿Puedo...?

—Claro. —Se echó a un lado para que la niña depositara la leña en la hierba escarchada. *Mina* se apretó contra ella y gimió cuando Alex le acarició las orejas—. ¿Quieres que te ayude? —le preguntó.

—No, ya está —contestó Ellie. Trabajaba en silencio, deshaciéndose de la fría ceniza y acumulando combustible.

Alex observó que la niña tocaba un palito de madera que parecía un algodoncillo.

—¿Dónde has encontrado esa pelusa?

—En el bosque —dijo Ellie, sin levantar la vista. Sopló despacio, apenas un aliento, y una pequeña chispa naranja prendió al crujir la madera. Ellie alimentó las llamas con unas cuantas ramillas—. No fui sola. Me llevé a *Mina*, y tengo el silbato.

—No te estaba criticando. Lo estás haciendo muy bien.

—Ah. —Con los ojos aún fijos en el fuego, Ellie se mordió el labio inferior—. Perdóname por lo de ayer. No tenía que haberte gritado.

Llevaba las trenzas torcidas y los tirabuzones se le salían en rebeldes mechones. Alex se acercó y le pasó uno de sus rubios rizos por detrás de la oreja izquierda.

—Estabas enfadada con Tom. Y yo también.

Ellie la miró de reojo.

—¿Tú también?

—Sí. Pensaba que lo que hizo no estuvo bien.

—¿Y ahora?

—Ahora lo entiendo mejor. Creo que Tom está haciendo lo que puede. Como todos.

—No quiero que me odie. —Se le inundaron los ojos de lágrimas—. No quiero que os ocurra nada.

Quería prometerle que así sería, pero en su lugar abrió los brazos.

—Ven aquí.

Con la cara contraída por el sollozo, la niña se dejó abrazar, presionando su cara contra el cuello de Alex mientras esta la cogía y la sostenía con firmeza. Aullando, *Mina* retrocedía y luego se achuchó contra Alex. Al cabo de unos momentos, Alex sintió que la niña se relajaba, sus músculos cedían y su aroma se intensificaba: nuez moscada y vainilla caliente. Ninguna se movió ni dijo nada, salvo la perra, que gemía y olfateaba el cabello de Ellie.

Al otro lado del fuego rosáceo, Alex vio temblar la tienda de Tom y oyó cómo este recorría suavemente la cremallera de la frontal y salía. Estaba despeinado y tenía la cara arrugada por el sueño.

—Alex, ¿por qué...? —se interrumpió al verlas, desconcertado.

Sin mediar palabra, Ellie dejó a Alex y se fue directa hacia Tom, que se arrodilló al tiempo que la niña se estrechaba contra su pecho.

—Lo siento —se disculpó Ellie; la camisa de Tom amortiguaba su voz—. Por favor, no me odies, Tom.

—Nunca podría odiarte, cielo —respondió Tom. Sus brazos rodeaban a Ellie, pero sus ojos estaban fijos en Alex—. Lo siento mucho. Haré todo lo posible por no volver a hacerte daño.

—Yo también. —Secándose las lágrimas, Ellie se esforzó por sonreír—. He encendido el fuego.

—¿Tú sola?

—Ella sola. —Alex tragó saliva con dificultad; se le había hecho un nudo en la garganta—. ¿Por qué no vas a asearte? Voy a preparar el desayuno.

—¿Puedo llevar a *Mina* a dar un paseo? —pidió Ellie. Como Tom dudó, alegó—: Tendré cuidado. Ayer fui y no pasó nada. Y esta mañana he ido a buscar leña para el fuego.

—Claro. —La agarró por la barbilla—. Pero no te vayas muy lejos, ¿vale?

—Vale. —Ellie se abalanzó sobre él y le estampó un fugaz beso en la mejilla—. ¡Vamos, *Mina*! —exclamó y se marchó bailoteando.

La perra dio tres pasos, se detuvo y, ondeando la cola, volvió la mirada hacia Alex.

—A mí no me mires —le dijo Alex—. Tengo que hacer el desayuno.

—¡*Mina*! —Ellie se había detenido en medio de un frondoso prado con la hierba tan alta que llegaba a la cintura. La nieve le envolvía los hombros como si de un suave y delicado visillo se tratara—. ¡Vamos!

—Venga, bonita —la animó Alex, confundida. Observó que la perra le lanzaba una mirada de reproche antes de saltar detrás de Ellie. Se volvió para mirar a Tom cuando este se puso a su lado—. ¡Qué extraño! Me refiero a lo de la perra.

—Tendrá hambre —repuso Tom, ausente, viéndolas partir, parcialmente oscurecidas por aquel velo de nieve arremolinada.

—Se preocupa mucho por ti.

—Y yo me preocupo por vosotras —afirmó él, todavía mirando a Ellie, aunque la nieve era lo único que podía ver—. Lo que he dicho es cierto. Nunca le haría daño, ni a ti. Antes... —Sacudió la cabeza.

—Hey. —De cerca, sus mejillas estaban sonrosadas y su olor era cálido y sugerente. Ojalá fuera como Ellie y no tuviera reparos en acercarse a él, sin preguntas—. Yo también me siento así.

Bajó la vista para mirarla, la nieve caía sobre su pelo en copos perfectos y delicados.

—¿En serio?

Estaban tan cerca que veía el pulso latir en su cuello.

—Sí —asintió ella—. En serio.

—Entonces, quiero que me prometas una cosa —le pidió él.

Alex oyó cómo el corazón le martilleaba salvajemente.

—¿Qué?

—Prométeme que, si cambio —dijo Tom—, me matarás.

**Q**

—¿Qué? —Alex se lo quedó mirando boquiabierta—. ¿Estás loco? ¡No voy a prometerle nada de eso!

—Alex, *tienes* que hacerlo. —Sus ojos centelleaban—. Esto no es ningún juego. No sabemos lo que va a pasar. Podría cambiar; podría herirte a ti o a Ellie. Tal vez no sea capaz de controlarme, así que no puedes dudar. Si empiezo a cambiar, debes hacerlo.

—¿Por qué estamos hablando de esto? —Dio un traspies hacia atrás—. No quiero seguir hablando de esto.

Tom alargó rápidamente la mano y la enganchó en su brazo.

—Evitarlo no ayudará. Tenemos que hablar de esto ahora, mientras aún podemos.

—Tom, han pasado semanas.

—No sabemos si eso significa que estamos a salvo.

Lo reconocía.

—¿Por qué presupones que te va a pasar a ti? Podría pasarnos a todos. A Ellie o a mí. Tom estaba meneando la cabeza.

—A Ellie no; creo que es demasiado pequeña. Tú misma lo dijiste: a la hija de Larry le vino la regla. Sus hormonas...

—Sé lo que dije. —Se zafó de su mano—. Las hormonas no pueden explicarlo todo. Las chicas y los chicos no son iguales en eso y además está Jim. Él cambió, pero al cabo de un par de días, mientras que los chicos que yo vi lo hicieron el primer día, después de seis o siete horas. Larry dijo que algunos chicos de su grupo cambiaron al instante, así que tiene que ser algo mucho más complejo que sólo las hormonas o la edad. —Cuando la cara de Tom se recompuso, ella añadió—: Tom, si yo cambiara, ¿me dispararías sin saber si el cambio es permanente?

Un atisbo de indecisión pasó por sus ojos y luego se fue en un segundo, pero el olor penetrante que había captado en Larry, aquella mezcla a disolvente y aceite de engrasar armas, emanaba de su piel. Entonces se enderezó.

—Sí, lo haría. No digo que fuera fácil, pero...

Aun sin aquel olor que lo delataba, Alex sabía la verdad.

—Eres un mentiroso. Tu amigo te lo suplicó y no pudiste hacerlo. Sé que eres un soldado, Tom, pero no eres un asesino y yo tampoco.

—Pero maté a Jim.

—Eso era diferente.

—No, no lo era. Se trataba de decidir quién debía morir. —Su tono era duro, casi de enfado—. Nunca me digas que no soy capaz de hacer lo que hay que hacer.

—Yo no estoy diciendo eso —aseguró, con menos convicción que antes—, pero ¿no fuiste tú quien dijo que esto era el destino? ¿Que te negabas a rendirte?

—No me estoy rindiendo. Sólo intento ser previsor. Mira, si tú cambiaras, si hubiera la menor posibilidad de que me hirieras a mí o a Ellie, ¿querrías que me quedara de brazos cruzados? ¿Dejar que pasara... y punto?

—No. —La discusión iba perdiendo fuerza y sintió que los hombros se le desplomaban—. Yo no quiero herir a nadie.

«Y a ti, menos».

—Claro, yo tampoco, pero tenemos que prometérselo el uno al otro. —A continuación se acercó más a ella, le cogió las manos y las sostuvo entre las suyas—. Alex, por

favor, necesito saber que harás lo que haga falta para que tú y Ellie sigáis a salvo. Ella quería prometerlo, de verdad, pero había algo que él había dicho la noche anterior que la hizo recapacitar: «Puede que nos salváramos el uno al otro». ¿Por qué iba a necesitar Tom que lo salvaran? ¿De qué? ¿De quién? Pensó en todas aquellas noches en que Tom, tan valiente y ahora tan dispuesto a sacrificarse, no había dormido. Anoche, sin embargo, lo había hecho, y de un tirón. ¿Qué había cambiado?

«Puede que nos salváramos el uno al otro».

¿Qué significaba aquello? ¿De qué podía salvarlo ella? ¿De volver a la guerra? Tal vez. Fue él quien pensó en Canadá, sabía la distancia exacta que había hasta la frontera. ¿Qué significaba aquello? ¿O acaso había venido aquí buscando alguna señal? ¿Buscando su *destino*?

¿Se había salvado de sí mismo?

—Tom —dijo—, ¿por qué viniste? No vives aquí; no perteneces a este lugar. Dijiste que encontrarnos a Ellie y a mí, estar allí en el momento en que más se te necesitaba, fue cosa del destino. ¿Es el destino lo que viniste a encontrar? ¿O estás buscando algo más? —Alargó una mano hasta su mejilla. Tenía los dedos helados, pero su piel estaba caliente—. Tom... ¿viniste aquí para morir?

Eran preguntas que podía haberse hecho ella misma. El olor de Tom se alteró. Oyó cómo se le cortaba la respiración, sintió su sorpresa bajo la mano y supo que sus palabras habían dado en el blanco. Su cara se crispó presa de una honda emoción y entonces presionó la mano de Alex contra su mejilla.

—Alex —dijo con la voz quebrada—, no puedes imaginarte lo que... lo que he hech...

Una nota estridente, aguda y nítida atravesó el aire. Alex dio un grito ahogado y se le hizo un nudo en la garganta. Conocía aquel sonido. Era el silbato que le había regalado a Ellie. «Si lo tocas, te oirán en el siguiente estado».

—Tom —se aprestó a decir—, Ellie...

—Lo sé. —Tom ya estaba en marcha abalanzándose hacia su tienda, de donde salió a los pocos segundos con la Winchester. El silbato sonó otra vez; su llamada era tan vívida y definida como un haz de luz brillante en una habitación en penumbra. Y ahora se oía también el ladrido de la perra, apagado pero inconfundible. Tom se encaminó hacia el campo sembrado de malas hierbas—. ¡Vamos!

Alex agarró la Mossberg y la sostuvo por encima de la cabeza mientras se abría paso por los altos matorrales siguiendo a Tom. Él era más alto, tenía las piernas más largas y en cualquier terreno llano la habría dejado atrás. Correr por el asfalto o por un sendero era muy diferente a abrirse camino entre matas altas, y sentía que sus botas pesaban y se enredaban en los hierbajos, que parecían haber desarrollado dedos largos y nervudos que se aferraban a sus tobillos y tiraban de ellos. Tom, que se había adelantado, estaba al borde del bosque, pero se detuvo para mirar atrás.

—¡Corre! —Alex le hizo un gesto para que siguiera. Oía a la perra ladrando de nuevo—. ¡Ya voy yo!

Tom asintió, se giró y desapareció entre los árboles. Un minuto más tarde, Alex lograba salir del campo, pero Tom ya estaba fuera de su vista. La línea de demarcación entre el campo y el bosque era abrupta, pues la hierba daba paso inmediatamente a una maraña de arbustos que bordeaban los árboles y, a continuación, a una alfombra amortiguadora de agujas de pino espolvoreadas ya de nieve. En algún lugar más adelante, oyó a la perra.

—¿Ellie? —Empezó a correr de nuevo. El bosque estaba más umbroso que el campo, pues la luz no penetraba bien a aquella hora de la mañana y el aire olía a frío y a humedad. Había demasiados contrastes de olores: no podía distinguir el de Ellie, el de Tom o el de *Mina* en aquella mezcla. El silbato sonó otra vez; los ladridos de la perra se habían vuelto frenéticos, estridentes y casi continuos.

«Algo va mal». Sus botas pisaron la tierra congelada produciendo un ruido sordo. «Algo

va mal, algo no va bien».

Justo enfrente, a través de los árboles, consiguió atisbar un trozo de cielo —un claro— y luego, un poco más lejos, el destello rojo teja de la parka de Tom. La perra era una imagen borrosa de color marta que bailaba alrededor de las piernas de Tom antes de salir disparada de nuevo. Alex abrió la boca para gritar, pero algo en la postura de Tom hizo que la voz se le ahogara en el pecho. Lo oyó llamar a *Mina* y luego lo vio cogerla del collar. ¿Por qué? Aminoró la marcha...

Y entonces su nariz se arrugó ante una repentina mezcolanza rancia: cebolla frita, calcetines sucios y dientes podridos.

Detrás de ella.

Reprimió un grito, se giró sobre sus talones quitando ya con el pulgar el seguro...

La mujer era cetrina, estaba demacrada y tenía el pelo gris encrespado. Tal vez en otra vida y antes de esta pesadilla, hacía galletas de chocolate para sus nietos, pero no ahora.

Se percató de que Alex llevaba un rifle a la espalda.

—No lo hagas.

# 33

Está muerta? —preguntó Ellie.

—No lo sé. —Las habían apartado de la camioneta y Alex tenía que estirar la cabeza para mirar por encima de los altos tallos. Lo único que acertaba a ver era a la perra tumbada en el suelo cubierto de nieve; deseó que hubiera aprendido la orden «cállate». Por desgracia, no lo había hecho y, como no dejaba de ladrar, uno de los dos hombres (ambos eran bastante viejos, más o menos de la edad de Larry, pensó Alex) decidió usar el rifle como bate de béisbol. Tal vez fuera mejor así. Con un mazazo en la cabeza, la perra aún tenía alguna posibilidad. Un disparo y todo se habría acabado. Alex contempló cómo el pecho del animal subía y bajaba pesadamente y luego volvía a subir—. No, está respirando. Sólo la han dejado inconsciente.

—Me obligaron a tocar el silbato. —Ellie miró a la mujer—. Ella me dijo que dispararían a *Mina* si no lo hacía.

Desde detrás del rifle, la mujer intervino:

—Y lo haré si no te callas.

—Está bien, Ellie. —Alex dirigió su atención hacia Tom, que estaba desmontando la tienda grande. El más viejo de los hombres lo apuntaba por la espalda mientras trabajaba. El que había pegado a *Mina* ya había guardado la tienda pequeña y estaba examinando el colchón hinchable. Habían encontrado todas las armas, salvo el cuchillo de bota y la Glock, que seguía en la riñonera que llevaba abrochada a la cintura, bajo la chaqueta de piel de borrego que se había llevado de la estación de los guardabosques. Rezó para que a nadie se le ocurriera abrirle la chaqueta. La mayoría de la munición estaba en un estuche aparte que habían cogido del armero y vio cómo el hombre más joven la extraía.

—Aquí está todo. —Al tipo parecía que le habían estampado un hierro en la cara cuando era pequeño—: Tengo calibre cuarenta y cinco, nueve milímetros y veintidós para la Buck Mark.

—¿Y para el rifle y la escopeta? —gritó la mujer por encima del hombro.

—También. —Cara de Hierro abrió el estuche—. Me llevo la Winchester. Estoy harto de esta antigualla del veintidós. Me dan ganas de tirarla.

—No vamos a tirar nada —gruñó el hombre mayor. Era calvo, grandote y rubicundo y tenía los carrillos recubiertos de una barba grisácea de varios días y de capilares rotos que dibujaban una suerte de mapa de carreteras—. Nunca se sabe cuándo algo puede sernos útil. Nos lo llevamos todo: lo que ya traíamos y lo de ellos.

—Entonces, es como si nos matarais —se quejó Tom. Aseguró la bolsa de transporte de la tienda de campaña—. Os lo lleváis todo: nuestra comida, nuestras armas, la camioneta... Es lo mismo que si nos disparaseis aquí mismo.

—Si quieres, podemos hacerlo —replicó Cara de Hierro—. Así no andaréis pululando por ahí.

Tom lo ignoró.

—Por favor, dejadnos una pistola o el arco y una de las mochilas —le pidió al hombre calvo—. ¿Crees que voy a ir a reventaros los neumáticos con una flecha? Os lo lleváis todo, dejadnos por lo menos la oportunidad de luchar.

Alex captó la indecisión en el rostro del hombre mayor. Cara de Hierro también debió de captarla, pues dijo:

—Eh, cierra el pico de una vez. No lo escuches, Brett.  
—Por favor —Tom insistió.  
—Te he dicho que cierres el pico.  
—Lo siento, pero no puedo ayudaros —contestó Brett—. Lo haría si pudiera, pero no puedo. Somos tres y tenemos un largo camino por delante hasta llegar al sur. He oído que tienen un campamento de refugiados del ejército. Si sois listos, deberíais dirigirlos allí también.  
—¿Con qué? Os lo vais a llevar todo —protestó Tom.  
—A patita, como nosotros hasta ahora —dijo Cara de Hierro—. Todas esas granjas, toda esa gente muerta gracias a vosotros y a los de vuestra clase.  
Ellie se puso colorada.  
—Nosotros no hemos hecho nada. Mi abuelo *murió*. ¡Sólo sois unos matones con armas!  
Alex percibió un atisbo de vergüenza en la cara de Brett, que Tom debió de percibir también, pues le espetó:  
—Brett, el padre de esta niña era soldado. Muerto en acto de servicio en Iraq. Sirvió a su país y ¿ahora vais a matar a su hija?  
—Brett —le advirtió la mujer.  
—No puedes dejarla aquí, Brett —siguió Tom—. No eres esa clase de hombre.  
A Brett se le cambió la cara.  
—Podríamos llevárnosla. Tal vez sea una buena idea. ¿No dijeron esos tipos que el ejército admite a quien lleve a niños que no han cambiado?  
—Y está Rule —observó Cara de Hierro—. Recordad, oímos que aceptaban a gente, con niños o sin ellos. Con niños mejor, supongo.  
—¿Qué? —chilló Ellie.  
—No. —Tom dio un paso al frente—. Sabes que eso no está bien, Brett. Quieres la camioneta, llévatela. Pero déjanos algunas provisiones. Aparte de por la camioneta, no vamos a estar ni mejor ni peor de lo que vosotros estáis ahora. Todo el mundo se quedará sin nada tarde o temprano.  
Brett sacudió la cabeza.  
—No es eso lo que he oído. Tengo entendido que el gobierno levanta y suministra esos campamentos, como hicieron en Nueva Orleans.  
—¿Cómo? Brett, no sé de donde te has sacado eso. No hay ningún gobierno. La Costa Este ha desaparecido. Nada funciona.  
—Vuestra camioneta sí.  
—Porque es muy antigua. Sé que los militares deben de haber preparado parte de sus equipos contra este tipo de ataques, pero no hay pruebas y, si quieres mi sincera opinión, no creo que vaya a haberlas. Las cosas no van a volver a la normalidad en mucho tiempo, Brett.  
—No me digas lo que ya sé. —El semblante de Brett se oscureció—. Cuando ocurrió esa cosa, la mujer de Harlan cayó muerta. Un día después, perdí a Jenny a manos de uno de los tuyos.  
—Siento mucho tu pérdida —dijo Tom—, pero nosotros no hemos cambiado.  
—No, todavía no. En cuanto lo hagáis, todo esto que tenéis no os servirá de nada.  
—¿Y si no lo hacemos? Han pasado semanas. Si es cierto que están dejando entrar a gente con niños en los campamentos y en las ciudades, deben de saber que el cambio no va a producirse en todos los jóvenes.  
—¿Lo ves, Brett? Eso es lo que yo te decía —intervino la mujer con pinta de abuela—. El ejército tiene que dejarte entrar si llevas a un niño. Los mayores no nos sirven, sólo nos causarán problemas, pero la niña pequeña...  
—No —objetó Alex. Ellie se estaba apretujando contra ella. Las palabras de Larry reverberaban en su cabeza: «Puede que valgáis vuestro peso en oro»—. No podéis



llevároslo.

—Brett —dijo Tom—, yo estoy en el Ejército y te digo que lo primero que van a hacer es cubrirse las espaldas, no hacerse cargo de ningún niño ni de nadie que no sea uno de ellos.

Brett parecía desconcertado.

—¿Eres soldado? ¿Has estado en Iraq?

—En Afganistán.

—¿Y qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no estás allí?

—Estaba de permiso.

—¿Sí? —dijo Cara de Hierro (Harlan)—. Bueno, pues permiso cancelado, soldado. ¿No se supone que deberías estar ayudando, ahora que todo se ha ido al garete? No hay ejército en el norte —se dirigió a Brett—: está huyendo.

—Trato de mantener a mi gente a salvo —se defendió Tom, pero Alex percibió algo en su voz que no pudo descifrar y luego aquel pegajoso y penetrante olor químico y pensó: «Tom no sólo está asustado. Está mintiendo».

—Brett —contestó Tom—, ir directo al sur o al este no es seguro. Sólo hay una base al sur de donde estamos y estará repleta de refugiados. He visto lo que ocurre cuando las masas se descontrolan. No querrías estar en medio.

—Está asustado —masculló Harlan—. No es más que un maldito desertor.

—No —dijo Tom.

Pero Alex oyó —olió— un *sí*.

—¿Cómo sabes que el este no es seguro? —preguntó Brett.

—Por la radio que llevamos en la caja de la camioneta. —Tom les hizo un rápido resumen—. Ir al este sería lo peor que podríamos hacer. Brett, la luna se pone azul. Y *verde*. Eso sólo ocurre cuando hay mierda en el aire.

—¿Cuándo fue la última vez que oísteis algo?

—Hace unas dos semanas.

—Bueno, bueno, en dos semanas pueden ocurrir muchas cosas —intervino Harlan—. ¿Has dicho que se lo oísteis a alguien de Europa? ¿Cómo demonios va a saber un francés lo que está ocurriendo aquí? Acordaos de lo que esos bastardos hicieron cuando ocurrió lo de Iraq. Salvaron su propio pellejo.

—Harlan tiene razón —coincidió la mujer.

—Brett. —Tom dio un paso más para acercarse al hombre—. Venga, hombre, no eres un asesi...

A Alex se le hizo un nudo en la garganta al oír el estampido del rifle y Ellie soltó un pequeño chillido. Tom permaneció inmóvil. Desde la parte trasera de la camioneta, Harlan dijo:

—La próxima vez que te diga que te calles, Tom, te callas, o no desperdiciaré otra bala. Por un momento, Alex pensó que Tom iba a desafiarlo, pero este sacudió la cabeza, y el corazón le dio un vuelco. Si Tom no podía salvarlos...

—Bueno, ya está —concluyó Harlan—, dame la maldita tienda. —Cuando Tom tiró al tienda a la caja, Harlan sonrió, dejando al descubierto una piña de dientes manchados que Alex podía oler a seis metros de distancia: años de tabaco de mascar y *bourbon* Jim Beam—. Las llaves.

«De verdad van a dejarnos aquí». Con una especie de incredulidad e indiferencia, Alex vio a Tom soltar las llaves de la camioneta y oyó el tintineo sordo y metálico que produjeron al contacto con la fina nieve. «Van a dejarnos aquí tirados en la nieve, en medio de la nada. Tenemos que hacer algo».

—¿De quién es el perro? —Como Alex no respondió, la mujer le golpeó la nuca con el rifle—. No voy a repetirlo. ¿Es tuyo?

—No, es mía —contestó Ellie—. Era de mi padre y después de mi abuelo y ahora es mía.

—Muy bien —dijo la mujer, sonriendo a Harlan—. Dos por el precio de una.  
Harlan asintió.  
—Sí, lo mejor será que nos las llevemos a las dos.  
—¿Qué?! —gritó Alex.  
—No estoy seguro, Marjorie —dudó Brett.  
—Brett, si nos llevamos a la perra, no nos harán tantas preguntas, ¿entiendes? Todo el mundo tiene perros —alegró Marjorie—. Los perros y los niños son bienvenidos.  
—¿Por qué? —quiso saber Tom—. ¿De qué estáis hablando?  
Brett se encogió de hombros.  
—Un par de tipos con los que nos cruzamos nos dijeron que los perros pueden predecir quién va a cambiar.  
—¿También les robasteis? —les espetó Ellie.  
Brett se sonrojó y Alex pensó que a lo mejor Ellie había metido el dedo en la llaga.  
—No sabemos si es cierto —le dijo a Tom—. Es lo que hemos oído. Se dicen tantas cosas...  
—Tenemos un niño y un perro —insistió Marjorie—: tendrán que dejarnos entrar.  
—No. —Tom se acercó a Alex y a Ellie, que estaba apretujada contra la cadera de Alex—. No podéis llevaros a ninguna de las dos.  
—Detente, Tom —advirtió Harlan.  
—No pienso ayudarte —le dijo Ellie a Marjorie—. Le diré a *Mina* que te mate.  
—Muy bien —repuso Marjorie, apuntando con el rifle—. Entonces, mataré al perro y aún nos quedará...  
—¡No! —Tom y Alex gritaron al unísono y Tom saltó al frente. Marjorie lo vio avanzar, trató de apuntarle, pero Tom se agachó y la embistió, estiró las manos y rodeó el cañón. Giró con fuerza el rifle. Alex ahogó un grito y tropezó con Ellie, tirándola en la nieve al tiempo que Marjorie apretaba el gatillo. El rifle estalló, la bala pasó rozándoles las cabezas y Marjorie salió despedida hacia atrás, perdiendo el equilibrio. Tom se hizo con el rifle y se lo estaba apoyando en el hombro, dándose ya la vuelta, cuando Alex vio a Harlan, encima de la caja, girándose.  
—¡Tom! —exclamó.

# 34

# T

res días después, Alex estaba repechando por una alta pila de leña hasta que sus ojos pudieron ver por encima de la capa de nieve recién caída que la cubría como un manto. Una ráfaga de viento le acribilló la cara de nieve y los ojos se le llenaron de lágrimas por el escozor. Parpadeó para librarse de ellas y examinó una extensión de *parking* asfaltado y tres surtidores de gasolina. Pegado a uno de ellos había lo que parecía un sedán Toyota; debían de haberlo abandonado cuando la energía para accionar el surtidor se cortó y el sedán se negó a arrancar. La puerta del conductor estaba abierta, como lo estaban también, inexplicablemente, las ventanillas delanteras del lado del conductor y del copiloto. Un remolino espolvoreó de nieve el asiento delantero y el salpicadero. Otro vehículo —un Dodge Caravan— se había calado cuando el conductor estaba girando para entrar a la estación de servicio y tenía ambas puertas delanteras abiertas de par en par como orejas gigantes. Desde su posición privilegiada, Alex observó que habían corrido las puertas traseras. Había una sillita de seguridad vacía y vio la pierna roja y sin vida de un Elmo tirado en la alfombrilla. Sintió una punzada en el pecho al verlo y pensó, de nuevo, en Ellie.

—¿Qué ves?

—No hay cadáveres. —Bajó la vista hacia Tom, que tenía la espalda apoyada en la pila de leña. Esta mañana tenía peor aspecto: parecía febril y enfermo y dudaba que las gotas que empapaban su cara fuesen nieve derretida. La veintidós de Harlan había resultado ser menos útil de lo que este pensaba. La bala no había destrozado el hueso, pero tampoco había salido y seguía alojada en el muslo derecho de Tom. Vio consternada que el jirón de la camisa de franela que había utilizado para vendarle la herida estaba oscuro.

—Estás sangrando otra vez.

—Sí. —Tom tenía el rostro blanco y demacrado, pero los ojos demasiado brillantes. Se pasó la lengua por el labio superior—. ¿Podemos entrar?

—Creo que sí. —Sus ojos saltaron de la camioneta al edificio, una combinación de aspecto cansado de gasolinera/autoservicio/tienda de cebos con un tejado de hojalata ondulado cubierto de nieve y ventanas polarizadas tan oscuras que no se veía nada dentro. La nieve del aparcamiento estaba virgen, salvo por huellas de animales, seguramente ciervos. Probó a olfatear algo, pero no le vino más que el olor a aceite de motor y gasolina.

Alex desvió la mirada rápidamente a su muñeca izquierda. Mickey decía que eran las cuatro menos cinco.

—Pronto oscurecerá y parece vacío —dijo—. Voy a echar un vistazo por detrás.

—Vale, pero ten la Glock a mano. Puede que no seamos los únicos en busca de un lugar donde pasar la noche.

Tenía razón. Metió la mano bajo la chaqueta, desenfundó el arma e intentó ponerse de pie. Incluso aquel pequeño movimiento hizo que la cabeza le diera vueltas y tuvo que poner una mano en la pila de leña para recobrar el equilibrio.

—¿Te encuentras bien? —le oyó decir a Tom con voz preocupada.

—Sí —mintió. Las manos le temblaban y sentía náuseas y debilidad. Su estómago era un pozo vacío y sin fondo. En teoría, una persona podía sobrevivir sin nada más que agua durante una semana de cuánto tiempo podría sustentar aquella teoría. Habían

pasado ya por siete casas desde que perdieron a Ellie y cada una de ellas había sido desvalijada casi por completo, y eso incluía los cadáveres. En la última habían tenido suerte, pero sólo porque estaban atravesando un campo para atajar y Tom divisó el destello de un cristal allá en el interior del bosque. El cristal resultó ser la única ventana que quedaba en lo que antes había sido una destartada cabaña de caza. La puerta era tan vieja que las tablas se habían contraído dejando anchos huecos, y la ventisca de nieve había llegado hasta el interior a través de las ventanas destrozadas. No había mucho mobiliario —sólo un sofá hecho jirones roído por las ratas y dos sillas desvencijadas—, pero Alex había descubierto una mochila andrajosa en uno de los dormitorios.

Habían dado con un filón de oro en la cocina: algunos cordeles, el cabo de una vela, una sartén de aluminio abollada, una lata de combustible Sterno para cocinar, un recipiente con un dedillo de lejía, tres botellas de agua vacías, cuatro latas de sardinas, un tercio de un tarro de frutos secos variados, medio tarro de pastillas para hacer caldo de pollo y cuatro bolsitas de cecina de ternera que, milagrosamente, se les habían pasado a los ratones.

Eso fue hacía dos días y ya sólo les quedaba una lata de sardinas, cuatro pastillas de caldo y tres bolsitas de cecina. Alex había conservado el tarro vacío de los frutos secos para la lejía y utilizaba una gota cuando necesitaba purificar agua para beber. El día anterior había complementado sus raquílicas raciones con un puñado de diminutos peces de agua dulce, utilizando la camiseta interior de Tom como red para pescarlos en un pequeño arroyo. De todas maneras, Tom no estaba comiendo mucho, casi se limitaba a beber caldo de pollo y agua, y su cara, ya de por sí delgada, estaba demacrada. Sus únicas armas eran el cuchillo de bota de Alex y la Glock y ninguno quería desperdiciar balas cazando. Las cosas podrían haber sido distintas si se hubieran quedado en un sitio, en una cabaña acogedora o una tienda, hubieran puesto trampas y, oh, sí, hubieran contado con mucho más que cuando iba con Ellie, porque Tom cojeaba y necesitaba descansar a menudo en su peregrinaje hacia el suroeste, adonde se dirigían de memoria y calculando a ojo.

Tom esperaba que Brett le hubiese hecho caso y hubieran ido hacia el oeste. De ser así, tendrían que pasar por Rule. Si Harlan estaba en lo cierto, tal vez la gente de allí los dejara quedarse a todos, de modo que cuando Tom y Alex apareciesen, Ellie estaría allí.

Tal vez. Lo único que le importaba ahora a Alex era encontrar ayuda para Tom. Sólo esperaba encontrarla a tiempo.



Dio la vuelta con cautela por detrás de la tienda. Divisó una camioneta corroída sobre unos bloques y un contenedor abierto, lleno de cajas de cartón plegadas, apoyado contra una caseta de madera. A los pies del contenedor había un trío de latas de pintura oxidadas, dispuestas en una pequeña pirámide junto a un cuarteto de neumáticos cubiertos de nieve y apilados como fichas de parchís comidas.

Había una puerta trasera con una mosquitera sin echar abierta por la nieve, que se había filtrado hasta el interior a través de la malla. La mosquitera protestó con un quejido fuerte y chirriante que hizo que Alex se estremeciera. Agarró el pomo, lo giró y abrió la puerta de un empujón con la punta de la bota. Se tensó, esperando oír el estruendo de una escopeta, pero no pasó nada.

Entró en un pequeño recibidor. Había un tablero con ganchos clavado en la pared del que aún colgaba una chaqueta. Era de color azul claro, con puños elásticos de un azul más oscuro y el nombre de Ned bordado con hilo negro encima del bolsillo izquierdo del pecho. En el suelo, un par de botas.

Otra puerta daba a un pasillo corto y estrecho. Había un fétido cuarto de baño a la izquierda. Después de que se fuera la electricidad, habían seguido utilizando el váter y este se había desbordado, provocando un desastre nauseabundo y asqueroso. Alex podía ver, más adelante, en el pasillo, la puerta principal y la hoja de un expositor de donuts *Krispy Kreme*.

Entonces le llegó aquel olor, más poderoso que el hedor a heces del váter: apestoso como una cloaca y lo bastante maloliente para hacer que el estómago le diera un vuelco. Sabía lo que iba a encontrar.

La tienda era un completo desastre: estanterías peladas, cajas vacías, cartones de zumo reventados, un donut aplastado que había caído de un expositor de *Krispy Kreme*. Alguien había tirado un cartón de huevos delante de las neveras muertas. Las cáscaras rotas y las yemas reventadas se mezclaban con un lago de leche reseca formando una costra del color de la flema. Las neveras estaban vacías. A la derecha de la puerta principal había estanterías con correas de ventilador, latas de aceite y botes de anticongelante y líquido limpiaparabrisas que parecían relativamente intactos.

No se podía decir lo mismo, sin embargo, del tipo muerto.

El cuerpo yacía en un charco de sangre seca cerca de la entrada de la tienda. Le faltaba la mayor parte de la cara. Sin labios ni apenas encías, sus dientes —amarillentos del tabaco y algunos medio podridos— estaban ladeados como estacas de tienda de campaña a punto de salir volando en una tormenta. La parte trasera de su camisa y sus pantalones estaba completamente roída. Faltaban los músculos y la piel de las extremidades, hábilmente arrancados del hueso, como de un pollo frito.

Hace tres semanas, un mes, seis semanas... Alex habría vomitado con toda seguridad. O habría salido corriendo y gritando. O ambas cosas. Ahora estudiaba el suelo. Había habido unos cuantos animales —lobos, pensó, o quizás un par de perros— y varias personas. El suelo era una plantilla de huellas de zapato color ladrillo. Todas eran antiguas, el contorno ni siquiera estaba pegajoso, pero entonces, cuando sus ojos repasaban las pisadas, se detuvo.

Alguien había estado descalzo.



Habían leído *Robinson Crusoe* en cuarto. Tal y como ella lo recordaba, cuando Crusoe encuentra las huellas de Viernes, le entra miedo, pues cree que el demonio podría estar en la isla. Pero luego, lo que más sorprende a Crusoe es el descubrimiento de que, después de haber estado solo tanto tiempo, la idea de que hubiera otra persona le aterrorizaba.

Al ver aquellas pisadas, pensó en Crusoe. No habían visto a ningún chico con el cerebro frito ni señales de que hubiesen estado cerca de casas o granjas. Sinceramente, esperaba que todos estuvieran muertos. Confiaba en que, con sólo medio cerebro, un niño caníbal fuese lo bastante estúpido como para que se le ocurriera resguardarse del frío.



Abrió la puerta delantera de un topetazo y movió el cuerpo, agarrando al muerto por los pies y esperando no arrancárselos de cuajo. No fue tan malo como había pensado, o tal vez se estaba volviendo insensible a todo aquello. En cualquier caso, tenía que hacerlo, porque no estaba dispuesta a pasar la noche bajo el mismo techo que un cadáver. Después de la relativa tregua que le había ofrecido la tienda, el frío fue impactante. Se había levantado viento y la gélida nieve se le clavaba en la cara como

agujas, pero era un alivio respirar aire que no oliese a Ned en descomposición. Pensó en coger la chaqueta de trabajo de la habitación trasera antes del anochecer para cubrir la cara del muerto, pero luego decidió que ellos le darían mejor uso. Sintió ganas de pedirle perdón a Ned, pero no lo hizo.

Para cuando volvió a por Tom, este estaba temblando de frío. Ella le sirvió de apoyo y medio lo arrastró al interior, lo acomodó en el suelo y luego se puso a rebuscar por toda la tienda. No había comida, aunque Alex descubrió una botella de agua sin abrir que había rodado bajo el expositor de *Krispy Kreme*. Cerca de la puerta delantera, descubrió un paquete de pilas AA tras un estante de revistas volcado. Quienquiera que hubiese saqueado aquel lugar no se había preocupado por si pillaba un resfriado y había dejado puñados de aspirinas, Tylenol y cajitas llenas de blísteres de remedios para el resfriado, así como paquetes de Kleenex y latas de pastillas para la garganta.

Detrás del mostrador, el cajón de la caja registradora estaba abierto y vacío. No era de extrañar que no hubiese ni cigarrillos ni latas de tabaco de mascar, pero lo que sorprendió realmente a Alex fue que los dispensadores de plástico de lotería también estuvieran vacíos. Como si fuese a haber algún sorteo con un bote de trocientos millones de dólares dentro de nada.

Había una trastienda detrás del mostrador. La puerta estaba cerrada, pero las llaves todavía colgaban de un clavo junto a la caja registradora. Dentro de la oficina había un escritorio de metal sencillo y una silla giratoria con ruedecillas chillonas. En el escritorio encontró unos cuantos bolis, dos lápices, tres clips, gomas elásticas y —en un cajón inferior— una botella de *whisky* *Maker's Mark* medio llena.

Dejó los botes de líquido limpiaparabrisas y anticongelante y embutió el resto en su mochila. Vaciló con el 3 en 1, el descongelante y las latas de aceite y al final se decidió por el aceite. Empapó con él algunos trapos y los echó en una bolsa de plástico, por si no podían encontrar yesca para encender fuego.

Luego abrió un paquete de Tylenol e hizo que Tom se tragara la medicina y el resto del agua. Hacía mucho frío en el interior de la tienda, pero la cara de Tom brillaba de sudor. Tenía el pelo empapado, pero cuando le puso la mano en la frente, sintió que le ardía la piel.

—Tienes fiebre —dijo.

—In-in-infección. —Temblaba de tal manera que Alex oía el castañeteo de sus dientes—. Lo-lo hue-huelo.

Ella también, incluso sin su sentido arácnido. Cuando le quitó la venda, tuvo que reprimir un gemido. La herida tenía muy mal aspecto. La bala se había incrustado un poco más a la izquierda, a unos quince centímetros de la cadera. Tenía el muslo hinchado y tenso y la piel enrojecida, brillante y caliente al tacto. Los bordes de la herida estaban negros y, cuando se movía, le supuraba un grueso gusano de pus verde veteado de sangre que le caía por el lateral de la pierna. Las vendas estaban empapadas y chorreaban una mezcla de sangre y más pus.

—No cre-creo que pu-pueda ca-caminar mucho más —farfulló.

—Hoy has caminado.

—Dema-demasiado len-lento.

—¿Y qué? Está bien. No voy a abandonarte.

—Tie-tienes que hacerlo. —Dejó caer la cabeza hacia atrás, con los ojos medio cerrados. Sus labios estaban agrietados y le sangraban.

—Tú nunca nos habrías abandonado a mí o a Ellie. Si hubiera hecho falta, nos habrías llevado a cuestas.

—No-no estés tan segura de e-eso.

—Podría hacer una camilla.

Tom meneó la cabeza como débil negativa.

—Só-sólo te re-re-retrasaría. Así no-no lle-llegaremos rá-rápido a ningún si-sitio. Irás

mucho más rá-rápido sola.

Seguro que sí: ella lo sabía. Sola podría recorrer el doble de distancia en la mitad de tiempo y, si seguía dirigiéndose al suroeste, se toparía con Rule. Si Larry tenía razón —si creía a Marjorie, Brett y Harlan—, quienquiera que estuviera allí querría ayudar a Tom.

O tal vez Larry llevara razón: «La gente os disparará en cuanto os vea».

—Ahora mismo no tenemos que decidir nada. Venga. —Le dio un pequeño empujón—. Sabes algo de medicina. Piensa: ¿serviría de algo que, yo que sé, sacáramos toda esa porquería de ahí?

Asintió con un lento movimiento de cabeza.

—No-no ven-vendría mal.

—Vale, dame unos minutos. Quiero comprobar los coches. Al menos, podemos usar las alfombrillas. Será mejor para ti que estar tendido en el suelo.

El Toyota estaba más cerca de la puerta principal y fue allí donde buscó primero. El coche estaba yermo y frío como un congelador. Echaba nubes de vaho al espirar mientras se apresuraba a apilar las alfombrillas en el asiento delantero. Entonces pensó: «El maletero». Estirándose, encontró el botón adecuado, lo pulsó y oyó cómo la puerta del maletero saltaba con un clic.

Bingo. Dentro del maletero había una pala plegable y tres bengalas. Podían usar las bengalas para hacer fuego, llegado el caso. ¿Habría algún modo de reutilizar el encendedor? Seguro que a Tom se le ocurría algo.

La pala era de *camping*, con una cabeza triangular de acero y un mango extraíble que se desenroscaba, revelando una sierra con una hoja de quince centímetros. La montó y la sopesó. Por las condiciones en que se encontraba la cabeza, no pensaba que la hubieran utilizado nunca.

Al echar atrás la esterilla del maletero, sus ojos se detuvieron en una esquina blanca y roja que sobresalía por debajo de la rueda de repuesto. Apartó la esterilla y llegó al pedacito de color. ¿Era...?

Sintió un pequeño subidón de adrenalina, que intentó sofocar, pero, en cuanto sus dedos temblorosos tocaron el cartón, supo lo que era y justo después estaba liberando la cajetilla de Marlboro. Interesante lugar para guardar un alijo, pero había oído de gente que escondía drogas en ruedas de repuesto, de modo que no era tan extraño si no querías que tu mujer o tu marido supiera que no podías dejar el vicio. En el interior de la cajetilla sonaba algo y olía a alquitrán frío. No le importaban los cigarrillos, pero si alguien había escondido el paquete en el maletero para un día lluvioso, necesitaría un mechero.

Casi tenía miedo de mirar, pero lo hizo. Dentro de la cajetilla había tres cigarrillos...

Dio un suspiro.

Y un librito de cerillas. Una vez había sido blanco, pero ahora estaba gris. Todavía se distinguían las palabras bajo una estilizada copa de martini —el martini de Eddie— y, en letras mucho más pequeñas por debajo de eso, la dirección y el teléfono del restaurante. Sostuvo la caja de cerillas entre los dedos durante varios segundos, pensando: «Ya verás. Seguro que no quedan cerillas. Seguro que no».

Pero sí había: media docena.

Dejó escapar un chillido.

—¡Tom! —Eufórica, salió del maletero, con la pala en una mano y el librito de cerillas enarbolado en la otra y entonces el hedor a carne podrida cortó en seco el persistente aroma del tabaco reseco.

Más tarde se preguntaría si las cosas habrían sido diferentes si no se hubiera limitado a inhalar una bocanada de Marlboro. Pero eso sería después.

Lo que ahora veía no era ni un chico ni dos.

Sino tres.

# 35



os chicos y una chica, y estaban muy cerca, no más de seis metros los separaban de la puerta principal. A juzgar por la maraña de hojas y basura que la chica llevaba en el pelo, debían de haber venido del bosque que se extendía detrás de la gasolinera. Estaban mugrientos e iban vestidos con una variopinta mezcla de andrajos que no podían ser suyos. Los chicos eran mayores, tal vez de veintipocos años. El rosa con ribetes de piel. El otro chico era muy gordo e iba ataviado con lo que quedaba de un poncho negro hecho jirones, tan usado que parecía un Batman pasado por una trituradora.

La chica era de su edad, pensó Alex. En algún punto del camino había recogido unos pantalones de camuflaje de hombre, destrozados, y un chaquetón con manchas grises demasiado pequeño que le llegaba por los codos. Cada centímetro de piel no cubierto por la ropa estaba lleno de mugre, sangre y lo que parecía aceite de motor o heces... probablemente ambas cosas. La manga izquierda estaba deshilachada, como si la chica se hubiera enganchado el brazo en una rama y hubiese tirado hasta deshacer los puntos. Cuando esta se movió, Alex distinguió, por debajo de sus pantalones remangados, una única zapatilla en el pie derecho. El pie izquierdo estaba descalzo, salvo por un calcetín tobillero lleno de sangre. Alex recordó las huellas ensangrentadas que había visto en la tienda y, súbitamente aterrada, cayó en la cuenta de que las huellas que había visto Robinson Crusoe no pertenecía a Viernes. Las había dejado un caníbal.

Ese caníbal —la chica— tenía un palo: un trozo pulido de madera de aspecto muy firme y pesado que parecía el mango de un hacha.

El coche. Podía meterse dentro y cerrar los pestillos. Pero temía moverse. Le flaqueaban las rodillas. El maletero abierto del Toyota parecía encontrarse a millones de kilómetros de distancia. Sin embargo, tampoco podía esperarlos ahí fuera. Tanto la puerta principal como la trasera estaban abiertas y, si entraban en la tienda, encontrarían a Tom.

La chica corrió hacia ella. Rapidísimo y en el más absoluto silencio. Sus brazos nervudos golpeaban a diestro y siniestro, a ciegas; tenía la mano derecha agarrotada, la derecha empuñaba el palo. Casi demasiado tarde, Alex se agachó. Oyó el zumbido del palo al golpear el aire justo en el espacio que apenas un segundo antes había ocupado su cabeza. Después gritó al sentir una explosión de dolor en el cuero cabelludo. La chica la había agarrado por el pelo y Alex se tambaleó hacia delante, a rastras. Se le enredaron las botas, perdió el equilibrio y se estampó en el helado asfalto, asiendo aún la pala con la mano izquierda. El librito de cerillas salió volando cuando cayó de espaldas. Volvió a ver la sombra del palo cuando la chica levantó el brazo para asestarle un nuevo golpe, pero lo esquivó echándole a la izquierda justo cuando el palo bajaba, yendo a estrellarse contra el cemento con un sólido *pum*, tan fuerte que se hizo astillas. Sintió una intensa quemazón en el cuero cabelludo y una punzante sacudida, hasta que por fin se soltó y se alejó gateando.

Al ver que sólo le quedaba un mechón ensangrentado del cabello de Alex y que el palo había quedado reducido a un palillo de dientes, la chica berreó, frustrada. Los chicos no se habían movido; Alex no tuvo tiempo de preguntarse si iban a actuar, sólo pensó



en que la chica podía alcanzarla. Siguió gateando y, antes de que pudiera ponerse de pie, la atacó de nuevo.

Lo que ocurrió a continuación fue puro instinto. Aún agachada, Alex la vio acercarse, oyó el pisotón de aquel pie desnudo y sintió que sus dedos ceñían la pala. Se le despertó el cerebro y su cuerpo asumió el mando, pues no tardó en enderezarse y avanzar, salvando las distancias.

Fintó por lo bajo y apuntó alto. La pala cortó el aire en un furioso palazo. El sólido filo metálico se hundió en la suave carne descubierta del cuello de la chica y la sangre manó a borbotones, tiñendo la nieve de rojas salpicaduras que contrastaban con la blancura del hielo. La chica empezó a desplomarse, tratando de arrebatarse la pala a Alex. Al fin, se derrumbó, envolviéndose la garganta con las manos, gorjeando a medida que la sangre se le escurría entre los dedos. La pala cayó al suelo.

Alex casi se dio la vuelta por completo del propio impulso. Desorientada, alzó la vista, percatándose de que estaba contemplando el Caravan que se había parado en mitad de la entrada de la gasolinera y pensó: «Ay, Dios mío, están detrás...».

Oyó una especie de crujido de papel, el ruido sordo de las botas en la nieve y, al darse la vuelta, una sombra negra la sorprendió por la derecha.

«La pistola», pensó de repente. Con el pánico, se había olvidado de ella por completo. Se abrió el abrigo y asió la empuñadura. «La pistola, la pistola, la pistola, la pistola...».

El muñeco Michelín cargó contra ella. La Glock salió volando, la vio dando vueltas en el aire, la oyó golpear el Toyota y, de pronto, volvió a encontrarse en el suelo. El chico la estaba aplastando con todo su peso. Los jirones de plástico del poncho se le aferraban a los brazos como tentáculos y se revolvió para intentar zafarse. Jadeando, levantó la vista se topó con los labios del chico, que se retraían dejando al descubierto unos dientes manchados de sangre viscosa.

—¡No! —chilló al ver aquellos dientes.

Tom arremetió contra el muchacho. El muñeco Michelín recibió un golpe en la espalda y ambos se enfrascaron, rodando por el suelo, gruñendo y pegándose. El gordinflón intentó morder a Tom en la cara. Este le estampó la palma de la mano en la barbilla. El chico dejó escapar un aullido gutural cuando sus dientes se clavaron en la suave carne de su lengua. Se levantó, con la boca chorreando de sangre, y le soltó a Tom un fiero revés en la mandíbula: el crujido sonó como un disparo. Tom se tambaleó por un instante y los dientes ensangrentados del chico se clavaron en su cuello, justo encima del hombro derecho.

Tom gritó.

«¡No, no, no, no!».

Alex cayó de rodillas, colmada de desesperación. Tom y el muñeco Michelín seguían enzarzados, pero, aunque Tom no hubiera estado tan débil y enfermo, el chico era mucho más pesado y lo retenía a horcajadas. La camisa de Tom estaba empapada de sangre. El chico bajó el puño, que, al estrellarse contra la nariz de Tom, sonó como si una pesada bota hiciera añicos una cáscara de huevo. El cuerpo de Tom se relajó.

Chillando, y sin percatarse de que se estaba moviendo, Alex cogió la pala del suelo, la blandió y la atizó con todas sus fuerzas. Se oyó un hueco *pum* y sintió el temblor del metal en sus manos, provocado por la potencia del impacto. El muñeco Michelín soltó un alarido al ser derribado, pero seguía consciente, rodando sobre manos y rodillas.

Fue entonces cuando divisó la culata de la Glock, que asomaba por uno de los neumáticos traseros del Toyota. Por el rabillo del ojo, vio al chico a cuatro patas, sacudiendo la cabeza como un perro, y se dio la vuelta, tratando de alcanzar la pistola...

El tercer chico —del que ya se había olvidado— la embistió a la desesperada y Alex chocó de espaldas con el inflexible metal del Toyota. Sintió una punzada de dolor cuando el guardabarros trasero se le clavó en la columna. Dando arcadas, flaqueó y se

quedó bocarriba, momento que el chico aprovechó para rajarle la piel con sus garras. La cara le ardió cuando las uñas le arañaron la carne desde el ojo izquierdo hasta el ángulo de la mandíbula. Trató de liberarse, pero el chico le dio un martillazo con el puño justo encima de la oreja. Su cabeza golpeó contra el asfalto, la boca se le inundó de un rojo húmedo y cobreño... y perdió la pala.

La cabeza parecía a punto de estallarle, pero aún acertó a oír los chillidos del muchacho y sintió sus manos ahogándola, hasta que perdió el aliento. Trataba de defenderse con los dedos, pero el chico la tenía bien sujeta y la sacudía, golpeándole la cabeza contra el nevado asfalto. Lo vio todo rojo, después negro, hasta que los márgenes empezaron a contraerse, a disminuir y a cerrarse. Los pulmones iban a explotarle y se le aceleró el pulso al no llegarle oxígeno al cerebro. Luchaba, pero no podía moverse; los pulgares del chico le apretaban la garganta y el dolor era insoportable: no una mera quemazón, sino la sensación de que algo se partía en dos como una ramita seca. Las manos y los brazos ya no le respondían, y las manos se le aflojaban a medida que perdía la consciencia. Se estaba quedando paralizada, la fuerza se le escapaba como si fuera sangre, y también el dolor. El amargo frío no era más que humo y se le había nublado la vista, se estaba desmayando y no había nada que pudiera hacer...

De pronto, tuvo una súbita revelación, tan clara y nítida como una palabra recortada en negras letras de imprenta: el CUCHILLO.

Actuando en contra de sus instintos, se obligó a soltar las manos del chico y alcanzar la bota. Sus dedos rozaron la tela y se curvaron en un repentino y convulsivo espasmo, remangándose la pernera, más porque estaba a punto de morir que porque fuera consciente de lo que hacía.

Su mano tocó el duro plástico.

Haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban, sacó el cuchillo de la funda y lo hundió en el costado izquierdo del chico. El cuchillo estaba muy afilado y la punta vaciló apenas un segundo al contacto con la tela. Luego se clavó limpiamente en la parka y en la camisa que había debajo y se hundió en la carne hasta la empuñadura.

El muchacho se arqueó, gritó y retiró las manos en el acto. Alex se quedó boquiabierto como un pez, emitiendo ruidosas boqueadas que le cortaban la garganta. El chico se separó de su cuerpo sin dejar de chillar, aferró con los dedos el mango del cuchillo y tiró de él, tratando de extraer la hoja.

«Levántate». Se le despejó la mente. A pesar de las arcadas, rodó sobre su estómago... y reconoció la Glock, a unos quince centímetros.

Cogió la pistola y se dio la vuelta, poniéndose bocarriba. Vio al chico, de rodillas, a medio metro de distancia. Tenía el cuchillo ensangrentado en la mano y sus ojos, enfurecidos, la miraban fijamente mientras bramaba...

Apretó el gatillo.

El disparo sonó muy fuerte. La Glock reculó. El pecho del chico se tiñó de rojo y el cálido y húmedo impulso de su sangre le salpicó en la cara. Se desplomó de espaldas en el más absoluto silencio.

Ni siquiera tuvo tiempo de aliviarse. Al instante, percibió aquel crujido familiar, como de un papel, se giró y vio levantarse al muñeco Michelín, con la boca embadurnada de la sangre de Tom en un gesto de obscena lascivia. El gordinflón volvió a emerger, enorme y horrible, a no más de metro y medio. Allí estaba, ¡justo ahí!

Apuntó a la cara y disparó.

# 36

Tom estuvo sangrando durante mucho tiempo, empapando una camisa engurrugada y la suya de franela antes de que la hemorragia se cortara. Entonces le dijo que usara el *bourbon*. Ella no quería —sabía que el alcohol quemaría a rabiar—, pero hizo lo que le pidió. Tan pronto como el *bourbon* llegó al tejido abierto y macerado, el cuerpo de Tom se puso rígido, los tendones del cuello se le tensaron como cables y enseñó los dientes en una mueca de dolor.

—Lo siento, lo siento —exclamó sin poder contenerse. Lo último que quería era hacerle más daño. El *bourbon*, ya de por sí ámbar oscuro, se volvió de un sucio púrpura amarronado cuando se mezcló con la sangre. Alex utilizó un jirón de camisa para secarle el sudor de la cara.

—Está bien —dijo él con la voz ronca de dolor. Tenía una costra de sangre bajo la nariz destrozada y sus ojos estaban empezando a hincharse—. Lo estás haciendo bi-bien.

—No sé lo que estoy haciendo —añadió ella. Se sentía débil, no de miedo o de hambre, sino de pavor. La herida era muy profunda, lo bastante para que se viera el tendón, el músculo y parte del hueso. La sangre ya no salía a borbotones y se atrevió a pensar que no sangraría mucho más. Pero sabía que ahora no podría volver a moverse. Tom estaba demasiado débil, exhausto. Ya tenía una infección y estaba bastante segura de que las mordeduras de humanos eran tan malas como las de un animal, o quizá peor—. ¿Qué tal tu pierna? ¿Te la lav...?

—Córtala.

Alex se quedó petrificada, incapaz de creer lo que escuchaban sus oídos, negándose a ello.

—¿Qué?

—Córtala —susurró Tom con la misma voz áspera de dolor—. De-demasiado pus... tiene que dre-drenar.

—No puedo —dijo horrorizada—. Tom, *no puedo*...

—Por favor. Alex... yo no puedo... no puedo hacerlo so-solo. —Hizo una pausa; respiraba agitadamente y tenía la cara bañada en sudor. Cuando volvió a hablar, sus palabras salieron entre jadeos—: El cuchillo... usa una ben-bengala... este-esteriliza...

—Pero te quemaré.

Por increíble que parezca, Tom se rió, un débil resoplido que pronto se desvaneció.

—Ese es el menor de mis pro-problemas. La piel está muerta de todas maneras, pero el... el tejido de debajo... pu-puede que esté bien. Pero tienes... tienes que d-drenarla. A-Alex... Alex, haz-hazlo, *por favor*. —Sus ojos resplandecientes, con un brillo febril, se clavaron en los suyos y ella leyó su desesperación y su miedo—. Antes de que me a-arrepienta...

Esto era como su historia sobre Crowe, pues si Tom le pedía que hiciera algo así, debía de saber que no le quedaban muchas opciones o mucho tiempo. Pero ¿y si estaba equivocado? ¿Y si le hacía más mal que bien?

Fuera, recuperó su cuchillo, arrancándolo de las garras del chico muerto. Lo hundió en un montón de nieve para quitarle el máximo de sangre y lo lavó con *bourbon* y agua. En la puerta delantera de la tienda, desenroscó la tapa de una de las bengalas y restregó la punta contra el encendedor. La bengala prendió, la llama carmesí chisporroteó con fuerza. El mango del cuchillo era de duro polímero negro, de modo

que pudo sujetarlo sin quemarse mientras calentaba la hoja, observando cómo el color pasaba de un plata a un dorado mate y a un vivo rojo lava.

—Tom —dijo, arrodillándose sobre él. El cuchillo se había enfriado hasta llegar a un naranja apagado, pero podía sentir la irradiación del calor y sabía que el acero aún estaba muy caliente—, ¿estás completamente seguro de que no hay más remedio?

—C-corta tan rápido como p-puedas. Intentaré no moverme. Una vez que atraviese la piel, a lo mejor tienes que... tienes que c-cortar más hondo. El c-calor detendrá l-la hemorragia. Cuando el pus empiece a salir, p-para. Ya... ya sab-sabrás cuándo —dijo jadeando. Volviendo la cara, emitió otro quejido ahogado. Cerró los ojos y apretó los puños, pero ahora una fuerte sacudida le recorría el cuerpo, un temblor que era incapaz de controlar—. In-intentaré estar quieto... b-bocarrriba, pero no importa lo que di-diga... no pares, Alex. Termina el tr-trabajo...

«Oh, Dios, por favor —pensó ella, bajando la mirada hasta el muslo de Tom y hacia el ojo furioso y ennegrecido de su herida—. Por favor, sálvalo; por favor, ayúdame».

Había visto películas, escenas en que los hombres se escarbaban en busca de balas con sus propias manos. En las películas, la gente se desmayaba cuando el dolor era demasiado grande.

Sin embargo, esto no era ni una película ni un libro.

En realidad, fue mucho, mucho peor, porque Tom no se desmayó y sólo tardó tres segundos en empezar a gritar.

—Lo estoy haciendo lo mejor que puedo. —Ella le retiraba las lágrimas con el pulgar. Tenía la cara devastada por el dolor, pálida como la de un muerto, y los ojos hundidos en cuencas amoratadas. Los carnosos labios de su herida estaban abiertos de par en par y el muslo estaba veteado de finos hilillos de sangre de un rojo brillante, pero parecía que quedaba muy poco pus. El aire apestaba a carne muerta, pus hervido y sangre cocinada. Las esterillas bajo su pierna se habían empapado de mugre, así que tiró de ellas y las lanzó a la nieve antes de recuperar las alfombrillas de la furgoneta abandonada. Había puesto *bourbon* directamente en la herida, pero ahora estaba usando un atadillo de jirones de camisa, relleno de nieve, para limpiarle el sudor de la frente—. Hueles a bar.

—Sí. —Sus ojos cansados se fijaron en el cuello de Alex—. M-muchos m-moretones. Todavía sentía la garganta destrozada.

—Pues tendrías que ver al otro.

—No... en serio. Estuviste d-demasiado cerca. N-no puedo perderte...

—No me voy a ir a ninguna parte —dijo ella, en el fondo sabiendo que se vería obligada a ello. Limpió con el trapo la sangre seca de su pecho. Su torso estaba salpicado de otras heridas, más viejas, cuyas cicatrices brillaban.

—Met-metralla —susurró él, sintiendo la pregunta en sus dedos—. Me es-estalló una granada hace seis meses. Tendrías que v-ver cómo se en-enciende el detector de metales en un aeropuerto cuando paso.

—¿Y esto? —Tocó lo que parecían pequeñas marcas de quemaduras justo debajo de su axila izquierda. Entonces observó más de cerca y distinguió unas letras:

**EDEN**

**Thomas A.**

Una serie de números. «El número de la seguridad social», pensó Alex. En la línea de abajo se leía **0 POS** y, debajo de eso, **Católico**.

—¿Un tatuaje? —preguntó.

—Sí. Los llamamos ch-chapas de c-carne. A veces no q-queda mucho después de...

—Tragó saliva—. Ya sabes.

—Tom. —Extendió el brazo para apartarle el pelo empapado de la frente. Tenía los labios transparentes, tan transparentes como el cristal—. ¿Qué vamos a hacer?

—A-aternos al p-plan. —Intentó esbozar una sonrisa que se desvaneció

rápidamente—. Nos... nos vamos por la mañana. Lo único que necesito es descansar un poco.

Necesitaba mucho más y ella lo sabía. Pasaron la noche encima de un montón de alfombrillas de coche en la trastienda. Unas cuantas horas antes del amanecer, Tom se desmayó o se quedó dormido, Alex no sabía muy bien qué. Echándose a su izquierda, abrazó el cuerpo de Tom y lo acercó al suyo, tanto que oía su corazón. Estaba exhausta, pero temía quedarse dormida, preocupada por que él estuviera muerto al despertar. Pero al final, sus pensamientos se diluyeron, fue cayendo en espiral y...

El sueño, otra vez: ese en que veía el helicóptero, el que llevaba a su madre y a su padre, despegar en medio de aquella tormenta. El helicóptero se elevaba como un globo lleno de helio, cada vez más alto, hasta que, en el mismísimo confín del cielo y al filo de la noche, explotaba formando una bola de fuego.

Alex no había estado allí. Estaba en casa sola, esperando, mientras la tormenta rugía. Su madre hacía su trabajo, acompañando a un paciente en una evacuación de emergencia. La única razón por la que su padre estaba a bordo era que el ATS, asustado por la tormenta, se había rajado y su padre, que había recibido formación en primeros auxilios, porque todos los polis tienen la obligación de acudir de inmediato a una emergencia, ocupó su lugar.

El helicóptero tampoco se había convertido en una bola de fuego. Después de dejar al paciente sano y salvo, el aparato despegó para volver a casa... y sencillamente se estrelló contra una colina. Nada de dramas, nada que ver con el 4 de julio, aunque el fuego fue tan intenso que tuvieron que identificar al piloto y a sus padres por los dientes.

Ella tenía catorce años. No presintió nada cuando sus padres murieron: ninguna premonición, ningún movimiento sísmico, ningún abismo abriéndose bajo sus pies. Se había quedado despierta, contemplando cómo la nieve se arremolinaba en un nimbo dorado alrededor del semáforo al final de la manzana, esperando a que el coche patrulla de su padre doblara la esquina. Incluso se había imaginado cómo sería: primero sus luces y luego el patrullero en sí abriéndose paso entre la nieve como en un sueño.

Y entonces apareció un coche patrulla, aunque supo, de inmediato, que no era el de su padre. El suyo era un modelo blanco y negro más nuevo. El que apareció por el camino de entrada era más viejo y todo negro. Sin embargo, no pensó en nada de eso. No comprendió lo que estaba pasando ni siquiera cuando vio a los agentes desplegarse y dirigirse cabizbajos hacia el porche delantero ni cuando reconoció al antiguo compañero de su padre. Ni cuando dejó su asiento junto a la ventana y fue hasta la puerta principal dando pasos suaves con sus zapatillas de casa. Ni cuando descorrió el cerrojo y abrió la puerta, sintiendo cómo se colaba una ráfaga de aire frío... En ningún momento lo comprendió; no se le pasó por la cabeza que algo horrible hubiera sucedido... hasta que reconoció al pastor de la iglesia.

Entonces lo comprendió.

Un mes después, comenzó la pesadilla. Un año más tarde, cuando el olor a humo empezó y tía Hannah la envió a aquella loquera, Alex le soltó un rollo sobre que ella era Dorothy y sus padres habían salido volando hacia Oz y bla, bla, bla. Para la loquera, el sueño tenía que ver con su fantasía de que sus padres seguían vivos en algún sitio.

Alex pensó que la psiquiatra era una mentirosa de mierda. Sus padres estaban muertos. Ella lo sabía. El sueño tenía que ver con que su vida había descarrilado, que le había estallado en la cara sin dejarle otra cosa que cenizas.

Y ahora la historia se repetía con Tom.

Cuando despertó, la piel de Tom estaba fría y húmeda. Ardía de fiebre, el corazón parecía que iba a salirse del pecho y ella sabía que no podría esperar mucho más. Tenía que traer ayuda o Tom moriría. A lo mejor moría antes de que volviese, pero

tampoco podía esperar sentada.

Tom quería que se llevara la pistola.

—Puedes necesitarla. —Tenía la piel más blanca que la sal, tan traslúcida que veía el débil entramado de venas diminutas bajo sus ojos. Los temblores habían desaparecido por fin, al menos por ahora—. Yo no voy a moverme de aquí.

—Eso no es lo que me preocupa. Si alguien entra, la pistola será lo único que tendrás.

—Si alguien entra por la fuerza, un par de esas cosas... unas cuantas balas no servirán de nada. Además, no creo que sean tan listos como para hacer eso. Son más bien unidimensionales.

Ella no estaba tan segura de que los chicos con el cerebro frito fueran tan tontos —sabían ingeniárselas para no pasar frío—, pero se dio cuenta de lo que quería decir. Aunque los chicos podían haberlos aplastado a ambos con toda facilidad si hubieran planeado el ataque y hubieran actuado juntos, no lo habían hecho. «La chica tenía un palo y el chico al que apuñalé dedujo lo del cuchillo muy rápido, pero trabajaban por separado. ¿Qué ocurrirá si eso cambia?».

Tom levantó una mano para tocarle la cara. Tenía los dedos helados.

—Por favor, llévatela. Si algo te pasara a ti, lo mío ya no tendría remedio.

En el fondo, pensó que tenía muchas más posibilidades de que le dispararan si daba muestras de poseer un arma. Dada su edad, podían dispararle en cuanto la vieran de todos modos.

—De acuerdo —dijo. Entonces, sorprendiéndose a sí misma, se inclinó y le besó. Tenía intención de retirarse, pero la otra mano de Tom serpenteó por su pelo hasta sujetarle la nuca y el beso se convirtió en algo que ella no quería que terminara jamás y que temía que no se volviera a repetir. El corazón se le llenó, la sangre se le calentó y el olor de Tom —especiado y extraño— estalló, casi imponiéndose al olor asfixiante a enfermedad y descomposición. Fueran cuales fueran los secretos de Tom, eso había sido real.

Cuando por fin se dispuso a marcharse, él dijo con debilidad:

—Por fin, algo por lo que vivir.

Su cara se quebró en deslumbrantes prismas y ella supo que nunca se iría si empezaba a llorar.

—No te me mueras.

—Todavía estoy aquí. —Pero aquella mueca de dolor, furtiva y fugaz, cruzó su rostro de nuevo—. Alex, lo que pasó antes de que perdiéramos a Ellie... Necesito contártelo.

—No. —Le puso una mano en los labios. Si se lo contaba, ¿moriría? ¿No era lo que ocurría cuando la gente se confesaba en los libros y en las pelis?—. No, eso no importa ahora. Cuéntamelo la próxima vez que me veas.

Él la agarró de la mano.

—Pero es que sí importa. *Necesito* que lo sepas. Por favor, tú sólo escucha. —Hizo una pausa y cerró los ojos por otro dolor más profundo.

—Aquí me tienes —dijo ella—. Te escucho.

—Tenías razón. —Una única lágrima le corrió desde el rabillo de un ojo y le desapareció entre el pelo—. Sobre lo de que iba buscando mi destino. No voy... no puedo contártelo todo ahora. No es el momento. Pero quiero que lo sepas. —Entonces abrió los ojos y su mirada febril sostuvo firmemente la suya—. Lo encontré. He encontrado mi destino.

—Yo también —dijo ella, y así lo sentía. Por primera vez en lo que le parecía una eternidad, quería un futuro y quería que Tom estuviese en él. Lo besó de nuevo, memorizando la sensación, el sabor y su olor.

Después cerró la puerta con llave y lo dejó allí.



o la tonta. Si se atenía a las carreteras principales y se seguía moviendo en dirección suroeste, se encontraría con gente antes de llegar a Rule, cosa que quizá fuera buena y mala: mala, porque los supervivientes eran más dados a disparar primero y preguntar después, pero tal vez buena, porque todos los chicos con el cerebro frito que había visto rondaban los bosques. Si prestaba atención, quizá los olierá acercarse.

Se abrió camino a duras penas en esa dirección, atravesando los sesenta centímetros de nieve acumulada, ciñéndose a la carretera, aguzando la vista, alerta a cualquier movimiento: chicos descerebrados, abuelitas con rifles que la tomaran por un *ticket* de comida... Había también letreros que anunciaban gasolineras, excursiones a la mina y tiendas de regalos. Se fijó en uno que rezaba AURORA BOREAL (LA LUZ DE DIOS EN TIEMPOS OSCUROS) y en otro que sugería una parada en el Café de Martha: DESAYUNOS 24/7.

Hacía un día soleado y sin tanto frío. Si el camino hubiera sido llano y la carretera hubiese estado más despejada, le habrían venido bien unos esquís de fondo o unas raquetas de nieve. Y unas gafas de sol. Pero al sol no pensaba hacerle ascos, por mucho que su reflejo en la nieve consiguiera que se le saltaran las lágrimas.

La carretera estaba atestada de coches, furgonetas y camionetas enterrados bajo un manto de nieve. La mayoría no era más que chatarra, con puertas y ventanas rotas que parecían bocas bostezando. Mantuvo los ojos abiertos de par en par buscando su camioneta, con la tímida esperanza de no encontrarla, pues tenía miedo de admitir lo que aquello significaría. Bandadas de pájaros revoloteaban en el cielo e hileras de cuervos copaban los árboles y cables cubiertos de nieve, viéndola pasar en el más absoluto silencio. Se sentía como en un decorado de película en el que la cámara tomara una panorámica de la destrucción y la devastación extendiéndose hasta le horizonte, más allá de lo que la vista abarcaba, y luego la enfocara a ella: lo único que se movía además de los pájaros.

Lejos de los bosques, el aire estaba cargado de olores: aceite de motor, gasolina, goma... y muerte. El hedor era tan fuerte y empalagoso que le dio náuseas y deseó tener algo con lo que cubrirse la nariz y la boca.

Había infinidad de cadáveres en diferentes estados de descomposición. Muchos habían muerto en sus coches. Otros —hombres y mujeres que habían salido a trompicones de sus vehículos y habían fallecido en la carretera aquel primer día— estaban amortajados por la nieve. A pesar de que el frío ralentizaba la descomposición, los cadáveres presentaban un aspecto lamentable, tan hinchados como aquellas vacas que Tom, Ellie y ella habían visto. También había animales: gordos mapaches con las patas llenas de carne, zorros sarnosos y zarigüeyas con coágulos de sangre pegados en sus blancos morros, desafiando la luz del día para darse un festín. Y, por supuesto, estaban los pájaros, hurgando, picoteando y arrancando pedacitos de carne congelada hasta rozar los huesos. Un par de cuervos enormes se peleaban por algo que había en la nieve. Al acercarse, salieron volando y pudo contemplar lo que, a su juicio, era un goterón de sangre... para darse cuenta de que, en realidad, se había topado con el dedo gordo del pie de una mujer, con la uña aún pintada de un brillante rojo encendido. Todos los muertos eran adultos. La mayoría lo bastante viejos para ser sus padres,

pero no sus abuelos. Había sillitas de seguridad vacías, tarteras desechadas y mochilas, pero nada de niños. Ni un solo cuerpo de alguien de su edad ni de la de Tom. Entonces se dio cuenta de algo que le heló la sangre. Cuanto más se alejaba de la carretera, más huellas de supervivientes encontraba: botas, zapatillas, zapatos de uso diario, incluso chancclas.

Y huellas de pies.

Sin calcetines.

Descalzos.

Eso le dio qué pensar.

Los ciervos trazaban pequeñas sendas por las que se desplazaban hasta los prados y arroyos. Los patos y los gansos volaban siempre empleando una ruta conocida. Lo único que un cazador tenía que hacer era agacharse y esperar a su presa o seguirla.

La gente utilizaba las carreteras. Para ser sinceros, era como si llevaran puesto un cencerro, ya que a Alex le parecía que aquellos chicos con el cerebro frito ya no se limitaban a quedarse en el bosque. Vivían allí y, cuando tenían hambre, salían a buscar comida.

En ese momento se dio cuenta de algo más.

Algunos de los muertos eran muy mayores. Habían fallecido de un disparo en la espalda, otros en el pecho y muchos en la nuca. No parecía que ningún animal les hubiera rasgado la ropa; simplemente, se la habían quitado. Estos cadáveres estaban, además, más frescos y los habían amontonado entre mochilas vacías, maletas y morrales desperdigados.

Aquellas personas habían sobrevivido sólo para morir a manos de su propia gente, ya fueran Harlans, Bretts o Marjories.

Y entonces comprendió que Larry tenía razón.

Aquellos chicos con el cerebro frito no eran el único —ni tal vez el peor— enemigo.

Al pasar junto a una camioneta de reparto que tenía las puertas abiertas y en la que dos cuerpos destrozados y casi en los huesos colgaban del cinturón de seguridad, oyó algo diferente el graznido de un pájaro. El sonido era lastimoso, un gemido, parecido al llanto de un bebé. Bajó la vista y contempló a un anciano y a una mujer aún mayor, tirados bocabajo cerca de la camioneta, en medio de un montón de bolsas desvalijadas. Les habían disparado en la nuca y no hacía mucho tiempo, a juzgar por la capa de nieve que los cubría. La mujer tenía el abrigo remangado, por lo que Alex pudo verle la carne de los muslos, fibrosos y llenos de verdes y abultadas varices, por encima de sus medias de compresión. Se había caído de bruces y tenía los brazos abiertos, como si de un ángel de nieve invertido se tratara. Alex observó que llevaba enganchada a la muñeca una correa de piel y que esta se colaba por debajo de la camioneta.

Enseguida percibió el olor, algo muy familiar.

—Oh, Dios mío —dijo en voz alta. Se arrodilló y buscó debajo del vehículo.

Encogido de miedo junto a la rueda derecha delantera había un tembloroso cachorrito gris. No sabía de qué raza era, pero parecía un cruce entre un sabueso y un labrador. Al verla, el animal gañó y deslizó hacia ella, apenas unos centímetros, sobre la panza, moviendo la cola esperanzado.

De pronto, le pareció importante rescatar al perro. Hacerlo sería como una buena señal, un buen augurio. Si era capaz de salvar al perro, también podría salvar a Tom. Más adelante se daría cuenta de lo ilógico de su reflexión, pero aquello no mermaría ni un ápice la fuerza de sus sentimientos.

Abrió un paquete de cecina y le ofreció un trozo al cachorro. Al olerla, el animal volvió a acercarse otros pocos centímetros, rozándole los dedos con su naricilla, y engulló el pedacito de carne, para escupirlo en cuestión de segundos. Gimoteando, empujó la cecina con la nariz y Alex se dio cuenta de que la carne estaba demasiado dura para



que el cachorro la masticara. Entonces se llevó otro trozo a la boca y lo masticó para hacerlo papilla. La ternera ahumada y con especias estaba tan buena que le rugió el estómago y tuvo que hacer un esfuerzo para no tragársela. Al escupirla, fue consciente de sus propios gemidos.

Esta vez, sin embargo, el perro no dejó escapar la carne y no tardó en acercarse a por más. Otros tres pedazos y el cachorro salió de debajo de la camioneta, gruñendo como un cerdito, culebreando y agitando su pelado rabito gris.

Alex le quitó la correa del cuello y lo cogió en brazos.

—¿Cómo te llamas, eh?

El cachorro soltó un pequeño ladrido. Era un macho. Tenía el pelaje corto, entre gris y plateado, los ojos azules y las patas grandes y debía de pesar unos buenos cuatro kilos. Le dio el resto de la cecina; luego, rebuscó entre los morrales tirados y encontró tres latas de comida para perros, un paquete de pienso y un pequeño cuenco de aluminio para el agua donde vertió un poco de agua de su botella.

Después resguardó al cachorro dentro de su chaqueta abotonada y se abrochó el cinturón para que no pudiera resbalar y caerse. A juzgar por su aspecto, no se sabía muy bien si estaba embarazada de pocos meses o si le hacía falta un buen sostén. El animal estaba muy calentito ahí dentro y, cuando asomó la cabeza, Alex empezó a reírse.

—Estoy contigo —le dijo al ver que el animal se revolvía y le lamía los dedos—. Estoy contigo, no te preocu...

Y entonces olió a los lobos.

# 38

W

o había duda. Tenía los lobos detrás. Que no necesitara verlos para saber *qué* eran la aterrizó aún más. Ignoraba cuántos había, pero su olor resultaba indescriptible... nada que ver con el de un perro. Una primitiva parte de su cerebro hizo saltar una alarma general que le secó la boca y le agarrotó los músculos. Su corazón era un puño aporreando la pared de su pecho.

Ahora el cachorro también los detectaba. Alex notó que se puso rígido y luego se arrebujo y empezó a temblar, intentando hacerse una bola muy, muy pequeña. Ella mantuvo la mano izquierda bajo el cachorro, pero la derecha se le desvió a la cadera. Sus dedos rodearon la empuñadura de la Glock de su padre.

Entonces se giró sobre sus talones —lentamente, con cuidado— para quedar frente a ellos.

Eran tres.

De los lobos sabía lo mismo que cualquier excursionista: mejor no encontrárselos, a pesar de que se suponía que los lobos se asustaban tanto de los humanos como los humanos de ellos. Los había estado oyendo de manera intermitente desde que llegó al Waucamaw. Cuando las cosas eran normales, sus aullidos quejumbrosos le habían parecido inquietamente relajantes. Por supuesto, eso era antes. Ahora era el fin del mundo.

Estos lobos eran grandes y de un gris marengo, como salidos del *National Geographic*, y estaban apiñados sobre un pequeño promontorio al borde del bosque, a unos treinta metros. El macho alfa —lo sabía por su olor, más acre y bastante fuerte— era muy alto y tenía patas larguiruchas, el pecho ancho y ojos de un amarillo dorado: ojos alienígenos para un mundo alienígena. No le habría sorprendido nada que hubiese salido aquella luna anómala.

Un blanco inmóvil, a aquella distancia, no era ningún problema. Pero los lobos eran muy rápidos. Nunca sería capaz de correr más que ellos y, si la atacaban, seguro que vaciaría el cargador y no le daría a ninguno.

Dejó la Glock en su funda y extendió la mano derecha, con la palma hacia arriba, esperando que los lobos supieran lo que significaba *vacío* cuando la vieran. Mirar a cualquier animal a los ojos era muy mala idea, pero los dorados del macho alfa se clavaron en los suyos y ella no pudo apartarlos.

Los lobos observaban. Ella recordó que debía respirar.

El macho alfa fue el primero en moverse. Se sentó sobre sus patas traseras y después bajó el resto del cuerpo, como cuando un perro se echa para dormir una siesta, y empezó a jadear. Le dio la sensación de que el lobo no se encontraba cómodo, sino que estaba preparado para esperar hasta que algo cambiase. Como obedeciendo una orden tácita, los otros dos también se echaron. El más pequeño se retorció sobre su panza para lamer la mandíbula del macho alfa. El olor de este —el de todos— también había cambiado: seguía oliendo a lobo, pero mezclado ahora con algo un poco menos agrio. Otro de aquellos extraños fognazos le vino a la mente. *Mina*, junto al fuego, echada contra su muslo. Esto no era exactamente lo mismo, pero el olor, de algún modo, era más calmo, como de... ¿*amigo*? El tenso nudo del estómago se le suavizó tan sólo una pizca. Bueno, tal vez no tanto *amigo* como *no amenaza*.

—Me voy —dijo. ¿Tal vez debería decir algo más? No se le ocurrió otra cosa. ¿Qué se le dice a un lobo? Dio un paso atrás y esperó. El macho alfa era una esfinge. Se deslizó con otro pequeño paso hacia atrás, sintió que el tacón de su bota topaba con la pierna de la mujer muerta y se dio cuenta de que tenía que girarse.

No quería hacerlo, pero no tenía otra opción. El vello de los brazos y del cuello se le erizó de miedo; sentía que la piel se le iba a despegar de los huesos e iba a echar a correr gritando por la carretera.

Con el corazón a cien, se giró sobre sus talones y comenzó a caminar, ni demasiado rápido ni demasiado lento. Cada uno de sus nervios a flor de piel le decía que saltara como un conejillo, pero pensó que eso haría que los lobos le dieran caza y que su olor tal vez cambiara de *no amenaza a cena*.

Diez metros más adelante, continuaba con vida. El olor de los lobos seguía siendo el mismo; nadie la estaba persiguiendo y decidió arriesgarse. Volvió la cabeza por encima del hombro para mirar atrás.

Los lobos se habían levantado y observaban cómo se marchaba, exhalando nubes de vaho. Al cabo de unos momentos, el lobo más pequeño dio media vuelta y se adentró en el bosque. Un segundo después, el tercero lo siguió, dejando al alfa solo en el promontorio.

Por razones que ella no llegaba a comprender, se detuvo y se giró hacia él. Quedaba demasiado lejos para distinguir su cara, pero sintió sus ojos. No intercambiaron pensamientos profundos ni hubo nada de rollos telepáticos ni paranormales, pero cuando el macho alfa se alzó sobre sus patas traseras como un pastor alemán juguetón antes de dar media vuelta y desaparecer en el bosque... cuando aquello pasó, pensó que quizá otro cambio había tenido lugar.

En ella.

# 39

# A

media tarde, cuando una señal le indicaba que se encontraba a treinta y dos kilómetros de Rule, se dio cuenta de tres cosas:

Cuanto más se acercaba al pueblo, menos cadáveres veía.

Aún podía tropezarse con alguien que no estuviera muerto.

Y olía a humo.

El humo era extraño y muy familiar y le aceleró el pulso. Ya había olido ese tipo de humo antes, sólo que entonces había sido una especie de fantasma, el primer indicio del monstruo que se había instalado en su cabeza.

«Dios, no, ahora no. No me dejes morir aquí. Por favor, espera un poco más. Déjame llegar a Rule para que puedan salvar a Tom, y si después tengo que morir...».

El cachorro estornudó, se llevó la pata a la nariz y volvió a estornudar.

El alivio que sintió fue como un frío chapuzón en un día caluroso. Si el perro olía el humo, es que no estaba alucinado. No se trataba de un síntoma. Era *real*.

Aspiró con fuerza para tratar de distinguir sus componentes: madera chamuscada con un toque químico, como el líquido que su padre solía pulverizar sobre las briquetas de carbón vegetal, y algo jugoso y dulzón como el asado de cerdo que su madre cocinaba los domingos. Pero había algo perturbador en ese olor, una especie de resto de hollín que no le hacía precisamente la boca agua.

Tapándose los ojos del reflejo del sol, miró al cielo. Al principio, no vio nada —sólo la blancura de los rayos solares impresa en sus retinas—, pero luego distinguió el minúsculo rastro, una escuálida columna de humo negro. Pensó que no eran hojas, pues el humo que estas desprendían al arder era blanco o gris, ni tampoco madera.

¿Algo químico?

Bajó la mirada a la nieve y volvió a toparse con las ahora familiares huellas de botas, zapatos, chanclas y pies descalzos... y otras más profundas de trazos rectos y cascos de caballos: carros.

Qué interesante. El norte, más allá de Oren, era territorio amish. Por su proximidad a la mina, no creía que Rule lo fuera, pero a lo mejor los amish habían optado por desplazarse hacia el sur. O...

Claro. Habían venido con sus carros a recoger todos aquellos cadáveres. La gente de Rule debía de haber decidido establecer alguna especie de perímetro. Tenía sentido. A nadie le hacía gracia tener montones de cadáveres putrefactos a la entrada del pueblo.

No obstante, ¿por qué no había gente en la carretera? ¿Dónde estaba todo el mundo?

¿Escondido? ¿Esperando a que anocheciera para evitar a esos chicos con el cerebro frito? No, aquello sí que no tenía sentido. Sus encuentros se habían producido a primera hora de la mañana o al atardecer. A decir verdad, no había visto a ninguno de aquellos chicos a plena luz del día. De pronto, se le vino a la cabeza algo que Larry le había dicho: «En algunos aspectos sigue siendo una adolescente normal: siempre se levanta justo cuando yo voy a acostarme».

Aquello también era interesante. Antes del monstruo, cuando sus padres aún vivían, ella también era así. Le costaba horrores no quedarse dormida en clase. Todos los de su edad tenían una falta de sueño crónica y recurrían a los *Red Bull*, a los *Mountain Dew* y al café para mantenerse alerta.

El monstruo había acabado con todo eso. Si se paraba a pensar, aquel humo fantasma

no había sido el primer indicio, sino el segundo. El primero fue el cambio en sus patrones de sueño: solía despertarse varias veces en mitad de la noche, tenía sueños raros y entrecortados y estaba tan agitada como si se hubiera bebido dos cafeteras. El monstruo la había hecho diferente a sus amigos. Tal vez distinta a otros chicos de su edad. Antes de arrebatarse el sentido del olfato y de comerse sus recuerdos, le había robado el sueño. Y ahí estaban sus padres y aquella extraña pesadilla: un trauma que revivía una y otra vez y que no la dejaba dormir.

Tom tampoco es que durmiera mucho. Cuando lo hacía, siempre se despertaba sobresaltado a las pocas horas y se quedaba en vela toda la noche. En clase de Biología había aprendido que la mayoría de las personas entraba en fase REM —en la que soñamos— un par de horas después de haberse dormido y la gente normal experimentaba tres o cuatro ciclos REM cada noche. Menos esa única noche en que le confesó aquello que le pesaba tanto, Tom nunca dormía de un tirón, quizá porque no podía evitarlo. Puede que Afganistán le hubiese cambiado y alterado el cerebro de algún modo. Volvió a pensar en el estrés postraumático y en las pesadillas que irrumpían en tecnicolor en la pantalla en blanco y negro de la mente de Tom: horrores del pasado de los que no era capaz de librarse.

Horrores —pesadillas— que podrían haberle salvado.

Puede que sus desquiciadas hormonas no fueran lo único que a Alex le había impedido cambiar tan rápido. Quizá, como en el caso de Tom, influyeran también las alteraciones del sueño y las pesadillas. Es más, tal vez se debiera a que tenía todo el cerebro hecho polvo.

¿Y si el monstruo le había salvado la vida?

# 40

# A

ando hacer, captó su olor: marchito y rancio. La mayoría de los ancianos olía a ropa interior usada y, por la rica tufarada de olores que estaba detectando, sabía que había muchos de ellos y que se encontraban arracimados. Llevaba el viento a su favor y pensó que aún estaban bastante lejos, pero aun así pudo percibir sus agotamientos y sus agudas punzadas de pánico. Lógico. Estos ancianos debían de saber que los chicos con el cerebro frito se despertaban justo cuando oscurecía y querrían estar lejos de la carretera, a salvo en algún sitio. Podía imaginarse la carretera que tenía por delante: una riada humana que se extendía kilómetros y kilómetros desde Rule.

De repente, le asaltó la ansiedad. Una cosa era encontrar Rule y otra muy distinta intentar abrirse camino entre un tumulto de refugiados para conseguir ayuda para una persona, aunque esta persona fuera joven. ¿Y cómo reaccionarían estos ancianos ante ella?

A juzgar por el cargado tufo, también había perros y —cerró los ojos, se concentró y captó un aroma a sol y a heno cálido— caballos.

Y algo más. Inhaló de nuevo y su nariz se arrugó ante la mordacidad del aceite para armas y el metal chamuscado.

Armas. Y muchas.

Cuando recogió al cachorrillo, había sacado la Glock de su funda y la había deslizado en el bolsillo derecho de su chaqueta. Estuvo pensando si sacar simplemente el arma, más como elemento disuasorio que porque fuera buscando pelea, pero luego se lo pensó mejor. Si alguien empezaba a disparar, no tendría nada que hacer, así que la dejó donde estaba.

A su derecha, una pequeña señal verde resplandeció en la oscuridad:

## RULE 10

Más allá, había otro panel anunciando el asilo y una señal que instaba a los turistas a hacer una parada en la Iglesia de la Cosecha: Confía en la mano sanadora de Dios.

«Unas horas más, Tom —pensó—. Aguanta, sólo unas más».

Dos horas después, los oyó: un farfullar apagado y confuso. Entonces vislumbró el cabeceo amarillo de las linternas y las siluetas plateadas. No era una mera muchedumbre; la enfermiza luz verdosa de aquella luna surrealista podía estar bañando perfectamente a varios cientos de personas. Ahora los olía mucho mejor: una gran concentración apestosa de ancianos y ancianas en las últimas y un montón de perros. La gente y los animales se arremolinaban a su alrededor, pero o no la veían en medio de la oscuridad o no les importaba. El cachorro estaba despierto y Alex lo sintió temblar de miedo.

—Está bien —murmuró, pegándose más al pecho y rezando para que no empezase a ladrar. Lo último que necesitaba era llamar la atención. Se había recogido el pelo en una larga trenza y se la había metido por debajo del gorro de lana, pero aun así, se sentía expuesta. Un buen vistazo a su cara y esos vejestorios sabrían que era una adolescente. Se embutió una gorra con el logo de los tractores John Deere que había encontrado en la carretera, bajándose la visera hasta donde pudo. Se subió también el cuello del abrigo, con la esperanza de enmascarar así su silueta.

Nadie avanzaba; esa era la cuestión. La muchedumbre se arracimaba desconcertada

ante un enorme tráiler de dieciocho ruedas volcado como una orca varada en la playa. El bosque abrazaba la carretera por ambos lados, pero nadie hacía un movimiento hacia él para rodear el obstáculo y entonces vio por qué. Entre los árboles, alineados a cada lado del camión tumbado y encaramados encima de este, había más gente y muchos, muchos perros. Oyó un hueco repiqueteo de cascos que procedía del otro lado del tráiler y el tintineo de unas riendas supo que había acertado con lo de los caballos.

Más adelante, uno de los hombres subido al camión-barricada estaba gritando con un megáfono antiguo:

—Os atenderemos a todos. Sabemos que estáis cansados, pero sólo tenéis que esperar vuestro turno. Aquí estaréis a salvo. Los Cambiados no vienen por aquí, así que calmaos todos.

*Los Cambiados.* De modo que era así como la gente los llamaba ahora. ¿Cómo podían estar seguros de que aquellos chicos con el cerebro frito no iban a venir? Alex aminoró el paso, se quedó rezagada al mismísimo borde de la multitud, intentando decidir cuál sería su siguiente paso. Tenía miedo de adentrarse en el bosque y aquellos tipos del camión portaban rifles. ¿Y si se agachaba y serpenteaba entre la muchedumbre? Eso era demasiado arriesgado. Si chocaba con alguien, si alguien se fijaba en ella...

Justo enfrente, un hombre y dos mujeres permanecían apiñados junto a un labrador. Este tenía el rabo gacho y olía a perro, a sudor... y a otra cosa que le hizo pensar en un tazón de viscosa avena fría que su tía había intentado hacerle comer el día después de que el helicóptero explotara. «Triste —pensó—. El perro está triste».

Pero, en ese momento, el labrador irguió las orejas. Alex olfateó su repentina sorpresa, que había sido como el chispazo de un enchufe, un burbujeo quemado chisporroteando en el aire, y el perro se giró, tirando de su correa y moviendo el rabo de un lado a otro. Y empezó a ladrar.

A ella.

Cállate —pensó. Empezaron a temblarle las rodillas y a flaquearle las piernas al ver que el perro seguía ladrando—. Cállate, cállate, cállate, cállate».

—*Watson* —dijo un anciano desgarrado que llevaba puesta una parka con ribetes de piel, y su voz sonó exasperada y exhausta—, venga, ¿qué estás hac...? —Se dio la vuelta y apuntó la linterna hacia la oscuridad, alumbrando fugazmente el cuerpo de Alex antes de contiuar. En cuanto la luz pasó, Alex se agachó e intentó girarse, pero la linterna volvió a posarse sobre ella y el hombre exclamó:

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa? —preguntó una de las mujeres. Alex pensó que olía agrio, como si llevara días sin lavarse y en un ambiente cargado de aire viciado. La mujer se volvió para mirarla bien, atrapada como estaba por la luz como un mono de circo—. Maldita sea —gruñó, y Alex oyó el *clic-clac* de una escopeta de corredera.

—¡Espere! —chilló. El cachorro gimoteaba. Lo abrazó con una mano y levantó la otra con la palma hacia afuera—. No soy uno de ellos.

—No, todavía no —dijo la mujer. A su izquierda, otra mucho mayor, con la nariz aguileña, había sacado una Luger de aspecto antiguo—. Pero puede que estés evolucionando.

—Por favor. —Alex dio un paso atrás—. Lo único que quiero es...

—No con nosotras, chica, ni hablar. —La agresiva anciana de la Luger tiró de la corredera y la empujó hacia delante.

—Espera, Em —intervino el anciano—. Parece que está bien. Mira, tiene un perro. Aguarda un segundo.

—Observe a su perro —le pidió Alex. El labrador seguía ladrando, pero movía la cola en el aire, frenético, y más perros comenzaron a ladrar. En la distancia, algunas cabezas se volvieron y otras linternas alumbraron la oscuridad. La luz que la rodeaba fue creciendo a medida que más y más gente la enfocaba—. No tiene miedo.

—Porque todavía no has cambiado —dijo la anciana de la escopeta.

—Disparémosle. —La mujer de la nariz aguileña contempló el cañón de la Luger, que sus huesudas manos asían con firmeza. Acabemos con esto. O mejor aún, ahorquemos a esta pequeña zorra.

—Espera un momento —sugirió el hombre—. La necesitamos. Ahora que la tenemos, nos dejarán entrar.

—No me fío de ninguno de ellos —saltó Lady Luger—. ¿Te acuerdas de la última con la que nos cruzamos? Se acostó como un angelito y se despertó como un demonio.

—Pero los perros los reconocen, ¿verdad? —los alentó Alex. El labrador, *Watson*, tiraba de la correa y, a lo lejos, Alex oía gemir a otros perros y el murmullo general iba creciendo a medida que cada vez más gente se percataba de su presencia. Se oyó el sonido de las pistolas al desenfundarse y los chasquidos de los rifles de cerrojo y de las escopetas de corredera—. Por eso los tenéis, ¿no es cierto?

—La chica tiene razón —reconoció el hombre—. Antes no teníamos a *Watson*.

—No es más que un maldito perro —espetó Lady Luger—. ¿Qué puñetas va a saber? ¿Acaso reconoció a esa zorrilla que se llevó a mi Cody? Le dije que la matara, pero no era más que una niña, un dulce e inocente monstruito asesino.

—Vale, si tú no la quieres, yo me la quedaré —saltó otro de los hombres vestido de



camuflaje. En la mano llevaba lo que parecía una metralleta, tal vez una Uzi, y dos cinturones de munición entrelazados en el pecho. Tenía los dientes muy blancos y cuadrados, demasiado perfectos y probablemente postizos, pero su sonrisa era amplia, maníaca y amenazadora—. Ya me gustaría que uno de ellos me persiguiera. A ver quién se atreve a intentarlo.

—Nadie va a llevarme —dijo Alex, esforzándose por que su voz pareciera firme, pero el corazón iba a salirse del pecho. El cachorro se había quedado en silencio y trataba de esconderse entre su cuerpo. Vio al de la Uzi adelantándose a los otros y dio un paso atrás, luego otro—. Por favor, sólo quiero...

—¡Eh! ¡Espera un momento! —Otra voz, muy enfadada, se abrió paso entre la multitud—. ¿Quién dice que es tuya?

—Lo digo yo: ¡es *mía*! —El de la Uzi sacó una fornida mano y la cogió de la muñeca izquierda justo cuando alguien más (no pudo ver quién) la agarraba por la derecha. Sintió al perrito arañándole la camisa y después los perros se pusieron a ladrar: no a gruñir ni a salivar, sino a dar saltos y a alborotar, histéricos. Parecía que aquella gente había dejado de serlo para convertirse en manos que agarraban y pegaban tirones, bocas enfadadas y fruncidas y viejos rostros llenos de desesperación, odio y desánimo. En realidad, no la veían a ella, sino a lo que representaba: la causa del desastre... un síntoma y la mismísima enfermedad.

El cachorro se puso a llorar, intentando salirse de la chaqueta.

—Cuidado —suplicó—. Por favor, paren, van a hacerle daño, par...

—¡Silencio! —Desde el frente de la multitud, a lo lejos, vociferaba el hombre del megáfono—. ¿Qué está pasando ahí? ¡Silencio todo el mundo!

El estruendo de las balas y un haz de luz intermitente irrumpieron en la noche.

—Os lo estoy diciendo, ¡atrás! —El de la Uzi blandió su arma—. Venga, atrás...

Se oyó otro disparo, esta vez desde la parte trasera, y el de la Uzi dio una sacudida, con una estúpida expresión de sorpresa en el rostro, y se desplomó como un saco de patatas.

—¡Cogedla! —gritó alguien.

Y la multitud corrió hacia ella, enardecida, disputándose en un continuo tira y afloja. Las manos le rasgaban la ropa y se le enredaban en el pelo. Tenía la chaqueta abierta y el perrito había ido a parar de repente a la masa, aunque aún lo oía gañir. El hombre del megáfono seguía gritando y se oyeron más disparos. Alex chilló cuando unos dedos le quitaron el abrigo.

—¡Tiene una pistola, tiene una pistola! —voceó alguien.

Los perros se revolcaban y retorcían en sus correas caóticamente, el clamor de sus ladridos y gemidos resonaba en medio del barullo general y la gente gritaba: «¡Matadla! ¡Cogedla!».

De pronto, sus pies se despegaron del suelo y se sintió aerotransportada. Volvió a gritar cuando el cielo nocturno —y aquella luna siniestra— giró en espiral. Iba pasando de mano en mano como un cantante en un concierto de rock. No sabía adónde la llevaban ni lo que pensaban hacer, pero al final la sujetaron en el suelo y se quedó mirando fijamente arriba, como si se hubiera caído en el fondo de un pozo muy profundo.

—¡Pequeña zorra! —La anciana de la Luger le dio un zarpazo en la cara. Alex chilló, liberó el pie derecho y le dio una patada; notó el sólido porrazo hasta la rodilla y cómo se le quebraba la aguijeña nariz a la mujer. Esta se revolvió y se tambaleó hacia atrás, con la cara derramando sangre a borbotones.

Alex le dio otra patada, pero más manos la sujetaron, hasta que sintió que le echaban la cabeza atrás y le dejaban al descubierto la piel del cuello. Entonces pensó: «Dios mío, van a cortarme...».

Sin embargo, en vez de un cuchillo, apreció el áspero roce de una cuerda, que ahogó

su grito. La arrastraron tirándole del cuello por la fría y dura tierra. Era como si la pesadilla de la gasolinera volviera a repetirse, aunque eran tantos que esta vez no tenía ninguna oportunidad. No obstante, luchó, retorciéndose, haciendo fuerza con los talones. Arañaba la cuerda y rasgaba con los dedos, buscando desesperadamente algo a lo que aferrarse, pero la levantaron, varias manos la agarraron para que no se cayera y se quedó sin aire mientras la cuerda se tensaba.

La mujer cuya nariz había roto —Lady Luger— estaba de vuelta. Tenía la boca abierta, en una especie de maraña ensangrentada y voraz, y ahora llevaba un cuchillo.

—¡Voy a cortarte esa cabecita! —chilló. Su vaho apestaba a hierro y rabia—. ¡Voy a cortarte esa cabeci...!

La repentina ráfaga de disparos sonó nítida, brusca y vítrea. A continuación, una voz muy clara emergió del estruendo y del bramido de sangre que se le agolpaba en los oídos:

—¡Ve, *Jet*, ve!

Alguien gritó cuando un pastor alemán salió disparado de entre la multitud. El perro era enorme y negro como el tizón y, cuando Lady Luger estaba dando media vuelta, se abalanzó sobre ella. La mujer apenas tuvo tiempo de levantar las manos cuando el animal la arrolló. Lady Luger cayó al suelo y el cuchillo voló por los aires.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —chilló.

—¡Por Dios! —exclamó alguien.

—¡No disparéis al perro! —gritó un hombre—. ¡Es uno de ellos! ¡No le disparéis!

De repente, Alex sintió que se le aflojaba la cuerda y se puso de rodillas. Tenía el pecho a punto de estallarle y la garganta como si alguien se la hubiera rajado con una cuchilla. Tragó saliva y se puso a cuatro patas, intentando no vomitar.

Lady Luger seguía gritando, pero nadie se movió para ayudarla y, por increíble que pareciera, nadie intentó disparar al perro. Alex no podía ver lo que estaba pasando, aunque volvió a oír la misma voz, ahora más cerca:

—¡*Jet*! ¡Quieto, chico, quieto!

Y tuvo un único y sobrecogedor pensamiento: «Esa voz... no es de un hombre mayor».

El pastor alemán obedeció al instante, alejándose de la mujer, pero sin marcharse. En lugar de eso, se volvió hacia Alex, retrayendo sus negros labios, y esta esperó, indefensa, a que el animal le mordiera o le arañara la piel.

Sin embargo, el perro la olisqueó: un único empujoncito juguetón. El olor que desprendía el animal era como una oleada de agua fresca en un día caluroso. Se acordó de la mañana en que *Mina* había aparecido de la maleza para salvarlas de los perros salvajes y del inmenso alivio que había derretido el gélido miedo fangoso de sus venas. Recordó cómo, de pronto, *Mina* se había mostrado reacia a dejarla para seguir a Ellie.

Pensó en el lobo: «Ninguna amenaza».

A su alrededor, los perros se erizaban y gruñían, pero no a ella.

Gruñían a sus dueños.

Las voces de la multitud se callaron de pronto y la gente soltó a los perros, que salieron en tropel hacia Alex, en torno a la que formaron un círculo cerrado y protector. Algunos le lamieron la cara. Otros la olisquearon mientras se quitaba la cuerda del cuello. El enorme pastor alemán negro se apretó contra ella, como desafiando a alguien a pasar por encima de él, y luego algo muy pequeño salió de la multitud y se coló en su regazo. Era el cachorrito, revolviéndose, tan histérico de alivio que trataba de escalar hasta su cabeza.

—Buen chico —dijo Alex, aún aturdida por la sorpresa, y entonces vio cómo la muchedumbre vacilaba y se deshacía. Vio a viejos con rifles y escopetas dividiéndola como Moisés el Mar Rojo, vadeando a los perros.

Alzando la vista, *Jet* soltó un gemido, batiendo su negra cola a modo de saludo. Alex

hizo lo propio y ahogó un grito de sorpresa.

—¿Estás bien?

Se apoyó en una rodilla y alcanzó la mano que le tendían. El chico tenía los ojos tan negros como su perro, las mejillas altas y prominentes como cabezas de hacha y su olor era una mezcla compleja de oscuridad: fría niebla y negras sombras.

Con un pequeño aullido, el cachorro saltó para lamerle la mano y el chico sonrió.

—¡Eh! —Le alborotó las orejas—. ¡Qué buena cría!

# 42

E

l chico de los ojos negros se llamaba Chris Prentiss y su amigo, Peter, estaba al mando de hombres que, salvo algunas excepciones, eran lo bastante mayores como para ser abuelos.

—Los perros me importan una mierda. No sabemos si es una trampa. —Peter no parecía mucho mayor que Tom y tenía una mata de pelo castaño claro revuelto que le caía por los musculosos hombros—. Podría estar intentando liarnos, tío.

—No lo estoy haciendo —dijo Alex. La habían hecho caminar, bajo vigilancia, detrás del tráiler y ahora estaba sentaa con las piernas cruzadas en un carro. Le habían quitado la mochila y uno de ellos debía de tener su Glock, pero no estaba segura. El cachorro se enroscó en su regazo, irguiendo ansioso las orejas al escuchar discutir a Chris y Peter. Cuando la metieron a empujones en el carro, el perro pastor había saltado detrás para tumbarse apaciblemente a su lado, como había hecho *Mina*—. ¿No se supone que los perros lo saben?

La cara de Peter se encendió de rabia.

—Podría ser pronto. Todavía puedes cambiar. De todos modos, los perros no saben si estás diciendo la verdad sobre ese otro tío. Salimos ahí fuera, tú nos tienes preparada una emboscada y así consigues un carro, caballos, armas...

—Creo que el riesgo merece la pena —contestó Chris. Él era el tranquilo, el observador, y a Alex le pareció que era de su edad, tal vez un año mayor—. Necesitamos a alguien como él. Es soldado; sabe de bombas. Siempre estás diciendo...

—Ya sé lo que digo siempre. —Echando chispas, Peter puso los brazos en jarra—. De acuerdo, pero esperaremos hasta que se haga de día.

—Eso es demasiado tiempo —protestó ella.

Peter le lanzó una mirada de advertencia.

—No creo que te lo haya preguntado, pero si prefieres ir yendo tú ya, por mí perfecto.

—Peter —intervino Chris con su estilo calmado y paciente—, sabes que no podemos dejarla marchar.

Alex no estaba segura de que le gustase cómo sonaba aquello. Por otro lado, no le hacía especial ilusión enfrentarse a aquella muchedumbre de nuevo.

—Mira —le dijo a Peter—, llevo ahí fuera todo el día. No estamos hablando de hordas de zombis.

—Perdona, pero no sabes de lo que estás hablando —apuntó Chris. Su tono no cambió, pero Alex notó el reproche—. Tienes suerte de seguir con vida. Te atacaron tres y dices que uno tenía un palo. Eso es nuevo. Aunque en realidad no coordinaran el ataque, tampoco antes habían cazado juntos. —Chris miró a Peter—. Podría ser el primer paso hacia su organización.

—Razón de más para ir a por Tom ahora —repuso Alex.

—Si no está muerto ya —añadió Peter.

—Si sigues diciendo eos, lo estará. ¿Es eso lo que quieres?

Peter frunció el ceño.

—Por supuesto que no. No soy ningún capullo. Sólo digo que has tenido mucha suerte. Si te hubiera pillado más lejos del pueblo cuando se hizo de noche, no estarías aquí sentada.

Por si no lo habían notado, un puñado de vejestorios por poco la lincha, así que tampoco es que hubiera estado precisamente a salvo cerca del pueblo.

—¿Es por eso por lo que tenéis la carretera bloqueada? ¿Para mantener a raya a esos chicos con el cerebro frito?

—Con el cerebro frito —Peter espetó una carcajada forzada—. Me gusta eso. Nosotros los llamamos los Cambiados. Pero sí, ese cerco es una de las razones por las que no han desfilado ya por Main Street.

Sin embargo, Alex se imaginó que el cerco no podía ser la única. Aparte de construir una valla, ¿de qué otro modo se podía proteger un pueblo entero?

—Lo malo —continuó Peter— es que han descubierto cómo sobrevivir. Saben cómo abrigarse, cómo encontrar refugio, siguen a la gente. Y, por lo que cuentas, parece que están aprendiendo a cazar.

—Pues a lo mejor se matan unos a otros —repuso Alex.

Peter meneó la cabeza.

—Sí, puedes esperar sentada. Ahora mismo no están lo bastante organizados para invadir el pueblo, pero podrían llegar hasta aquí y entonces estaríamos jodidos. No habría balas para todos.

Alex no iba a darse por vencida con Tom.

—Contáis con toda esta gente. Tenéis armas. Con los caballos, podríais llegar hasta Tom en un par de horas. Si uno de vosotros estuviera herido, iríais a por él, ¿no?

—Yo no hago suposiciones —dijo Peter—. Mira, te entiendo. Te preocupas por ese tío. Eso lo entiendo. Parece que era un buen chaval.

—Lo es —respondió ella, con los ojos empañados—. Lo es.

—Peter —intervino Chris con calma—, propongo que vayamos a por él. No es que haya muchos de nosotros. Si no luchamos por nosotros mismos, ¿quién lo va a hacer? Si es un Salvado, merece la pena arriesgarse.

Alex se dio cuenta del énfasis: *Salvado*. Como cuando dijo *Cambiado*. Esa gente no los consideraba ni a Tom ni a ella, ni siquiera a ellos mismos, como *supervivientes*. Eran *Salvados*, gente que había escapado de una especie de castigo divino.

—Maldita sea —dijo Peter. Levantó nieve con el tacón de su bota y Alex olió cómo se aplacaba el dejo cascarrabias de su resistencia—. De acuerdo, pero tú te quedas aquí, Chris.

A Alex tampoco le gustó cómo había sonado aquello: no porque Chris fuese un aliado, sino porque a Peter ella no le gustaba nada. Así que si se producía un pequeño accidente...

Al parecer, Chris opinaba lo mismo:

—No creo que esa sea una buena idea.

—Ya, ya, ya... Pues lo es. No estás pensando —soltó con brusquedad—, pero yo sí, y no quiero tener que explicarle al Reverendo o al Consejo por qué demonios tú estás muerto y yo no.

Una esquirla de hielo atravesó la oscura bruma del olor de Chris. Su cara no revelaba ni una pizca de enfado; nada lo delataba, salvo su olor. Puede que Chris sólo fuese un poco mayor que Alex, pero era muy calmado, muy parecido a Tom en algunos sentidos, y Alex creyó entender por qué el olor que desprendía Chris era tan... ¿cuál era la palabra? Oscuro. No era maligno, sino enigmático, como si supiera cómo ocultarse. Tal vez llevaba toda la vida tratando con gente a punto de estallar.

—Mi abuelo no está aquí —dijo Chris sin alterar la voz—. Ni el Consejo de los cinco. Sólo estamos nosotros, Peter, y el trato es cubrirnos las espaldas los unos a los otros. De modo que voy.

Los dos se quedaron mirándose durante un rato y luego Peter asintió bruscamente.

—Está bien. Si tenemos suerte, estaremos allí un par de horas antes del amanecer. Ahora, perdonadme mientras voy a venderles a los demás ese plan suicida.

Después de que se marchara dando fuertes zancadas, Alex le dijo a Chris:

—Gracias.

—De nada —contestó él, pero no sonrió y su olor se hizo más denso, sumiéndolo de nuevo en la oscuridad—, pero no lo he hecho por ti.

—¿Y si Peter te pidiera que me pegaras un tiro en la cabeza?

—No creo que quieras saber la respuesta —contestó.

# 43

**E**n total eran ocho. Dos hombres a caballo flanqueaban el carro por cada lado, Peter iba a la cabeza y otro hombre a la cola. Chris dirigía el vehículo y Alex se hallaba sentada entre él y *Jet*. El cachorro estaba acurrucado en su regazo.

—Bonita cría —dijo Chris.

—¿Qué? —Todo sonaba demasiado fuerte: el chirrido del carro, el tintineo de las riendas, el pesado ruido de los cascos de los caballos. Después de días vagando, escondiéndose en los bosques y con el corazón a punto de salirse del pecho cada vez que una rama crujía se sentía un poco asustada por el ruido.

—Tu cachorro. No se ven demasiados bracos por aquí.

—¿Bracos?

—Bracos de Weimar. Va a ser un perro muy grande cuando crezca. Si no me equivoco, también va a ser un fantasma. —Ante la mirada confundida de Alex, el chico torció la boca en una mueca—. No sabes mucho de perros, ¿no?

«Bueno, ¿salvo que de repente me adoran?».

—Nunca he tenido uno.

—Es por el color del pelaje. Los llaman fantasmas grises. ¿Tiene nombre?

—No he tenido tiempo de ponérselo. —Miró al perro—. Me gusta *Fantasma*.

—Es tan bueno como cualquier otro. Tendrás que dejar que nuestro veterinario le eche un vistazo antes de que te permitamos quedártelo.

—¿Tenéis veterinario?

—Sí, y hay dos más que también podrían serlo. Tenemos mucho ganado y, claro, están los perros. Mucha gente viene en esta dirección y, de vez en cuando, se presenta algún veterinario.

Alex se acordó de la excusa que habían dado sobre Tom: «Lo necesitamos».

—¿Eso es lo que estabais haciendo al volver a la barricada? ¿Eliminando a gente?

—Ajá.

—No pareces lamentarlo.

Incluso a la luz de aquella extraña luna, los ojos y el cabello de Chris eran tan oscuros como su olor.

—Es necesario.

—¿Cómo podéis rechazar a la gente?

—Hacemos lo que tenemos que hacer. Nuestras reservas son limitadas. Te quedas o no en función de lo que traigas a la mesa.

—Qué duro.

—Sí, lo es. No hay comida para todos y tiene que haber un equilibrio entre las personas que traemos y lo que necesitamos. Ahora mismo hace falta gente para trabajar, cuidar a los animales y ocuparse del mantenimiento general. Y hombres para reforzar el perímetro. Se acerca la primavera y habrá que cultivar y plantar los campos, así que a lo mejor dejamos entrar a más... si siguen viniendo, claro.

—¿Quién lo decide? ¿Peter?

—No. El Consejo de los Cinco.

—¿Una especie de consejo municipal? —frunció el ceño.

El chico sacudió la cabeza.

—Más bien como un consejo de ancianos.

Alex estuvo a punto de sonreír.

—Casi todos son ancianos.

—Excepto nosotros. Pero esos tipos tienen lazos familiares que se remontan hasta hace muchísimo tiempo. Se puede decir que la familia del Reverendo (los Yeager) fundó Rule y siempre ha habido un Yeager en el Consejo. Según tengo entendido, el Consejo de los Cinco lleva mucho tiempo a cargo del pueblo.

Algo tintineó.

—Peter dijo que el Reverendo era tu abuelo, pero tu apellido es Prentiss.

—Exacto. He crecido sin conocer a mi abuelo.

—Entonces, ¿no vivías aquí antes?

Percibió un repentino recelo, unas reservas que apestaban a secretos y a vergüenza, y el olor del chico se tornó aún más oscuro.

—No. Soy de Merton, a unos noventa y cinco kilómetros al sureste. ¿Y tú?

De Evaston, Illinois. A un par de manzanas de Northwestern.

Una expresión divertida.

—Acababa de echar la solicitud para Northwestern. No era mi primera opción.

Así que era estudiante de último año. Debía de tener diecisiete o, casi seguro, dieciocho.

—¿Y cuál era?

—No creo que ahora importe mucho.

*Uf.* Sintió que la barrera se bajaba y decidió que no había respuesta posible. En su lugar, se quedó mirando cómo un halo de nubes se deslizaba deprisa sobre la cara de aquella luna insólita. El cachorro gimoteó y se hundió más en su regazo.

—Lo siento —dijo Chris—, es sólo que no me gusta mirar atrás. ¿Para qué? Si está todo muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Pillamos una vieja radio, de esas que todavía funcionan.

Se le aceleró el pulso. Harlan y Brett se llevaron la radio de la estación de los guardabosques cuando les robaron la camioneta.

—¿Dónde la encontrasteis?

Tal vez percibiera algo en su tono, porque la miró con curiosidad.

—En una granja a unos dieciséis kilómetros del pueblo.

—Oh. —Se esforzó por que su voz no sonara decepcionada—. ¿Habéis oído muchas emisiones?

—No demasiadas; a medida que el tiempo avanza, cada vez menos. La suficientes para saber que está todo hecho un desastre ahí fuera. —Se interrumpió—. ¿Dónde estabas tú cuando ocurrió?

Le dio los menos detalles posibles: la montaña, Jack, Ellie. No le preguntó por qué estaba en el Waucamaw ni por sus padres y no vio motivo para facilitarle aquella información.

—¿Y tú? —se interesó ella.

—En el instituto. Estaba fuera, ayudando a la profesora de Química a poner una bomba de humo para los alumnos del último curso. Se cayó al suelo y creí que se había desmayado, pero estaba muerta.

—¿Y qué hiciste?

—¿Antes o después de que el avión se estrellara en el campo de fútbol?

—Después.

—Casi mato a un chico de tanto golpearle con un libro de texto. No tenía alternativa: iba a arrancarme la cara. Y había otra chica en el grupo. Aún estaba bien (no Cambiada), pero enloqueció y salió corriendo por el patio donde estaban todos aquellos chicos. La mayoría no había cambiado, pero los que sí perseguían a los demás.

—Madre mía. —No quería ni imaginárselo.



—Luego la cogieron cinco futbolistas, la tiraron justo en el medio del patio y la descuartizaron. Acto seguido, continuaron con los pequeños. —Se interrumpió de nuevo—. Todavía algunas veces cuando cierro los ojos, sigo viendo y oyendo aquel barullo enloquecedor.

—¿Y no hiciste nada?

—Algo impensable —dijo—: salí corriendo.

Continuaron viajando en silencio durante un rato y después Alex le preguntó:

—¿Cómo acabaste en Rule? ¿Por tu abuelo?

El chico sacudió la cabeza.

—El coche no me arrancaba, estaba a cuarenta kilómetros de casa y Merton es una gran ciudad. Tras lo que vi en el instituto, pensé que sería quinientas veces peor allí. Toda esa gente muerta, siendo asesinada o volviéndose loca... No merecía la pena.

—Pero seguía siendo tu casa.

—Sólo estábamos mi padre y yo. —El umbrío olor de Chris se hizo más espeso y a Alex le dio la impresión de que el chico no quería pensar en su padre—. Ahora que sabemos más cosas, la edad de las personas que cayeron, soy consciente de que no habría merecido la pena. Tenía cincuenta años.

—Pero entonces era imposible que lo supieras, y seguro que hay excepciones. Míranos a nosotros.

—Nosotros sólo somos la excepción que confirma la regla. Lo único que podemos decir es que la mayoría de la gente normal que queda por ahí es o muy joven o pasa de los sesenta y cinco o setenta.

—Oh. —No sabía qué decir—. Bueno, tu padre habría querido que te salvaras. No habría querido que murieses.

Volvió a torcer la boca.

—Tú no conocías a mi padre.

Tampoco sabía qué contestar a eso.

—¿Cuántos de los nuestros hay?

—¿En Rule? Somos unos quinientos en total. De esos, sesenta y tres son Salvados.

—¿Sesenta y tres jóvenes entre quinientas personas?

—Exacto. Y sólo veinticinco de nuestra edad: doce chicos y trece chicas. —La evaluó con la mirada—. Catorce, ahora.

—¿Sólo veinticinco?

—Ajá. Peter es el mayor de los Salvados: tiene veinticuatro. —Vaciló—. Una vez que lo conoces bien, es un buen tipo.

Alex se reservó su opinión.

—¿Y cómo estamos tan seguros de que no cambiaremos? A lo mejor es sólo cuestión de tiempo, como dice Peter. —Se acordó de Deidre—. ¿Alguno de los chicos más jóvenes ha cambiado desde el Cortocircuito?

—Nunca han llegado tan lejos.

No lo entendió.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no dejamos que las cosas vayan tan lejos. —A la luz de la luna, su cara brillaba con luz trémula—. ¿Para qué crees que tenemos a los perros?

Se dio cuenta de que eran una especie de sistema de detección temprana: como los canarios en las minas, los perros debían de sentir el cambio antes de que ocurriera. Seguía sin poder creerlo.

—¿Decidís sobre un chico según lo que *diga* un perro?

—Todavía no se han equivocado.

Parecía que aquella gente tenía experiencia. Por Dios, ¿los habían encerrado y habían observado el cambio? ¿Como un experimento, sólo para asegurarse? Debían de haberlo hecho; de lo contrario, no tendrían tanta fe en los perros.

Le sobrevino una ola de irrealidad que la dejó temblorosa y mareada. «Los perros los delataban y luego esa gente... ¿qué hacía? ¿Los echaba de la ciudad? ¿Los mataba?». Recordó a aquellos tres chicos: la del palo y los otros dos. Hasta ese momento, no le había dado demasiadas vueltas al asunto. Había estado demasiado ocupada tratando de mantener a Tom con vida y repeliendo a la turba y, como él decía, no merecía la pena. Lo que había hecho había sido en defensa propia. No había tenido elección.

—Hacemos lo que tenemos que hacer para sobrevivir —dijo Chris, muy tranquilo—. Cuando lleves aquí un tiempo, lo entenderás.

Lo pero era que, en cierto modo, ya lo entendía.

# 44



os cuerpos de los tres chicos aún yacían donde habían caído —donde ella los había matado— en el *parking* del autoservicio, lo que planteaba otra interesante pregunta: ¿por qué los carroñeros comunes no se comían a los Cambiados? habían pasado por allí, de eso no había duda. Ned seguía estando muerto, pero ahora sin cabeza, y algo se había largado con su mano izquierda. Sin embargo, los Cambiados seguían intactos.

Y alguien más había estado allí.

Habían forzado la puerta trasera de la tienda desde fuera. En la oficina sólo quedaban un montón de esterillas de coche y la tufarada a *bourbon* y a infección... Nada más.

Tom se había marchado.



# 45

Unos disparos lejanos despertaron a Alex con un sobresalto en otra de sus noches de sueño intermitente. Percibió el sol mañanero colándose en una habitación muy fría y ya demasiado iluminada, la blanda cama y el reconfortante y cotidiano aroma a salchichas, huevos, patatas fritas y, sí... café. Aún no sentía hambre ni gratitud, sino una horrible desazón, como cuando te vas a dormir con la esperanza de que a la mañana siguiente todo haya cambiado y luego, al despertar, descubres que no es así. Sí, estaba a salvo, abrigada, alimentada y limpia por primera vez desde que se marcharon de la estación de los guardabosques, pero Tom se había ido y ella le había fallado.

Más disparos. No muchos. Después de tres días —ya era casi Acción de Gracias—, se estaba acostumbrando a los disparos, que unas veces eran más y otras menos.

Se tapó la cabeza con la almohada para amortiguar el ruido y la luz. No tenía nada por lo que dar las gracias. Le había fallado a Tom. Él jamás lo habría hecho. Nunca debería haberlo dejado solo. Dios, qué injusto era todo. Primero sus padres, luego el monstruo, su vida, el colegio, los amigos, después tía Hannah, a continuación Ellie y *Mina*, y ahora Tom...

Tenía que salir de allí, encontrar a Tom y también a Ellie. Reunir provisiones. Podría coger una mochila, un mapa, una pistola. Y luego, ¿qué?

Llamaron tímidamente a la puerta, más una formalidad que otra cosa. El pomo giró y Jess asomó la cabeza.

—Me ha parecido oír movimiento —dijo—. Ya es hora de que bajes. Matt ha venido a llevarte a conocer al Reverendo.

—¿Por qué? —Habían pasado tres días y su cuerpo seguía sintiéndose tremendamente magullado: le dolía la cabeza, tenía la garganta irritada y las manos estaban surcadas de cortes y arañazos—. Eso no va a cambiar nada.

—Venga, nada de autocompasión, jovencita. —Jess parecía una bibliotecaria solterona: seca y eficiente, con el pelo gris plateado recogido en un moño. Sólo le faltaba un lápiz detrás de la oreja y unas gafas de ojo de gato con una cadenita—. Los Corintios dicen: «[...] fiel es Dios, [...] que dará también, juntamente con la tentación, la salida, para que podáis soportar».

—¿Sí?

—Sí. Significa que dejes de compadecerte de ti misma. Dios te está poniendo a prueba.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Alex, complaciéndose de sí misma.

—¿Tú qué crees? —Jess empezó a contar con los dedos—. A ver. Sobrevives al ataque. No cambias. Rescatas a una niña. Casi te comen los perros. Casi te comen los Cambiados. Y por poco te linchan. Ah, y los perros te adoran. ¿Me he dejado algo?

«Sí, que le he fallado a la única persona que habría muerto antes que hacerme daño».

—No creo que esos hechos sean pruebas. Simplemente pasaron.

—Entonces es que estás ciega y ya va siendo hora de que abras los ojos. No eres la única que tiene problemas. Todos y cada uno de los habitantes de Rule han perdido a un ser querido, y algunos de nosotros a más de uno. Vi a mis hijas caer muertas ante mis propios ojos. Sin embargo, aún doy gracias a Dios por que mi nieto fuera salvado. Nuestras vidas son un desastre, pero no nos ves arrastrándonos por ahí con la cara larga, compadeciéndonos de nosotros mismos. Todo el mundo trabaja, y tú incluida, señorita. Así que ahora saca el culito de la cama antes de que lo haga yo.

—No eres mi madre —dijo Alex, y al instante pensó: «Oh, oh, ¿me estoy pareciendo a

Ellie o qué?».

—Gracias a Dios que no —replicó Jess—. No me gusta meter cizaña, Alex, pero ni tú ni yo, ni ninguno de nosotros, tenemos tiempo para andar por ahí lamentándonos. Abajo hay un cachorrito loco por verte y trabajo que hacer.

—No tengo por qué hacerte caso.

—Sí, mientras estés bajo mi techo. —Como Alex no respondió, Jess se sentó en la cama dando un suspiro—. Mira, yo no disfruto con esto. Preferiría que nos llevásemos bien.

Alex pensó que tal vez fuera verdad, pero Jess era difícil de descifrar. Por muy sencilla que pareciera, su olor era... en fin, una especie de *blanco*. Nada de niebla, nada de sombras como las de Chris. El olor de Jess era un vacío.

—Puedes empezar por dejarme en paz —le espetó Alex.

—No puedo hacer eso. Sé que suena trillado, pero si Tom significaba tanto para ti, no querría verte así. Parece que era un buen chico, un joven muy valiente, y vio algo en ti que merecía la pena salvar... no una, sino varias veces. Puedes decirte a ti misma que fue un puro reflejo, que lo habría hecho por cualquiera, que no tenía elección, pero recuerda una cosa: al final, querida, te escogió a ti en lugar de a su amigo. Te eligió a *ti*. —Jess le retiró un mechón de pelo de la frente—. Dicen las Escrituras: «Y por la fe, Abel, a pesar de estar muerto, habla todavía».

—¿Y eso qué significa? —preguntó Alex, muy apenada.

—Significa que debes honrar el sacrificio de Tom. Debes honrarlo a *él*. Él querría que vivieras.

—Vivir parece un castigo. —Las lágrimas le rodaron por las mejillas—. Todos los que me importan se han ido.

—Mientras estés viva, hay esperanza —dijo Jess—. La esperanza también es dar las gracias por cada día más que se viva.

—¿Y eso dónde se dice?

—En el Libro de Jess —respondió ella—. Ahora levántate, no permitas que Tom haya sufrido para nada.

En la cocina, Jess estaba atareada con una sartén mientras las compañeras de casa de Alex —una chica rolliza y alegre de unos dieciséis años llamada Tori y Lena, una castaña de mirada arrogante de la edad de Alex— lavaban y secaban los platos. Un hombre mucho mayor, de piel curtida y arrugada como un vaquero, se encontraba sentado a una mesa blanca de estilo rústico con aire desgarbado. Sin dejar de masticar, alzó la vista, que tenía posada en su taza de café y en su magdalena a medio comer, tragó y dijo:

—Buenos días, solete. ¿Qué tal has dormido?

—Bien, gracias, doctor —dijo Alex. Kincaid le había dicho el primer día que podía llamarlo Matt o doctor, y Alex no se hacía a la idea de llamar por su nombre de pila a un tipo que rondaba los setenta y cinco años. Comparada con su helada habitación, la cocina (caldeada por una estufa antigua de hierro colado e impregnada de los embriagadores aromas a canela, nuez moscada y manzanas) constituía un verdadero alivio. A Alex se le hizo la boca agua y le rugió el estómago.

Se abrió la puerta lateral de la cocina y *Fantasma* entró en tropel. Al reconocer a Alex, el cachorro soltó un alegre ladrido, se puso a correr por todas partes y, en resumen, armó un buen alboroto. Con una gran sonrisa, Alex se inclinó para hacerle cosquillas en la panza al perrito, que no dejaba de retorcerse.

—¿Cómo estás, grandote?

—Más bien *gordote* —comentó una tercera chica, que había llegado con el perro. Sarah era una joven diminuta, con los ojos muy oscuros y los huesos tan delicados como una muñeca de porcelana. Se quitó el gorro rosa de punto y sacudió una cascada de rubios tirabuzones—. Ha bajado las escaleras casi rodando.

Lena le dijo a Alex:

—Eh, ahora que ya se te ha pasado la rabieta, puedes sacarlo tú de paseo con este frío, para variar.

—A mí no me importa sacarlo. —Sarah se arrodilló y le acarició el estómago: luego rió al contemplar cómo el cachorro se retorció, impotente. Su cara se puso triste—: Mi hermano tenía un perro, un pequeño cocker spaniel, pero lo atropelló un coche.

—Bueno, como ahora no hay coches, no tendrás que preocuparte nunca más por eso —replicó Lena.

—Me encantaría que me ayudaras, Sarah —dijo Alex, ignorando la mirada desaprobadora de Lena.

—Alex, te he cocinado algo. —Tori se volvió del fregadero, secándose las manos con un trapo. Tenía las mejillas sonrosadas y el pelo encrespado por la humedad—. ¿Por qué no te sientas y yo...?

—Oye, que no es una inválida. —Lena soltó un plato seco sobre una pila con gran estrépito—. Deja de hacerle la pelota.

Alex se levantó.

—Está bien, Tori. Puedo yo.

Tori frunció el ceño y su boca describió una minúscula y lastimada O.

—No le estoy haciendo la pelota —le dijo a Lena.

Lena resopló.

—Bueno, lo que tú digas. Pero que Chris siga viniendo por aquí no significa que Peter...

—Lena —le advirtió Jess.

—¿Qué? Sólo estoy hablando. No me explico por qué todos la tratáis como si fuera diferente a nosotras.

—Bueno —Sarah tomó tímidamente la palabra—, he oído que los perros...

—Los perros, los perros, los perros. —Lena volvió a poner aquella hiperbólica mirada de desaprobación—. No tienen ni idea. ¿Y si los animales cambian? ¿A nadie se le ha ocurrido pensar eso? ¿O acaso no se pusieron todos hechos una fiera el primer día?

—Gracias por esa información científica tan asombrosamente precisa, Lena —dijo Jess, dándole la vuelta a un huevo con maestría—. En cuanto te licencies en Veterinaria, me aseguraré de pedirte tu opinión. En fin, la última vez que miré esos platos no se estaban secando solos...

Lena le dio un tímido golpe a una taza.

—¿Y ella cuándo empieza? Nunca vamos a librarnos de esta mierda.

—Ay, mis oídos —dijo Kincaid.

—Lena Christina Stoltz —Jess cortó un par de rebanadas gruesas de pan integral—, no toleraré groserías en mi casa. Como de esa boca podrida vuelva a salir alguna palabrota, hablaré con el Reverendo.

—Es un farol. —Lena dejó el trapo—. No lo harás y el Consejo no va a echarme de aquí porque nos necesitáis, somos *Salvadas*, por eso somos tan valiosas.

—Lena, sólo quieren protegernos —intervino Tori.

—¿Protegernos? Somos prisioneras. No nos dejarán marchar.

—Por nuestro propio bien.

—Que los adultos digan eso no significa que sea verdad. —Lena miró a Jess—. Podríais tenerme aquí un millón de años y nunca conseguiríais que estuviera de acuerdo con vosotros.

—No me importa si estás o no de acuerdo —contestó Jess, vertiendo café con calma en un termo plateado—. Seamos claras: cuando seas una Elegida...

—Antes me mataría.

—Cuando seas una Elegida, podrás hacer lo que te plazca bajo tu propio techo. Pero mientras estés aquí, respetarás las reglas o le pediré al Reverendo que lo reconsidere.

No creo que quieras ponerme a prueba. —Jess tapó el termo—. ¿Está claro?  
Se hizo la calma en toda la cocina. Incluso *Fantasma* se había quedado quieto. Tori parecía la borde de las lágrimas y Sarah estaba blanca como la leche. Alex desvió la vista de la pálida cara de Lena hacia el suelo, pero su mente no paraba de dar vueltas. «¿Elegida? ¿Qué es eso? ¿Lena intentó marcharse y no la dejaron? Espera un momento...».

—Sí, señora. —La voz de Lena sonó débil, pero Alex pudo oler la punzada acalorada y picante de su rabia.

—Excelente. —Jess se colocó el termo debajo del brazo y cogió el bocadillo envuelto—. Ahora, si me perdonáis, ese pobre guardia lleva demasiado tiempo a la intemperie esperando el desayuno.

La puerta se cerró a su espalda con un chasquido tajante.

Por un momento, nadie se movió. Luego Sarah fue hasta Lena y le tocó el brazo.

—Todo irá bien —le dijo—. Yo también echo de menos a mi madre.

Lena sacudió la cabeza.

—Yo no echo de menos a esa zorra. —Soltó un bufido y salió corriendo de la habitación. Al poco, Alex la oyó subir las escaleras como un vendaval.

Kincaid rompió el silencio:

—Tori, me encantaría tomar otra magdalena, si no te importa.



# 45



—Kincaid le había traído un caballo pinto manso y de lomo hundido llamado *Honey*, pero Alex se mostraba reacia a subir.

—Nunca he montado a caballo —dijo, ignorando al guardia apoyado en el quicio de la puerta de entrada, a quien parecía que le hacía gracia. Su perro, un pitbull beis, fue dando brincos hacia Alex en busca de una caricia—. ¿Por qué no vamos andando?

—Porque es más rápido a caballo —contestó Kincaid—. Créeme, si terminas asignada a una de las granjas, te alegrarás de tener un caballo.

—Sí —le confirmó el guardia arrastrando la afirmación. Dicho lo cual, sorbió su café humeante—. De lo contrario, tendrás que levantarte antes de irte a dormir.

—Venga, Alex —dijo Kincaid—. Y deja ya ese perro.

—Sí, sí, ya voy —respondió Alex con una sonrisa de oreja a oreja. Al sentir que la atención de Alex estaba disminuyendo, el perro se había tumbado bocarriba y pataleaba lastimeramente en el aire. Alex se agachó para rascarle la pechera mientras este gemía—. Yo no tengo la culpa.

—Parece que tenemos nuestra propia susurradora de perros —observó el guardia, meneando la cabeza—. A *Lucy* no le gusta nadie. Ver para creer. ¡*Lucy*, vamos, aquí! Con un suspiro casi humano, el pitbull rodó hasta ponerse en pie y dedicó a Alex una mirada de reproche: «Haz algo». Luego, con la cabeza gacha, la perra volvió despacio junto al guardia y se sentó sobre sus patas traseras emitiendo un audible carraspeo.

Le costó varios intentos subirse a la montura y algún tiempo más a Kincaid entretenerse con los estribos y repasar para qué servían las riendas, cómo sentarse y qué hacer. Después se dirigieron hacia el pueblo, seguidos de la perra, que los animaba con sus ladridos.

Muy bien. Le estás cogiendo el tranquilo —dijo Kincaid. Él montaba un flaco appaloosa moteado—. Dentro de un par de días, irás a medio galope con los mejores.

—Mmm. —Ella estaba pensando: «Sí, para huir a medio galope de aquí». Por desgracia, *Honey* parecía contentarse con ir al paso. Sin embargo, el calmado ritmo del animal era agradable. Cada perro con el que se cruzaban (y se cruzaron con bastantes) lanzaba un ladrido amistoso y tiraba de la correa, meneando el rabo frenético.

Kincaid la observó.

—¿Los perros siempre han sido tan amistosos?

—Conmigo no.

—Ajá. —Kincaid vio cómo un guardia forcejeaba con un labrador color chocolate para que se sentara—. Bueno, si sigues así, nunca estarás sola.

La casa de Jess quedaba un poco al oeste del centro del pueblo, tal vez a menos de un kilómetro. Mientras se dirigían allí, Kincaid le fue dando una idea aproximada del trazado de Rule. El pueblo siempre había sido una pequeña comunidad virtualmente cerrada, una parada entre la ya abandonada mina y otros pueblos que proveían de servicios a los hombres que trabajaban allí. Después del ataque, sin embargo, Rule se había expandido para proteger los recursos cercanos, sobre todo bosques, granjas periféricas y ganado. Habían construido barricadas en todas las carreteras principales a intervalos de kilómetro y medio, empezando a cinco kilómetros del pueblo, vigiladas las veinticuatro horas del día. Más patrullas a pie, con sus perros deambulaban por los

bosques. La única carretera de acceso al pueblo estaba al noroeste. A todo aquel a quien no permitieran quedarse lo escoltaban hasta la esquina suroeste, a cincuenta kilómetros al norte de la mina.

—En el pueblo tienes bastante rienda suelta, aunque siempre debes ir acompañada si sales del centro —le advirtió Kincaid—. La gente pierde un poco los estribos cuando se trata de los Salvados. No queremos que os pase nada.

La forma en que él y todos los demás decían *Salvados* y *Cambiados* la hacían sentir incómoda. Eso de *Elegidos* también. ¿De qué iba todo aquello? Parecía demasiado religioso, con lo del Reverendo al mando y su Consejo de los Cinco. Tal vez toda esa gente perteneciera a una especie de secta, como en Jonestown o en Waco, o algo así. Sólo había que fijarse en Jess, soltando citas de la Biblia a todas horas. Además, parecían estar bastante organizados, como si tuvieran una serie de reglas preparadas desde hacía tiempo.

—¿Es por eso por lo que tengo que ver a ese reverendo y al Consejo? ¿Para que decidan lo que van a hacer conmigo?

—Algo así. El Reverendo tiene muy buena mano y el Consejo dirige las cosas y decide qué hace cada uno a y adónde va según las necesidades.

—¿Los elegisteis o qué?

Kincaid meneó la cabeza en gesto negativo.

—Las Cinco Familias han gobernado Rule desde que el pueblo se fundó. La familia del Reverendo (los Yeager) es la más importante. Es la más rica y la primera de las Cinco Familias que se establecieron en Rule hace ya más de ciento cincuenta años. Poseían la mina, construyeron el pueblo e instauraron la iglesia. El Reverendo y su hermano se hicieron cargo de la mina tras la muerte de su padre. Esta echó el cierre hace veinte años, pero aquí hay hombres que trabajaron en esa mina durante toda su vida. Esa especie de lealtad y ese sentido de familia ayudan a sobrellevar tiempos como estos. Los Yeager cuidaban de la gente antes y la gente cree que lo seguirán haciendo ahora.

—Entonces, ¿todo el mundo hace lo que dice el pastor Yeager?

—Reverendo. Sí. Digamos que él es el último árbitro.

—¿Y qué pasa si ninguno de los otros miembros del Consejo está de acuerdo con él?

—Hasta ahora nunca ha pasado.

¿Todos estaban siempre de acuerdo? ¿Todos aceptaban el punto de vista de una única persona? Aquello no sonaba bien. No siempre se podía coincidir en todo, ¿no?

—Pero ¿y si quiero marcharme? Ellie está ahí fuera y Tom...

—Bueno, por lo que sé, no tienes ni idea de dónde están, ¿no es cierto?

—Sí, pero eso no significa que no debiera estar buscándolos.

—¿Tienes la más remota idea de por dónde empezar?

—No —respondió, reprimiendo una mala contestación.

—Pues hasta que la tengas, mejor será que encuentres el modo de encajar aquí.

—Pero Rule no es mi hogar —dijo. Las palabras de Lena planeaban en su mente como un fantasma y estaba empezando a tener muy malas vibraciones con todo esto—. Vosotros no sois mi familia.

—Bueno, veamos qué podemos hacer con eso —fue su respuesta.

El centro del pueblo no era gran cosa. En la esquina noroeste se levantaba una gran iglesia blanca y una rectoría. Al oeste había un extenso ayuntamiento de dos plantas con ventanas altas en forma de arco y una torre antigua de arenisca con un reloj. En dirección sur, la plaza estaba bordeada por un mercadillo típico, una panadería pegada a un pequeño ultramarinos llamado *Murphy's*, el *Café de Martha* —DESAYUNOS 24/7— y, al final de la manzana, una combinación de librería cristiana y cafetería: Tierras Altas. Justo cruzando la plaza desde la cafetería había un bar cerrado, el cual, por la pinta de los anuncios prehistóricos de las cervezas Blatz y Ballantine que engalanaban la fachada de ladrillo, se veía que no abría desde la era de los

dinosaurios. Los guardias patrullaban la acera delante de la tienda de ultramarinos, el mercadillo y la cafetería. El *Café de Martha* también estaba abierto, a juzgar por el afiligranado aroma a café, jarabe de arce y crepes. Hombres con ropa de camuflaje se encorvaban sobre mesas dispuestas a lo largo de un ventanal empañado. Sus perros se levantaron al ver a Alex.

«Definitivamente, esto se está poniendo peor». Vio más perros pegando sus narices a la luna de la cafetería y se dio cuenta de que sus olores se volvían más redondos y fecundos cuando la veían. «Lo de *Mina* no era tan fuerte y sólo ha pasado, ¿cuánto? ¿Una semana? ¿Diez días?».

Sintió que la observaban y, al darse media vuelta, se encontró con que Kincaid la estaba escrutando. No lo conocía, pero tampoco notaba que destilara nada malo. Olfía como un cómodo abrigo de cuero, uno que su padre podría haber llevado, con una pizca de algo ligeramente floral. ¿Talco?

—¿Sabes por qué hacen eso? —preguntó Alex—. He oído que a los perros no les gusta la gente que va a... ya sabes. Pero a mí...

—Pero a ti te adoran. —Kincaid hizo un leve encogimiento de hombros—. Aún no lo sé. Déjame que lo piense.

La puerta principal de la iglesia se abrió y una caterva de niños salió en desbandada. Todos eran pequeños —ninguno de más de diez u once años— y tropezaban los unos con los otros, corriendo por llegar a un patio de recreo situado justo delante de la rectoría. Al ver a los niños, al escuchar sus chillidos y sus risas, al oír los alegres ladridos de los perros, una inesperada ola de profunda tristeza anidó en su pecho y tuvo que mirar hacia otro lado.

Se percató demasiado tarde de que había tirado las riendas y de que *Honey* permanecía parada, exhalando nubes de vapor, esperando pacientemente a que Alex se decidiera. Kincaid también se había detenido y la estaba observando. Cuando sus miradas se encontraron, Kincaid dijo:

—A mí me sigue impresionando.

—Todo parece tan normal... —confesó ella.

—Porque lo es. Intentamos que las cosas sean lo más normales posibles.

«Sí, claro, cosas tan normales como tiroteos y guardias». No habían oído más disparos desde que se despertó, pero se preguntaba a quién estarían disparando... y dónde. Y por qué.

—Tampoco queremos que crezcan siendo tontos —continuó Kincaid—. La escuela es algo que todos tienen en común. Les proporciona una rutina. Tenemos a un tipo que era director en la escuela primaria de Merton. Mañana lo conocerás cuando empieces las clases.

—¿Voy a ir al colegio?

—Pues claro. Que sea el fin del mundo no significa que tengas que interrumpir tus clases.

—Eso no es nada justo.

—¡Anímate! Tenemos algunos buenos profesores que han dejado de ser jubilados. Si te paras a pensarlo, resulta irónico. En su día, hicimos nuestro trabajo, nos retiramos del mercado y ahora somos nosotros los que tenemos que recoger los platos rotos.

«¿Nos retiraron del mercado?». Alex abrió la boca, pero se giró al oír el rápido repiqueteo de unos cascos. Un carro de heno bajaba dando saltos por un tortuoso atajo que serpenteaba atravesando el bosque. Esta vez, Peter iba conduciendo; *Jet* iba sentado en el pescante a su lado y Chris iba detrás al trote en un musculoso zaino. En lugar de heno, el carro iba atestado de gente... todos con los ojos vendados. Más refugiados que quizá consideraban valiosos, se imaginó. Cuando *Jet* captó su olor, ladró a modo de saludo y Chris se giró, los divisó y levantó una mano antes de continuar. Alex contempló cómo el carro seguía su camino hasta detenerse ante el

ayuntamiento.

—¿Qué pasa allí? —inquirió.

—Eso, jovencita —dijo Kincaid—, es lo que estás a punto de descubrir.



El pasillo principal del ayuntamiento del pueblo estaba lleno de oficinas, algunas abiertas y otras cerradas. El miedo flotaba en el aire. Un grupo de guardias y más perros vigilaban a una larga fila de refugiados viejos y desaliñados. Alex clavó la mirada en la espalda de Kincaid, pero al pasar no pudo evitar oír los cuchicheos de resentimiento. Un hombre soltó con bastante claridad:

—Dejadme a solas con ella, yo os enseñaré lo que hay que hacer.

Se oyeron unas crueles y estridentes risotadas. Los perros gañían, inquietos. Alex casi esperaba que Kincaid dijera algo, pero este siguió andando como si nada.

A su espalda, se oyó un tintineo de platos y Alex se dio la vuelta para ver a dos mujeres empujando un carrito de metal, del tipo que usan en los hospitales para llevarles la comida a los pacientes. No necesitaba ningún sentido arácnido: el *bacon* era *bacon*.

Alguien de la fila gruñó al percibir el aroma. Todos los refugiados miraron ojerosos cómo las mujeres avanzaban lentamente hasta una gruesa puerta de madera con una barra de empuje y doble cristal. Una mujer llamó con los nudillos y, unos segundos más tarde, la puerta se abrió desde dentro. Alex vio la espalda de otro guardia y, cuando desaparecieron las mujeres, captó un finísimo rastro oloroso procedente del otro lado de la puerta. No se trataba de aquel hedor a carne muerta. De haberlo sido, lo habría percibido justo al entrar. Esto era diferente. Le resultaba familiar, ya lo había oído antes: tabaco, dientes podridos y *whisky* añejo.

«Esto me suena. ¿Quién...?».

Un grito desgarrador llegó desde el final del pasillo. Alex respiró con dificultad y sus pensamientos descarrilaron al instante. Los refugiados se quedaron callados, pero los perros se pusieron a gimotear, algunos a ladrar. Volvió a oírse el grito y dos guardias asomaron por la esquina, arrastrando entre ellos a un anciano, que sollozaba y forcejeaba intentando soltarse.

—¡No, no, no podéis! —protestó al hombre. Era muy viejo, casi marchito; sus brazos parecían ramillas y se habían anudado a la cintura un trozo de bramante para que no se le cayeran los pantalones. Con un repentino derroche de fuerza, el anciano se libró de los guardias y salió corriendo hasta la puerta de una oficina. Al verlo, los perros tiraron de las correas, ladrando y dando zarpazos al aire. El viejo agarró el pomo y le dio un tirón, pero la puerta estaba cerrada con llave. Su rostro curtido quedó surcado por una mirada de profunda desesperación y, cuando los dos guardias se acercaron, rompió a llorar. Cayó de rodillas, con los dedos nudosos todavía aferrados al inflexible metal.

—¡No podéis echarme! ¡No tengo a nadie! ¡No tengo adónde ir! —suplicaba mientras los guardias trataban de lograr que se soltara. El anciano seguía ahí pegado como una lapa: el pánico le había dado una fuerza extraordinaria y los atrofiados músculos de sus brazos estaban tensos como bandas de goma—. Todavía puedo trabajar. Aún sirvo para algo... ¡No, por favor!

En medio de los ladridos nerviosos de aquel coro de perros, otro guardia acudió a ayudar. Entre los tres, lo arrancaron de allí y se lo llevaron, sin que dejara de chillar y patear, por el largo pasillo y, al fin y por fortuna, fuera de la vista.

—¡Jesús! —dijo el hombre al que no le hubiera importado enseñar a los demás lo que haría con ella. Miró a Alex con hostilidad y gruñó a Kincaid—: Debería darte vergüenza.

Él es uno de los nuestros y los estáis salvando a ellos. ¿Qué demonios la hace a ella tan especial?

—Bueno, para empezar —dijo Kincaid suavemente—, sabe mantener la boca cerrada.

Al final del pasillo con forma de T, giraron a la derecha. Las ventanas daban al sur y el edificio estaba mucho más iluminado. Había más guardias: empezaba a acostumbrarse a ver a ancianos vestidos de camuflaje y portando rifles. A continuación, Kincaid la condujo hasta una puerta doble cerrada a la derecha. A la izquierda de las puertas había una placa que rezaba: SALA DEL TRIBUNAL.

—Esperaremos aquí unos minutos —explicó Kincaid. Se desplomó en una silla de respaldo recto dando un pequeño suspiro.

Alex se quedó de pie. Tenía la boca seca, pero las palmas de las manos húmedas.

—¿Por qué es tan importante que vea a este Consejo y al Reverendo? Me imagino que ellos no pueden decidir adónde va todo el mundo. Hay demasiada gente.

—Quinientos más o menos, sí. Y no, no le echan el ojo a todo el mundo. Los Guardianes (los hombres a quienes se les han dado las llaves) se encargan de eso.

—¿Qué llaves? ¿Para abrir las puertas, quieres decir?

—No son físicas, no. Se trata de una referencia bíblica. Mateo: «Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo». El mismo concepto que el sacerdocio de los mormones, aunque nosotros no lo seamos. Resulta que el Consejo recompensa a algunos hombres con la autoridad de tomar decisiones en ciertas áreas: granjas, armería, provisiones, sanidad... Peter es un Ernst, una de las Cinco Familias, de modo que es el guardián de la milicia. Él decide qué misiones emprender, cuántos hombres van a necesitarse y cosas así. También ve a los recién llegados y decide si son adecuados para labores de vigilancia o buenos para la lucha.

—Así que ¿toda esa gente está esperando para ver a los Guardianes?

—O a sus representantes y tenientes, sí: gente como Chris.

Alex frunció el ceño.

—Pero Chris es el nieto del Reverendo, ¿verdad? ¿Por qué no tiene una llave? ¿Cómo es que no es Guardián?

Los labios de Kincaid se apretaron describiendo un capullo de rosa.

—Bueno —dijo con cuidado—, por lo visto, Chris no es puramente originario de Rule, no nació ni se crió aquí. Está vinculado a él por una línea de sangre, pero sus padres no eran... eh... del pueblo. Se marcharon y su historia es un poco... turbia. Peter se crió en Rule, es mayor y tiene más experiencia en este tipo de asuntos. Hay otras razones, pero esas son tan buenas como cualquier otra.

¿Criados en Rule? ¿Líneas de sangre? Rule parecía muchísimo más cerrado y reglamentado de lo que en principio había creído.

—Entonces, ¿a quiénes recibe el Consejo?

—A los Salvados (chicos como tú) y a los casos límite: gente que podría ser útil aquí, pero de la que los Guardianes no se fían del todo. Así que los envían al Consejo para el veredicto final. El Consejo también ve a la gente que tal vez no se esté... en fin, adaptando demasiado bien.

Se acordó de la amenaza de Jess.

—¿A eso se refería Jess cuando dijo que le pediría al Reverendo que lo reconsiderase?

Kincaid asintió con la cabeza.

—El Reverendo siempre tiene la última palabra en lo referente a la Expulsión.

—¿A la Expulsión? —Un escalofrío le recorrió la médula espinal—. ¿Como un... destierro?

—Algo así. —Kincaid le puso una mano en el hombro—. Mira, ahora no tienes que preocuparte por eso, ¿me oyes? Lo mejor que puedes hacer es concentrarte en tratar

de causar la mejor impresión, y no mientas. El Reverendo se dará cuenta si lo haces. Aquello era interesante.

—Si mientas, ¿te... expulsan?

—No así a la primera, pero algunos chicos no pueden adaptarse. No se hacen a esto.

—¿Como Lena?

—Es difícil de controlar, eso seguro.

—¿Y por qué no la dejáis marchar?

—Bueno... al revés, tratamos de mantener a todos los Salvados. A salvo.

—Pero eso no es lo que ella quiere. Ni lo que yo quiero. ¿Qué pasa con el libre albedrío?

—Al libre albedrío no le pasa nada —repuso Kincaid—. Pero mira lo que hizo con Adán.

Una de las puertas de la sala del tribunal se abrió y un anciano raquítico, que parecía rondar los ciento noventa años, asomó la cabeza.

—El Reverendo os recibirá enseguida —anunció con voz sensiblera.

—Ahora que empezaba a ponerme cómodo... —gruñó Kincaid. Se levantó haciendo una mueca cuando le crujieron las rodillas—. Debería cambiármelas en cuanto tuviera ocasión.

—No me hables de tus malditas rodillas —dijo el viejo raquítico. Torció la mandíbula y Alex oyó el *clac* de la dentadura—. Lo que a mí me gustaría saber es quién me va a arreglar estos malditos dientes...

# 48



La sala del tribunal parecía sacada de la serie de televisión *Judge Judy*, forrada de madera y pequeña, con tres filas de bancos para los asistentes, una separación con una puerta batiente y dos mesas rectangulares, una a cada lado de la puerta. Había una tribuna para el jurado encajonada a lo largo de la pared de la derecha. El estrado quedaba al frente y en el centro y, detrás de este, había cinco hombres sentados, todos de negro, todos con caras impasibles sembradas de arrugas. Dos de ellos, que hacían de paréntesis de apertura y cierre a cada lado como sujetalibros a juego, eran ancianos, tan decrepitos que una fuerte brisa podría derribarlos. Alex no fue capaz de adivinar las edades de los otros tres. Lo viejo era... viejo.

Sin embargo, supo quién era Yeager. Kincaid le había comentado que el Reverendo se sentaba siempre justo en el centro y ahora Alex lo estaba estudiando. Estaba completamente calvo, su nariz parecía un tomate aplastado y tenía pellejos colgando del cuello que se bamboleaban cuando se movía, como los de un buitre. Sus ojos oscuros eran vivos y brillantes como los de un pájaro y se clavaron en ella con una fría mirada especuladora, igual que un cuervo se fija en un animal atropellado para decidir si el esfuerzo merece o no la pena.

—Así que tú eres Alexandra. —La voz de Yeager era sorprendentemente uniforme y profunda, casi retumbante, perfecta para dar un sermón a voz en grito—. Vamos, entra. No seas tímida. Acércate aquí.

Alex echó un vistazo rápido y furtivo a los otros cuatro hombres, pero ellos permanecían en silencio e inexpresivos. ¿Cuál era su trabajo? ¿Observar? ¿Hacer preguntas? Su piel exhalaba aquella curiosa mezcla que había terminado por asociar con los mayores: pastillas de menta y piel fina como el papel, calcetines sucios, viejos seniles y una decrepitud general que olía a cerrado. Nada amenazador, al menos.

Yeager era diferente. Él olía a opacidad y a frío, como a cristal empañado o a niebla. Un poco como Jess, decidió: a vacío. No podía detectar sus intenciones ni lo que sentía.

—Bien. —Yeager la observó desde lo alto de su estrado. Desde aquel ángulo, parecía más un buitre que antes—. Por fin nos conocemos. Mi nieto me ha hablado de ti.

¿Qué le habría contado Chris?

—Sí, señor.

—Me gusta conocer a todos los Salvados. Sois nuestro futuro y quiero sentir que cuando llegue el momento, habremos escogido bien. Ven aquí. Me gustaría verte más de cerca.

Yeager le hizo señas para que se acercara y entonces Alex vio una pequeña escalerilla colocada ante el estrado. Mientras subía los escalones, barrió con la mirada las estrechas placas doradas que había delante de los ancianos con sus nombres. En las dos primeras, empezando por la izquierda, se leía Born y Ernst. Justo en el centro estaba Yeager, luego venía Stiemke y, por último, a su derecha, Prigge.

En ese momento, se percató también de algo que no había visto antes: una sexta silla, apartada, más allá de Prigge. No había placa con nombre, nada que indicase a quién pertenecía. Podría ser que, simplemente, sobrara, pero no lo creía. Observó el estrado y, por primera vez, se dio cuenta de que el modo en que el Consejo estaba dispuesto parecía... desequilibrado. Como si faltase alguien.



«Seis sillas, pero sólo cinco hombres y es el Consejo de los Cinco... A menos que no siempre haya sido así».

Yeager extendió sus manos, con las palmas hacia arriba.

—¿Me permites?

Ella vaciló, se ruborizó y recordó la ocurrencia de Kincaid: «El Reverendo tiene muy buena mano». Deslizó sus palmas en las de Yeager y su piel saltó al contacto. Las manos del anciano eran rugosas, tenía los nudillos hinchados, la piel seca como pergamino viejo y llena de manchas de la edad, pero agarraba con firmeza.

—Manos calientes —observó Yeager.

—Sí, señor. —Esperaba que las soltara ya, pero o lo hizo. Quería zafarse de sus garras, pero se obligó a permanecer tranquila. Notó los ojos de los demás clavados en ella, pero no se atrevió a apartar la mirada.

—Me gustaría entender una cosa, Alex —dijo Yeager—. No me queda claro cómo es que terminaste en el Waucamaw. Cuéntamelo.

—Yo... mmm... dejé de ir a clase. —En realidad, pensaba que eso ahora no importaba mucho, pero decidió dar respuestas breves y concisas.

Entonces, el hombre a la derecha de Alex tronó:

—¿Solías hacerlo?

La pilló desprevenida y lanzó una mirada en dirección de quien hablaba: Stiemke.

—No —soltó.

Yeager no dijo nada, sólo restregó sus callosos pulgares por las palmas de Alex. Stiemke continuó:

—¿Por qué entonces?

—Quería reflexionar sobre algunas cosas. —Cuando Stiemke se la quedó mirando, añadió—: La universidad y eso.

—Ah —intervino Yeager—. El futuro, ¿lo que ibas a hacer con tu vida?

Casi, casi.

—Sí.

En la esquina izquierda, uno de los tipos marchitos —Born— empezó a hablar con un agudo tembleque:

—¿Qué decidiste?

—No tuve oportunidad de hacerlo, señor —dijo ella. Que eso fuera cierto ayudaba, pero entonces, sintiendo que el Reverendo cambiaba la presión de sus manos, tuvo un repentino fogonazo de intuición. ¿Qué había dicho Kincaid?

«No mientas. El Reverendo se dará cuenta si lo haces».

Y la *buena mano*... Dios mío, ¿era Yeager como ella? Nunca se había parado a pensar que otra gente pudiera haber cambiado del mismo modo que ella. Larry, que había visto más supervivientes que ella o Tom, no había dicho nada al respecto. Tal vez porque esa clase de cambio no era habitual o la gente que había desarrollado un supersentido lo mantenía en secreto. Ella lo había hecho, incluso con Tom. Su vida volvía a estar llena de secretos. Dado lo paranoicos que estaban todos ahora, no decir nada sobre un superpoder era la opción más sensata.

Entonces, ¿podía Yeager notar si estaba diciendo la verdad, no mediante el olor, sino a través del tacto? ¿Como un detector de mentiras humano?

¿Cómo funcionaba aquello? Sabía que la gente se sonrojaba cuando estaba nerviosa; por tanto, había cambios de temperatura. La piel de una persona también porta carga eléctrica; así era como funcionaba la pantalla táctil de un ordenador, detectando el gradiente eléctrico. Esa era la razón por la que una huella dactilar funcionaba, pero un lápiz, que no tenía carga, no.

Yeager debía de tener un don innato. Después de todo, era pastor. Entonces recordó el cartel de la Iglesia de la Cosecha: Confía en la mano sanadora de Dios. Tal vez no se alejara de la realidad: puede que Yeager no sanara, pero quizá podía *sentir*, una

habilidad innata que el Cortocircuito había aumentado. Sin embargo, ¿por qué Yeager y no todos los que habían sobrevivido, algunos de los cuales eran realmente viejos?

¿Por qué ella?

—Un penique por tus pensamientos —dijo Yeager. Sonrió de oreja a oreja con su cara de buitre, pero el agarre de sus manos no cambió.

—Mi padre siempre decía que no valían tanto. —Había decidido que era bueno mencionar a su padre; todos los padres estaban muertos, la mayoría, de modo que eso la igualaba a los demás. Y si podía reconducir la conversación...

Ernst, a la inmediata derecha de Yeager —¿el abuelo de Peter? ¿Su bisabuelo?— preguntó:

—¿Qué hacía tu padre?

—Era policía.

—Ah. —Eso pareció agrandar a Prigge, el otro sujetalibros. De hecho, se frotó las huesudas manos—. Un hombre que sabía distinguir el bien del mal.

Nunca había oído a su padre referirse a ninguno de los borrachos, maltratadores de mujeres o chanchulleros como el mal, pero le dio la razón.

—Sí, señor. Supongo que sí.

—Bueno, eso es lo que hacemos aquí también. Cuéntame. —Yeager ladeó la cabeza—. ¿Por qué los perros están de tu lado? ¿Por qué te... reconocen?

—No lo sé —dijo con toda sinceridad—. No soy un perro.

—Pero debes de tener una idea —añadió Ernst.

Ella asintió.

—Seguramente del mismo modo que yo los reconozco a ellos. —«Pero no al Reverendo Yeager o a Jess. ¿Por qué?».

—¿Y cómo es eso? —preguntó Yeager.

Decidió probar suerte:

—Supongo que del mismo modo que usted es capaz de saber cosas.

Entonces oyó la repentina e involuntaria inhalación de Ernst. Los ojos de buitre de Yeager se volvieron dos rendijas.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Yeager.

Había dado en el clavo; lo tenía y una grieta minúscula se había abierto en su vacío, en aquel cristal empañado: algo muy húmedo y un poco metálico, un olor que le recordó el día en que los perros habían estado a punto de matarla a ella y a Ellie.

«¿Agua? ¿Un río? No, no es eso. Es más como... lluvia».

¿Lluvia? Recordó el día en que todo esto había empezado, aquellas nubes de tormenta hacia el suroeste y aquellas cortinas grises que parecían lluvia.

«¿Es ese el motivo por el que huele como a cristal mojado? ¿Porque estaba junto a una ventana, contemplando la lluvia cuando todo pasó?».

—¿Qué quieres decir? —repitió Yeager.

Alex notó la intensidad de las miradas de los otros perforándole el cráneo, pero no dejó que sus ojos vagaran.

—Quiero decir que puede saber si lo que le estoy contando es verdad porque lo siente, literalmente, con las manos.

Silencio. Nadie habló. Los ojos de Yeager escrutaron su cara y, de repente, le soltó las manos. Su mirada se dirigió a un punto sobre el hombro de Alex.

—Matt, ¿podrías esperar fuera un momento?

¿Alex había olvidado esperar fuera un momento?

—Ah —dijo Kincaid, visiblemente sorprendido—. De acuerdo.

En ese momento sintió una rápida punzada de miedo.

—¿Por qué no puede quedarse? —le preguntó a Yeager.

Él la ignoró.

—¿Matt?

—Claro. No te preocupes, Alex. Te espero fuera.

Yeager aguardó hasta que Kincaid se hubo marchado y entonces devolvió a Alex una vez más su mirada reflectora.

—Lo tuyo no es el tacto.

—¿Por qué no podía quedarse?

—Porque hay ciertas cosas que es mejor mantener a puerta cerrada —respondió Ernst. De todos los demás, él parecía ser el más cercano a Yeager en autoridad. A la derecha de Yeager, como pudo comprobar: muy bíblico. Se preguntaba si el nombre de pila de Ernst sería Michael—. Cuantos menos lo sepan, mejor para todos —añadió.

—¿Qué es lo que tú sientes? —quiso saber Yeager. Le clavó la mirada—. ¿Lo tuyo es el tacto?

—No, pero sé cosas igual que usted.

—¿Como cuáles?

—A veces sé lo que la gente siente. —Hizo una pausa—. Sé cuando *ellos*, los Cambiados, andan cerca.

—¿Qué? —dijo Ernst, sorprendido—. ¿Puedes hacer eso?

—Sí —asintió, pero siguió con la vista puesta en Yeager.

—¿Cómo? —preguntó este.

—Del mismo modo que sé que hay un asesino en este edificio —dijo ella—. Porque lo huelo.

# 49

**S**había adelgazado mucho y le había crecido la barba. También tenía el pelo mucho más largo, por debajo de los hombros. Pero aquel olor que Alex había percibido en el vestíbulo cuando las mujeres entraron con el carrito de comida era el mismo que el día en que le había disparado a Tom: tabaco seco, dientes podridos y *whisky* Jim Beam.

—No sé de qué está hablando. —Lanzándole una mirada asesina, Harlan enrolló con torpeza un trapillo mugriento. Por encima de su hedor natural, también apestaba a lejía y amoníaco, que utilizaba para fregar el suelo de las celdas de la cárcel. Para Alex, Harlan había encontrado su verdadera vocación como conserje del ayuntamiento del pueblo. El hombre se guardó el trapo en un sucio bolsillo de la cadera—. No he visto a esta chica en mi vida.

—¿Y por qué iba a mentir? —se extrañó Yeager. Los demás permanecían inmóviles en el estrado, pero él había bajado y se había acercado a ella. Yeager era más bajito de lo que aparentaba y Alex le sacaba casi media cabeza. Sin embargo, no le había dado la mano a Harlan y se imaginó que aquello sería algún tipo de prueba.

No para Harlan, claro. Yeager la estaba poniendo a prueba a ella. Harlan frunció el ceño.

—Porque es una niña y se le ha metido esa tontería en la cabeza. Pero estoy diciendo la verdad. No la había visto en mi vida.

—¡Mentiroso! ¿Qué le ha pasado a Ellie? —le espetó Alex.

—Lo siento. No sé de quién me hablas. ¿Algún familiar? ¿Tal vez un perro?

—Esto no nos conduce a nada —dijo Ernst desde el estrado.

—Esperemos hasta que... —Yeager se interrumpió cuando la puerta de la sala del tribunal se abrió y Peter entró corriendo, con una abultada mochila entre los brazos. Chris y *Jet* le pisaban los talones.

—Lo siento. —Peter llevaba el pelo despeinado por el viento y las mejillas coloradas de frío. Soltó la mochila en una de las largas mesas de los abogados mientras Chris depositaba una segunda—. Había un montón de porquerías que recoger.

—¡Eh! —exclamó Harlan—. Esas son mis cosas. No tenéis derecho a hacer eso.

—Al contrario —dijo Yeager, y asintió con la cabeza a Chris y a Peter—: abridlas.

Dentro había, en su mayoría, prendas de vestir: ropa interior, vaqueros, jerséis, camisas de franela, calzoncillos largos y calcetines. Peter había recogido artículos de baño, zapatos, dos gorros de lana, un par de mitones y algunas revistas mugrientas.

—Y una biblia —dijo, sacando de la mochila el volumen encuadernado en piel.

—¿Reconoces algo? —le preguntó Yeager.

Alex negó con la cabeza. Había mantenido la esperanza, pero le bastó un mero vistazo a la biblia para comprobar que no era la de tía Hannah.

—¿Lo veis? —Harlan se cruzó de brazos—. Te equivocas de persona.

—No —negó Alex. Miró a Chris—. ¿No hay nada más?

—Sólo esto —contestó Peter, y metió la mano en uno de los bolsillos laterales de la mochila—: ¡Cómo pesa!

Alex tuvo que morderse el labio para no gritar.

—Esa es mi riñonera.

—Eso es una estupidez —dijo Harlan, aunque Alex captó una punzada de leche agria.

Harlan estaba preocupado—. Hace años que la tengo.

—Imposible, yo misma la rellené —afirmó Alex.

—Todas las riñoneras son iguales —refunfuñó Harlan—. Así cualquiera.

—Claro. —Peter la desabrochó—. Por eso te dejaremos hablar primero a ti. ¿Qué hay dentro?

Harlan se relajó visiblemente y Alex pensó, consternada, que la había vaciado.

—Está bien —dijo Harlan—. A ver... Hay un paquete de pañuelos de papel, goma de mascar manida, un cuchillo... —fue enumerando la lista de artículos a medida que Peter los iba sacando de la riñonera.

—Vale —respondió Peter cuando Harlan hubo terminado—. Ya está todo, salvo esto.

—Sacó el estuche de nailon negro—. Debe de pesar al menos cuatro kilos. ¿Qué hay dentro?

Harlan abrió la boca, pero Yeager lo detuvo:

—Espera un momento. —Le quitó el estuche a Peter, examinó su contenido y miró a Alex con sus indagadores y despiertos ojillos de pájaro—. Dinos qué es esto.

—¡Oye, que es mi riñonera! —protestó Harlan.

—En tal caso, la chica no tendrá la más mínima idea de lo que contiene, ¿verdad?

—Yeager le hizo un gesto con la cabeza a Alex—. Venga, dime qué es esto.

Más tarde, se preguntaría por qué Harlan los había guardado. Podía entender que se hubiera quedado con la riñonera, pero no con el resto. A lo mejor, al ver la biblia, se había dado cuenta de lo que había hecho y era lo bastante supersticioso para pensar que quedándose con ellos, de algún modo, iba a arreglar todo lo demás. Al final, lo único que importaba era que, si la riñonera seguía pesando tanto, no cabía la menor duda de lo que —o a quién— contenía.

—Son mis padres —respondió Alex.

# 50



Las cenizas de sus padres estaban allí, pero la biblia de tía Hannah —y la carta de su madre— habían desaparecido.

—La niña pequeña debió de haberlo hecho —dijo Harlan abatido. Estaba sentado encorvado en una silla, tan arrugado y marchito como un globo desinflado. Una vez que Kincaid miró en las bolsas para confirmar que contenían restos incinerados (los dientes se conservan tras la cremación), Harlan abandonó su fachada de tipo duro que se marca un farol. Ahora se miraba las manos y suspiraba.

—Dijo que esas cosas eran importantes para ella. —Señaló a Alex con una brusca sacudida de cabeza—. Después de que mataran a Marjorie, ya tenía bastante con mantenernos con vida. No podía estar vigilando a la niña cada cinco segundos.

—¿Dónde está? —preguntó Alex. Fue lo único que pudo hacer para evitar gritar y arrancarle los ojos a Harlan.

Él encogió un hombro.

—No lo sé. Como he dicho, huyó corriendo cuando nos encontrábamos a un día al sur de aquí. —Dejó escapar un gruñido de indignación—. Brett estaba tan seguro de que el ejército iba a dejarnos entrar... pero nunca llegamos tan lejos. Le dije que debíamos mantenernos alejados de la carretera interestatal y Marjorie quería ir hacia el oeste (para venir aquí, es lo que quería), pero él tenía que comprobar cómo estaba su hermana, que vivía en Watersmeet... En fin, allí es donde perdimos la camioneta... ya sabéis, en una emboscada. Un puñado de gente vigilaba el pueblo, eran unos veinte más que nosotros. Dispararon a Marjorie antes de que supiéramos qué estaba pasando.

—Sí —dijo Alex—, sé lo que se siente cuando te tienden una emboscada y te disparan. Chris le puso una mano en el brazo y ella se mordió la lengua.

—¿Qué ocurrió después? —inquirió Peter.

Harlan volvió a encogerse de hombros.

—¿Qué demonios crees? No podíamos ir al sur porque oímos que no estaban dejando a la gente cruzar la frontera hacia Wisconsin y lo que sí sabíamos era que no íbamos a quedarnos en Watersmeet ni por todo el oro del mundo. En aquel pueblo, no te dan ni la oportunidad de explicarte, no como aquí; ellos se limitan a disparar, así que nos fuimos.

—¿Entonces todavía llevabais a la pequeña y a la perra? —preguntó Yeager.

Harlan asintió.

—La perra nos salvó el culo un puñado de veces. Sabía con bastante antelación cuándo una de esas cosas rondaba por allí. Se quedaron con nosotros hasta que estuvimos al este de la mina y entonces la perra se volvió loca. Sencillamente, no quería seguir. Ni la niña consiguió convencerla. Quería alejarse de aquí a toda costa. Teníamos que haberle hecho caso, porque fue la noche en que cinco de esos chicos... ya sabéis, los Cambiados... nos atacaron.

—¿La perra no os advirtió? —quiso saber Peter.

—Bueno, creo que lo intentó, pero no le hicimos caso. No lo sé, tío —dijo Harlan—. Brett estaba haciendo guardia. Yo estaba durmiendo y, al minuto siguiente, la perra... no se calmó en toda la noche, iba de acá para allá gimiendo. Empezó a volverse loca y lo siguiente que sé es que Brett la emprendió a tiros. Su rifle se encasquilló y yo no

pude apuntar bien.

No, era mentira; Alex lo estaba oliendo. Sin embargo, tanto si Harlan echó una cabezadita como si disparó a Brett de manera accidental no era importante. Yeager debió de sentir algo también, porque dijo:

—Entonces, ¿por qué me da la impresión de que mientes?

La piel del cuello de Harlan se moteó de escarlata.

—¿Qué vais a hacerme? —preguntó.

—¿Dejaste a una niña pequeña ahí fuera para que muriera? —espetó Peter como un látigo furioso—. ¿Tú qué crees?

A Harlan se le hizo un nudo en la garganta. Apartó rápidamente la mirada de la cara furiosa de Peter y la posó en los rostros inexpresivos de los hombres del estrado y, por fin, le dijo a Yeager:

—Pero vosotros no podéis dispararme.

—Cierto, pero tú no puedes quedarte —respondió Yeager—. Tu pecado nos mancha a todos.

Hubo murmullos de aprobación entre los hombres el estrado. Peter asentía con la cabeza, pero la cara de Chris permanecía impasible y el olor de su oscuridad, muy fuerte.

—¿Me vais a expulsar? —A Harlan se le empañaron los ojos—. Por favor, no me hagáis salir ahí fuera. Esas cosas...

Peter, para quien la mayoría de las soluciones parecía involucrar un arma, dijo:

—Oye, tío, a mí me trae sin cuidado. Si quieres, te meto una bala en la cabeza ahora mismo.

Yeager levantó una mano restrictiva.

—No estarás peor que esa niña pequeña; es más, estarás muchísimo mejor: te daremos la misma ración de víveres para tres días que a cualquier persona a la que le negamos la acogida.

—Pero he sido un buen trabajador —gimoteó Harlan—. No he hecho nada malo desde que estoy aquí.

—«No te hagas cómplice de pecados ajenos. Consérvate puro» —citó Yeager—. Llevas la marca de Azazel. No volveremos a ser puros hasta que te hayas marchado. De ahora en adelante, eres un Expulsado.

—No. Por favor. Dejadme al menos pasar aquí la noche —suplicó Harlan con voz quebrada—. Por el amor de Dios. Se está poniendo el sol. ¡Pronto oscurecerá!

—Entonces —prosiguió Yeager—, te sugiero que corras muy rápido.

# 51

# J

enemos que encontrarla —exigió Alex. Kincaid y Chris estaban sentados con ella en la cocina de Jess. Un rayo dorado de sol vespertino se colaba en oblicuo por una de las ventanas mientras Jess servía en silencio unas tazas de té caliente. Lena, Tori y Sarah se encontraban en sus respectivos trabajos, cosa que Alex agradeció. Lo último que le hacía falta ahora eran las groserías de Lena: ya estaba bastante tensa.

Peter había optado por acompañar a Harlan en persona a la salida y, por la cara que tenía, Alex pensó que Harlan sería muy afortunado si lograba sobrevivir la próxima hora. Deseó sentir lástima de él, pero no pudo.

—Ya lo has oído, Chris. Estaban a un día de distancia al sur de aquí. ¿Cuánto es eso...? ¿Treinta, cincuenta kilómetros?

—Un día al sur hace dos semanas. Ni siquiera pudimos buscar a To porque no teníamos suficientes hombres, y él se encontraba a casi la misma distancia. No se trata de una línea recta, Alex. Son treinta kilómetros y quién sabe en qué dirección —dijo Chris.

—Pero vosotros salís ahí constantemente.

—Sí, pero siempre con un objetivo específico en la cabeza. Sabemos adónde vamos. Una búsqueda es muy diferente.

—Sólo tiene ocho años...

—Lo siento, Alex —contestó Chris—. No podemos.

—Dirás que no queréis... Por muy Salvada que sea, no es lo bastante valiosa, ¿verdad?

Chris abrió la boca para responder, pero Kincaid se adelantó:

—Alex, Chris está de tu parte. Fue él quien convenció a Peter para salir en busca de tu amigo. No puede cambiar las decisiones de su abuelo ni las de Peter. Las cosas no funcionan así.

—¿Por qué le dais siempre la razón a Yeager? Habláis de él como si fuera un tipo milagroso o algo así. ¿Por qué está al mando? ¿Nunca decidís nada por vosotros mismos?

Aquello hizo mella en Chris. Alex olió cómo una esquirla de hielo resquebrajaba su habitual oscuridad.

—Oye —le dijo el chico—, no lo sabes todo. Sólo...

—Chris. —Kincaid lo agarró de la muñeca en señal de advertencia—. No adelantemos acontecimientos, ¿de acuerdo? Tal vez será mejor que te vayas a casa.

Chris quería rebatirle. Alex lo vio en la rigidez de su mandíbula, pero lo único que hizo fue asentir bruscamente con la cabeza antes de levantarse de la silla. Enfundándose el abrigo, comentó:

—Vendré a buscarte mañana.

—¿Qué? ¿Por qué? —se extrañó Alex.

—Necesitas un escolta —dijo Chris.

Antes de abandonar el ayuntamiento, Yeager había sugerido que Alex trabajara en el asilo con Kincaid, cosa que, más que sugerencia, era una orden. «Seguro que es para vigilarme», pensó.

—No me hace falta ningún escolta.

—No es así como funcionan las cosas aquí, jovencita —replicó Jess.



—Pero de verdad que no lo necesito —le espetó.

—A veces no sabemos lo que necesitamos hasta que lo perdemos —dijo Kincaid. Sintió una punzada de inquietud. No parecía que Chris fuera un mal chico, pero todas esas estúpidas reglas, un guardia en la puerta de la casa y, para colmo, un escolta... ¿Es que no la iban a perder de vista en todo el día? ¿Dónde se había metido?

—Mira, no es nada personal —se excusó—. Es sólo que...

—No, está bien. —A Chris se le habían puesto blancas las comisuras de la boca—. Buscaré a otra persona. De todas formas, yo no podría hacerlo todos los días.

—Pero es que yo no quiero a nadie.

—No ha sido idea mía —se defendió Chris.

—Bueno, pero sí de tu abuelo. Habla con él.

—No es tan sencillo. Las reglas son las reglas y hay que respetarlas.

—Y si no, ¿qué? ¿Vais a darme la patada? —Empujó la mesa y se echó hacia atrás—. Está bien, esto es lo que quiero: me voy. Devolvedme mi pistola, dadme una mochila y me marcharé.

—Por el amor de Dios, Alex, relájate —dijo Jess—. Creo que he envejecido cinco años desde que te estoy escuchando.

Alex sintió el calor en el cuello.

—Sólo digo que...

—Jess —Chris habló en el mismo momento—, si no me quiere a mí...

—Bueno, ya está bien, los dos. De verdad que parecéis el perro y el gato. Alex no sabe lo que quiere.

—Espera un momento —estalló Alex.

—Sólo estás buscando el conflicto. Quieres pelearte. Crees que luchando podrás cambiar el pasado, aun cuando el pasado está muerto y reducido a cenizas —dijo Jess. Alex sintió que le ardía el pecho. Jess tenía razón, maldita sea. No había dejado de luchar desde el día del diagnóstico. Aceptar al monstruo suponía rendirse, sucumbir. Si no luchabas, morías. ¿Había cambiado algo desde que se marchó, dejó el instituto y se dirigió a Waucamaw? No. Sólo que la lucha había sido distinta: había dejado atrás a todos los médicos y tratamientos y había cogido al toro por los cuernos. Desde el Cortocircuito, ni un solo día había dejado de luchar para sobrevivir. Y ahora, ¿qué? ¿Tenía que aceptar lo que estaba ocurriendo allí? No. No había elegido esa vida. Aquel no era su hogar ni aquella su gente. Eran bastante amables, sí, pero la querían allí por algún motivo —de eso no le cabía la menor duda— y, por Dios, no iba a rendirse ahora. Iba a salir de allí y a encontrar a Tom y a Ellie. Sólo tenía que averiguar cómo.

Alzó la voz, resignada, para decir algo que también era verdad:

—Es que todo esto... ya sabes, me está volviendo loca.

—Lo sé —dijo Jess—. Eres humana, pero tienes que empezar a pensar en el bien común. En cuanto a ti, Christopher, tienes que tragarte tu orgullo y no tomarte las cosas tan a la tremenda. Eres joven, has asumido un cargo de responsabilidad antes de tiempo y es normal que estés asustado. Pero ceñirse a las reglas sólo porque son reglas no las hace más justas. Tienes que aprender a discernir cuándo es posible romperlas.

—Sí, señora —aceptó Chris. La negrura de su olor se intensificó aún más. No era odio, pensó Alex, sino vergüenza. Los ojos de Chris oscilaron de Jess a Alex y de esta a la mesa—. Lo del escolta tal vez sea una exageración.

«Sí». Alex experimentó un repentino brote de triunfo, con cierto temor a que se le notase en la cara. «A ver si puedo lograr que se estiren un poco más...».

Pero Kincaid ya estaba negando con la cabeza.

—Si dejas que vaya sin escolta, vas a tener que cambiar la regla para todo el mundo. Creo que deberías pensártelo bien antes de tomar esa decisión. Tendrás que

enfrentarte a Peter y probablemente al Consejo. No creo que ganes.

Chris levantó las manos.

—No hay quien os entienda. Primero, Alex se enfada conmigo, luego Jess me dice que rompa las reglas y ahora tú me vienes con que no lo haga. ¡Jesús!

—Esa lengua, jovencito —respondió Jess—. Matt lleva razón. Si vas a hacer una excepción, deberás tener un buen motivo. Que vayas por tu cuenta no significa que debas ser impetuoso. Por ahora, Alex sólo se está quejando, pero podría convertirse en otra Lena.

—¡Eh! —exclamó Alex. Que estuviera tratando de idear una manera de allí no había rebajado su enfado. Ella no era como Lena.

—Te diré lo que vamos a hacer —continuó Jess—: Christopher, te ocuparás de Alex cuando puedas y siempre que tus obligaciones te lo permitan. Esfuérzate en conocerla. Si ves que se puede confiar en ella y que se maneja bien sola, déjala. Díselo a Peter. Cielos, si es una cuestión de protección, que demuestre que puede hacerse cargo de sí misma.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso? —preguntó Chris. Su pálida piel estaba parcheada de manchas blancas y escarlatas y sus oscuros ojos brillaban de enfado—. ¿Dándole una pistola? ¿Dejándola que haga prácticas de tiro? ¿Que monte con nosotros?

—Sí —dijo Alex—. Apuesto a que sé disparar tan bien como vosotros.

—«Porque esta es la voluntad de Dios; que haciendo el bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres vanos». —Jess miró a Alex—. Y de las jovencitas insensatas. Así que, Alex, muérdete la lengua hasta que sepas bien lo que vas a decir. —Luego a Chris—: Eres un chico muy inteligente. Averigua qué es lo mejor y hazlo.

—No es tan fácil, Jess —se quejó Chris.

—Tonterías. ¿Quieres ser un hombre? Pues empieza a comportarte como tal.

—Jess —intervino Kincaid—, el chico lo está haciendo lo mejor que...

—Puedo defenderme solo —saltó Chris. Aquel filo gélido se hizo más penetrante y cortó sus sombras en dos. Alex sintió un impulso de solidaridad. Podía no estar de acuerdo con Chris, pero realmente no quería verlo vapuleado por una mujer lo bastante vieja como para ser su abuela.

—Chris, todo este tiempo has sobrevivido porque has tenido suerte y eres muy listo —dijo Jess—, pero debes seguir tu propio camino, por mucho miedo que te dé.

—Lo sé —admitió Chris. Su cara se había tornado cenicienta—. Lo sé.

—No, no lo sabes. Un hombre que obedece órdenes es un hombre que ha dejado de pensar. Recuerda: es preferible sufrir por hacer el bien que por hacer el mal. No te engañes, Christopher. La paz tiene un precio.

¿Qué estaba pasando? A Alex le dio la sensación de que Jess, Chris y Kincaid hablaban en chino. Lo que allí se estaba discutiendo no era si Chris iba a ser o no su guardaespaldas, sino algo que ella todavía no había preguntado. Pensó que Chris iba a decir algo, pero este cerró los puños, tragándose lo que fuera aquello que tenía en la punta de la lengua. Luego se fue sin mediar palabra, dando tal portazo que hizo temblar el cristal.

—La cosa ha ido bien —comentó Kincaid.

—Hemos sembrado la semilla de la justicia —murmuró Jess.

—¿Eso es lo que estabas haciendo? Cualquiera diría que lo estabas machacando.

—Cuida esa lengua, Matt. —Le lanzó a Alex una mirada de advertencia—. Chris no es el único que ha renunciado a su libre albedrío.

—Espera un segundo —pidió Alex—. ¿Por qué me echas la bronca? Yo *quiero* ser libre.

—La libertad también tiene un precio, jovencita. Por mucho coraje que tengas, no...

—se interrumpió cuando la puerta de la cocina se abrió de nuevo y apareció Sarah,

sacudiéndose la nieve del pelo.

—¿Qué le pasa a Chris? —inquirió esta—. ¿Está bien?

—No te preocupes —dijo Jess, antes de volverse hacia Alex—. Eres una joven desagradecida y muy poco sensata. Mientras estés aquí, te estarás tranquila y respetarás las reglas.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Respetar las reglas? Su asombro inicial se tornó en enfado.

—Hace cinco segundos has dicho que las reglas...

—¡No intentes corregirme! —Jess la cortó con un contundente movimiento de mano—. Te estarás tranquila, jovencita. Y dejarás de parlotear sobre cosas de las que no tienes la más mínima idea. ¿Entendido?

A Sarah se le habían puesto los ojos como platos y Alex se moría de vergüenza. Deseó que se la tragara la tierra.

—Sí, señora.

—Excelente. —Jess le dedicó una gélida mirada—. Me alegro de que hayamos aclarado ese punto. Ahora, estoy segura de que hay cosas más importantes que hacer en otra parte. —Se marchó de la habitación.

—¡Vaya! —dijo Kincaid al cabo de un rato—. Ha pasado un ángel.



—Kincaid rechazó con la mano el ofrecimiento de Sarah de más té.

—No, gracias. Tengo que volver. Alex, ven conmigo un segundo, ¿quieres?

Alex no dijo nada hasta que estuvieron fuera y se dirigieron al camino de acceso. En ese momento, alzó la vista hacia Kincaid.

—¿Qué ha sido todo eso?

—Shhh. —Kincaid levantó una mano en señal de advertencia y Alex vio que el guardia de la casa se enderezaba. Kincaid le puso la mano en el hombro—. Todo controlado, Greg. Si quieres, dentro hay té caliente. Jess o Sarah te servirán una taza.

—¿Y Tori? —El aliento de Greg salía en forma de resoplidos como una máquina de vapor. Era más joven que Alex, de catorce años tal vez, con un halo de rizos castaños revueltos asomando bajo un gorro de lana. Tenía las mejillas rojas como tomates por las quemaduras del viento—. ¿Está dentro?

—No, pero volverá pronto. Seguro que le encantará verte. —Kincaid le dio una palmadita en el hombro—. Apuesto a que ella puede gorronearse un bocadillo o dos.

—Sí, eso estaría genial. Si crees que está bien. Si no crees que Chris vaya a volver. Iba echando sapos y culebras por la boca.

—Oh, creo que Chris no volverá en todo el día.

—Vale. —Greg hizo un gesto hacia su golden, cuya tupida cola y pechera suave y sedosa estaban llenas de hielo y nieve—. *Daisy* también necesita descongelarse un poco.

—Entonces, entra antes de que te quedes tieso —dijo Kincaid. Ya habían llevado el caballo de Alex, *Honey*, a un garaje de tres plazas que habían convertido en establo, bajando un poco la calle. El caballo de Kincaid estaba amarrado a un árbol en el bordillo de la acera y cuando soltó la rienda, miró por encima del hombro, vio a Greg y a *Daisy* entrar en la casa y le preguntó a Alex—: ¿Estás bien?

—Sí —respondió ella—, pero ha sido muy embarazoso.

—Eso es lo que ocurre cuando te comportas como un idiota.

—Gracias.

—Lo superarás.

—Pero ¿de qué iba todo eso? Primero Jess le echa la bronca a Chris por no romper las reglas y luego me suelta a mí que las siga.

Él echó otro vistazo por encima del hombro.

—Mira, es demasiado largo para explicártelo ahora mismo, pero yo tendría cuidado con lo que dices en la casa.

—¿Por qué?

—Digamos que hay... facciones. La gente forma bandos. No todo el mundo está contento con cómo están las cosas y no conviene que la gente equivocada.

¿Facciones? ¿Gente equivocada?

—¿Qué es este sitio? ¿Sois una secta o, ya sabes, uno de esos fan...? —buscaba la palabra correcta—. Dijiste que no erais mormones ni nada de eso. ¿Qué sois? ¿Amish? ¿Algún tipo de secta rara? Las cosas parecen demasiado *decididas*. —Esa tampoco era exactamente la palabra que andaba buscando y entonces se dio cuenta, demasiado tarde, de que si Kincaid era creyente, seguro que había metido la pata. Pensó en disculparse, pero se imaginó que no serviría de nada.

Kincaid la estudió durante unos segundos.

—Teniendo en cuenta que algunos de mis mejores amigos son amish, podría tomarlo como una ofensa. No son raros ni son una secta. Son gente amable y buena.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé. —Pero no sonríó—. No pretendo comprenderlo todo. Sin embargo, como médico, he visto lo que pasa cuando la gente está bajo mucha presión. No siempre sacan lo mejor de ellos mismos. Cuando la gente está asustada, se vuelve agresiva. Hace cosas que nunca hubiera creído llegar a hacer. Busca alianzas y cede para sobrevivir, va a la caza de curas milagrosas y cree cualquier cosa que le dé esperanzas. Cuando la esperanza falla, cuidado. Hay gente que se vuelve despiadada. Se enfrentan unos a otros, se convierten en sus peores enemigos.

Podría haber estado hablando de la propia vida de Alex. ¿Con cuántos especialistas había insistido tía Hannah? ¿Qué eran las SEMILLAS, aquellas pequeñas bolitas en su cerebro, sino un último y desesperado esfuerzo? Cuando sus padres murieron, Alex se negó a creerlo hasta que no vio sus cuerpos. Su tía no había querido que lo hiciera, lo cual era comprensible: entre el impacto y el fuego, sus padres se habían visto reducidos a un amasijo calcinado de miembros renegridos y dientes demasiado blancos. Fue incapaz de soportar una pena —palabra tan pequeña para un dolor tan monstruoso— tan grande y había arremetido contra todo el mundo con una especie de furia desesperada.

Era, ahora caía, exactamente lo que Jess acababa de decir: la rabia resultaba más llevadera que la pena. La furia le hacía creer que todavía podía cambiar algo. Aquella aceptación suponía una derrota.

—De modo que cuando llega el fin del mundo —estaba diciendo Kincaid—, gente a la que antes todo le importaba un bledo de repente se convierte en creyente. Si ya había un núcleo de creyentes, estos toman el control. Este pueblo siempre ha sido... bueno, conservador es una buena palabra, pero hay otras. El Consejo es sólo la punta del iceberg.

—¿Tú lo eres? Me refiero a si eres creyente.

—Creo en la vida y soy lo bastante mayor para ver las cosas en su justa medida. Tal vez sólo esté racionalizando, pero me gusta pensar que aquí estoy haciendo algo bueno. Y, para serte sincero, vivir aquí es mejor que la otra alternativa.

—¿Qué me dices de Jess?

—Ella —Kincaid escogió las palabras con cuidado— cambiaría unas cuantas cosas. Como dijo, el precio de que nos hayamos quedado solos es un poco caro. Sin embargo, la gente está asustada. Nadie quiere causar problemas, y mucho menos ahora. Si vives lo suficiente, llega un momento en que simplemente es más fácil seguir llevándote bien. En principio, estoy de acuerdo con ella, pero no estoy seguro de que podamos permitirnos la otra alternativa.

Y aquello... ¿qué significaba? ¿Que estos ancianos estaban agotados? ¿Que estaban esperando a gente como Chris? ¿Como ella? Tal vez. Si Rule estaba gobernada por el Consejo, pero un Yeager era siempre el último árbitro, entonces Jess presionaría a Chris, con la esperanza de que este contara con el mismo respeto que su abuelo. Pero ¿para cambiar qué?

—¿Por qué no puede decir Jess lo que piensa? ¿O formar un comité o... lo que sea?

Kincaid puso cara de haber bebido un trago de leche agria.

—No tiene poder. La mayoría gobierna y la mayoría está de parte del Consejo y del Reverendo.

«Sí, y esa mayoría son hombres».

—¿Tú estás de parte del Reverendo Yeager?

—En principio, no estoy en su contra. Veo la lógica. Si vamos a superar esto, necesitamos mantener el orden. Con lo que no estoy de acuerdo es con el modo de

hacerlo.

«Y luego los adultos dicen que nosotros respondemos con evasivas».

—Pues cámbialo.

—No es tan sencillo como tú crees, jovencita. Además, una cosa es criticar y otra muy distinta tener una idea mejor. No sé si yo la tengo. Y si la tuviera, no sería el hombre adecuado.

—¿Y Chris sí lo es? —Alex sacudió la cabeza—. Lena tenía razón. ¿Por qué estáis esperando que nosotros os saquemos las castañas del fuego? Sois unos cobardes.

—Sí —reconoció Kincaid—. Tienes razón.

—Tengo que saber una cosa —dijo Kincaid. Tiró las riendas del appaloosa por encima de la cabeza de este—. ¿Qué ocurrió entre el Reverendo y tú? Después de que me echara, quiero decir.

Alex recordó la amonestación de Ernst: «Es mejor mantener ciertos secretos a puerta cerrada».

—¿Por qué?

—Alex, he visto a muchos Salvados con el Reverendo y esta es la primera vez que uno de ellos lo deja al descubierto. Sabías lo que le pasaba.

—Sólo lo adiviné.

—Bobadas. ¿Cómo lo supiste? Sólo el Consejo, unos pocos más y yo sabemos lo suyo y lo de ese... tacto especial.

—Hmm... bueno, supongo que era lo único que tenía sentido.

—No me vengas con tonterías. Mira, yo no soy el enemigo. Sólo quiero entender lo que está pasando.

—¿No has sido tú el que me acaba de decir que vigile lo que digo con la gente equivocada?

—Sí, pero por si no te has dado cuenta, yo soy de los *buenos*. —Los ojos de Kincaid se desviaron hacia la casa. Alex siguió su mirada y vio a Jess observándolos desde una ventana. Cuando vio que la estaban mirando, la anciana inclinó la cabeza en un pequeño gesto de asentimiento y corrió las cortinas—. ¿Confías en mí? —le preguntó Kincaid.

A pesar de lo que Ernst había dicho, Kincaid le inspiraba más confianza que cualquier otro de ese lugar, tal vez porque su olor le recordaba mucho al de su padre. Durante la conversación, ese olor no había cambiado; no detectaba aquel regusto penetrante que asociaba con una mentira. Y él parecía estar haciendo un esfuerzo especial por ayudarla, así que dijo:

—Supongo que sí.

—Entonces, confía en mí ahora. ¿Cómo supiste lo de su... bueno, yo lo llamo supersentido? El suyo es el tacto. ¿Y el tuyo?

Alex se humedeció los labios.

—Lo olí.

Las cejas de Kincaid se enarcaron hasta el nacimiento del pelo.

—¿Lo oliste? ¿Como un perfume?

Ella asintió.

—Fue así como descubrí que Harlan estaba allí. Harlan tiene... tenía un determinado olor que reconocí.

—¿Quieres decir que Yeager tiene un olor característico? ¿Lo *oliste*?

—Bueno, dicho así, parece que huele mal, pero... sí. Todos tenemos un olor determinado. Algunos son más —buscó la palabra— *concentrados* que otros. Muchas veces creo que lo que huelo es cómo se siente. —Le explicó lo de sus fogonazos repentinos de recuerdos—. Como cuando asocio el olor a un recuerdo que me hace sentir de una forma determinada y entonces sé lo que están sintiendo. No siempre funciona, porque hay cosas a las que, sencillamente, no puedo poner nombre. Por

ejemplo... ya sabes, un olor a ardilla es un olor a ardilla.

—¿Yo huelo?

—Sí. Hueles a cuero y a —lo pensó— polvos de talco.

—Bien, el cuero es bueno. Sin embargo, si no fuese tan varonil, podría tener el problema con lo de los polvos de talco. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿Qué me dices del Reverendo?

—Opaco. Como una niebla muy densa o ese olor frío que tiene un cristal empañado. En realidad, no pude sacar nada en claro de él y, cuando adiviné lo suyo, lo del tacto, me di cuenta de que se había sorprendido porque fue como si algo se abriera de repente y después olí a lluvia. Creo que significa que estaba lloviendo cuando le pasó.

—Eso es cierto —afirmó Kincaid—. Aquel día estaba lloviendo. Lo del olor a cristal también es interesante. ¿Qué crees que puede significar?

—Creo que estaba mirando por una ventana.

Una sonrisa asomó a la boca de Kincaid.

—Sí, eso también es cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo estaba sentado a su lado cuando ocurrió.

—¿Dónde?

—Donde vivíamos, junto a todos los otros Despertados —dijo Kincaid—. En el ala de enfermos de Alzheimer del asilo.

Alex se mudeció.

—¿Eras un paciente? ¿Tenías *Alzheimer*?

—Sí. ¿Por qué crees que nos llamaron los Despertados? No estaba en estado terminal, pero casi. Fase seis. Créeme, yo fui el primer sorprendido de verme en pañales cuando me desperté. Gracias a Dios, estaba seco.

—¿Cómo puedes bromear sobre algo así? —No podía dejar de imaginarse a Kincaid babeando y cagándose en los pantalones—. No le veo la gracia.

Kincaid se encogió de hombros.

—A mi edad uno aprende a no tomarse las cosas demasiado en serio. Me desperté delante del ventanal amarrado a una silla de ruedas y el auxiliar (un joven de unos treinta años) estaba muerto y bien muerto. Intentaba desabrocharse esas correas sin ayuda... Necesitarías a un auténtico Houdini para soltar una. Por poco me estrangulo.

—La miró y se echó a reír—. ¿Sabes que como no cierras esa boca te van a entrar moscas?

—¿Y cuántos como tú hay?

—¿Despertados? Sólo cinco, contándonos al Reverendo y a mí.

—Así que tú... ¿puedes oler...?

—No. Soy como me ves. Además del Reverendo, sólo hay otra persona con algo similar. Es capaz de oír a una gran distancia, como los murciélagos, supongo, pero con matices, lo cual puede resultar útil. Sin embargo, tú eres la única que puede olerlos. En ese sentido, eres como los perros cuando perciben el tufo de los Cambiados. —Le guiñó un ojo—. Pero a ti te ven como a una amiga. Más que eso, te protegen. De modo que tú también debes de haber cambiado en algún sentido. Las feromonas, probablemente.

La palabra le resultaba familiar. Algo de Biología...

—¿Qué son?

—Sustancias químicas secretadas por el cuerpo que producen ciertos olores que, a su vez, desencadenan ciertas respuestas. Por lo que sé, todos los animales las transmiten. Sobre todo los insectos. Así es como se comunican las abejas y las hormigas, por ejemplo. —Los labios de Kincaid se torcieron en una mueca de pesar—. Siempre he pensado que mi mujer olía a lirios. Cuando murió, me aferraba a su ropa todo el tiempo. Meterse en su vestidor era como recibir un abrazo.

Alex recordó el olor de Tom, aquella mezcla especiada que la aturdía y le hacía desear el contacto de su piel, y un dolor hueco, que identificó como una profunda tristeza, se instaló en su pecho.

Kincaid observó la cara que había puesto y la malinterpretó.

—Gracias, muchacha. Nunca se supera la pérdida de un ser querido, pero estoy bien.

—Le apretó el hombro—. Ahora no podemos hacer nada con que los perros hayan decidido convertirte en tu nueva mejor amiga, pero podemos solucionar el asunto de Harlan con bastante facilidad. Simplemente, diremos que lo reconociste, ¿de acuerdo? Al Reverendo le gustará mantener este asunto del superolfato en secreto. Ni siquiera se lo digas a Chris.

—No te preocupes por eso. —No se veía tentada a compartir nada con Chris. Que Kincaid presupusiera que podía confiar en él era un poco alarmante. «A lo mejor nos



ven como una pareja. Tal vez por eso Jess no dejaba de darle la lata con que fuera mi escolta cuando él quería escaquearse»—. ¿Crees que la gente querría hacerme daño? —Es una posibilidad. Pensarían que te propones algo. Ese supersentido del olfato que ahora tienes... es una bendición y una maldición. Aunque es bueno para nosotros porque puedes detectar a los chicos que los perros no pueden... y ya se les han escapado unos cuantos.

Se le vino a la menta una imagen de niños desfilando ante ella para que los examinara.

—No quiero hacer eso.

Kincaid la miró con severidad.

—Eres una chica inteligente. Te lo puedo decir más alto, pero no más claro. Tenemos que valernos de todos los recursos de los que dispongamos... y eso te incluye a ti. Pero ahí es, también, donde podría surgir algún conflicto, porque sería su palabra contra la tuya. Un olor no es algo que se pueda ver o tocar.

—Pues a Yeager siempre lo creéis.

—Yeager pertenece a una de las Cinco Familias y ahora es el presidente del Consejo. Sí, ahora... No podía creer que hubieran dejado a un demente decidir las normas. ¿Quién había dirigido el cotarro antes de que Yeager se *despertara*?

—¿Y por qué habría de mentir yo?

—Mira, lo sabes tú y lo sé yo. Yeager y el Consejo también lo sabrían, pero ¿crees que la gente normal confiaría en ti? Si se sabe lo que eres capaz de hacer, otros empezarán a decir que tienen también un supersentido. En otras palabras, mentirán. Por mucho que el Consejo y el Reverendo dijeran lo contrario, las cosas podrían ponerse bastante feas. ¿Comprendes lo que te digo? Podríamos tener una versión reducida de los juicios de las brujas de Salem y no tenemos tiempo para tonterías. Nunca lo había considerado, pero le pareció lógico. En el instituto, un rumor podía echar por tierra tu reputación.

—De acuerdo.

—Bien. Así que si hueles algo, me lo dices a mí o se lo dices al Reverendo, y punto.

¿Está claro?

Y a ningún otro de los miembros del Consejo... Qué interesante.

—¿Y qué vais a hacer si aparece alguien más con un supersentido?

—Nos haremos cargo. Pero no creo que pase, de todas formas. —Volvió a guiñar el ojo—. ¿Tienes idea de por qué te ha ocurrido a ti?

El corazón se le aceleró de alarma.

—No. —Como él no dijo nada, Alex continuó—: En serio.

—Mmm. —Kincaid frunció los labios—. Verás, yo no soy como Yeager, pero creo que es la primera vez que me mientes, Alex, y ya sé por qué. Todos los supervivientes (nosotros, los mayores) tenemos cerebros diferentes al resto de las personas, incluso de las que tienen cuarenta o cincuenta años. Por ejemplo, los patrones del sueño son distintos: no soñamos tanto como la gente más joven.

Se acordó de Tom y de las continuas interrupciones del sueño que sufría, del monstruo y de aquella pesadilla.

—Entonces, ¿todo se reduce a eso? ¿A los sueños?

—Hombre, no es que sea por arte de magia. Probablemente el cambio se produzca por una combinación de factores. El cerebro de las personas mayores no es tan ágil como solía ser. No produce tantos neuroquímicos. Sin embargo, no es una regla matemática, hay gente muy lúcida con noventa años. De hecho, conocí a una persona así; lo malo es que murió enseguida. Era como si tuviese cuarenta años en lugar de noventa.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Bueno, pensémoslo por un momento. Este... *Cortocircuito*, como tú lo llamas, fue producido por un montón de pulsos electromagnéticos de alta intensidad, ¿verdad? Bien, ¿y eso no son descargas eléctricas? ¿Y no es el cerebro un órgano que depende,

esencialmente, de la electricidad para funcionar? Un cerebro es como una colmena. Todas las células tienen que estimularse en el orden correcto, si no, es un caos: un puñado de abejas que se mueven a su antojo y no logran hacer nada.

Alex creyó saber adónde quería llegar.

—Así que, si provocas en el cerebro un cortocircuito considerable, ¿se desencadena el caos? ¿Liberas un torrente de neuroquímicos? ¿Por qué ocurriría eso?

—Alex, ¿qué crees que es una apoplejía? Otro tipo de caos: un montón de células que generan impulsos eléctricos de un modo descoordinado. Además, pueden matarte. El cerebro puede bloquearse y dejar de funcionar, provocando la muerte de la persona. Por eso creo que esos ancianos, cuyos cerebros ya no funcionaban tan bien como cuando eran jóvenes, estaban protegidos. Cuando se produjo el Cortocircuito, se quedaron aturdidos, pero no murieron. Aquellos que estábamos tan mal (los Despertados) teníamos el cerebro como una pasa. Fue como si el Cortocircuito nos despertara y preparase nuestros cerebros para fabricar las sustancias químicas que ya no producíamos. Me imagino que la cosa será un poco más complicada, pero puedes hacerte una idea.

Era cierto, pero seguía sin encontrar la respuesta a por qué Tom había sobrevivido. O ella... a menos que tuviera razón y el monstruo le hubiera causado el daño suficiente como para salvarla.

—¿Y qué les pasa a los niños?

—No lo sé. El cerebro de los niños no es de piedra. Sigue creciendo y desarrollándose. Sé a ciencia cierta que los niños pueden sobrevivir a daños cerebrales, como los producidos en casos de ahogamiento por inmersión en agua fría, que matarían o discapacitarían a un adulto. Cuanto mayor eres, menos capacidad tiene tu cerebro de asimilar una lesión y adaptarse. Supongo que hay un punto natural en el que la lesión es demasiado grande para que el cerebro la soporte. En el contexto del Cortocircuito, eso significa que la mayoría de los adultos no pudo asimilar el trauma y cayó muerta.

—¿Y qué hay del Cambio?

—Por lo que sabemos, creo que tiene que ver con el desarrollo del cerebro y con las hormonas.

—Tom y yo nos preguntábamos lo mismo.

Le contó a Kincaid el encuentro con Larry y Deidre. Este asintió con la cabeza.

—Encaja. Las hormonas explicarían también por qué los niños siguen cambiando a medida que crecen.

De pronto, Alex pensó en Ellie.

—¿Quieres decir que todos los niños pequeños van a cambiar?

—Tal vez. Hasta ahora, parece que es así. Por otra parte, sólo han pasado un par de meses. A lo mejor los supuestos cambios que se hayan producido en sus cerebros llegan a repararse por sí solos. Puede que los bebés y los niños pequeños tengan una oportunidad. O puede que no.

¿Toda una generación de niños en proceso de cambio? El mero pensamiento le dio escalofríos.

—Entonces, ¿por qué unos hemos cambiado y otros no?

—¿Los Salvados? No sé qué es lo que os pasa a vosotros ni por qué tú y gente como Chris, Peter y ese tal Tom amigo tuyo no habéis cambiado. Probablemente, vuestros cerebros sean diferentes de algún modo. Que me aspen si lo sé.

Alex dudó un momento.

—Dijiste que las personas mayores no duermen ni sueñan igual que los demás. Creo que algo malo le ocurrió a Tom en Afganistán... lo bastante para que... para que no pudiera dormir mucho ni de seguido.

Kincaid arqueó las cejas.

—¿Estrés postraumático? Hum. No lo había pensado. Podría ser.

—¿Por qué?

—Porque el cerebro de la gente que padece trastorno de estrés postraumático cambia continuamente: los síntomas de este trastorno refuerzan el daño y el daño, a su vez, desencadena más síntomas. Por eso es tan difícil de tratar. Puede que la persona aprenda a funcionar, pero es una lesión de la que el cerebro nunca se recupera.

—Kincaid soltó una risita ahogada, resoplando como un perro—. Si yo no fuera un simple médico rural, tuviera una muestra enorme de niños, un laboratorio bien equipado y pudiera hacer todo tipo de ensayos, a lo mejor lo averiguaba, pero eso no va a ocurrir. No obstante, hay una cosa que sí sé: todos los Despertados tenemos algún tipo de daño cerebral, por definición, y ahora estoy pensando que algunos de los adolescentes que deberían haber cambiado no lo hicieron porque sus cerebros y hormonas eran diferentes en algún aspecto. —Se detuvo—. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

El estómago le dio un vuelco repentino.

—No del todo.

—Alex, puede que no sea el chico más listo de la clase, pero soy médico y sé sumar dos más dos. El Reverendo tenía serios daños cerebrales y ahora tiene un supersentido. Tenemos otro Despertado con un superoído. Pero tú eres la única que conozco que es Salvada y que tiene un supersentido, así que dime —Kincaid volvió a guiñarle el ojo—: ¿qué es exactamente lo que tienes en la cabeza?

# 54

Estás bien? —preguntó Sarah. Se detuvo mientras *Fantasma* husmeaba alrededor de un árbol—. Llevas toda la noche muy callada.

—Sólo estoy cansada. —Alex encogió los hombros cuando el viento levantó un puñado de helada nieve y la arremolinó formando un arabesco brillante a la luz de su linterna. Distinguía la silueta voluminosa del guardia unos pasos más adelante y el destello de nieve astillando la potente luz blanca de su farol.

—Siento mucho lo que pasó —dijo Sarah.

—¿Lo que pasó?

—Sí, en el juzgado. Lo sabe todo el pueblo. Lo de cómo reconociste a ese hombre, a ese tal Harlan. Peter me contó que dejó a esa pequeña sola ahí fuera.

—Ellie. Sí —prosiguió Alex, un poco avergonzada ahora, porque no había pensado en Ellie, sino en Kincaid. Podía considerarse a sí mismo médico rural, pero fue lo bastante agudo para adivinar lo del monstruo. Suponía que podía haber mentido; después de todo, no había sido una especie de liberación.

Lo que había dicho sobre el monstruo también era interesante: «No sabes si el tumor se ha esfumado, si está muerto o aletargado. Tal vez el Cortocircuito lo ha fundido. O quizá todos esos PEM lo organizaron de algún modo, lo hicieron funcional en lugar de destructivo, como otro lóbulo de tu cerebro».

O tal vez ambas posibilidades. Recordó lo enferma —como con la quimio— que se había sentido justo después del ataque. Había supuesto que el Cortocircuito lo había causado, pero su cerebro estaba atestado de SEMILLAS cargadas de un nuevo medicamento experimental. Barrett no había sido capaz de hacer que las SEMILLAS vertieran su carga; las sondas lumínicas no habían funcionado. Sin embargo, la luz era sólo una forma visible de radiación electromagnética... un tipo diferente de PEM. Así que tal vez el Cortocircuito —con todos esos PEM— fue lo bastante fuerte como para hacer estallar las SEMILLAS. El monstruo o bien había muerto o bien se había alterado de algún modo, y ella también.

No podía compartir nada de esto con Sarah.

—Está bien. Quiero decir, que no. Entiendo por qué Chris no quiso ir a buscar a Ellie, pero... —Dejó escapar un suspiro que el viento robó—. Eso no hace que me sienta mejor.

Sarah permaneció en silencio mientras esperaban a que *Fantasma* terminase.

—Creo que están haciéndolo lo mejor que pueden —dijo finalmente—. Ya sabes, dándonos un techo y esas cosas.

—Eso no es lo mismo que ser feliz o libre.

—La gente intentó matarte —señaló Sarah—. Te apuesto lo que quieras a que unos cuantos de ellos nos matarían a todos si pudieran.

Larry: «Eres una especie en peligro de extinción».

—Sí, pero entonces, ¿quién quedaría? Lena tiene razón. Nos necesitan. ¿No has visto a algunos de estos tipos? Son muy viejos. Al final, ya sabes, la palmarán. Nos necesitan para que nos ocupemos de ellos.

—Bueno —dijo Sarah—, no sé si esa es la única...

De repente, oyeron el tartamudeo lejano de unos disparos. Sonaban muy rápidos, casi superpuestos. «Rifles», pensó Alex. *Fantasma* se estremeció, intentó refugiarse entre

las piernas de Alex, pero sólo consiguió enredar la correa alrededor de sus pantorrillas. Al final de la manzana, vio al guardia corriendo hacia ellas.

—Chicas, ¿os falta mucho? —preguntó. Su propio perro, un chucho de pelo largo, hizo cabriolas alrededor de Alex y se quedó pacientemente quieto mientras el cachorro le mordisqueaba el cuello y le hacía el ceremonial serpenteante de *estoy-encantado-de-verte*.

—¿A quién están disparando? —inquirió Alex.

El guardia se encogió de hombros a la vez que meneaba la cabeza.

—Podría ser algún Cambiado, aunque últimamente no nos molestan demasiado. Diez a uno a que se trata de invasores. Por la noche es cuando intentan entrar desde el bosque. Una estupidez, si te digo la verdad.

—¿Por qué? —preguntó Alex.

—Porque *ellos* también salen de noche —contestó Sarah.

—Doble riesgo, doble diversión —dijo el guardia, plantándose ante ellas con un aire chulesco—. Tenemos nuestro perímetro, lo que significa que tienen que atravesar la Zona, esquivar a los Cambiados y colarse sin que los pillemos. El único modo de hacer eso es salir de día, agazaparse en la Zona y esperar. A los que no atrapamos por la noche los cogemos a la luz del día.

Bueno, eso explicaba los disparos que Alex había oído aquella mañana. La imagen de los guardias de Rule peinando los bosques para cargarse a gente descarriada le molestaba. Estaba segura de que eso no representaba ningún problema para Peter. Pero ¿y para Chris? ¿Estaría ahora ahí fuera?

«¿Y qué si lo está?». Alex sintió un arrebató de impaciencia. «¿A quién le importa lo que Chris piense o dónde esté?».

Sin embargo, el pensamiento siguió rondándole la cabeza y lo que la ponía aún más furiosa era lo que sentía al imaginarse a Chris corriendo riesgos ahí fuera, en la oscuridad.

Preocupación.

De vuelta en la casa, Jess estaba cosiendo a la luz de una vela y parecía indiferente. Alex se imaginó que lo más probable es que estuviera acostumbrada a oír tiroteos todas las noches en el O.K. Corral. Sarah y ella dieron las buenas noches a Jess y al guardia, que parecía bastante contento de poder descongelarse junto a la estufa de leña.

—El perro se queda abajo —advirtió Jess cuando *Fantasma* intentó seguir a su dueña. Alargó a Alex y a Sarah unas bolsas rojas de agua caliente y una vela encendida; después se agachó para coger al cachorro—. ¿Y tú dónde vas, grandullón? —le regañó, y se rió cuando la lengua del cachorro le lamió la barbilla—. Estará bien aquí abajo en su cesta. Chicas, si queréis compartir cama, dormiréis más calentitas.

—Ah —dijo Alex y miró a Sarah, que se encogió de hombros.

—Por mí, bien —asintió Sarah.

—De acuerdo. Entonces, quedaos las dos en la habitación de Alex. Está justo encima de la cocina —dijo Jess.

Atravesar el yunque de aire gélido sólidamente instalado en las escaleras era un acto de voluntad. Hacía tanto frío que veían el vaho que sus alientos desprendían a la luz de la única vela que Jess les había dado. La puerta de la habitación de Tori estaba cerrada. Una bandeja de comida cubierta con un paño continuaba delante de la puerta de Lena. Cuando volvió de trabajar en la lavandería —Alex no la envidiaba en absoluto—, se fue directamente a su habitación y se negó a bajar.

Sarah se puso en cucullas y echó un vistazo debajo del paño.

—No lo ha tocado —susurró.

—Te va a arrancar la cabeza de un mordisco. Vamos, ya comerá cuando tenga hambre —dijo Alex entre dientes, pensando sólo en meterse bajo las mantas. Incluso con la

bolsa de agua caliente pegada a los pies, le resultaba imposible dormir sin calcetines y calzones largos.

Sarah se entretuvo un rato más y luego la siguió. Después de haberse lavado —el agua helada le produjo a Alex escalofríos al cepillarse los dientes—, se cambiaron rápidamente, se metieron bajo un edredón de plumas doble y Sarah susurró:

—En realidad, no es tan mala.

—¿Qué? —Estar en la cama con Sarah le había traído recuerdos de Ellie, y Alex tuvo que pensar un segundo—. ¿Quién, Lena? Sólo si no te importa aguantar un síndrome premenstrual permanente.

—Lo pasó muy mal. No habla mucho de ello.

—¿Es verdad que se escapó de aquí?

—Sí, unas tres semanas después de llegar. Estaba intentando volver al norte. Creo que todavía tiene familia cerca de Oren.

«Territorio amish», pensó Alex, recordando la señal que había visto meses atrás en aquel *Quik-Mart*.

—Vaya. ¿Son mayores?

—Lo bastante mayores para estar muertos, lo bastante jóvenes para ser Cambiados. Su madre está muerta, eso seguro. Creo que su padre murió hace años. Dijo que su madre, un par de hermanos y ella estaban viviendo con sus abuelos. Puede que sigan vivos.

—Entonces, ¿cómo es que ha terminado aquí si aún tiene familia?

—Nunca se lo he preguntado, pero creo que no le gustaba mucho estar en casa. De todos modos, cuando se fugó, sólo se adentró un kilómetro y medio en la Zona...

—¿La Zona? —El guardia también la había mencionado.

—Sí, es como una «zona de transición», una franja de protección entre Rule y todo lo demás. Los perros la atraparon. Esa es otra de las razones por las que los odia tanto.

—Un kilómetro y medio es bastante. Eso significa que también tuvo que despistar a un escolta.

—Bueno, se hizo muy amigueta de los guardias. Creo que sobornó a uno, ya sabes...

—No. Yo... —Y entonces lo pilló—. Ah, eso es asqueroso.

—Algunos de estos tíos son asquerosos —aseguró Sarah con total naturalidad—. Sólo parecen abuelos. De todos modos, esa es la razón por la que Jess siempre tiene que estar por aquí vigilando cuando los viejos vienen. Si alguien de nuestra edad nos visita, entonces ella se marcha para que podamos, ya sabes, hablar y eso. Quieren que conozcamos a esos tíos.

—¿Qué le pasó al guardia de Lena?

—Lo expulsaron, como hicieron con el tipo ese al que tú reconociste.

—¿Y la gente simplemente decide no volver a colarse?

—Supongo que, cuando saben que les van a disparar, prefieren no hacerlo.

—No me lo creo.

—Pues créetelo. El Reverendo Yeager es muy estricto con eso. Es como si, una vez que ha decidido que eres un Expulsado, no hubiera más que hacer. Hay muchos guardias en los bosques.

—¿Haciendo rondas? —Alex no estaba segura de querer estar allí fuera al caer la noche, ni siquiera con un rifle.

Sarah sacudió la cabeza.

—Hay puestos de vigilancia en los árboles. Tienes que saber dónde mirar. Aun así, van cambiando de sitio, de modo que no puedes predecir dónde estarán.

—Sabes mucho de esto.

—Oh. Bueno... Peter y yo somos... nosotros hablamos. —Por la forma en que Sarah dijo aquello, Alex pensó que tal vez hacían algo más que hablar, en cuyo caso la decepción de Tori debía de ser mayúscula.

—¿Y qué es lo que tienes que hacer para que te den permiso para marcharte?  
—preguntó Alex.

—¿Por qué iba alguien a querer hacer eso?  
—Bueno —dijo Alex, aturrullada momentáneamente—, ¿qué pasa si quieres intentar buscar a tu familia o algo? Si yo quisiera, por ejemplo.

—Oh, nunca te dan permiso. Nos aceptaron y van a retenernos.  
Alex pensó que Rule era como un anuncio de insecticidas: las cucarachas entran, pero no salen.

—¿Y a ti eso te parece bien?  
—Pues claro —confirmó Sarah—. En fin, no es que tengamos mogollón de opciones. Eso le hizo pensar en algo que Lena había mencionado y que no tenía sentido.

—¿Es eso lo que quieren decir con Elegidos? ¿Es lo mismo que Salvados?  
—No. Elegido significa que alguien te ha escogido.

—¿Escogido?  
—Sí. —Una pausa—. Un tío.

—¿Un tío?  
—Sí. Un tío, ya me entiendes, decide... que quiere... ya me entiendes...

—¿Qué? —soltó Alex, mucho más alto de lo que pretendía—. ¿Nos *entregan* a un tío? ¿Para que vayamos a vivir con él?  
—Sí, pero no con los viejos —añadió Sarah a modo de excusa—. Nos entregan a chicos de nuestra edad. Uno de ellos nos escoge a una de nosotras y, si el Consejo está de acuerdo, vamos a vivir con él. Nos dan nuestra propia casa, lo cual es muchísimo mejor que vivir aquí. En fin, la idea es que vivamos juntos y que lleguemos a conocernos el uno al otro. —Hizo una pausa—. Es como lo de los amish. Cuando los emparejan y les hacen acostarse en la misma cama para que hablen y se conozcan sin que pase nada, ¿sabes? Sólo que nosotros vivimos juntos, no sólo nos metemos en la misma cama.

Ninguna de las opciones sonaba bien.

—¿Lo dices en serio? Lo dices en serio. ¿Vamos a...? Si un chico nos escoge, ¿esperan que *durmamos* con él?  
—Si queremos, supongo. Sería normal. No sería correcto del todo, por supuesto...  
—Sarah titubeó—. Se supone que nadie nos va a obligar, pero... seguro. Me refiero a que eso es lo que hace la gente que vive en pareja.

«No, eso es lo que hace la gente que está enamorada. Que te encierren en la casa de un tío no significa que te sientas así».

—¿Y ya le han hecho esto a alguna chica? Sólo han pasado un par de meses.  
Alex notó el asentimiento de Sarah.

—Creo que llevaban haciéndolo ya desde hacía mucho tiempo. Lo único que sé es que nadie ha pedido volver. El Consejo dice que puedes si quieres, pero nadie lo ha hecho. Piénsalo: tienes tu propia casa, creas tus propias reglas... bueno, muchas de ellas. No es que puedas irte adonde quieras, pero fuera de Rule, de todas maneras, no estás a salvo. Entonces, ¿a quién le importa?  
Dios mío, no importaba lo que Kincaid dijese: era como una secta.

—Así que nadie se ha negado nunca.

—Bueno, creo que Lena estaba preocupada por que este chico la pidiera. —Sarah suspiró—. Era Peter, ¿vale?  
—Creía que a Tori le gustaba Peter.

—A Tori. —Resoplido—. Peter no está para nada interesado. Sin embargo, Greg está colado por ella. Es un poco embarazoso, ¿sabes? Como si uno de primero le pidiera salir a alguien del último curso.

—¿Y qué pasó con Lena y Peter?  
—Que él empezó a tontear un montón y a pedirle que fueran a dar paseos a sitios...

—¿Como una cita?

—Lo más parecido que te puedes encontrar en Rule, sí. Creo que fue así como descubrió qué guardia cubría cada zona. Después de que le trajeran de vuelta, Peter estaba tan furioso que quería que la declararan Expulsada, pero para que nos hicieran eso a una de nosotras, casi tendríamos que haber matado a alguien, e incluso entonces no estoy segura de que el Reverendo lo consintiera. Valemos demasiado para ellos.

—¿Y qué pasa si decimos que no?

—Bueno, yo no le diría que no a Peter —dijo Sarah—. Y, si eres lista, tú tampoco le dirás que no a Chris.



S

arah no tardó en dormirse. Alex se quedó mirando las sombras del techo, con la mente tan acelerada como un tren de alta velocidad.

Qué estúpida había sido. ¿Cómo no se había dado cuenta? Por eso la gente decía que ella —y cualquier otra chica— era tan valiosa: para emparejarla con un chico. Demonios, ya puestos, a lo mejor emparejaban a una misma chica con más de un chico.

Porque eran valiosas. Porque podían tener hijos.

Se acabó el mundo que conocía.

Rule no era un refugio.

Era una cárcel.

Pero Sarah estaba equivocada. Alex no tenía ni una ni dos, sino tres opciones.

Primera: podía acatar las reglas con la esperanza de que algún chico que no fuera demasiado asqueroso la eligiera. Si apuraba, tal vez Chris.

Segunda: podía armar un poco de ruido. Su padre la había enseñado bien. Sabía disparar con facilidad tan bien como cualquiera de los hombres encargados de patrullar. Quizá mejor que algunos. Montar a caballo no podía ser tan difícil, así que a lo mejor podía conseguir que la asignaran a una patrulla. Al fin y al cabo, tenía algo que ofrecer y su supersentido —si se lo contaba a Chris o a Peter— sería útil. No tenía muy claro cómo reaccionaría si al final tenía que dispararle a alguien que no fuera un Cambiado. Aunque, pensándolo bien, aquello no sería un problema si se encontraba con alguien como Harlan. El caso era salir de Rule. Una vez que saliera a patrullar con su compañero, podría aprovechar el momento en que se separaran para marcharse a caballo... y no regresar.

Tercera: podía coger las cenizas de sus padres y echar a correr como alma que lleva el diablo, cosa que, de llevar a cabo, sería algo así como cerrar el círculo, pues volvería al punto de donde había partido cuando empezó esta pesadilla.

La primera opción le repugnó. No quería que la ofrecieran a nadie. ¿Y tener hijos? No podía pensarlo sin que se le erizara la piel. ¿Dónde acabaría aquello? No había ninguna garantía de que fuera a terminar con alguien que le gustase. Los hombres tomaban las decisiones en Rule. Jess era una mujer fuerte. Por lo que sabía, estas eran algunas de las cosas que Jess quería que Chris cambiara, pero, a pesar de sus fanfarronadas, la anciana acataba siempre la voluntad de los hombres.

Por lo tanto, la primera opción quedaba totalmente descartada.

La segunda opción era una posibilidad.

Si conseguía que le asignaran a una patrulla, podría ingeniárselas para salir de allí. No siempre podrían mantenerla pegada a ellos. Al final, acabarían confiando en ella. Ya casi podía verlo: saliendo a lomos de un caballo y uno de ellos —Chris— diciéndole: «Ve a echar un vistazo por allí, y yo iré por el otro lado». Y cuando fuera a buscarla, ya se habría ido.

Pero ¿cómo entrar en una patrulla? Tendría que hablar con alguien. ¿Con Peter? Sí, a Peter le gustaría que supiera manejar un arma. Tal vez pudiera contarle lo de su sentido arácnido. Aunque ¿cómo podría demostrar algo así? Kincaid la había creído porque él era uno de los Despertados y conocía el supersentido de Yeager. Sin

embargo, nadie más lo sabía... Kincaid había dicho que era algo subjetivo: no había manera de demostrar que estuviera diciendo la verdad, a menos que delatara a alguien.

Chris... No sabía nada sobre él. Podría investigarlo, aunque tampoco es que tuviera experiencia en ese tipo de cosas. Darle coba a Chris la hacía sentirse incómoda y no sólo porque no quisiera alimentar el rollito Tarzán-Jane. Peter era tal como lo veías. Chris, por el contrario, vivía demasiado en las sombras y le daba la sensación de que siempre la estaba observando —vigilando—, intentando descifrarla.

¿Cómo reaccionaría Chris cuando se enterara de su secreto? Bastante malo era ya que Kincaid hubiese averiguado lo del monstruo. Ni siquiera Yeager había llegado a esa conclusión. El Reverendo parecía aceptar su habilidad como una especie de don divino.

«Eh, espera un momento». Si Chris o Peter descubrían lo del monstruo, seguramente querrían cambiarla por alguien que fuera a... vivir. La echarían a patadas del pueblo...

¿Y no era eso lo que quería?

Bueno, sí, pero tampoco de ese modo. Quería marcharse bajo sus propias condiciones, cuando estuviera preparada. Para ello necesitaría víveres... para un mes, pensó, y eso significaba, en su mayoría, comida precocinada. Con el revuelto de frutos secos y el bocadillo de huevo y ensalada que les daban para tres días no tenía ni para empezar. Necesitaría lejía o pastillas para purificar el agua. Un saco de dormir, una lona y botellas de agua. Su mente inquieta iba imaginando los artículos a ralenti: pedernal, cerillas impermeables, trampas de lazo, hilas para yesca... Tendría que hacer una lista. Aún conservaba el cuchillo de bota que Tom le había dado. Con todo el escándalo, lo habían pasado por alto. Primero lo había ocultado bajo el colchón, pero luego pensó que era demasiado obvio, así que lo escondió donde creyó que a nadie se le ocurriría mirar: en el fondo de la bolsa de pienso de *Fantasma*. Con echarle un vistazo de vez en cuando, se quedaba tranquila. Sin embargo, también necesitaría un arma. Su Glock, si es que podía encontrarla, y un rifle no le vendrían nada mal. Munición, varias cajas, en caso de que lograra averiguar dónde la guardaban. ¿Un arco? No, demasiado grande. Lo mismo pasaba con el rifle. Pero la pistola, seguro. Eso era incuestionable. Y un lugar para esconderlo todo hasta que consiguiera que la asignaran a una patrulla...

¿Y hacia dónde escapar?

Lena.

Lena lo había intentado. Lena lo sabría. Alguna idea tendría, ¿no? Aunque no tenía un pelo de tonta y si Alex empezaba a curiosear y a hacer preguntas, ataría cabos. Querría unirse al plan y aquello sería un desastre.

Una vez que se escapara, ¿cuánto tiempo la buscarían? Quizá sólo mientras creyeran que valía la pena conservarla... Aquello la llevó a reconsiderar la idea de desvelar por completo el asunto del monstruo, y eso no era bueno en absoluto.

Eso la situaba en la Puerta Número Tres.

Salir corriendo. Nada más. Y pronto.

Si lograba pasar desapercibida un par de semanas, seguirles un poco la corriente mientras lo reunía todo, podría conseguirlo. No necesitaría que la asignaran a ninguna patrulla. De hecho, sería mejor si merodeaba por el pueblo, conocía su ritmo y cómo se movían los habitantes. Que la gente confiara en ella y la vieran como alguien familiar. Lo familiar solía ser invisible. ¿Cuánta gente se da cuenta realmente de todo lo que ve? Además, Rule necesitaba provisiones. Para ello tenían a Chris, a Peter y a un montón de hombres. Un montón de caballos, un montón de carros y hombres de escolta, como en las antiguas caravanas. Debía aprovechar uno de esos momentos para largarse: cuando buena parte de los hombres estuvieran fuera del pueblo y los demás cubriéndose las espaldas.

Se levantó con cuidado de la cama, estremeciéndose con cada chirrido de los muelles,

pero Sarah estaba profundamente dormida y no se movió. Cruzó la habitación hasta la ventana, deslizó un dedo entre las cortinas y miró afuera. Oyó el suave tamborileo de la nieve contra el cristal, pero no vio nada. La noche era cerrada, oscura y vasta. Como no había farolas y no contaba con la oscilante llama de un mechero o con un cigarrillo encendido, apenas podía adivinar dónde estaba apostado el guardia. Probablemente se estuviera moviendo, aunque sólo fuera para entrar en calor. De pronto, cayó en que no sabía si los guardias tenían algún tipo de refugio o garita, que sería lo más lógico. Dar vueltas por ahí en medio de una tormenta de nieve no podía ser bueno para nadie, ni siquiera para un joven de su edad. No se imaginaba a un pobre pardillo clavado en el porche durante toda la madrugada con un rifle en el regazo. Lo más probable era que hubiese patrullas a caballo, como los policías de Nueva York. Tenía que averiguarlo.

¿Y los perros?

Mierda.

Si pasaba por su lado —y lo haría, no le quedaba más remedio—, la delatarían. Era la mejor amiga de todos. Llevarse a *Fantasma* era una cosa, pero a toda una jauría... ¿Cómo podría emplearlos a su favor? Se le vino a la cabeza la imagen de un ejército de perros convocados para la ocasión: ¡Id! ¡Buscad! ¡Hacedos los muertos! Ni de coña. Todo a hacer puñetas, como habría dicho tía Hannah.

El frío se filtraba por el cristal y le entumecía la cara. Se imaginó ahí fuera, sola, lidiando con la ventisca. Aun con esquís y raquetas, sería bastante duro. Se le estaban cerrando todas las puertas, y rápido. El invierno sólo podía empeorar.

Bueno, ¿y cómo evitar que la cogieran? O peor, ¿que la confundieran con un invasor y le dispararan? Se escabulliría hasta el extremo noroeste, saldría pitando hacia la vieja mina, giraría al norte y se dirigiría a... ¿dónde?

A Minnesota. A la frontera. A Canadá. Si Tom seguía vivo, allí es donde iría. Mucho terreno que recorrer y, además, un gran país. Aunque si Tom estaba vivo...

Si Tom estaba vivo...

—Tom —exhaló su nombre con apenas un suspiro, contemplando cómo su aliento nublaba la ventana y luego desaparecía, dejando sólo el recuerdo de lo que antes había habido.

Al pronunciar su nombre, volvió a sentir aquel dolor hueco. Si Tom no estaba muerto, ¿dónde estaba? ¿Qué le había ocurrido? ¿Estaría buscándola? No, ya habría llegado aquí: sabía que ella se dirigía a Rule. Pero si estaba vivo y pensando en ella en aquel momento en que ella pensaba en él, a lo mejor...

Cerró los ojos. Se obligó a calmarse, ahuyentó los malos pensamientos y recordó su olor, aquel extraño aroma especiado que era Tom.

Lo veía y lo sentía en *flashes*: Tom a la luz del fuego, Tom abrazándola la noche que encontraron la radio, Tom como una silueta cuidando de ella. Los labios de Tom. La mano de Tom en su pelo. Su sabor...

No sabía si la tirantez que sentía en la garganta o la plenitud que le llenaba el corazón significaban que estaba allí, que estaban conectados de algún modo. Tal vez lo único que veía y sentía era simplemente la plenitud sensual del recuerdo: aquello que aún permanecía y que no era más que el fantasma de su tacto, el susurro de su voz, la persistencia de su olor.

Pero seguía siendo él. Y pensó que, quizá, aquel era el motivo por el que algunas personas no les importaba que les persiguieran los fantasmas.

A

la mañana siguiente había decidido que, por lo pronto, seguiría las reglas.

«Misión de reconocimiento», así es como Tom lo habría llamado. Trabajaría con Kincaid en el asilo, que servía como hospital de Rule. Aprendería quién estaba destinado a cada sitio. Se orientaría, conseguiría suministros y después, cuando hiciese buen tiempo, se marcharía.

El colegio era de risa. Iba mucho más avanzada que sus profesores y para la hora del almuerzo del primer día, el director decidió que era mejor que pasara todo el tiempo con Kincaid.

Chris estaba esperando en el vestíbulo, fuera de la oficina del director, para acompañarla al asilo. El director y él intercambiaron saludos y luego el primero dijo:

—Chris, ¿crees que podrías conseguir unos cuantos ejemplares más de *Robinson Crusoe*? ¿Digamos, diez? Ah, y también *La isla de los delfines azules*, cualquier cosa de Cleary o Dahl...

Cuando se dirigían a la puerta principal de la iglesia, Alex dijo:

—¿De verdad puedes encontrarlos?

—Lo más seguro es que no. —Chris le sujetó la puerta y la siguió al frío exterior. El sol estaba brillando para variar. Entrecerró los ojos, hurgó en un bolsillo del pecho, sacó unas gafas de aviador y se las puso. Alex sintió una repentina punzada de envidia. El resplandor del sol le hacía daño en los ojos y los cubrió con la mano para protegérselos—. ¿No tienes gafas de sol? —le preguntó.

—Las tenía —contestó Alex con un fastidio apenas perceptible. No era estúpida—. Estaban en mi mochila.

—Lo siento —dijo—. No lo decía con mala intención.

—No pasa nada. —«Reconocimiento», pensó—. ¿Y dónde consigues los libros?

—Algunos en el pueblo, pero la biblioteca más cercana está a tres o cuatro días, de modo que, en realidad, no es una opción. Demasiados hombres y carros paralizados para que merezca la pena. Ya han desvalijado la mayoría de las casas en treinta kilómetros a la redonda, si es que las llamas no las han reducido a cenizas.

Alex desenganchó las riendas de *Honey* y se subió a la silla de un salto. A la yegua la nieve le llegaba a las rodillas. Pronto tendría que cambiarla por un caballo más grande. Eso o, sencillamente, esquiar hasta el asilo. Lo que sería un modo de agenciarse unos esquís, ahora que lo pensaba, y tal vez un par de raquetas.

—Sí, las he visto. Casas calcinadas. No lo entiendo.

Chris guió a su zaino, *Night*, y fue a su lado mientras cruzaban la plaza del pueblo antes de tomar una calle lateral hacia el norte en dirección al asilo.

—Asaltantes en su mayoría. Gente que coge lo que puede y prende fuego al resto. No están tan organizados ni son tantos como nosotros, o ya habrían tomado Rule. Sin embargo, lo que hacen es una especie de estrategia interesante.

—¿Por qué?

Él la miró tras sus gafas oscuras.

—Echan a más gente de sus casas. Se dirigen aquí. Se está corriendo la voz. Cuanta más gente acojamos, más lejos nos veremos obligados a ir para encontrar cosas. Cuanto más tengamos que alejarnos de Rule, más fácil resultará liquidarnos. Esa es la razón por la que limitamos el número de gente que admitimos, pero incluso así, ahora

asumimos más riesgos que antes al viajar a veces durante días para encontrar lo que necesitamos. Una vez que podamos sembrar de nuevo, las cosas serán más fáciles, pero, hasta entonces, dependemos de lo que podamos rapiñar, como todos los demás.

—¿Fue eso lo que pasó anoche? ¿Que los invasores intentaron entrar en el pueblo? Chris asintió.

—Perdimos a tres hombres.

—¿Y qué pasó con los invasores?

—Atrapamos a dos, pero otros dos escaparon. La próxima vez, los seguiré. No me importa lo que diga Peter. Si pudiéramos seguirlos a su campamento, a su pueblo o dondequiera que estén, podríamos aniquilarlos y quedarnos con lo que hayan encontrado. Un grupo menos del que preocuparse y más para nosotros.

—Pero no son Cambiados. Sólo es gente que intenta sobrevivir, Chris.

—Y que intenta apropiarse de lo que nosotros tenemos.

—Si hablaseis con ellos, tal vez cooperaran...

—Con esa gente no se puede hablar.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has intentado? —Como él no contestaba, ella insistió—: Chris, no puedes ir por ahí simplemente matando a gente y apropiándote de lo que tienen.

—¿Por qué no? —Él mantenía sus ocultos ojos en la carretera—. Ellos nos matarían a nosotros si tuvieran la menor oportunidad.

El asilo era pequeño: cuatro alas, sesenta camas y sólo veinte de ellas ocupadas por verdaderos pacientes del asilo. La mayoría estaba en fase terminal de cáncer o de enfermedades pulmonares.

—Mineros, muchos de ellos —le contó Kincaid cuando pararon fuera de una sala de estar común—. Sólo intentamos que se sientan cómodos.

Alex echó un vistazo a la dispersión de pacientes —ancianos, en su mayoría, con bombonas de oxígeno portátiles verdes— desplomados en sillones demasiado mullidos. Casi todos estaban adormilados, aunque algunos jugaban a las damas o al ajedrez. Unos pocos barajaban naipes grasientos para jugar al solitario. El panorama era deprimente y el olor a jabón antiséptico le trajo a la memoria muchos recuerdos, todos malos.

Se giró y tropezó con los ojos de Kincaid clavados en ella.

—No estarás mucho tiempo trabajando aquí —dijo—. Seguimos contando con personal del asilo para esto.

—Está bien —afirmó ella, aunque se sintió aliviada. Se veía en aquella situación con demasiada facilidad. En aquellos tiempos en que lo único por lo que tenía que preocuparse era, ah, sí, la muerte inminente, había visitado unos cuantos centros como ese para gente de su edad y pensaba que esperar a morir entre extraños era incluso más absurdo que esperar la muerte en casa de tía Hannah—. ¿Cómo conseguís las bombonas de oxígeno?

—Como lo conseguimos todo. —Empezó a recorrer el pasillo, haciéndole una señal para que lo siguiera—. O los chicos que salen para aprovisionarnos las traen o nada. Ahora mismo, la mayoría de las veces no las traen. Si nuestros chicos tienen que elegir entre hacerse con una carga de antibióticos y vendajes o un par de botellas de oxígeno... no lo dudan.

—¿Qué vais a hacer cuando os quedéis sin suministros? —preguntó Alex. Rebuscar estaba bien, pero tenía que haber límites en cuanto a lo que podían almacenar. A juzgar por el tiroteo de todas las noches, Kincaid debía de tener bastante trabajo.

—Triaje —contestó brevemente Kincaid, como explicando algo. Ella conocía la palabra; su madre había trabajado en urgencias. Pero clasificar a los heridos por categorías no solucionaba nada, a menos que...

Alex se quedó mirando a Kincaid.

—¿Qué ocurre cuando alguien está, ya sabes, mal de verdad? —No quería decir

«cuando alguien no tiene salvación» o «Cuando alguien va a morir».

Kincaid le sostuvo la mirada un momento.

—Si eres lo suficientemente lista para hacer esa pregunta, es que ya sabes la respuesta.

Y así era. Chris lo había dicho. Cuando no había bastante para todos, tenías que echar cuentas y actuar en consecuencia. Tratar a los que tenían más probabilidades de sobrevivir o eran más valiosos en algún aspecto. ¿Y los demás? Más valía que el final les llegara rápido. Alex se preguntaba si Kincaid ayudaba a esa gente. Dada la situación, pensaba que podría.

Kincaid tenía otros dos ayudantes, ambos hombres mayores de sesenta y tantos que habían sido enfermeros, pero que ya se habían jubilado. Había seis auxiliares, curioso nombre para gente como ella que se limitaba a limpiar sangre, cambiar sábanas, vaciar cuñas y traer comidas. Cuando Kincaid vio la expresión de su cara, soltó una carcajada.

—No te preocupes. Cuando las patrullas vuelven, casi siempre llega alguien herido. Ahí es donde te meterás en faena.

Fiel a su palabra, Kincaid la tuvo ayudándole cuando un granjero entró renqueando unas horas más tarde. Este presentaba una herida en el muslo abierta hasta casi la rodilla: «La maldita sierra saltó y me mordió». La herida era muy profunda y Kincaid la mantuvo ocupada irrigando sangre mientras él trabajaba. A mitad de camino, cuando la hemorragia estaba en su mayoría bajo control y Kincaid había puesto los primeros puntos, le pasó a Alex las pinzas de Kelly y las de tejido y dijo:

—Lo has visto, ¿no? Bien. Ahora quiero que le pongas un par de puntos a ese músculo de ahí. No tengas miedo. Hazlo y ya está. —La observó mientras ella daba y ligaba el primer punto y asintió—. Eso ha estado bien. ¿Has hecho esto antes?

—Mi madre era médico. —Podía oír la voz de su madre en la cabeza: «Gira la muñeca, cariño; no tengas miedo de dar un buen pellizco»—. Practicábamos con muslos de pollo. Decía que era lo más parecido a suturar a humanos.

—Jesús, recordadme que no venga a cenar —dijo el granjero.

Se quedó con Kincaid hasta bien entrada la noche y, cuando salió del edificio, Chris estaba allí con *Honey*, lo que resultaba un poco raro. ¿Cómo lo había sabido? Allí la cosa no era tan fácil como dar un telefonazo. ¿La estaría vigilando? De ser así, eso no era nada bueno.

Comparado con aquella mañana, no hablaron demasiado, sólo un «hola, ¿qué tal?», «genial». Estupendo. Una vez que estuvieron en la calle de Jess —un callejón sin salida—, él desmontó, esperó a que ella metiera a *Honey* en el garaje al final de la manzana y entonces la acompañó hasta la casa. Ella le dio las gracias y las buenas noches; él asintió y no dijo nada, y eso fue todo.

Estupendo.

Chris se presentó el segundo día, pero no el tercero ni el cuarto ni el quinto ni el sexto. Greg, en su lugar, la escoltaba y la acribillaba a preguntas sobre Tori. A diferencia de Chris, Greg era tan conversador como descuidado. Fue gracias a él como descubrió que los suministros —mochilas, comida y ropa— estaban escondidos en el pueblo. Y también que la esquina suroeste era la menos patrullada.

—Tenemos incluso un par de depósitos de gasolina —le informó Greg—. Hemos estado sacando con sifón gasolina de coches, camiones y todo eso. Imagínate cuando la usemos para los tractores, las motosierras y todo eso al llegar la primavera.

—¿Por qué no utilizar la gasolina ahora? —preguntó Alex—. ¿No funcionarían algunas motonieves?

—Seguro, y lo haríamos en caso de emergencia. Pero nadie va a ir a por más gasolina en mucho, mucho tiempo. Una vez que gastemos las reservas, se acabó. Podemos idear una forma de extraer gasolina de los tanques que hay bajo las gasolineras, pero

necesitamos que un ingeniero nos ayude con eso. Aunque lleguemos a la gasolina, seguimos teniendo el problema de quedarnos sin ella algún día y, de todas formas, es un poco espeluznante, ¿sabes? Por lo del ruido. De todas formas, el Consejo nos insiste en que seamos autosuficientes y más austeros, como los amish, igual que antes de... ya sabes. Es por eso por lo que muchas de las casas tienen bombas manuales y cosas de esas para el agua. Sin eso, habríamos estado bien jodidos.

Por aquella regla de tres, pensó Alex, Peter y Chris y todos los demás tendrían que llevar piel de ciervo, dejar las armas y volver a los arcos y las flechas. O a los garrotes.

—¿Qué pasa con la gente que rechazáis? No los echáis sin nada, ¿no?

La frente de Greg se arrugó en señal de alarma.

—Oh, no, eso estaría... mal. Ya sabes, les damos una mochila y algunos suministros. Comida y bebida para un par de días.

—¿Y armas? También las necesitarán, ¿no?

—Sí, pero... —Greg arrugó la nariz—, seguramente nos dispararía, ¿no crees?

—Tienes razón. —Entonces, Alex inclinó la cabeza hacia su rifle—. Bonito. Es un Henry, ¿verdad?

Greg esbozó una radiante sonrisa.

—Sí, es una preciosidad. Una Magnum Big Boy calibre 44. El alcance es realmente impresionante. También me he hecho con un Bushmaster M4 para patrullar. Tenemos una especie de arsenal.

—Genial. ¿Dónde?

—Bueno, esas no eran buenas noticias. La verdad es que no podía imaginar una excusa decente que le permitiera ir al sótano para robar munición o traspasar una puerta cerrada. Aquello significaba que tendría que robar un arma de la casa de alguien. ¿Tendría Jess un arma? No, al ser una *chica*, seguramente no. Uno de los chicos entonces, o quizá Kincaid...

Lo descubriría. Tenía que hacerlo.

El domingo tocaba misa. El Consejo se sentaba en altas sillas dispuestas en el púlpito mientras el Reverendo oficiaba la ceremonia, temprano y a media mañana, y todo el mundo asistía a un servicio o a otro. Por supuesto, Jess obligaba a que Alex y las otras chicas fueran a ambos, lo cual era una lata. El oficio religioso era bastante similar a lo que ella esperaba: un par de lecturas, un puñado de canciones, un sermón, más canciones y luego lo de *id-en-paz-y-contaos-entre-los-justos*. Lo de Yeager era un rollo tipo un-mundo-feliz sobre la oscuridad más absoluta que podría reinar en el mundo, sobre cómo dios podía permitir tal sufrimiento y bla, bla, bla. Además del Apocalipsis, la hiel y aquella estrella llamada Ajenjo, el Reverendo parecía tener demasiado apego a historias de hermanos: Jacob y Esaú, Ismael e Isaac o Caín y Abel. Para el Reverendo, los Cambiados llevaban la marca de Caín, la maldad de Ismael y el carácter primitivo de Esaú. Caín era un simplón, pero por lo que ella recordaba, Jacob engañó a su padre y Abraham no podía mantener la cremallera echada a sus pantalones. No tenía ni idea de qué tenía que ver todo aquello con Esaú, que era un simple granjero velludo y trabajador que sólo quería comer, o con el pobre Ismael, cuyo único crimen parecía ser haber nacido. A juzgar por la mirada glacial que Jess lanzaba al Reverendo cuando él empezaba con su perorata sobre los hermanos —por la manera en que su olor, tan blanco y vacío, aumentaba—, había algo sobre historias de hermanos que también a ella la ponía nerviosa.

De todas formas, Alex desconectó. Dios y la religión habían dejado de importarle hacía mucho tiempo. Nadie tenía que decirle lo de la oscuridad más absoluta. Había estado allí, se había hecho la foto y se había comprado la camiseta.

No fue hasta cerca de dos semanas después, un miércoles, cuando salió de la casa de Jess y se encontró a Chris esperando con *Honey*.

—Hola —dijo, genuinamente sorprendida—. Pensaba que Greg iba a ser mi escolta de

ahora en adelante. —Se dio cuenta demasiado tarde de cómo había sonado aquello y añadió—: Me refiero a que creía que estabas ocupado...

—Lo estaba —contestó, alargándole las riendas de *Honey*. Su leve sonrisa desapareció. Se giró, se puso las gafas de sol y se subió a su zaino. La miró desde arriba—. Ya estoy de vuelta. ¿Te parece bien?

—Perfecto. —Se le encendieron las mejillas, pero no estaba segura de si era de rabia o de vergüenza. Él no dijo nada más ni cuando ella montó ni cuando partieron, mientras los cascos de los caballos pisaban con un ruido sordo en la nieve recién caída. Ella esperó hasta que hubieron doblado la esquina de la calle de Jess antes de intentarlo otra vez—: Y... ¿dónde estabas? ¿Buscando suministros fuera?

—Ajá.

—Mmm... ¿Dónde?

—Por ahí. —Él mantenía la mirada fija en la carretera que se extendía delante—. Allá arriba, por Oren.

—Oh. —Alex trataba de encontrar algo que decir—. ¿Eso no está muy lejos?

Chris hizo un rápido encogimiento de hombros.

—No tanto. Sólo a unos cuantos kilómetros al norte.

Ella sabía dónde estaba Oren y quedaba a más de unos cuantos kilómetros.

—¿No encontraste lo que querías más cerca?

Él dudó antes de contestar; Alex casi podía escuchar sus pensamientos.

—Recordé que Oren tenía una de esas bibliotecas ambulantes.

Alex se sintió confusa durante un momento, pero entonces recordó la conversación de Chris con el director.

—¿Hicieron todo ese camino para encontrar libros?

—Bueno, no sólo libros. Había otras cosas.

—¿Encontraste la biblioteca ambulante? ¿Cuántos libros quedaban?

—Todos, que yo sepa. Estaba —la voz de Chris adoptó un tono nostálgico— tranquilo, la verdad.

Se imaginó cómo sería: un furgón agradable, en silencio y muy grande, lleno de libros.

—¿Cuántos te trajiste?

—Todos.

—¿*Todos*? Eso son muchos carros.

—No era para tanto. Peter se cabreó un poco, pero el invierno es muy largo y ya no va a haber más libros.

—Eso no lo sabes —puntualizó ella—. Tal vez los escribamos nosotros.

Entonces él la miró.

—¿Tú querías ser escritora?

—No había pensado mucho en el futuro. —Que eso fuera verdad ayudaba. Su futuro más inmediato era una fecha de caducidad.

—El doctor dice que eres buena. Ayudando, quiero decir.

Aquello no sonó a pregunta, así que ella no dijo nada.

—¿Alguna vez pensaste en convertirte en médico? —le preguntó Chris.

—Alguna vez.

—¿Qué cambió?

—Oh, ya sabes —respondió vagamente—, estaba dejando abiertas mis opciones.

Recorrieron en silencio el resto del camino. En la puerta del asilo, Chris dijo:

—Espera un segundo. —Metió la mano en su parka y sacó un estuche negro rectangular y estrecho—. Creí que te vendrían bien.

Abrió el estuche. En el interior había unas gafas de sol de mujer. La ligera montura de plástico era de color verde salvia y los cristales, ámbar.

Cuando le devolvió la mirada, él se había quitado las suyas. Sus ojos negros resultaban repentinamente indecisos y su olor era diferente: seguía siendo oscuro y



frío, pero con un toque de algo dulce y ácido al mismo tiempo... ¿Manzana?

—Son gafas de deporte —añadió—. Los cristales están polarizados y son irrompibles, así que deberían durar mucho.

Alex pensó que eran unas gafas muy caras y muy bonitas y lo correcto sería aceptarlas. Rechazarlas sería mezquino, ruin. Pero tampoco quería darle alas o gustarle. Lo único que quería era descubrir cómo escapar.

—Gracias —dijo, y a continuación cerró el estuche y se lo devolvió—, pero estoy bien así.

Una flecha de dolor atravesó su cara, pero desapareció al instante. El olor a manzanas se esfumó cuando cogió el estuche.

—Claro —contestó él—. No pasa nada.

**E**ra una auténtica estúpida.

Debería haber aceptado las gafas.

¡Qué tonta!

Se concedió un segundo para pensar en ello: Chris había salido de Rule, atravesando a caballo aquel caos y aquella carnicería y recorrido una distancia de varios kilómetros con el fin de traer libros para que un puñado de niños tuviese algo que leer. Y en medio de todo eso, se había acordado de ella. Podía imaginárselo vagando por calles desiertas, esquivando cadáveres y coches destrozados, con un ojo abierto por si aparecían los Cambiados o si le tendían una emboscada y el otro buscando las gafas de sol idóneas para una chica a la que apenas conocía y por como había reaccionado en otras ocasiones, lo más probable era se las tirase a la cara.

Que era lo que había hecho. Aunque no lo hubiera necesitado para obtener información, ser mezquina sólo por el gusto de serlo... no era propio de ella. «Estúpida».

Kincaid la mantuvo ocupada hasta muy tarde, casi hasta las nueve y, cuando salió corriendo a la entrada principal, no halló a Chris. Menos mal. Qué alivio. Sin embargo, se trataba de la primera vez que no enviaba a alguien a buscarla. ¿Tal vez una señal de que confiaba en ella y de que podía volver sola? No, después de lo de esta mañana, aquello era más algo como un gran «que te den, bonita».

—¡Ay, gracias a Dios! —Una auxiliar, Loretta, apareció agitada. Era una mujer rolliza, sin cintura y con el pelo cortado a lo cazo—. Chris me pidió que echara un vistazo fuera y lo avisara cuando Matt te hubiera dejado salir, pero estaba tan ocupada que se me ha olvidado.

Experimentó una pequeña sacudida. Alivio. Estaba aliviada y aquello la confundía todavía más. Una cosa era sentirse como una estúpida y otra, darse cuenta de que el importaba que él se hubiera enfadado con ella.

—¿Está aquí?

—Sí, pero... —Loretta la cogió del brazo y le susurró—: está con los enfermos. Voy a buscarlo.

—Te acompaño. —Alex empezó a alejarse por el pasillo—. ¿En qué habitación?

—La de Delmar. —Loretta revoloteó a su lado—. ¿En serio? Sólo me llevará un segundo. Deberías esperar en la puerta.

—No pasa nada. —Alex estaba examinando los nombres de los letreros: Holter. James. Mitchell. Dio con la habitación. La puerta, que tenía un cristal donde se reflejaban los tenues destellos naranjas de las danzarinas velas, estaba entreabierta. Sintió una bocanada de aire caliente procedente del calefactor de la habitación. Bueno, vale, se disculparía por ser tan burra o... en fin, ya se le ocurriría algo—. Es aquí...

Enmudeció. Sus ojos se posaron en la cama y en el hombre que yacía en ella. Estaba débil y esquelético y parecía tan seco y disecado que Alex no se habría sorprendido si una repentina ráfaga de viento hubiera tornado sus huesos en polvo. Una sonda nasal verde serpenteaba por encima de sus orejas y bajo la mandíbula. El único motivo por el que Alex deducía que aún estaba vivo era porque pestañeaba cada pocos segundos, como una tortuga: lenta y concienzudamente.

Chris estaba de espaldas a la puerta, pero Alex vio el libro y oyó el bajo murmullo de su

voz el leer.

Algo le decía que se detuviera, que se escabullera de allí sin que Chris se diera cuenta, cosa que hizo. Loretta la estaba esperando a unos metros de la puerta y le hizo señas de que la siguiera. Cuando hubieron recorrido de puntillas la mitad del pasillo, Loretta se inclinó y le susurró:

—Todas las noches que pasa en el pueblo, viene a leerles algo a los enfermos más graves. Les da fuerzas para seguir adelante. Pero no le digas que te lo he dicho, ¿eh? No quiere que la gente lo sepa. Es muy celoso de su intimidad.

—No te preocupes —dijo Alex, aún perpleja. «Por eso siempre está aquí cuando yo ya he terminado». Volvió a tener la sensación de que había muchas más cosas de Chris que le gustaban, que incluso admiraba, de las que había imaginado—. Fingiremos que esto nunca ha ocurrido.

—Bueno. —Loretta parecía aliviada—. Mira, esto es lo que vamos a hacer: tú vuelve y haz como que acabas de salir y yo espero unos momentos y voy a por él. Suele irse por la puerta lateral a buscar los caballos.

Hizo lo que Loretta le pidió. A los cinco minutos, más o menos, oyó el ruido de los cascos y apareció Chris a lomos de *Night* y con las riendas de *Honey* en una mano.

—Hola —la saludó con el entusiasmo de una cucaracha—. Lo siento.

—No pasa nada —dijo ella, subiéndose de un salto a la montura de *Honey*. Pasearon en silencio durante unos diez minutos antes de que se armara de valor para preguntar—: Y bueno... ¿qué tal el día?

Estaba oscureciendo y no podía verle la cara, pero sentía sus ojos.

—¿Por qué? ¿Acaso te importa?

Aquello la hizo callar. No volvieron a mediar palabra. En la calle de Jess, Chris hizo señas al guardia con la linterna y le dijo:

—Puedes bajarte en la casa. Voy a llevar a *Honey* al establo.

—Puedo hacerlo sola.

—Vale —asintió él—. Como quieras.

Al pasar por la casa de Jess, Alex dijo:

—Escucha, esta mañana...

—No te preocupes por eso —la interrumpió.

—No. —Refrenó a *Honey* y se volvió hacia él. No había luna y era incapaz de distinguir su cara—. Por favor, déjame...

—No sigas, por favor. No quiero escuchar nada de lo que me digas.

Sus palabras fueron como una bofetada.

—Entonces, no escuches, pero no puedes evitar que hable —le espetó ella.

—Haz lo que te dé la gana.

—Por Dios, me lo estás poniendo bastante difícil.

No se produjo ningún cambio en su olor. Si acaso, sus sombras se habían espesado.

—Me da igual.

—Pues a mí no —dijo Alex, mucho más alto de lo que pretendía. Su voz debió de oírse lejos, pues observó el haz de luz blanca que el guardia apuntaba en aquella dirección. Bajó la voz—: He sido una auténtica gilipollas. Tú sólo tratabas de ser amable conmigo y yo me he comportado como una desagradecida. No tenías que traer los libros, pero lo hiciste. Podías haber salido pitando de vuelta con un par de ellos, pero, en lugar de eso, te las ingeniaste para traer la estúpida biblioteca ambulante al completo. Y, por si fuera poco, te acordaste de que no tenía gafas de sol y te paseaste por todo el pueblo buscando unas. Ahí fuera hay caníbales, invasores y gente que quiere matarnos, chicos como tú y como yo, y, aun así, te arriesgaste. Así que... lo siento.

—Vale, acepto tu disculpa. Ahora, ¿podemos llevar a *Honey* al establo, por favor?

A la luz de un farol Coleman, guardaron al caballo, pero Chris no le quitó la brida a *Night*, como ella esperaba, ni lo condujo al establo. En vez de eso, volvió a montar y le

tendió la mano. Ella lo miró extrañada.

—Venga, te llevaré de vuelta.

Sin decir palabra, agarró su mano y se subió a la grupa.

—Será mejor que te agarres —le aconsejó. Su sombrío olor no había cambiado, pero cuando Alex le rodeó la cintura con los brazos, sintió la calidez de su espalda contra su pecho.

Hicieron el camino en silencio. Al llegar a casa de Jess, sin embargo, Alex desmontó y le dijo:

—¿Quieres pasar un rato? No he cenado y seguro que Tori me ha dejado un plato. Siempre hace ese tipo de cosas.

—No querría comerme tu comida —se excusó él.

—No pasa nada —respondió—. Seguro que hay bastante para los dos.

Jess abrió la puerta justo cuando Alex ponía pie en el pequeño rellano de la cocina.

—Me pareció oírlos ahí fuera. Vamos, entrad los dos antes de que pilléis una pulmonía.

Alex observó que todas las chicas estaban allí, en bata y zapatillas. Sobre la mesa de la cocina había desperdigados varios ovillos y agujas de punto. *Fantasma* corcoveaba alrededor de sus piernas, intentando llamar su atención.

—Jess. Hola, Tori, Sarah —dijo Chris, entrando en la sala.

—Chris. —Alex percibió la sorpresa en la voz de Tori y vio que posaba sus ojos en Chris, luego en ella y otra vez en Chris—. Jess nos estaba enseñando a hacer punto.

—Qué bien. —Saludó a Lena con la cabeza—: Hey.

—Hey —contestó Lena. Su habitual olor acre no se había alterado lo más mínimo.

Tori se dispuso a levantarse.

—Alex, hay un plato en el horno y...

—Ya sabe dónde están las cosas —intervino Jess, recogiendo el hilo y las agujas—.

Venga, vamos a dejarles que cenén tranquilos.

—No faltaba más —dijo Lena—. *Obvio*.

—¿Siempre tienes que ser tan maleducada? —le espetó Sarah.

—Chris, ¿quieres un poco de pan? Hay un par de rebanadas en la despensa —empezó Tori—. Déjame que...

—Alex lo hará, Tori —la interrumpió Jess—. Como a Lena le gusta tanto recordarnos, no es ninguna inválida. Alex, hay agua caliente en el hervidor. Tori ha hecho un pudín delicioso.

—De manzana —apostilló Sarah. Estaba examinando a Chris—. Tu favorito, ¿no?

—Sí —asintió Chris—. Esto... gracias, Tori.

—Venga, todo el mundo. Dejaremos el fuego encendido en la otra habitación —dijo Jess, apremiando a las chicas para que salieran y cerrando tras ellas la puerta que daba a la habitación delantera. Al otro lado, Alex acertó a oír las quejas apagadas de Lena y la respuesta cortante de Jess.

Se sonrojó.

—Lo siento —dijo.

—No te preocupes. Venga, vamos a cenar —la animó él.

Cogió el plato —Tori había dejado comida para un regimiento— mientras Chris sacaba otro y cubiertos, y se dispuso a preparar unas infusiones. Cuando estaba cortando el pan, le dijo:

—¿Chris?

—¿Sí?

—Gracias por acordarte de mí cuando estabas ahí fuera... Yo... esto... —Se dio la vuelta y, por la postura de su espalda, se percató de que él estaba escuchándola—. Es agradable que te hayas acordado.

No ocurrió nada durante un momento. Pero luego, cuando él se giraba, Alex captó un fugaz aroma a manzanas.

—Lo cierto es que —respondió él— es muy difícil olvidarse de ti.

Era un *déjà vu*.

Tras dar buena cuenta de la cena y devorar lo que quedaba del pudín, se tomaron el té. Permanecieron sentados tanto rato que Alex oyó unos crujidos sobre su cabeza y enseguida supo que Jess las había enviado a todas al piso de arriba. Chris y ella no hablaban mucho, lo que a la vez la aliviaba y la ponía de los nervios. Con Tom, la conversación surgía de manera espontánea. Chris era tan tímido... Aunque esto era íntimo y agradable... Le recordaba a Tom, pero no lo era. No podía ser. Como mucho, era una desvaída imitación, lo que queda de un documento después de hacerle cien millones de copias, un mero simulacro del original. Tom era Tom y Chris, un puñado de sombras y, por mucho que lo deseara, no iba a transformarlo en Tom. Tampoco es que quisiera eso, ni por un segundo, ni en un millón de años. A Chris lo necesitaba, simple y llanamente. Quería ganarse su confianza, convertirlo en su aliado. Por eso lo había invitado a entrar, ¿no? ¿No?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dijo él, interrumpiendo sus pensamientos.

—Eh... claro —asintió ella, irguiéndose un poco. *Fantasma* dormitaba en su regazo, con un pequeño tic en las patas—. ¿Qué?

—¿Por qué llevas las cenizas de tus padres? —Al ver su expresión, se apresuró a añadir—: Bueno, no tienes que contármelo si es demasiado personal.

—No, no pasa nada —contestó ella. Yeager ni siquiera se lo había preguntado y, por supuesto, Tom lo ignoraba—. Murieron hace un par de años y querían que arrojáramos sus cenizas en el lago Superior, eso es todo.

Y en verdad lo era, si te parabas a pensarlo. Nada del otro mundo. ¡Ay! ¿Por qué no se lo había contado a Tom cuando tuvo la oportunidad? Pero claro, sabía perfectamente por qué.

«Porque entonces le habría contado lo del monstruo. Una vez que se desahogara con Tom, ya no habría vuelta atrás. Y no quería correr el riesgo. Debería haber confiado en él. Lo demoré demasiado...».

—Ah. ¿Y ha pasado algo especial? Quiero decir que podrías haberlo hecho en cualquier otro momento, ¿no?

—Me parecía el momento adecuado —respondió, y se percató de la verdad de sus palabras. Si hubiera vuelto a casa de tía Hannah, se habría quedado atrapada en la ciudad... y lo más probable es que ahora estuviera muerta. Era lo que Tom había dicho: el lugar adecuado en el momento adecuado.

Chris debió de captar algo en su tono, porque sus ojos se entrecerraron un poco, pero su olor sombrío permanecía inalterable. Se encogió de hombros.

—Ya veo. Siento que no hayas podido hacerlo, pero a lo mejor en primavera podemos ir hasta allí. Si quieres, yo te llevo.

El hecho de que no tuviera intención de estar en Rule cuando llegase la primavera no la hizo titubear ni por un segundo. Si Chris pensaba que estaría allí, él y todos los demás se relajarían y ella encontraría el modo de huir.

—Gracias. Es muy amable por tu parte.

Bajó a *Fantasma* al suelo y recogieron los platos para lavarlos y secarlos. Otro *déjà vu*. Sólo les faltaba una niña pequeña revoloteando a su alrededor.

—Tienes suerte de que te quede algo —observó Chris—. Las cenizas, digo. Yo no tengo ningún recuerdo de mi madre.

Le pasó un plato.

—¿Ninguno?

Él sacudió la cabeza.

—Para mí no es más que una gran mancha blanca. Se marchó cuando yo era muy pequeño. Sólo tenía un par de meses. Según mi padre, se habría fugado del hospital si se le hubiera presentado la ocasión. No sé quién es ni adónde fue y mi padre no

conserva ninguna fotografía.

—¿Sabes por qué se marchó?

—Mi padre era un borracho. —Le lanzó una mirada indecisa para comprobar su reacción—. Creo que le pegaba.

Bueno, aquello explicaba las sombras. Un hombre lo bastante mezquino como para maltratar a su esposa tampoco vacilaría en enseñar los puños a su hijo pequeño.

—¿Por eso dijiste que quería verte muerto? Bueno, no lo dijiste, pero...

—Sí, sé a lo que te refieres. —Suspiró—. Es probable. Tuvo un par de novias. Una se llamaba Denis. Una vez, cuando yo tenía diez años, ella me recogió del entrenamiento de baloncesto. No recuerdo por qué no vino mi padre, estaría bebido o algo así... Ella también estaba como una cuba. Lo supe en cuanto me monté en el asiento trasero. Nos habría ido mejor si hubiera conducido yo. A un kilómetro de casa, estrelló el coche. Nos estampamos contra un árbol. No llevaba puesto el cinturón de seguridad y salió despedida por el parabrisas. Por supuesto, la culpa era mía. Aún tengo pesadillas.

Otra vez: pesadillas, como ella y como Tom.

—Es terrible.

—Sí. No dejaba de oír lo mismo todos los días y de soñar con ello cada noche. Ahora los dos están muertos y el caso es que no lo siento por ninguno de ellos: mi padre me odiaba y mi madre me abandonó. —Torció la boca en una amarga mueca—. Si pudiera lavarme el cerebro y quedarme amnésico, no dudaría en hacerlo. Sería un alivio.

—Yo no estaría tan segura —dijo ella.



a nieve siguió cayendo. Las semanas se derretían a su paso hasta que sólo faltaron dos días para Navidad. Alex veía cómo su abanico de posibilidades se cerraba cada vez más, como su visión y después su mente lo habían hecho cuando por poco murió en aquella gasolinera. No se rendía, no exactamente, pero cada día que pasaba, marcharse parecía menos urgente y más difícil, como si la voluntad se asfixiara poco a poco bajo todo aquel manto de nieve.

Y, si te parabas a pensarlo, ¿tan mal se estaba allí? Ochocientos kilómetros eran muchos kilómetros, sobre todo sin saber qué estaba buscando o si alguien la estaba esperando. Todo eso sin contar a los Cambiados y a la gente desesperada que merodeaba por allí fuera. A decir verdad, nadie la molestaba. ¿A dónde podría huir que estuviera más a salvo que aquí?

No había tirado del todo la toalla. Había reunido cosas, juntándolas poco a poco en un viejo cubo para el pienso que había colgado de una viga en el rincón más oscuro del garaje donde guardaba a *Honey*. Cada artículo que añadía —un rollo de cuerda, un librito de cerillas, un tarro de mantequilla de cacahuets, un bisturí que había afanado en el asilo y metido rápidamente en el forro de su chaqueta— lo sentía como un triunfo, pero sólo durante un momento. Un éxito pasajero, como flor de un día. A este paso, permanecería allí todo el invierno, o hasta que el monstruo de su cerebro se cansara de hacerse el dormido. Bueno, tal vez esperar hasta la primavera era buena idea. No quería ponerse en camino con toda esa nieve, ¿no? Eso sólo traería consigo más problemas innecesarios.

Su vida seguía un ritmo: trabajo con Kincaid, tareas en la casa, paseos con Chris. Se sentía cómodos el uno con el otro. Tal vez se estaban comportando de manera amistosa, aunque no eran amigos. Después de aquella noche en casa de Jess, Chris se había retraído en sí mismo, cubriéndose de sombras, como avergonzado, temeroso de haber dicho demasiado. Eso estaba bien. Ella tenía unos cuantos secretos propios y la verdad es que no quería llegar a conocerlo mejor. Incluso entendía el porqué. Tom también lo habría hecho. Sería como si Tom le pusiera cara al enemigo. Haz eso y nunca apretarás el gatillo.

Sin embargo, estaba asustada. Empezaba a olvidar a Ellie y a Tom.

Por la noche, cuando Sarah dormía, ella se quedaba tumbada inmóvil e intentaba apartar de su mente el estruendo lejano de rifles y evocar la cara de Tom, su aroma, una imagen fugaz... cualquier cosa. Y, sin embargo, cuanto más intentaba aferrarse a sus recuerdos, más se asemejaban a pompas de jabón que estallaban con cada *pum* de los disparos. Habría sido más fácil retener un puñado de niebla. Ellie era sólo un borrón rosa.

Estos intentos la dejaban angustiada y con ganas de llorar, mordiéndose el interior de la mejilla hasta que la boca le sabía a óxido. Le pasaba algo que no tenía nada que ver con el monstruo. ¿Dónde estaba la Alex que habría cogido las cenizas y habría salido corriendo? ¿La que le dijo a Barrett: «Aquí mando yo»? No tenía la menor idea.

De modo que, en realidad, tal vez Rule la estaba matando con la promesa de seguridad. Se estaba encogiendo de miedo en un rincón igual que un conejito, con la esperanza de que nadie lo notara. O tal vez estaba dejando que Rule la infectara:

acallando su voluntad, quién era y quién había sido, sus anhelos. Nunca había permitido que el monstruo se saliera con la suya y había muchas formas de luchar. Entonces, ¿por qué no lo estaba haciendo? Porque algo estaba cambiando. Otra vez. En su interior. Lo sentía en este deslizamiento lento y general hacia una especie de aceptación insensible. «Exactamente igual que cuando me diagnosticaron. Era ese rollo de los estados de la ira. Primero me quedé paralizada; luego, cabreada y luego luché con todas mis fuerzas... y luego me hice insensible. Lo llamaron aceptación, pero no lo era. Es lo que ocurre cuando sólo te quedan dos opciones: vivir con el monstruo o suicidarte». Sólo que nadie va a dejar que te suicides. Era un delito, lo cual resultaba una tontería. Los médicos no podían ayudarte: los meterían en la cárcel. Conocía a otra chica, también terminal, que había intentado suicidarse. Pastillas y *Jack Daniel's*. Después de hacerle un lavado de estómago, la encerraron en un psiquiátrico porque decidieron que estaba deprimida. Bueno, oye, intenta vivir con un monstruo en el cerebro y comprueba si no te sientes, oh, un poco deprimido. De modo que no había elección, ninguna en absoluto. O vivías con el monstruo o hacías lo mismo que ella: *carpe diem* y salir corriendo. Ahora debería salir corriendo. Ya fuera invierno o no, debería escapar antes de que fuese demasiado tarde. Lo más seguro es que muriera allí fuera sola, pero, si esperaba demasiado, llegaría a creer que todo aquello —Rule, la vida que habían trazado para ella, Chris— era su mejor opción. Acabaría aceptando lo que ellos quisieran. En realidad, si lo pensabas bien, había dos monstruos: el que se agazapaba en su cerebro... y Rule. En ambos casos, terminaría muerta. «Huye —se decía a sí misma—. Huye, idiota, *huye*». Pero no lo hacía. No podía. Sencillamente... no podía.



# 59

E

n Nochebuena, los invasores entraron en la zona. Quienesquiera que fuesen, debían de haber pensado que todos los habitantes de rule se encontrarían bebiendo ponche y asando castañas (qué equivocados estaban). No obstante —Peter era Peter y siempre tenía ganas de pelea—, las patrullas estaban preparadas.

Los guardias contuvieron a Alex y a las chicas en la casa y estas se acurrucaron junto a la estufa de leña durante la mayor parte de la noche, en medio de un intenso enfrentamiento que sólo acertaban a oír: tartamudeos, pequeños estallidos y los bárbaros retumbos de lo que, a su juicio, parecían rifles automáticos. Las otras dos chicas dormitaban, pero Alex permanecía despierta, con los ojos abiertos de par en par y tan nerviosa que se le había puesto la piel de gallina. No dejaba de darle vueltas a la cabeza y sus miedos se sucedían. Antes casi había llegado a esbozar la idea de escabullirse en medio del caos, pero ahora sólo podía pensar en Chris ahí fuera luchando, recibiendo disparos. ¿Estaría a salvo? ¿Qué estaba ocurriendo? Dios, si al menos la dejaran ayudar...

Cuando la trémula aurora de un día de frío invierno finalmente iluminó los árboles, volvió a reinar la calma en el bosque y se dio por concluido el enfrentamiento.

—¿A cuántos hombres hemos perdido, Nathan? —preguntó Jess al guardia que les comunicó la noticia. La piel de sus nudillos se puso blanco cuando se cubrió la garganta con un chal.

—Hemos tenido diez bajas. Y casi el mismo número de heridos, tres de gravedad —respondió Nathan. Era un hombre canoso, bajito y cuadrado como una boca de riego, pero su voz era sorprendentemente suave, casi musical—. Podría haber sido peor.

Alex se quedó sin aliento. Los ojos de Lena se entrecerraron hasta convertirse en dos atentas rendijas y el color se esfumó de las mejillas de Sarah.

—¿Y qué hay de los chicos? —quiso saber Jess—. ¿Y de Chris?

—¿Peter está bien? —dijo Sarah en ese mismo momento—. ¿Está...?

—Está bien —contestó Nathan, y luego miró a Alex—: y Chris también.

No estaba preparada para la oleada de alivio, una gran marea que le inundó las venas e hizo flaquear sus rodillas. Demasiado tarde. Vio que Jess le lanzaba una mirada significativa.

—¿Y Greg? —inquirió Tori, con la cara transida de preocupación.

—Bueno... —Sus ojos grises miraron de reojo—. Le han dado.

—¡Ay! —Tori ahogó un grito, llevándose la mano a los labios—. ¿Está muy mal? ¿Está...? ¿Se va a...?

—El médico dice que se pondrá bien. Apenas ha perdido un poco de sangre, nada más —la tranquilizó Nathan.

—¿Puedo verlo?

—Tengo órdenes de que os quedéis aquí.

—Déjalo, Tori. Yo iré. Kincaid necesitará ayuda, de todas formas —dijo Alex, pero Nathan ya estaba sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué no?

—Órdenes —repitió Nathan, impasible—. Aquí estarás más segura. Si el médico te necesita, me lo hará saber.

Por la cara que puso, Alex supo que no serviría de nada discutir con él. Sin embargo,

¿por qué Kincaid no quería que fuera? ¿Porque no quería que viera a quién iba a ayudar y a quién dejar morir?

La mañana de Navidad fue bastante apagada: no hubo regalos, salvo unos calcetines de punto que Jess había tejido para cada una. Algo más habría sido un despilfarro y Jess creía que debían emplear el tiempo en dar las gracias por estar vivas. Aunque aquello fuera un rollo. Alex estaba contenta. ¿Qué le regalarías exactamente a alguien como Lena? ¿Un bozal?

En medio de toda la agitación, la iglesia se preparó para la tarde: iba a tener lugar un gran servicio en la plaza del pueblo. Alex miró a su alrededor, buscando a Kincaid, pero el médico no estaba allí. Desde lo alto de las escaleras de la iglesia, Yeager pronunciaba un largo sermón sobre «nuestros hombres de Rule», como si fueran cruzados en alguna misión sagrada.

—Y nuestro Señor os ha llamado, mis consagrados —dijo Yeager, vaheando a causa del aire invernal. Bajó hasta las hileras de hombres que habían tomado parte en el enfrentamiento de la noche anterior, reunidos delante en sillas plegables, y Alex distinguió a Chris, Peter, Greg (con un voluminoso vendaje en el bíceps izquierdo) y a un puñado de chicos más, muy fáciles de reconocer entre los ancianos que los flanqueaban—. «También he llamado a Mis guerreros, a los que se regocijan de Mi gloria, para ejecutar Mi ira». ¿No es esta una descripción de los hombres de Rule? ¡Somos los guardianes de la justicia! ¡Los seguidores de Satán se han convertido en bestias, portan la Marca de Caín y la Maldición de Ismael y nosotros resistiremos como la firme mano derecha de nuestro Señor!

Como estaban en Michigan, no se pronunciaron aleluyas ni nada por el estilo, pero Alex vio que la gente movía la cabeza en señal de asentimiento. Cuando Yeager pidió a los hombres que se levantaran para bendecirlos, la sangre se le templó al ver que este estrechaba los hombros de Chris y sintió algo parecido a la propiedad. La sensación de que Chris era suyo de algún modo, de que esa victoria también le pertenecía a ella. Luego, cuando Chris se levantó y se dio la vuelta, la buscó con la mirada entre la multitud, la encontró... y no flaqueó.

Fue como si, por un instante, el mundo se hubiera detenido. Ya no había nadie a su alrededor y las sombras que envolvían a Chris se habían disuelto: sólo estaban su cara y la mirada que ambos compartían. ¿Se lo estaba imaginando o aquel dulce aroma a manzanas crujientes era ahora más intenso? Tan rico que se imponía a todo lo demás. Apartar la mirada constituía un verdadero esfuerzo, un acto de voluntad casi doloroso... porque no quería hacerlo. Empezó a sudarle la cara y el pulso se le aceleró. ¿Qué le ocurría? No podía tener aquellos sentimientos. Sí, Chris estaba bien, era un buen chico, pero no era Tom. No podía gustarle y no debía preocuparse por él. Si lo hacía, Tom se habría ido del todo... y no estaba preparada para dejarlo marchar.

—Por favor —exhaló—. Por favor, Tom, no me dejes, por favor. —Sus palabras no eran más que un murmullo, tan insustanciales como el vaho que le salía de los labios y casi inaudibles para ella misma, pero volvió a sentir una mirada... y no era la de Chris. Giró la cabeza a la izquierda y se encontró con los ojos de Jess.

Alex se puso tensa. ¿La había oído? No, era imposible, apenas había susurrado. Pero Jess la estaba estudiando con la misma mirada calculadora de aquella misma mañana. El olor de la anciana no revelaba nada y Alex volvió a pensar que Jess se parecía un poco a Yeager en ese sentido. Sin embargo, su olor no era como un cristal opaco. Era simplemente... nada. Un cero, como la mancha blanca que Chris asociaba con su madre.

—¡Eh! —Sarah le tiró de la manga—. ¿Estás bien?

En ese momento, Jess desvió la mirada hacia delante otra vez. Alex miró brevemente a Sarah.

—Estoy bien —respondió, forzando una sonrisa—. Sólo un poco cansada.

Después de eso, ya no oyó nada más y se limitó a recitar los himnos. Jess no volvió a posar la vista en ella, pero Alex sabía lo que había visto. Puede que el olor de Jess fuese un espacio en blanco, pero algo cruzó la cara de la anciana al apartar la mirada. Algo que Alex pudo leer, alto y claro.

Satisfacción.

Y llegó el día de Nochevieja.

—Voy a salir del pueblo esta mañana. Es probable que... —Chris se interrumpió cuando Tori dejó sobre la mesa un plato de galletas y unos huevos revueltos. Como no tenían levadura, las galletas parecían desinfladas, discos de hockey en miniatura—. Gracias.

—¿Adónde vas? —preguntó Alex.

—¿Café? —Tori alzó la cafetera.

—Sí, claro —dijo Chris. Observó cómo Tori vertía un líquido oscuro que a Alex le olió sospechosamente alquitranado. Incluso Chris arqueó una ceja—. ¿Qué es eso?

—Achicoria —contestó Jess, apareciendo del silo de la despensa con Sarah pegada a sus talones. Ambas vertieron en el fregadero las patatas que transportaban en el delantal—. En Nueva Orleans es una *delicatessen*.

Chris soltó un murmullo evasivo:

—¿Hay mantequilla?

—Me temo que no. La poca que teníamos la usamos para las galletas de Navidad —contestó Jess—. Hay que alimentar mejor a esas vacas.

—Lo sé. —Chris partió una galleta por la mitad—. Estoy en ello.

—¿Adónde vas? —repitió Alex.

—Mucho más lejos de lo que me gustaría —respondió Chris, con la boca llena. Tragó, ayudándose con un buche de aquel sucedáneo de café, e hizo una mueca.

—Lo siento —se disculpó Tori, poniéndole una mano en el hombro—. Tuve que echarles también harina de maíz. Sé que están hechas un mazacote. ¿Quieres que te traiga un poco de miel?

—No, no, no te preocupes —dijo Chris. Luego se dirigió a Alex—: Creo que esta vez vamos a ir mucho más lejos. La mayoría de los pueblos de los alrededores han sido saqueados, no queda nada. Peter cree que deberíamos ir a Wisconsin.

Tori ahogó un grito.

—¿No están vigilando la frontera?

—Ya veremos. Como poco, tardaremos una semana en ir y volver. Eso si no nos encontramos con algo.

—Entonces, no volveréis hasta después de Año Nuevo —dijo Sarah. Su voz sonó decepcionada.

—No —respondió Chris y levantó la vista cuando Lena cerró la puerta de la cocina con un golpe de cadera, pues traía los brazos cargados de leña—. Probablemente no.

—Probablemente no, ¿qué? —se interesó Lena.

—Chris y Peter no estarán aquí en Nochevieja —explicó Tori—. Tienen que ir a Wisconsin a por provisiones, si logran cruzar la frontera. No es justo que se perdieran la Nochebuena luchando y ahora esto.

Lena puso los ojos en blanco, como de costumbre, aunque esta vez Alex estaba de acuerdo con ella. La vida no era nada justa, por si Tori no se había dado cuenta.

—Chicas, si queréis algo en especial, haced una lista —les sugirió Chris—. No os prometo nada, pero...

—Café de verdad —dijo Lena—. Aparte de eso, un billete de ida para salir de aquí.

—Ya estamos —masculló Sarah.

Alex estaba harta de aquel tema.

—No lo entiendo, Chris. Dijiste que hay otros pueblos, ¿no? Y varios grupos de invasores con los que seguís luchando, ¿verdad? No sé, ¿por qué no nos

organizamos? ¿O comerciamos? ¿O compartimos lo que tenemos mutuamente? De ese modo, no tendréis que preocuparos todo el tiempo por si os disparan ni viajar tan lejos. —Se acordó de la discusión que había tenido con Tom al respecto—. Lo que estáis haciendo no sirve de nada.

—Tiene razón —asintió Jess, sin levantar la vista de las patatas que estaba lavando. Chris parecía incómodo.

—Yo no puedo hacer nada.

—¿Por qué no? —insistió Alex.

—Bueno, primero hay que tener algo con lo que merezca la pena comerciar —señaló Sarah.

—Tenemos víveres. Y también armas y herramientas...

—No vamos a comerciar con armas ni herramientas —repuso Chris, rotundo—. Eso sería como darles las llaves de la puerta principal.

—¿Y qué me dices de la ropa? —Alex no se daba por vencida—. Jabón, velas, faroles o...

—O a nosotras —dijo Lena. Dejó caer la leña con gran estruendo—. ¿Cuánto crees que valgo, Chris?

Fue como si le hubieran dado una bofetada.

—Lena, no es...

—Oh, venga ya. Somos vuestras preciadas conejitas, así que, dime, ¿qué crees que puedes comprar conmigo? Supongo que dependerá de cuándo el macho se canse...

Jess la cortó:

—¿Sabes qué, Lena? Hace falta más leña.

—Ah, claro. Se me olvidaba. Tu casa, tus reglas —espetó ella y salió de la cocina dando un portazo.

Tori se encargó de romper el hielo:

—¿Más café, Chris?

—No. —Tenía las mejillas encendidas. Ni siquiera podía mirar a Alex—. No, no debería.

—Chris —le dijo Sarah con amabilidad—, ella no quería decir eso. No está enfadada contigo.

Alex, por el contrario, pensaba: «Ah, sí, claro que lo está». Lena era grosera, aborrecible, pero estaba provocando a Chris adrede, prácticamente acosándolo.

La pregunta era: ¿por qué?

Quince minutos más tarde, Alex se enfundó la parka y salió afuera, arrastrando los pies. Volvía a nevar. Los grandes copos giraban en espiral, despacio, flotando como plumas. Había mucha nieve, cerca de medio metro, y a *Honey* le resultaba difícil abrirse paso. En los últimos días, Chris la había llevado y la había recogido del asilo en un trineo Portland, y solía salir de casa cinco minutos antes que ella. Alex esperaba verlo en el trineo azul oscuro, pero Nathan la estaba esperando en su lugar, sujetando las riendas de un caballo de tiro blanco.

—¿Dónde está Chris? —preguntó al tiempo que el collie fronterizo de Nathan saltaba para que lo acariciara.

Nathan señaló con la barbilla en dirección al jardín trasero.

—Se fue hacia allí. Dijo que volvería enseguida.

Confundida, Alex volvió sobre sus pasos y rodeó la casa. El jardín de Jess era enorme, debía de medir más de media hectárea antes de mezclarse con el bosque. Vio a Chris en el rincón más alejado a la izquierda, junto a la montaña de leña... con Lena.

Lo que quiera que fuese a decir se le quedó en la lengua. Chris y Lena estaban mirándose a la cara y los brazos de esta se movía ostentadamente, trazando significativos gestos de enfado. ¿Lena peleándose con Chris? Conociéndola, no era nada extraño, pero, después de aquella escenita de la cocina, ¿por qué Chris se

desvivía por hablar con ella? Alex estaba demasiado lejos para oírlos, pero vio que Chris sacudía la cabeza y empezaba a darse la vuelta. Al instante, Lena lo agarró del brazo y se lanzó hacia él con tanta fuerza que casi le hizo perder el equilibrio. Después le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él...

«No quiero ver esto». Atónita, retrocedió dando un traspié, las botas se le enredaron y dejó escapar un pequeño chillido involuntario de sobresalto. Vio que Chris giraba de pronto la cabeza y que intentaba desembarazarse de Lena, bajándole los brazos. Puede que hasta hubiera pronunciado su nombre, pero Alex no iba a quedarse esperando. Mientras subía a duras penas el camino que conducía a la calle, le ardían los ojos y apenas podía respirar. Sentía una gran opresión en el pecho, como si alguien le hubiera extraído todo el aire de los pulmones de un puñetazo. «Coge a *Honey* y márchate». Pero era imposible. Nathan la detendría porque no podía ir a ninguna parte sin escolta. Vale, de acuerdo, no pasaba nada, qué le importaba a ella lo que hubiera entre Chris y Lena, qué le importaba a ella...

—¿Lo has encontrado? —le preguntó Nathan cuando la vio encaminarse hacia el trineo con dificultad.

—Sí. —Al acomodarse, vio a Chris dar la vuelta a la casa. Iba deprisa y lo olió acercarse: nada de manzanas esta vez, ni sombras, sino una turbia y enfurecida nube de tormenta. Apartó la mirada cuando subió al trineo. Luego, Chris sacudió las riendas y el caballo echó a andar al trote. Luego, Chris sacudió las riendas y el caballo echó a andar al trote. Iba callado. El negro aire que se interponía entre ellos podía cortarse con un cuchillo. El corazón le latía a mil por hora y tenía un nudo en el estómago, mientras que no paraba de retorcerse las manos.

—No es lo que piensas —dijo Chris con firmeza.

—Me da igual —replicó ella, sin atreverse a mirarlo a la cara—. No es asunto mío.

Él no dijo nada. El trineo pasó por delante del ayuntamiento, a cuyo interior un corrillo de hombres de Rule conducía a un grupo de refugiados. Se dirigieron al noroeste, bajando por la carretera de acceso al asilo. El bosque los rodeaba y retumbaba con el sonido de los cascos de los caballos. Alex veía caer la nieve y la sentía derretirse como lágrimas en sus mejillas.

Chris se aclaró la garganta.

—Alex...

—Déjalo, Chris.

—No —respondió él—. Es sólo que... no puedo...

—¿Que no puedes qué? ¿Explicarlo? —Lo miró a la cara. Tenía la piel tirante y blanca como la nieve, salvo dos manchas de agitación que coloreaban sus prominentes pómulos. El olor de sus sombras era ahora más intenso, como si se estuvieran cerniendo sobre él para protegerlo de algún modo—. ¿Acaso hay algo que explicar, Chris? Dimos educación sexual en sexto, así que si necesitas consejo... —Percibió la crueldad de su propia voz y se tragó el resto. ¿Qué demonios estaba haciendo? Aquello le daba igual.

—Tú no lo entiendes —dijo Chris.

—No tienes que darme explicaciones.

—Ojalá pudiera —se lamentó él. Alex captó su pesadumbre y algo más: asco—. Dios, todo se ha ido al traste.

—¿Sí? ¿Tú cree? —La frustración le iba llenando la cabeza como vapor caliente. En cualquier momento, la parte posterior estallaría de un taponazo—. ¿Ahora te das cuenta?

—Por favor, no quiero discutir contigo.

—Mira, Chris, de verdad, déjalo. Es tu pueblo. Si quieres tirarte a Lena y jugar a las casitas con ella, hazlo.

—Para. —Sus ojos se cerraron y los pequeños músculos de su mandíbula se movían

nerviosos—. Por favor, Alex. Yo no quiero a Lena. Nunca lo he hecho.

—¿Ah, no? Pues será mejor que la pongas al tanto.

—¿Quieres callarte? —Con un abrupto giro de muñecas, dio un tirón a las riendas. El trineo viró con brusquedad y tuvo que agarrarse a un lateral para no salir despedida, pero él la sujetó por los brazos y la zarandeó—. ¿Crees que es esto lo que quiero? ¿Crees que la quiero a ella?

—¿No? No, no respondas. ¡Me da igual lo que quieras o a quién! —le espetó, y luego le estampó una bofetada, fuerte y repentina, que sonó como el chasquido de un hueso seco al romperse. El sonido rompió algo también en su interior y experimentó un torrente de vergüenza al ver que él ahogaba un grito y lo soltaba. La palma de la mano le ardía como si le hubieran echado ácido—. Chris —dijo—. Chris, lo siento, yo...

—¿Por qué no te gusto? —le preguntó él con voz quebrada. Su olor se tornó ahora más caliente, vaporoso y embriagador, con notas contradictorias: manzanas, fuego y la electrizante turbación de aquellas frías y negras sombras—. ¿Por qué no puedo gustarte sólo un poco?

Nunca sabría cuál habría sido la respuesta porque Chris no le dio la oportunidad de contestar. En lugar de eso, la besó.

# 60

W

o me para nada como Tom. Esto fue más como una bomba.

Sintió que el cuerpo se le tensaba por la sorpresa; luego notó la rápida sacudida de su corazón y una repentina dificultad para respirar. Durante un instante, sólo un instante, podría haberlo apartado. Pero no lo hizo. Un sensacional calor blanco hizo que ese pensamiento saliera chamuscado de su cerebro. Momentos después, él estaba pegado a ella: un hormigueo le recorrió todo el cuerpo, sintió el hambre de Chris, su necesidad... Lo agarró de las solapas del abrigo, porque ansiaba su contacto; no podía acercarse lo suficiente y el aroma a manzanas especiadas le hacía sentirse febril y mareada.

El beso fue eterno. Duró un segundo. Alex no estaba segura de quién lo rompió. Tal vez ambos lo hicieron a la vez, o ninguno.

Él la soltó.

—Lo siento. Dios, lo siento mucho —farfulló con la voz entrecortada—. Por favor, no me odies. Yo sólo...

—Está bien —dijo ella. La señal roja de su mano destacaba en la mejilla de Chris como una marca grabada a fuego. Sentía los labios magullados e hinchados—. No debería haberte pegado. Lo hice sin pensar.

—Creo... —Chris se echó hacia atrás, con la respiración aún agitada—, creo que cuando vuelva, tal vez no debería verte más. No puedo pensar. Cuando estoy ahí fuera, lo único en lo que puedo pensar es en estar aquí y... en estar contigo. Yo sólo... Dios, Alex, sólo estoy intentando protegerte.

Su rechazo natural —«no necesito tu protección»— se le atascó detrás de los dientes. Estaba diciendo la verdad; lo olía. Era igual que cuando le regaló las gafas de sol, sólo que esta vez tenía los sentimientos de Chris en la palma de sus manos.

—¿Sabes lo que me preocupa? Me preocupa que, cuando vuelva, haya encontrado alguna fisura, algo que se nos haya pasado, y te hayas ido y no creo que yo... —Chris cerró los ojos—. Di algo, por favor.

—Lo siento mucho. —Alargó la mano hasta su cara y tocó la marca que le había dejado—. Yo no te odio, Chris.

Él soltó una carcajada medio triste.

—Pero no te gusto.

—Te he besado —dijo ella.

—Después de abordarte, después de obligarte...

—No. No me has obligado. Creo... —Dejó escapar un suspiro tembloroso—. Creo que tengo miedo de que me gustes.

La sorpresa de Chris y después la esperanza reflejada en su rostro fueron casi dolorosas y Alex tuvo que morderse el labio para no romper a llorar. Tenía aún la mano en su mejilla y ahora él la cubrió con la suya.

—¿Por qué? —preguntó.

Un sollozo intentó abrirse camino a través de su boca.

—Porque eso significa que me he rendido. Significa que tú has cerrado todas las fisuras y que no tengo otro sitio adonde ir.

—Pero, Alex, las reglas tienen una razón de ser. Están ahí para mantenerte a salvo.

—Entonces, ¿por qué Jess cree que necesitan un cambio?

—Alex. —Se acercó más y, cuando la tomó en sus brazos, ella no se apartó—. Quiero protegerte. Quiero cuidarte. ¿Tan malo sería que te quedases?

Alex se agarró a la chaqueta de Chris.

—No —contestó.

Hicieron en silencio el resto del camino, pero ella permaneció junto a Chris, muslo con muslo y con los brazos entrelazados. Al llegar al asilo, la nieve caía con más intensidad y estaba empezando a arremolinarse. Cuando el trineo se detuvo, sin embargo, ella no se bajó. Tras las puertas de cristal, vio que el guardia los observaba, con la mano en la barra de la puerta para dejarla entrar.

Alex se giró hacia Chris.

—¿Cuánto tiempo crees que estarás fuera?

—Bastante. Un par de semanas. —Su boca se torció en una sonrisa tensa e insegura. La nieve se adhería a su pelo oscuro—. No te preocupes. Dejaré a alguien aquí para que te cuide.

—No estoy preocupada por mí. —Entonces cogió su mano y entrelazaron los dedos—. Cuando vuelvas...

—Sí —dijo.

Esta vez, cuando se besaron, sólo hubo manzanas: dulces, crujientes y buenas.

Aquella tarde, una de las enfermeras salió precipitadamente de la sala de curas por algo y dejó un puñado de instrumentos quirúrgicos esterilizados esparcidos en una bandeja. Uno de ellos era una sierra de Gigli, un rollo de alambre capaz de cortar un hueso... o un árbol, o el cuello de un hombre. La sierra tenía cuarenta centímetros de largo y dos mangos. Podía metérsela enrollada en los vaqueros. Una sierra como aquella podía resultarle muy útil en la carretera a una chica a la fuga.

La dejó donde estaba.



# 61



dos semanas después de Año Nuevo, un enfermero asomó la cabeza por la sala de curas donde ella y Kincaid estaban dando los últimos puntos de sutura a una laceración y dijo:

—Jefe, nos han llegado noticias de un reconocimiento avanzado. Han encontrado a alguien en un viejo granero, junto a Oren.

—¿Sabemos en qué estado? —preguntó Kincaid.

—Parece que tiene septicemia. Una herida infectada, tal vez un mordisco. —Se detuvo—. Jefe, dicen que es un Salvado.

Estuvo a punto de gritar al oír aquellas palabras. Lo primero que pensó fue que Tom había recibido un mordisco. ¿Sería posible? No, no podía ser Tom. Había pasado demasiado tiempo, casi dos meses.

—Lleva una camilla a la puerta principal. Y que venga una auxiliar ahora mismo. Enseguida voy —respondió Kincaid y después se dirigió a ella—: Vamos, termina. No tenemos todo el día.

—Lo siento. —Se concentró en ese último punto, lo ató y lo cortó con las tijeras. Lo hizo con la calma requerida, pero parecía que el corazón iba a salirse del pecho. Se estiró para alcanzar un paquete de gasas, pero Kincaid ya se estaba quitando los guantes.

—Déjalo, déjalo —le insistió—. Te necesito conmigo. —Chasqueó los dedos para avisar a un auxiliar, le señaló al paciente y salió de la sala con Alex pisándole los talones. Se apresuraron a bajar al vestíbulo y atravesaron las dobles puertas de salida justo cuando un primer jinete se acercaba por la carretera de acceso a la velocidad de un rayo seguido por un trineo plano tirado por caballos. Un hombre al que no conocía, pero que debía de ser Hank, llevaba las riendas y Alex divisó a dos chicos en su interior. Experimentó una pequeña punzada de sorpresa al distinguir a Greg. ¿Qué estaba haciendo allí? Se había marchado con Chris... Todos esos pensamientos se desvanecieron cuando se percató de que Greg estaba haciéndole al otro chico una reanimación cardiopulmonar.

—¡So, soooo! —exclamó Hank cuando los caballos llegaron al corredor cubierto. Tiró de las riendas con tanta fuerza que uno de ellos se encabritó en señal de protesta—. ¡Calma! ¡Sol!

Los dos caballos piafaron y fueron traqueteando hasta que se detuvieron por completo. Kincaid fue corriendo hasta el trineo y se subió a uno de los esquiés.

—¿Qué tenemos? ¿Está muy mal? —Echó un vistazo y exclamó—: ¡Jesús!

Con el corazón en un puño, Alex se colocó a su lado y no supo muy bien si reír o llorar. No era Tom. Claro, ¿cómo iba a serlo? Era imposible. El chico era apenas un crío, no tendría más de ocho o nueve años. Jack le había desabrochado la chaqueta y la camisa para hacerle la reanimación, así que distinguió claramente la caja torácica y sus hombros huesudos. Tenía los ojos cerrados y hundidos y estaba muy pálido, con los labios casi azulados. La pernera izquierda de sus vaqueros estaba desgarrada, rezumando, y el efluvio era abrumador: fétido y podrido. Contuvo el aliento.

—Lo encontramos completamente solo en un granero. Ha sufrido una parada cardiorrespiratoria en el camino —contestó Greg, sin dejar de bombear. Estaba sudando a mares, sin aliento por el esfuerzo—. Eso ha sido hace... y dos, y tres, y

cuatro, y cinco... Vamos. —Ante esta señal el otro chico que había llegado antes que el trineo (creía que se llamaba Evan) insufló aire en los pulmones del niño inconsciente. Greg se frotó la cabeza con el hombro para secarse el sudor—. Hace diez minutos.

—Diez minutos es demasiado —observó Kincaid. Se dio la vuelta cuando Paul, un enfermero viejo con panza cervecera, apareció con una camilla—. Escucha, Paul, necesito un equipo de terapia intravenosa, de calibre grueso, y una vía.

—No sé si tenemos, jefe. Nos faltan tantas co...

—¡Tráeme la maldita vía, Paul! No te atrevas a volver sin ella, ¿me oyes? Y busca un carro de parada, dondequiera que lo encuentres. ¡Muévete! —Paul corrió adentro y Kincaid se las ingenió para subir la camilla al trineo, dándole un empujoncito con la cadera para encajarla—. Oídme, chicos, que no le falte de nada. ¡Vamos! —Se interrumpió y una curiosa expresión frunció sus sudorosas facciones.

Hank, que había saltado del vehículo para ayudar a trasladar al herido a la camilla, lo examinó.

—¿Estás bien, jefe?

—Sí, un momento, Greg, apártate de ahí, déjame que le tome el pulso.

Kincaid se la quedó mirando fijamente, como interrogándola, pero no tuvo que hacerlo en voz alta, pues ella sabía muy bien lo que quería decirle: «¿Es seguro?».

Una pregunta que, aunque nadie hasta el momento se había atrevido a hacer, acabaría por salir a colación.

—¿Tiene pulso? —inquirió Greg.

Kincaid no respondió. Alex sabía que no podía equivocarse. El hedor a carne muerta era inconfundible, pero con matices diferentes: gaseoso y casi dulce.

—¿Jefe? —lo llamó Hank.

«Carne muerta, sí, pero infección, no Cambio». Le devolvió a Kincaid el más leve asentimiento.

—No se lo pillo. Greg, continúa con la reanimación. Venga, vamos —dijo Kincaid—. Hay que moverlo a la de tres. Una, dos y...

Poniéndose a horcajadas sobre la camilla, Greg continuó con la reanimación durante todo el camino hasta la sala de curas y Evan no se apartó de su lado, con la bolsa de ventilación asistida. Paul y ella abrieron el equipo de terapia intravenosa. Paul había logrado encontrar la vía en alguna parte y Kincaid se la introdujo al chico en la vena subclavia.

—Este es todo el bicarbonato que queda —advirtió Paul, tendiéndole a Kincaid una jeringuilla—. ¿Seguro que quieres...?

—Ahora o nunca. Presiona aquí... ¿Tenemos atropina? Vale, aguanta... Greg, para.

—Kincaid lo auscultó con el estetoscopio con los ojos cerrados—. Creo que resiste... Paul, adminístrale la atropina.

Aguardaron. Greg jadeaba y el cuello le chorreaba de sudor. Paul echó un vistazo al cronómetro.

—Quince minutos, veinte segundos, jefe.

—¡He captado algo! —exclamó Kincaid, consultando su reloj y contando por lo bajini—. Paul, dime la presión arterial.

—60/30, jefe.

—Bueno, no es para tirar cohetes, pero tampoco tan mala. Puede que lo consiga después de todo. —Kincaid se enfundó un par de guantes—. A ver qué tenemos... Alex, necesito que te pongas los... guantes.

El olor que emanaba del muslo izquierdo del niño era tan putrefacto e insoportable que hasta Kincaid hizo una mueca de asco. Alguien había tratado de vendarle la herida, pero las gasas estaban empapadas y manchadas de pus verdoso y amarillento. Alex sintió que el estómago le daba un vuelco a medida que Kincaid se las quitaba poco a poco. Aquel pus, amarillo verdoso como un mocarro, había sido secuestrado por la

herida abierta, y la carne triturada de los márgenes estaba negra. El niño tenía el muslo surcado de rojos arañazos desde la rodilla a la entepierna.

—75/40.

—Muy bien —dijo Kincaid, empezando a limpiarle la herida con una gasa esponjosa. En la camilla, el chico arrugó los ojos y soltó un débil gemido—. Lo sé —murmuró Kincaid sin dejar de trabajar—. Sé que te duele, hijo. Lo siento. Aguanta un poco más.

—La presión ha mejorado, ¿verdad, jefe? —preguntó Greg, secándose el sudor con el brazo.

—Bueno, no está mal. ¿Conseguisteis saber su nombre antes de salir pitando de allí?

—Qué va. Como te comenté, estaba atontado.

—De acuerdo, Alex, llena dos jeringas de 55 cc de suero fisiológico e irriégale toda la porquería que tiene ahí, ¿vale?

Alex se alegró de ser de utilidad. Mientras sacaba el suero, Greg dijo:

—Vais a salvarlo, ¿no?

—Vamos a intentarlo. Puede que pierda esa pierna, pero cada cosa a su tiempo. Anda, ve a cambiarte antes de que cojas una pulmonía. ¿Cómo tienes el brazo? ¿Alguno de vosotros ha resultado herido?

—Qué va. Todo el mundo está bien, jefe —contestó Greg, flexionando el brazo justo por donde lo habían herido hacía tres semanas.

—Perfecto. Menos mal que no tengo que volver a vendártelo. ¿Y los demás?

—Están más o menos a un día de distancia.

—Bueno, pues ahora marchaos de aquí los dos y dejadme trabajar. Paul, dame un kit de sutura, vamos a hacerle un corte. Y ponedle Cipro ahora mismo.

Paul extrajo un pequeño vial de cristal de un carro de medicamentos casi vacío.

—Jefe, es el último...

—El último Cipro, ya lo sé. No importa, Paul. Alex, deja de irrigar. Córtales el resto de la ropa para que pueda ver bien lo que estoy haciendo. —Kincaid lo miró por encima de la mascarilla—. Confiemos en que el pobre chaval no se despierte.

Mientras Kincaid limpiaba y saneaba la herida, Alex cortó los pantalones del niño con unas pesadas tijeras quirúrgicas y luego la emprendió con lo que quedaba de su camisa. De repente, al rebanar la franela, retrocedió.

—¡Ay, qué asco!

—¿Qué pasa? —se interesó Kincaid.

—Creo que... —El chico tenía otra enorme herida provocada por un mordisco, en carne viva, supurando y llena de algo parecido al arroz blanco... Pero el arroz se *movía*—. Creo que son gusanos.

—¿En serio? —Kincaid lo examinó detenidamente y asintió—: Excelente.

—¿Excelente? —Alex lo miró con ojos desorbitados—. ¿Qué tienen de bueno los gusanos?

—Pues que se comen la carne necrótica y dejan al descubierto los tejidos sanos —respondió Kincaid—. ¿Ves esos márgenes? Todo eso es tejido viable. Alex, mira a ver si puedes coger media docena de esos bichitos y ponerlos en una gasa.

—Cómo no —dijo muy bajito, sin saber muy bien si se desmayaría. No podía quitarse de la cabeza la imagen de las moscas posándose en las heridas del niño y poniendo sus huevos.

Y entonces cayó en la cuenta. «Eh, espera un momento».

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Paul, aunque su voz sonó como deseando que rechazara el ofrecimiento.

Ella no lo decepcionó:

—No, estoy bien.

—Bueno, amiguitos, vaya festín que os estáis dando —comentó Kincaid—. Arrimaos al calorcito, urracas.

—Me parece que están bastante calentitos —observó Alex—. No paran de moverse.  
—Kincaid es la única persona que conozco que no le haría ascos a un bol de gusanos —comentó Paul volviendo a bombear el manguito del tensiómetro—. 95/62.  
—Eso ya está mejor —dijo Kincaid—. Paul, tráete un calefactor y a ver si puedes conseguirnos un recipiente de plástico y una manzana.  
—No me digas que tienes hambre —se extrañó Alex—. ¿Ahora?  
—Por fin. —Le guiñó por encima de la mascarilla—. La manzana es para los gusanos. Un viejo truco de pesca. Los mantendremos en algún lugar seco y oscuro durante un par de semanas.  
—¡Claro! ¡Creemos nuestra propia granja de gusanos! —ironizó Paul.  
—¡Qué buena idea! —exclamó Kincaid—. Buscaremos un sitio lo bastante cálido. Si no, las moscas se morirían.  
—Era una broma. —Paul puso los ojos en blanco—. Enseguida vuelvo. Jefe, que tú y tus gusanos seáis muy felices.  
—Lo seremos, lo seremos —respondió Kincaid.  
Estupendo, así que lo más probable era que se dedicara a criar gusanos de ahora en adelante. Pasaría mucho tiempo antes de que volviera a mirar el arroz de la misma manera.  
Suponiendo, claro estaba, que volviera a ver arroz alguna vez.  
—Ya está —concluyó Kincaid. Se quitó los guantes y la mascarilla y suspiró—. Ojalá no hubiera tenido que cortar tanto tejido para encontrar el músculo sano, pero no he podido evitarlo. Entre los gusanos y yo, esas heridas podrían llegar a cicatrizar. No tendrán buen aspecto, pero, con suerte, el niño conservará la pierna.  
—¿Crees que se recuperará? —inquirió Alex.  
Kincaid torció la boca.  
—En condiciones normales, tendría un cincuenta por ciento de posibilidades. Ya ha sufrido una parada y tiene septicemia. El suero ayudará, pero sólo no quedan dos bolsas y ya no tenemos antibióticos. Como le vuelva a bajar la tensión, no sé qué voy a darle.  
—Tal vez no baje —musitó Alex—. A lo mejor lo has cogido a tiempo.  
—A lo mejor. Sería una auténtica pena, todo este maldito esfuerzo y riesgo para nada. Pero no nos pongamos en lo peor. —Echó un vistazo por encima de Alex—. Greg, lleva a esta chica a casa antes de que se desmaye.  
—Te estaba esperando, jefe —anunció Greg desde la puerta.  
Había anochecido hacía unas horas. Alex miró el reloj de Ellie y vio que Mickey marcaba las diez. Se quitó la mascarilla y dijo:  
—¿Llevas ahí todo el tiempo?  
—Sí. —Greg consultó su reloj de bolsillo—. Seis horas y veinte minutos.  
—Ya hace mucho que se me pasó la hora de dormir —declaró Kincaid. Parecía a punto de desfallecer y, cuando se dejó caer en una silla, soltó un largo gemido—. Más cosas como esta y voy a hacerme viejo antes de tiempo.  
—Necesitas descansar —le aconsejó Paul. Un enorme manchurrón en forma de mariposa le colmaba la pechera de la parte superior de su uniforme y su rosado cuero cabelludo brillaba de sudor—. Ya no somos unos niños.  
—Te he oído —dijo Kincaid.  
—Deberías dormir un poco —manifestó Alex. Estaba agotada y apestaba a sudor—. Yo puedo quedarme con él un rato, sólo necesito asearme un poco. —Cuando Kincaid abrió la boca para protestar, continuó—: Venga, como te ocurra algo a ti, estamos todos arreglados.  
—Lleva razón —coincidió Paul.  
Kincaid siguió gruñendo, pero al final acabó por ceder.  
—Me iré a dormir abajo. Venid a buscarme dentro de cuatro horas —pidió al tiempo

que Paul lo acompañaba a la puerta—. Que no se os olvide.

—No se nos olvidará —dijo ella y, luego, cuando él se hubo marchado—: Bueno, tal vez.

—Pareces rendida —observó Greg, que tenía casi tan mal aspecto como ella—. ¿Quieres que me quede contigo?

—No te preocupes —contestó, aunque al instante fastidió su respuesta con un bostezo—. Mira el lado positivo: no tendrás que venir a recogerme por la mañana.

—Te traeré una muda, aunque seguro que el jefe te deja el día libre mañana.

—Sí, estaría bien. —Contempló al paciente, que ahora estaba apenas un poquito menos blanco que las sábanas. Su pelo parecía artificial, como si lo hubieran coloreado con un rotulador *Magic Marker*. Empezó a recoger el instrumental utilizado. Las bolsas de basura estaban llenas a rebosar de gasas sucias y ensangrentadas y de los retales de la ropa del chico—. A ver qué ocurre. Deberías irte a casa.

—Vale, me voy. —Se despidió con la mano—. Pero no se lo digas a Chris.

«¿Y qué le voy a contar a Chris exactamente? —pensó, poniéndose a arreglar la sala de curas—. ¿Que el malo de Greg me ha dejado más sola que la una?».

No había dejado de pensar en Chris. No de manera obsesiva, no como había hecho con Tom... Aunque aquello era diferente, ¿no? Ahora no estaba segura de lo que había llegado a sentir por Tom, pero habían luchado juntos y él había resultado herido, tal vez de muerte, y ella se había embarcado en una misión para salvarlo.

Sí, y le había fallado.

Le tomó la tensión al niño, le palpó el pulso y le comprobó la vía. A continuación, reunió los instrumentos manchados en una bandeja y los sumergió en alcohol antes de cruzar el vestíbulo en busca del esterilizador de vapor provisional. Lo sacó, lo colocó en una pequeña estufa de propano y la encendió. Mientras esperaba a que se formara el vapor, lavó los instrumentos y los puso en el esterilizador. Para que el instrumental se desinfectase, habría que aplicarle vapor durante unos veinte minutos; el calor era lo único que...

El calor.

*El calor.*

Acurrucada en su uniforme y su bata amarilla de enfermera, se quedó mirando fijamente el diminuto círculo que formaba la llama azul y frunció el ceño. Había estado rumiando durante horas algo relacionado con el calor. Pero ¿por qué?

Se acordó de las palabras de Kincaid: «Las moscas se morirán con el frío».

Tenía razón. Las moscas se morían con el frío. Deja algo muerto a la intemperie y no verás ni una moscarda; en invierno, desde luego, no. No había visto ni una mosca en el establo de *Honey*, ni siquiera cuatro semanas antes. Se había encontrado con más de unos cuantos cadáveres en la carretera, pero ni una mosca. Y en la gasolinera, en el cuerpo de Ned...

—Tampoco había moscas —murmuró. Pero el chico tenía gusanos y los gusanos sólo podían venir de las moscas. No obstante, si lo habían encontrado en un granero abandonado, ¿cómo se había mantenido caliente? ¿Cómo se había calentado el granero lo suficiente para que pudiera albergar moscas en pleno invierno?

Tal vez el niño hubiera encendido una hoguera. No, aquello no era posible. Estaba como un témpano cuando lo trajeron. Al borde de la muerte. ¡Qué demonios! *Había estado muerto.*

Lo que significaba que otra persona había encendido el fuego. Otra persona había mantenido al chico caliente. Había habido alguien más, quizá más de una persona.

Pero Greg había dicho: «Lo encontramos completamente solo en un granero».

No, Greg. Ni hablar. Y se habían acercado a Oren... ¿Qué estaban haciendo allí? ¿No iban a Wisconsin? A menos que hubieran cambiado de planes... ¿No había estado ya Chris en Oren? Sí, de allí se trajo los libros. De eso no hacía tanto tiempo.

Kincaid: «¿Alguno de vosotros ha resultado herido? ¿Conseguisteis saber su nombre?».

Si Kincaid estaba preocupado por eso, debió de haberse figurado que hubo un enfrentamiento. Lo del nombre implicaba, sin embargo, no sólo a más gente, sino que se había producido... ¿una conversación? ay, Dios mío, ¿o un intercambio? Tal vez algo peor.

Porque Kincaid lo sabía. Sabía que no habían encontrado al niño, que lo habían rescatado.

Se lo habían llevado.

**C**asi todos los niños que había conocido en su vida, ella incluida, guardaban porquerías en los bolsillos. Antes de que descubriera las navajas suizas, las favoritas de Alex habían sido las piedrecitas y los chicles. No tenía ni idea de por qué y su madre siempre estaba quejándose de que el chicle se derretía en la secadora.

Sin embargo, este niño llevaba los bolsillos vacíos.

¿Qué niño no llevaba nada en los bolsillos? Alex se quedó mirando incrédula el revoltijo de ropa hecha jirones que había rescatado de la basura. El hedor era horroroso: sangre, pus y meses de suciedad. El nombre del niño estaba escrito a boli en sus zapatillas de deporte, pero se hallaba medio borracho por el sudor y la suciedad, demasiado para que pudiera descifrar algo más que una *J* y una *N*. O tal vez una *M*. La camisa de franela sólo tenía un bolsillo rasgado y los de los vaqueros estaban llenos de agujeros.

Cogió un lacio pingajo de la chamarreta verde oliva del niño con una mano enguantada. Tenía la capucha ribeteada de piel sintética y un forro combado, acolchado y de color naranja butano con cremallera. Desde que había llegado a Rule, había utilizado el suyo para esconder los suministros para su Gran Evasión. De modo que desabrochó la cremallera y sacó del todo el forro.

Algo metálico tintineó en el suelo. Cuando vio lo que era, se tapó la boca con una mano para contener el grito.

No era un cuchillo. No era un arma.

Era su silbato.

# 63

W

o despertó a Kincaid.

En lugar de eso, se acurrucó junto al niño sin sentimentalismos para tratar de hacerlo volver en sí. Como no dio resultado, le tomó la tensión, le comprobó la vía, escuchó su acelerado corazón y le agarró los dedos, que estaban helados. Sabía que la cosa no pintaba bien y que tenía que avisar a Kincaid pronto, pero no todavía. Necesitaba unos minutos a solas con el niño. Ojalá se despertara...

Se había deslizado el silbato alrededor del cuello, escondiéndolo bajo el uniforme, y se aferró a él sólo para asegurarse de que seguía allí. Por supuesto que lo hacía. No estaba soñando. No era como sus padres perdiéndose en mitad de la noche. Esto era real y tangible y debería ser capaz de solucionarlo. Era consciente de que todas las piezas estaban allí, sólo que no sabía cómo encajarlas.

«Piensa».

Se habían marchado de la estación de los guardabosques el 10 de noviembre. A Ellie se la habían llevado al día siguiente, el 11. Por lo que Harlan había dicho, la última vez que la vio fue una semana o diez días después. A Harlan lo habían expulsado de Rule antes del Día de Acción de Gracias, así que no podía preguntarle, pero ¿no había dicho que los habían atacado al sur de Rule? Suponía que era cierto. Sin embargo, al crío lo habían traído de Oren, que estaba situado a unos ochenta kilómetros al noroeste.

Una de dos: o Ellie había llegado a Oren u otra persona le había quitado el silbato —tal vez cuando la niña se encontraba aún en el sur— y se había dirigido a Oren. O el niño había conocido a Ellie y esta le había dado el silbato u otra persona lo había hecho. Lo mirara como lo mirara, alguien se había cruzado con Ellie, quizá tan sólo seis semanas antes, cuando Chris había regresado de Oren con los libros y aquellas gafas de sol.

Y Lena. La antipática, huraña y furiosa Lena era de Oren y había intentado volver. ¿Por qué? ¿Había más gente allí? Sí. Lena tenía hermanos que tal vez aún estuvieran vivos. Así que... ¿otro enclave de supervivientes? Tenía que serlo.

La imagen de Lena espetándole algo a Chris y luego agarrándose a él, arrojándose a sus brazos...

Y Chris: «No es lo que piensas».

Bueno, ya lo sabía, ¿verdad? Había saboreado la verdad en sus labios, la había sentido en su abrazo. Lo sabía por su olor.

Entonces, si no era aquello, si no se trataba de que Lena y Chris fueran pareja, ¿qué ocurría? Volvió a repasar la secuencia y reconoció no sólo enfado, sino desesperación en el lenguaje corporal de Lena. La chica se había puesto histérica por algún motivo. Pero ¿cuál? ¿Por algo que Chris estaría en posición de conseguir...?

«¡Madre mía!».

Alex ahogó un grito de sorpresa: las piezas empezaban a encajar en aquel puzle que había estado allí desde el principio.

No, Lena no estaba desesperada por algo.

Estaba desesperada por alguien.

Alex pensó que la cosa podía funcionar así:

Salir de patrulla podía significar varias cosas. Por un lado, patrullar el perímetro, ahuyentando a todo tipo de mala gente. Por otro, salir de Rule en busca de



provisiones... lo que implicaba, casi con certeza, encontrarse con otros supervivientes. Había invasores, por lo que debía de haber otros enclaves, muchos otros Rule. Ella misma le había sugerido a Chris que se unieran, pero este se había negado, respondiéndole que no sabía de qué iba la cosa.

No obstante, ¿y si los hombres de Rule no eran el Ejército de la Luz, sino el de las Tinieblas?

Ahora que lo pensaba, se dio cuenta de su lógica. Claro, los hombres de Rule debían de asaltar otros asentamientos. Mira lo que pasó en Nueva Orleans después del Katrina, en Bagdad después de la invasión de las tropas o en los días en que corrías a un supermercado cuando se avecinaba una tormenta... una ventisca, digamos. Las estanterías se vaciaban en menos que canta un gallo. La gente se peleaba en los pasillos por una botella de agua y se daba tortazos en las cajas para salir. Muchos robaban, saqueaban y, a veces, hasta mataban para conseguir lo que querían.

Ahora las cosas eran un poco diferentes, pero no demasiado. Mucha gente había muerto... aquellos que no eran lo bastante jóvenes ni lo bastante viejos para ser Salvados. Lo que estaba claro era que los Cambiados no iban por ahí en busca de una rebanada de Pan Bimbo, por lo que debía de haber una horrible cantidad de gente —tal vez un buen número de Salvados— vagando por ahí, buscando lo básico para sobrevivir: calor, agua, comida y refugio. Se apostaba algo a que aquellas estanterías ya se habían vaciado. Demonios, había visto bastante en la carretera para saber que era cierto. Se había encontrado con un buen número de cadáveres... pero nada de comida. Así que ¿por qué iba a tragarse que Chris o Peter o cualquiera de los demás patrulleros iban a dar con una pequeña tienda de comestibles que aún no había sido saqueada?

Porque había querido creerlos. Bueno, aquello no era del todo exacto. No podía permitirse no hacerlo. Simplemente, no había querido pensarlo porque se sentía agradecida de estar a salvo, caliente, alimentada y protegida. Y punto. Pero si ellos —ella— tenían comida y medicinas, alguien se quedaba sin ellas. Así era como el mundo —feliz o no— funcionaba.

De modo que si eras Chris o Peter e ibas armado hasta los dientes, arramblabas con todo lo necesario. Sin embargo, Marjorie había dicho que en los pueblos dejaban entrar a la gente con niños... porque los niños eran valiosos.

¿Y si llevas a cabo un mandato especial, siguiendo una orden que sólo unos pocos —un grupo selecto— conocen?

Jess había dicho: «Seguir las órdenes no te va a convertir en un hombre».

¿Y si aquellas órdenes fueran encontrar a los Salvados?

Y no sólo eso. Tal vez la nueva regla era encontrar y traer a los Salvados, a toda costa.

Y matar a cualquiera que se interpusiese en tu camino.

# 21

Una hora más tarde, la presión arterial del niño cayó en picado. Alex despertó a Kincaid. Le administraron suero y Kincaid utilizó la última dopamina que quedaba para intentar que le subiera. Al final, la cara del niño estaba tan hinchada que parecía uno de esos budas de la buena suerte.

Murió mucho antes del amanecer sin haber abierto los ojos ni una sola vez.

# 65

T

enía que salir de allí, con Chris o sin él. No importaba lo que hubiera entre ellos.

Tenía que salir de allí.

Greg había dicho que los demás estaban a un día de distancia, por lo que Chris y Peter no tardarían en volver.

Tenía que salir de allí antes de que Chris regresara, aunque no acertaba a adivinar por qué aquello era tan importante. Al recordar aquel calor repentino y esa hambre que sentían el uno por el otro, sintió mariposas en el estómago. ¿Se echaría atrás si volvía a encontrarse con él? No, no, aquello era una locura. Estaría loca si no aprovechaba la oportunidad y huía. *Ahora*. Lo que estuviera pasando entre ellos... en fin, no sabía muy bien qué era y no quería averiguarlo.

«Corre. Corre».

Kincaid estaba rendido y no debía de pensar con mucha claridad; de lo contrario, nunca le habría dejado que se llevara su caballo y volviera sola al pueblo. Aún faltaban un par de horas para el amanecer y la noche era cerrada y muy fría, con un cuarto de luna verde. Cuando abandonó el asilo, saludó afablemente con la mano al guardia, que estaba acurrucado en un saco de dormir nórdico en el vestíbulo. El guardia, un minero jubilado no tan debilitado y viejo como sus compañeros más enfermos, gritó algo que Alex no llegó a oír, pero que interpretó como un «hasta luego».

—¡Hasta luego! —le respondió, pensando: «Ni de coña».

Si tenía que irse, ahora era el momento perfecto, antes de que Chris y los otros estuvieran de vuelta. Los guardias se revelarían a las siete, pero eso no tenía que ser un problema. El caballo de Kincaid era mucho más grande y fuerte que *Honey* y supuso que también más rápido. No obstante, tenía que ser lista. Salir a galope del pueblo con las manos vacías era una completa idiotez. Tenía que reunir lo que pudiera. Se palpó la chaqueta y sintió el bulto de la sierra de Gigli que había pillado antes de que llegara Kincaid y la fina hoja de un escalpelo resistente. A menos que planeara estrangular a alguien, la sierra no le iba a servir de arma, pero al menos podía rebanarle la nariz a alguien con el escalpelo. Además, aún conservaba el cuchillo de bota. Kincaid tenía pistola, pero la guardaba en su oficina. ¿Dónde podría encontrar otra ahora mismo? En algún sitio. No iba a irrumpir en la cárcel y sólo conocía un número bastante limitado de calles de Rule y las casas de unos pocos. Pensándolo bien, tampoco sabía dónde vivía Chris... Qué lástima, pues él no estaba dentro. Greg había dicho que todos los chicos tenían un par de armas, así que mejor no pensar en lo que Chris habría de tener en su poder... Bueno, mejor no preocuparse por lo que no tenía remedio.

Montar de noche no era tan difícil como había imaginado. La nieve brillaba como una cinta plateada y la luz espectral se movía con tanta eficiencia por el bosque que no le resultó complicado sortear los árboles. Sin embargo, tenía que ser prudente. A saber qué se ocultaba debajo de la nieve: árboles caídos, zarzas enmarañadas... Lo último que necesitaba era que el caballo se partiera una pata.

El extremo suroeste era la mejor opción. Greg había comentado que no había demasiada vigilancia, aunque Sarah mencionó que había guardias en los bosques, algunos en los árboles. Sí, pero ella tenía una ventaja: si era capaz de olerlos, los

esquivaría. Ahora bien, como tuvieran perros, estaba perdida, aunque tampoco veía probable que un perro fuese de alguna utilidad en un puesto de vigilancia en lo alto de un árbol.

Vale, pero a lo mejor no debería haberse traído el caballo, ya que hacía mucho ruido y la noche era tranquila, no había cruce de disparos. Ni siquiera los invasores querían congelarse.

Habría Cambiados, sin embargo, y estos no eran precisamente estúpidos. Yeager podía llamarlos bestias, pero no se chupaban el dedo y estarían ahí fuera. Se preguntó si habrían aprendido ya a hacer fuego. Seguro, ¿por qué no? Jim, el amigo de Tom, recordaba cómo escapar y la chica de la gasolinera tenía un palo. Como alguno aprendiera a utilizar un arma...

«Para, no te adelantes a los acontecimientos. Cada desastre a su tiempo».

Al llegar a la plaza del pueblo, vio que había más hombres y todos se la quedaron mirando cuando pasó. Contrajo la cara en una expresión alegre y distraída, como para decir que estaba pensando en sus propios asuntos, y siguió avanzando...

—Detente un segundo.

«Mierda». Durante un instante, pensó en espolear al caballo y salir pitando, pero frenó y esperó a que otro jinete se pusiera a su lado. Era rechoncho, con los brazos como Popeye, y no tenía cuello. Lo conocía, lo había visto en el ayuntamiento, pero no se acordaba de su nombre.

—No deberías andar sola por ahí —le espetó. Hasta sonaba un poco como Popeye—. Ese es el caballo del médico.

—Sí, pero no se lo digas a nadie, por favor. —Le dirigió una mirada que, esperaba, pareciera de cansancio y agradecimiento—. El jefe me ha dejado cogerlo. Hemos pasado la noche en vela y necesitaba salir de allí. —Menos mal que aquello era verdad.

—¿Por ese niño que encontraron en Oren? —Le guiñó al estilo Popeye—. Me han llegado noticias. ¿Cómo está?

—Está muerto. —Se sentía tan cansada que se le saltaron las lágrimas y empezó a llorar de verdad—. Hemos estado en vela toda la noche. Ha sido... horrible.

—Hey, vaya, no pasa nada. —Trató de darle una extraña palmadita en el hombro, pero parecía como si no quisiera tocarla y al final acabó golpeando el aire—. Eres una buena chica. Sólo estás cansada.

—Estoy hecha polvo —dijo, secándose las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano—. Creo que necesito echarme un rato.

—Claro, claro. —El hombre se incorporó en su silla, miró por encima del hombro y se giró hacia ella—: Oye, yo mismo te llevaría a casa, pero tengo que continuar y reunirme con los chicos que vuelven... ¿No te importa hacer sola el resto del camino?

—No —respondió, sorbiéndose la nariz y limpiándose la chaqueta—. Estoy bien. Sólo necesito dormir.

—Buena idea. Hazlo. —Se dio la vuelta y la dejó marchar.

Mientras se dirigía a toda prisa a casa de Jess, estuvo considerando el problema de Lena.

Lena era la única persona que conocía que había estado cerca de abandonar Rule, y encima era de Oren. Sabría cuál sería el camino más rápido y lo que tendría que evitar. Demonios, hasta era posible que existiera alguna relación entre Lena y aquel niño muerto.

Pero llevarse a Lena... El mero pensamiento de acercarse a hablar con ella la ponía nerviosa. Dejando de lado el hecho de que la hubiera visto con Chris —Lena la había estado evitando desde entonces—, tampoco es que la conociera demasiado. Y lo poco que conocía de ella no le gustaba en absoluto. Lo último que necesitaba a su lado era alguien a quien prefería matar a que le cubriera las espaldas. Y estaba el problema de

entrar en la casa sin que nadie se diera cuenta, que era una auténtica utopía...

*Fantasma.*

Se oyó un pequeño gañido en la neblina. Tendría que abandonarlo. Se le hizo un nudo en la garganta. Tenía que haber algún modo de rescatarlo. Qué injusto. ¿Por qué siempre perdía a...?

Respiró hondo. «Ay, mierda». Mierda.

Las cenizas.

Las cenizas estaban en el piso de arriba, en el estuche, en el escritorio de su habitación.

No había manera de llegar hasta ellas. Imposible llevárselas.

«No, no, no. Otra vez no, otra vez no, otra vez no».

«Mamá». Se le cerró la garganta y empezó a llorar de nuevo, en silencio, como una niña pequeña. «Papá... papá...».

Se había olvidado por completo del estúpido guardia.

El perro de Nathan la recibió como si se tratara de un familiar a quien se ha echado mucho de menos. Le contó al guardia la misma historia sobre Kincaid y le dijo que quería llevar el caballo al garaje que había al final del callejón, donde solía guardar a *Honey*. Si Nathan sospechó algo, lo cierto es que no dio señal alguna; se limitó a arrastrar a su perro y a despedirse de ella con la mano.

Como medida de precaución, cruzó la calle y fue pegada a la acera, donde la nieve era lo bastante profunda para amortiguar el sonido de los cascos del appaloosa. La casa de Jess parecía tranquila y las cortinas estaban echadas. En cualquier caso, los dormitorios daban al otro lado. No habría nadie levantado, ni siquiera Jess.

*Honey* relinchó suavemente cuando Alex dejó al appaloosa en el garaje.

—Yo también me alegro de verte —le susurró, dándole un golpecito en la nariz—. Pero no puedes venir, bonita.

Trepó por una montaña de cajas y, cuando llegó arriba, tanteó con las manos hasta que dio con la bolsa de comida que tenía escondida entre las vigas del techo y la sacó de un tirón. Su alijo era pequeño y no se las había podido ingeniar para encontrar otra cosa que no fuera mantequilla de cacahuete, unas cuantas barritas energéticas y cuatro rosquillas petrificadas que había sacado de la cocina hacía una semana envueltas en servilletas. Echó varios puñados de avena en las alforjas y las ató al arzón trasero.

Sus ojos se posaron en un mango de madera que sobresalía de una bala de heno y sintió una punzada de júbilo: «¡Sí!». Sacó el gancho. La punta era afilada y el propio gancho, de buena calidad. Lo olió: blanco y helado, la fría hoja de acero gruesa como su pulgar. El olor blanco y claro del acero era penetrante y...

¿Blanco?

«Espera —pensó—. Algo no va bien. El acero no huele a blanco. El acero huele a metal. No a este hielo blanco y deslumbrante».

Sólo una cosa, una persona, olía de aquella manera.

No iba a echarse atrás ni oponer resistencia. Sus dedos asieron con fuerza el mango del gancho. De ningún modo. De ningún modo pensaba dar marcha atrás.

«Lucha». Se dio la vuelta, con el gancho en la mano y pensando: «Lucha, lucha».

—Bueno —dijo Jess. Cargó la escopeta con una rápida sacudida—. No hay tiempo que perder.

**W**

¿Por qué me estás ayudando? —inquirió Alex.

—He estado intentando ayudarte desde que llegaste, jovencita —respondió Jess. Todavía llevaba puesto un camión blanco de franela bajo la parka. Se había echado la capucha hacia atrás y el pelo suelto fluía por sus hombros como un río de acero. Llevaba su escopeta (una Remington) colgada en bandolera a la espalda—. Tenías que llegar a esto tú sola. Además, tenía que asegurarme de que... —se interrumpió cuando Nathan salió sigilosamente de la oscuridad con dos caballos—. ¿Y bien?

—Tal vez quince minutos, Jess... ¡Ahora no, Vi, ven aquí! —Nathan reprendió a su perro, que había asaltado a Alex para saludarla. Sacudió la cabeza hacia la izquierda—. Ya llegan. Si vamos a hacer esto, tenemos que hacerlo ya.

—¿Quince minutos para qué? ¿Quién viene? —quiso saber Alex.

—Muy bien. —Jess le hizo un gesto a Alex con la cabeza—. Vamos. Trae el caballo de Matt. No tenemos mucho tiempo.

—¿Quince minutos para qué? —insistió Alex mientras sacaba el caballo del improvisado establo. Se dio cuenta de que la noche se diluía. El cielo era todavía de un cobalto oscuro justo encima de sus cabezas, pero estaba pasando rápidamente a un azul pizarra. Amanecería en media hora, quizá menos.

—Necesitarás esto. —Jess le alargó una mochila de tamaño medio. Llevaba amarradas por fuera un par de raquetas de nieve Tubbs ligeras—. Provisiones suficientes para dos semanas. Ropa de tu habitación y un bonito jersey. Lo siento, no podía arriesgarme con una mochila más grande ni con un saco de dormir, pero ahí llevas una manta de emergencia, una lona de plástico, cerillas impermeables, un cuchillo y una piedra de mechero.

—Gracias —contestó Alex. Abrió la cremallera de la mochila para echar un vistazo al interior. Si Jess había estado en su habitación, tal vez hubiera cogido el estuche, pero no, se dio cuenta enseguida de que sus padres no estaban allí. Ya lo había calculado: pesaba muy poco. Cerró la mochila, se la colgó de los hombros y, al levantar la vista, se encontró con que Jess la escrutaba.

—Será mejor que pongas pies en polvorosa, jovencita —dijo Jess—. El pasado, pasado está.

No le preguntó a Jess cómo lo había sabido. Al menos, era discutible.

—Podría necesitar un arma. Es Remington me vendría bien.

Jess sacudió la cabeza.

—Eso no lo puedo hacer. De todas formas, no la necesitarás.

—¿Cómo lo sabes?

—Confía en mí.

Alex no podía hacer eso, pero ¿qué otra opción tenía? ¿Qué pasaría si se negaba a irse? ¿Le dispararía Jess?

—¿Por qué no puedo llevarme un arma? —preguntó Alex—. No represento ninguna amenaza para ti. Quiero marcharme. —Como Jess no contestaba, Alex insistió—: Sabes lo que hay ahí fuera, Jess. Me marchó, pero dame la oportunidad de defenderme.

Jess la estudió durante un rato y luego le dijo a Nathan:

—Dale tu rifle.

Los ojos de Nathan se abrieron como platos.

—Jess, no estoy seguro...

—Pero yo sí. —Dio media vuelta y se subió al caballo—. Dale el rifle.

La mandíbula de Nathan se tensó y, por un momento, Alex pensó que iba a negarse, pero entonces se descolgó el rifle.

—¿Sabes cómo usar un rifle de cerrojo? —le preguntó a Alex.

—Sí —contestó ella, intentando ocultar su euforia. Se trataba de una Browning X-Bolt con mira, cañón de acero inoxidable y culata de nogal oscuro: un arma muy buena—: ¿Qué peso tiene el gatillo?

No sabía si Nathan estaba siendo despectivo o si le había hecho gracia.

—Medio. Mil quinientos gramos, no apto para principiantes ni para nenazas. Aquí tienes un cargador desmontable. —Quitó la pletina y lo sacó—. Lleva cinco cartuchos Magnum cortos del calibre doscientos setenta, y uno extra en la recámara, así que vas armada hasta los dientes. El seguro lo tienes en la empuñadura y hay un botón aparte donde se unen el cerrojo y el cuerpo para abrir el rifle con seguridad y descargarlo, ¿de acuerdo? Es un arma realmente buena.

Eso era quedarse cortos. No sólo tenía un rifle y una mirilla, sino que un cartucho Magnum corto significaba mayor velocidad y más potencia en un solo disparo. Se colgó el rifle en bandolera, se metió una caja de cartuchos que Nathan le alargó en el bolsillo de la parka y se cerró la cremallera.

—Gracias —les dio a los dos.

—Depende de lo que encuentres, puede que no tengas motivos para darnos las gracias —auguró Jess. Su olor no había cambiado, pero eso no significaba mucho. Alex pensó que Jess era tan buena ocultando cosas como Chris. Mejor, en realidad. Durante los meses que había vivido en su casa, esta había sido todo un misterio para ella, pero el rifle la convenció.

«Jess quiere que me vaya —pensó—, pero ¿por qué ahora?».

Como si le hubiera leído el pensamiento, Jess dijo:

—Ahora o nunca, jovencita. Esta es una ocasión única.

Alex saltó a lomos del appaloosa sin mediar más palabra y siguió a Nathan, que ya se estaba abriendo camino entre los árboles al final del callejón sin salida. Al cabo de dos minutos, los tres se habían adentrado en el bosque y Alex ya no veía las casas.

—Ahora escúchame con atención —volvió a hablar Jess. Iban cabalgando rápido, llevando a los caballos al trote por la nieve—. La Zona se extiende tres kilómetros en esta dirección. Después, ya no hay guardias.

¿Que no hay más guardias? Pero si Kincaid había insinuado que la Zona abarcaba ocho kilómetros, no tres... A menos que hubiera algo más acerca del terreno que no le había dicho.

—¿Cómo vamos a atravesar...?

—Cierra el pico y escucha. Vamos a ayudarte a atravesarla, pero una vez que lleguemos al borde, ya no podré seguir y tampoco podré enviar a nadie contigo. El camino es todo recto. Un kilómetro y medio más adelante, se bifurca y, desde allí, tendrás que seguir a pie.

—¿Por qué?

Agachando la cabeza por debajo de una rama, Jess le lanzó una mirada de impaciencia.

—El sendero es sólo una vereda, demasiado estrecha para el caballo. Tienes que ir hacia la izquierda, no hacia la derecha, ¿entendido? A la derecha vuelves a Rule, así que debes desmontar y enviar el caballo de vuelta. Él encontrará el camino.

Sin caballo ni esquís, abrirse paso a través de la nieve en el bosque sería duro, incluso con raquetas de nieve.

—¿Cuánto tardaré en toparme con algo parecido a una carretera?

—Quince kilómetros. Desde ahí, puedes ir adonde quieras. Llevas un mapa en el bolsillo de la mochila. Pero recuerda: coge el desvío de la izquierda, ¿entendido?  
Alex asintió.

—Pero ¿por qué me estás ayudando? ¿Por qué a mí y no a Lena?

—Peter quería a Lena —respondió Jess, espoleando a su caballo para llevarlo a trote rápido—, pero Peter no es el que tiene que decidir.

Alex arreó a su caballo para alcanzarla.

—¿Decidir? ¿Decidir qué?

—Si romper o no las reglas.

Entonces lo entendió.

—¿Tiene Chris algo que ver?

—Digamos que estoy aprovechando una oportunidad de acelerar un poco las cosas

—dijo Jess—. Tú también tenías que estar preparada. Ahora lo estás.

—¿Preparada para qué?

—Para la misma misión que condujo a Isaac al sacrificio. Dios llamó a Abraham para que eligiera y él eligió la justicia. Al final, recibió su recompensa e Isaac se salvó.

Genial, una historia bíblica. Lo que le faltaba.

—Eso no tiene ningún sentido. Era una prueba.

—Y esto también lo es —replicó Jess—. Christopher se preocupa por ti. Te quiere. Es un Elegido, tanto si lo sabe como si no.

Alex sintió que el rubor le subía por el cuello.

—No sé nada de eso.

—Jovencita, puede que sea vieja, pero no chocheo. —Su boca describió una mueca—.

Ya lo creo que sí. Lo oí en su voz. Lo oigo en la tuya.

—No puedes oír algo así —dijo Alex, y entonces recordó lo que Kincaid había dicho: «Oye como un murciélago, pero con matices».

Y recordó todas aquellas veces en que había pillado a Jess mirándola: a través de las ventanas, de la multitud.

Mirándola porque había oído cada palabra, incluso aquellas a las que Alex apenas sí había prestado su voz.

Jess era una Despertada.



S habían adentrado bastante en el bosque. El perro de Nathan iba dando saltos a su lado, surcando la nieve. Hacía mucho frío, pero no viento. El aire era gris e inmóvil y los árboles se erguían entre las sombras como a la búsqueda del inminente amanecer. Alex sólo acertaba a captar un atisbo de humo de leña procedente de algún lugar remoto. Bueno, y el sudor de Nathan, al perro y a Jess, inmutable, tan regia como una reina amazona.

Nathan. Los ojos de Alex se entrecerraron. Estaba claro que el guardia seguía las órdenes de Jess. ¿Significaría aquello que otros habitantes de Rule estaban dispuestos a hacer lo mismo? En ese caso, Jess no necesitaba que Chris rompiera las reglas, ya lo estaba haciendo ella, ¿no?

A menos que lo que pudiera lograr y el número de personas que estuvieran dispuestas a seguirla fueran limitados. Jess y Kincaid eran fuertes: eran Despertados, como el Reverendo, pero sólo Chris era un Yeager. Bueno, no del todo: se apellidaba Prentiss, por lo que su madre debía de tener sangre Yeager, aunque hubiera huido. En Rule, aquello seguía siendo demasiado importante. Tal vez, la única manera de que las cosas cambiaran era logrando que Chris se enfrentara a su abuelo. Pero ¿qué cosas? ¿Rechazar a los refugiados? ¿Repartir a las chicas? ¿Qué era lo que Jess pretendía? ¿Qué era lo que quería que se hiciera y que sólo Chris era capaz de conseguir? ¿Tanto riesgo entrañaba enfrentarse a Yeager? Quizá. Eso creía Jess, no cabía duda, y Chris siempre había desaprovechado la oportunidad, a lo mejor porque aquello implicaba enfrentarse también a Peter... y Peter era un Ernst, una de las Cinco Familias. De modo que, para enfrentarse a su abuelo y a Peter, habría de querer algo lo suficiente como para arriesgarlo todo.

Si Jess tenía razón y Chris quería a Alex, entonces *ella* era el cebo. Demonios, ella era el premio.

—Espera un momento —dijo, tirando de las riendas. El caballo de Kincaid se detuvo de pronto—. Lo que queréis es que Chris venga a por mí.

—Claro —repuso Jess, sólo le faltó soltarle un: «¿no lo ves?»—. El que algo quiere, algo le cuesta y siempre deseamos más aquello que no podemos tener. Si Christopher te quiere, tendrá que luchar por ti.

—Pero me estáis utilizando —contestó, de repente temblando de enojo. Vio que Nathan se daba la vuelta—. ¿Cómo sé que todo esto no es sólo un paripé, algo para hacerme creer que voy a escaparme, cuando no parece más que una farsa?

—Tienes un arma.

—Y tú también.

—No voy a dispararte, Alex. Tendrás que confiar en mí.

—Jess —la llamó Nathan—. Jess, tenemos que irnos.

—¿Confiar en ti? —Batió los puños con fuerza. Bajo sus piernas, el appaloosa reaccionó, bufando y haciendo cabriolas—. ¿Por qué tendría que hacerlo? Por cómo lo dices, este enfrentamiento parece algo muy gordo, como una guerra civil o algo así.

—Lo es —respondió Jess.

Sí. Kincaid había hablado de facciones, ¿verdad? ¿Los Ernst contra los Yeager? ¿O había otros? Se acordó de la silla adicional y de lo desequilibrado que el Consejo le

había parecido. Tal vez faltara alguien. ¿Una sexta familia?

—¿Y si Chris resulta herido? ¿Y si su abuelo...?

—No permitiremos que eso ocurra —afirmó Jess—. Sé que no tienes motivos para confiar en mí, pero no lo haremos.

La imagen de Chris entrando en el pueblo, averiguando que se había ido, la dejó sin aliento. Iría a buscarla... y, Dios, en otro momento y lugar, hasta le habría gustado.

—Si sois tantos, ¿por qué no lo hacéis vosotros mismos? ¿Por qué no rompéis unas cuantas reglas?

La voz de Jess era tan gélida como su olor:

—¿Y exactamente qué te crees que estoy haciendo, Alex?

—Jess —Nathan volvió a llamarla.

—Esto es Rule, jovencita, hago lo que puedo. Si va a haber un cambio, un desafío, debe venir de parte de Chris —resolvió Jess—. Si quieres ser un hombre y sangre de mi sangre, debe pasar el examen. «Examinadlo todo; retened lo bueno».

—¿Sangre de mi sangre? —se extrañó Alex y luego se acordó de algo que había oído, pero no había llegado a comprender.

Jess lo había dicho alto y claro: «Aún le doy gracias a Dios por que mi nieto fuera salvado».

No que se hubiera salvado de ver en qué había quedado el mundo o de ver a su madre morir... sino salvado de... *Salvado*.

Jess era la abuela de Chris.

¿Lo sabía Chris? Alex creía que no. Nunca se lo había dicho...

Nathan soltó un silbido agudo y gutural y Alex dio un respingo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ahí —indicó Jess—. En el sendero y en los árboles. Ya casi estamos.

Alex miró. Le pareció ver movimiento unos cien metros más adelante, a ambos lados del sendero y enseguida divisó en el bosque a dos caballos blancos como la nieve, con sus respectivos jinetes camuflados. Lo único que evidenciaba su presencia eran los oscuros óvalos de sus caras. Un poco más lejos, en las altas y amplias ramas de un enorme roble, había un hombre armado con una ballesta acurrucado en un puesto de madera.

—Muy bien —dijo Jess—. Acuérdate: en la bifurcación, toma el camino de la izquierda...

Alguien gritó el nombre de Alex, una voz lejana pero inconfundible y, en cuanto se dio la vuelta en la silla, supo quién era.

Chris, a lomos de *Night*: aproximándose por el sendero, atravesando el bosque como un rayo, a pleno galope. Aún estaba demasiado lejos para distinguir su cara, pero lo oyó perfectamente.

—¡Alex! —gritó Chris—. ¡Alex, no! ¡Detente! ¡Espera!



—vamos —vociferó Jess. Como Alex dudaba, Jess dio una palmada en la grupa del appaloosa—. ¡Arre! ¡Vamos, vamos!

El caballo, espantado, dio un respingo y salió disparado por el sendero, arrancando con un poderoso empuje de las patas traseras, y entonces Jess se puso justo a su lado y ambas se encaminaron a toda prisa hacia los límites de la Zona. Alex tuvo que reprimir un grito y luchar para no tirar de las riendas; si lo hacía, acabaría en el suelo. Vio cómo más adelante el perro de Nathan se apartaba brincando del camino y el caballo se echaba a un lado para dejarlas pasar como una exhalación.

—¡No os detengáis! —ordenó Nathan. Les hizo un gesto con la mano para que continuaran—. Seguid, se...

—¡Alex! —gritó Chris, y ahora su pánico era inconfundible—. ¡Alex!

—¡Sigue! —Jess fustigó al appaloosa con sus riendas, llevando al animal al frenesí. A Alex no le quedó más remedio que sujetarse bien. Encorvada sobre la montura, se agarró a la perilla y presionó los muslos contra el cuerpo del caballo, sintiendo cómo la fuerza del galope del animal sacudía su columna a cada paso. Alex y Jess iban muy igualadas atravesado el bosque como centellas. Los árboles eran manchas borrosas, fognazos de ramas fustigadoras que la agarraban de los brazos y del pelo y que escocían cuando le daban en la cara.

—¡Alex! —Ahora sonaba más cerca. Se arriesgó a echar un rápido vistazo atrás y vio que Chris estaba recortando la distancia que los separaba; vio que estaba ganando terreno, que las iba a alcanzar a las dos, a ella—. ¡Alex, para!

—¡Deja que se vaya! —gritó Jess y acto seguido le dio al appaloosa un despiadado latigazo final con sus riendas.

El caballo de Kincaid relinchó, dando un alarido estridente, y salió disparado por la nieve, abalanzándose sobre los guardias montados, que fueron un visto y no visto y que dejó atrás al galope. Pasó como un rayo por debajo de un arquero en su puesto, siguió avanzando y salió de la Zona. Estaba fuera de Rule, no podían alcanzarla, había huido, pero Chris...

Una escopeta retumbó, una detonación que sonó como si la tierra fuera a partirse en dos, y Alex sólo tuvo tiempo de pensar: «¡Dios, no, Chris!».

El caballo de Kincaid se encabritó dando un relincho agudo y estrepitoso. Alex chilló y se arrojó a su cuello, aferrándose a sus crines. El caballo se encabritó de nuevo, echando el cuello hacia atrás y golpeando a Alex en la frente, que, durante un vertiginoso segundo, creyó que se iba a caer sin remedio. Tenía sangre en la boca y su visión se ladeó cuando el caballo bajó en picado, pero ella siguió sujeta.

Habían quedado mirando en dirección contraria. El caballo continuó pataleando y Alex volvió a divisar el camino que llevaba a Rule. Vio la escopeta en manos de Jess, vio a *Night* todavía encabritado, vio que los guardias se habían congregado y estaban ahora bajando a la fuerza a Chris de su caballo. Lo tumbaron en el suelo, pero siguió forcejeando, luchando contra ellos, intentando ponerse en pie de nuevo. Vio que un guardia resbalaba y caía y que Chris se liberaba y se debatía en mil esfuerzos por la nieve, intentando llegar hasta ella.

—¡Alex! —Ahora estaba lo suficientemente cerca como para que pudiera leer la desesperación de su rostro. En ese momento, captó el agudo regusto de otro olor que

conocía: terror—. ¡Alex, por favor, no sabes lo que estás...! —gritó.

Jess le atizó con la Remington. El golpe fue seco y certero y alcanzó a Chris detrás de la oreja derecha. El chico cayó en la nieve en mitad de una zancada y se quedó inmóvil.

—¡No! —gritó Alex. Apretó las rodillas y el appaloosa emprendió su camino de vuelta hacia Rule—. ¿Qué estáis hacien...?

—¡No te muevas! —Jess cargó la Remington con una sacudida y la apuntó con ella. En el puesto del árbol, el guardia tensó su arco, dispuesto a clavarle una flecha en el pecho—. ¡No des un paso más!

—Pero Chris...

—No le pasará nada. «Sacúdete el polvo y suelta las ataduras de tu cuello, oh, cautiva hija de Sión». Huye, Alex —dijo Jess—, y no mires atrás.

Y así lo hizo.

QUINTANA  
& BORRERO

5

había desmontado y recorrido a pie los últimos seis kilómetros, después de darle un cachete al appaloosa en la grupa y enviarlo de vuelta. Al caballo no pareció costarle nada decidirse y se dirigió a Rule a medio galope. El sendero correcto estaba marcado con una pañoleta de color rojo sangre y era tan estrecho y retorcido que le pareció una de esas veredas hechas por algún ciervo y que los cazadores habrían seguido para encontrar su presa. En cierto sentido, era como el que las había conducido a Ellie y a ella —le parecía que hacía ya un siglo— al río, a aquellos perros, al pobre y enloquecido Jim... y, finalmente, a Tom, lo que le hizo preguntarse siu estaría condenada a pasar el resto de su vida vagando de un camino a otro, buscando Dios sabe qué.

La nieve era profunda y pesada y le tiraba de las botas. Le estaban empezando a quemar los muslos y le dolía la cabeza. También la boca, del mordisco que se había pegado en la lengua. Al tragar, saboreó los restos de sangre. Tenía el cuerpo dolorido, magullado y tembloroso de su loca y salvaje carrera por el bosque, como si la hubieran metido en una licuadora y Jess hubiera pulsado el botón de «batir».

Una prueba. Todo aquello era una prueba para Chris. Ella era libre, pero Chris no lo sería hasta que rompiera las reglas de Rule... cualesquiera que fuesen. Francamente, creía que todo aquel rollo que Jess le había soltado era casi tan disparatado como el de Yeager.

Sus ojos se quedaron prendados de algo azul que sobresalía de un palo clavado en la nieve a unos tres metros de donde ella se encontraba, a la derecha del sendero, en la base de un alto y escuálido pino. Era evidente y resaltaba como un manchurrón turquesa sobre un lienzo blanco. Al principio, pensó que se trataba de una vieja marca de nailon, de esas que los clubes de senderismo ataban a las ramas de los árboles.

Sin embargo, cuando se acercó, comprobó que eran los restos de una manga. Y que el palo era un hueso.

Se quedó de piedra y con la mente en blanco. Se detuvo, helada, y durante un segundo no pudo hacer otra cosa que mantener fija la mirada, esperando que aquel horror estupefacto que se había apoderado de su cerebro se desvaneciera.

Creía que era un cúbito, aunque tampoco es que importara demasiado. Faltaban los huesos pequeños de la mano y de los dedos, así que o el resto del cuerpo estaba enterrado en la nieve o algún animal carroñero lo había arrastrado hasta ahí antes de arrancarle la carne.

«Venga, esto es como la carretera. No es la primera vez que ves un cadáver. Son carroñeros. Ahora ya no te protegen las reglas de Rule, así que vas a encontrarte más cuerpos. La gente iba dejando a los muertos por ahí, ¿recuerdas?».

Olisqueó como medida de precaución, pero el único olor que percibió fue el del bosque. Nada de lobos ni de mapaches. El hueso no era tan viejo y el color que presentaba no era precisamente blanco, pero tampoco era reciente.

«Venga». Asió la correa del rifle. Comprobó el seguro, se quitó el guante y se llevó la mano derecha a la espalda, acariciando con los dedos el mango de madera del gancho de heno, que colgaba de una trabilla del cinturón. Tenía el rifle, el gancho, un cuchillo. Estaría bi...

No estaba segura de lo que olió primero: algo de un rosa obscuro colgado de la rama de un roble, a su izquierda, o la podredumbre.

El hedor le puso los pelos de punta. Sabía que procedía de carne muerta, pero no de ellos, no de los Cambiados. Sin embargo, había cadáveres por allí —un montón— y era consciente de que las cosas no iban a salir bien.

Lo que colgaba del árbol era un cuerpo, aunque no humano. No tenía piel, se la habían quitado como si fuera un guante. Los músculos del animal estaban intactos. Sólo le faltaba un pedacito, cosa extraña, considerando toda la carne que tenía. Ahora que lo pensaba —intentó escuchar por encima del rebumbar de su corazón—, no había pájaros. Ni cuervos. Nada.

Aquella cosa pendía de una cuerda como si fuera una rara imitación de un espantapájaros. Reconoció de qué se trataba por la forma de su cabeza y la curva de sus dientes.

Un lobo.

A ambos lados del sendero había más lobos muertos, marcando el camino como los banderines de un desfile. Doscientos metros más adelante, encontró un pequeño claro, un círculo donde la nieve estaba apisonada como un plato. Qué oportuno.

De no ser por los huesos, habría parecido que la ropa había salido de unas enormes bolsas para la colada. Habría un revoltijo de zapatos desparejados y botas bien atadas, algunos con esquiras de huesos sobresaliendo de unos calcetines que escondían pies en proceso de descomposición —aquello lo olía con facilidad, incluso con el frío—, como si desatarles los cordones hubiera supuesto un gran esfuerzo. El claro era un derroche de color y sacos desinflados de ropa rellena de huesos. Hasta distinguió la negra tarántula de un tupé y una peluca plateada a la que parecía que le habían hecho la permanente. Una cadena dorada reposaba sobre una franja de tela negra y brillante. «Qué lástima que no te puedas comer las joyas —pensó algo a lo loco. Las monturas de unas gafas de sol de color rubí la miraban desde la nieve. La lente derecha estaba rota en forma de supernova—. Tampoco las gafas».

Aquello no era sólo un claro.

Era un comedero.

Quizá uno de muchos, pues ahora su cerebro entumecido registraba más color en los árboles de la izquierda y más lejos, de nuevo a la derecha. Cada zona estaba marcada por más lobos muertos.

Volvió la mirada atrás, al sendero. A cierta distancia, divisó una pirámide ordenada; parecía un hito bastante tosco... de esos que suelen hacerse con piedras.

Sólo que aquello no eran piedras.

Eran cabezas.

«No».

Algunas estaban curtidas, eran muy viejas y no tenían nariz ni orejas ni lengua. Otras estaban más frescas, con los nervios saliéndoseles de las cuencas como gusanos y los labios medio comidos coagulados de sangre helada.

«No».

Había algunas que no eran para nada viejas, estaban casi frescas del todo, con la lengua azul, la nariz sólo un poco carcomida y los párpados cerrados como si estuvieran durmiendo, pero ni rastro de gusanos ni de moscas: hacía demasiado frío; aquello le había quedado claro.

Las contó. Su mirada se fue posando lentamente en cada una de las caras destrozadas. La pirámide medía doce cabezas de largo por siete de fondo en la base y poco más de un metro de altura...

«No».

Se le cortó la respiración. Se quedó completamente paralizada.

«No».

No podía quitarle los ojos de encima.

«No, por favor, no puede ser él».

Tuvo que hacer un gran esfuerzo por parpadear. Pestañeó de nuevo... como si su mente fuera una cámara y de algún modo pudiera borrar aquella foto que acababa de tomar.

Pero no. Nada cambió.

Harlan estaba allí: la segunda fila empezando por abajo, tres cabezas a la izquierda. Nunca olvidaría esa cara ni esos dientes.

Se le revolvió el estómago. Una marea de líquido caliente, repugnante y amarguísimo se precipitó por su boca y fue a caer en la nieve. Le flaquearon las rodillas y se vino abajo, hundiendo el rifle en la nieve al tiempo que vomitaba. Lo devolvió todo hasta que vació por completo el estómago y allí se quedó, postrada en la nieve manchada, jadeando, con la nariz sumergida en el hedor de su propio vómito...

Y luego sintió una nueva oleada, el terrible efluvio de algo muerto y nauseabundo que se había abrasado y podrido bajo un tórrido sol veraniego.

Un brote de horror negro le exprimió los pulmones y le cortó la respiración. Por fin comprendía por qué Jess había hablado de Isaac... y de sacrificio.

Puede que hubieran estado observando. Tal vez hasta hubiesen disfrutado de la vista. Pero lo más probable era que hubieran llegado por inercia, como cazadores que seguían el rastro de una buena presa... que sabían dónde se encontraba su próxima comida.

Eran cinco: tres chicos y dos chicas. Iba ataviados con parkas, botas y guantes. Un chico y una chica llevaban pieles, caladas en la cabeza de tal modo que parecían mirarla desde sus caras de lobo.

Todos iban armados. Una chica y dos de los chicos, incluido Lobezno, portaban rifles. El tercer chico, que alguna vez debió de asistir al instituto, blandía una Beretta, más apropiada para las manos pequeñas de un niño.

La única que no llevaba un arma de fuego era Lobezna, que, en su lugar, sostenía un cuchillo de maíz. La hoja, muy larga y afilada, estaba manchada de herrumbrosas arañas de sangre seca.

Y había algo más, un último detalle que hacía que estos chicos fueran tan diferentes.

Estos Cambiados no estaban limpios, pero tampoco mugrientos.

De hecho, parecían muy bien alimentados.

La verdad le golpeó como un martillo:

Rule no estaba combatiéndolos.

Los estaba alimentando.

**FJONES  
PRJMSRJR**





ILSA J. BICK antes era psiquiatra infantil y forense, si bien ahora se dedica por completo a su carrera de escritora. Licenciada en Literatura de Estudios Cinematográficos, vive en Wisconsin y ha publicado más de quince novelas tanto de adultos como juveniles, muchas de ellas *best sellers* y galardonadas con premios. *Cenizas* es el primer tomo de una trilogía homónima cuya segunda parte se publicará en España en 2013. Meses antes de salir a la venta, sus derechos ya se habían vendido en siete idiomas.